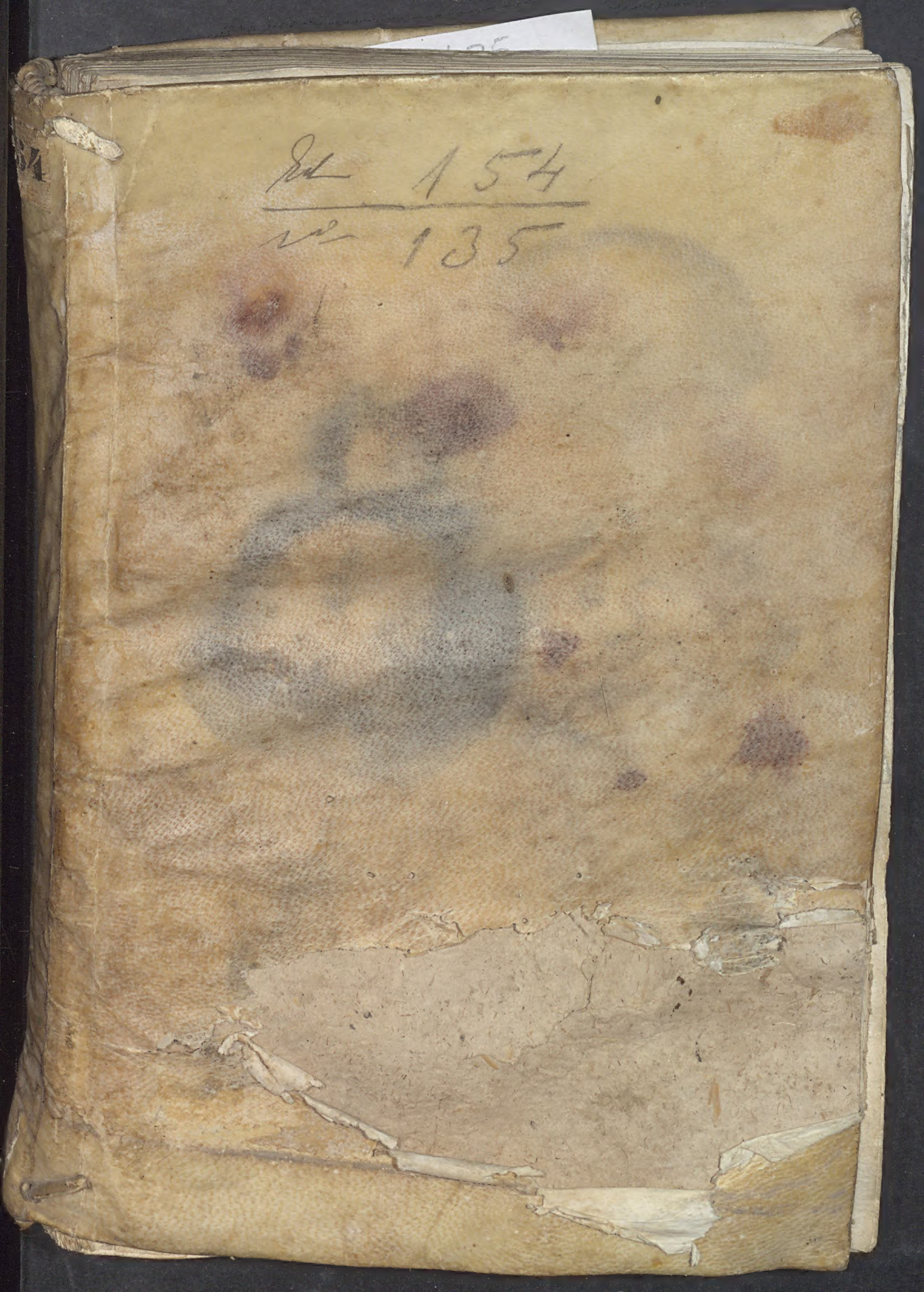
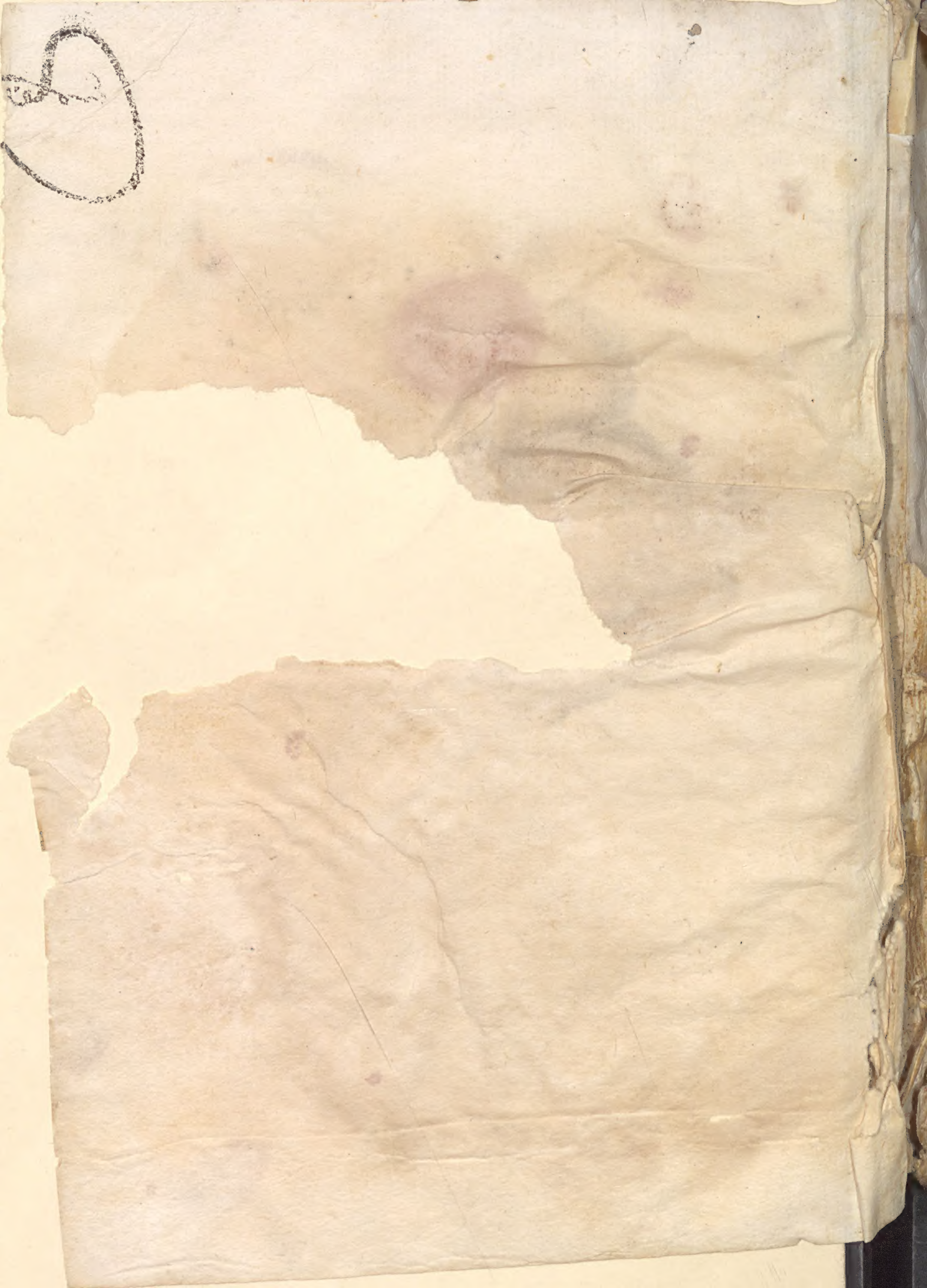

Ed 154
no 135





VIDA VIRTUDES Y MILAGROS

DEL M. R. P. PRESENTADO

Fr. FRANCISCO DE POSADAS

Beatificado

DEL SAGRADO ORDEN

DE PREDICADORES,

HIJO DEL CONVENTO

DE SANTO DOMINGO

DE SCALA-CŒLI

EXTRAMUROS DE LA CIUDAD DE CÓRDOBA,

ESCRITA

Por el M. R. P. Mtro. Fr. Pedro de Alcalá de la misma Orden su Confesor,

Y REDUCIDA Á COMPENDIO

Por el M. R. P. Mtro. Fr. Rafael de Leyva del mismo Real Convento y Sagrada Religion:

QUIEN LA DEDICA Y OFRECE RENDIDAMENTE

AL Excmo. Sr. CONDE DE MIRANDA.

CÓRDOBA: IMPRENTA REAL
DE DON RAFAEL GARCIA RODRIGUEZ Y CUENCA.
Año de 1807.

Al Excmo. Señor

D. PEDRO ALCANTARA LOPEZ DE ZÚÑIGA, Alvarez de Toledo, Gonzaga, Perez de Guzman el Bueno, &c. &c. &c. Conde de Miranda de Casarrubios del Monte: Marques de la Bañeza, de Valdunquillo: Duque de Peñaranda, y de Escalona, &c. Grande *de España de primera clase: Caballero Gran Cruz de la Real distinguida Orden de Carlos Tercero, de la de Santiago: Gentil hombre de Camara de su Magestad con exercicio: Teniente General de sus Exercitos; y Caballerizo mayor de las Reales de Córdoba. &c. &c. &c.*

Excmo. Sr.

Ofrezco á V. E. esta pequeña obra recopilacion ó compendio de la vida del Venerable Siervo de Dios el R. P. Presentado Fr. Francisco de Posadas; la que, si quando salió á la luz pública la primera vez en toda su extension, necesitó por Mecenas á un Pont. Max. qual fue N. M. S. P. Benedicto XIII, compendiada ahora por mi, necesita mucho mas acogerse y buscar la muy grande y superior proteccion de V. E.: pues aunque la grandeza de su objeto podria facilmente conciliarse el agrado y estimacion de los Lectores; pero la rudeza del Compendiador necesita un tan grande patrocinio, para que se le disimulen las sombras, con que su cortedad habrá disminuido el mérito, y eclipsado el resplandor de tanto asunto. Pero, Excelentísimo Señor, este es el grande privilegio de las almas superiores, pues asi como el Sol no solo es lucido en su ser, sino que ilumina con sus luces los mas obscuros ángulos del Orbe, asi los Grandes Heroes *comunican, aun á lo mas distante, los alientos, y los rayos de su proteccion: con que brillando en V. E. todos aquellos heroycos atributos, y eminentes prendas, que constituyen á un sugeto digno de la veneracion y el aplau-*

so,

so, legitimamente infiere mi confianza que los reflexos de tanta luz alcancen á iluminar este rudo bosquexo, en que compendio las virtudes insignes, y prodigiosos hechos de el V. P. Presentado Fr. Francisco de Posadas; de suerte que, ó no se conozcan las imperfecciones y yerros de mi pluma, ó merezca toda la benevolencia comun el acierto en haber elegido tan excelente Patron.

Pero la confianza, con que V. E. me ha favorecido, permitiéndome le dedique esta Obrilla, y mi misma gratitud me privan de extenderme en los elogios por tantos y tan justos títulos debidos á V. E.; pues sé le dasagrada aun la verdad misma, si se dirige á sus alabanzas; pero no puedo dexar de observar, que desde el momento en que entró V. E. en esta Ciudad arrebató hácia sí la benevolencia, el amor y el afecto de todos sus habitantes. Las personas del mas elevado caracter en los dos estados Eclesiastico, y Secular, las de una esfera media, las de la ínfima plebe, todas todas á una voz magnifican las excelentes prendas de V. E.: á todas les faltan expresiones para explicar el alto concepto, que desde luego formaron de la Urbanidad, Piedad, Religion, Caridad, Misericordia y pureza de costumbres, que hacen verdaderamente Grande *al Excelentísimo Señor* Conde de Miranda. *Diganlo* : : : *pero Señor si yo me entro en una individual relacion de los que elogian á V. E., y se hallan favorecidos de sus piadosas entrañas, creceria demasiadamente esta carta Dedicatoria, y siempre quedaria quejoso de no haber dicho quanto siento, y debo. Básteme pues tener el honor de que V. E. me haya permitido que su excelso nombre vaya á la frente de este compendio, que le ofrezco en testimonio de mi mas profundo agradecimiento. San Pablo de Córdoba Junio 23 de 1806.*

Excmo. Señor.

B. L. M. de V. E.

su mas favorecido obligado y humilde Capellan.

Fr. Rafael de Leyva.

INDICE

De los Capítulos de este Compendio.

LIBRO II.

LIBRO III.

BREVE COMPENDIO

DE LA VIDA, VIRTUDES Y MILAGROS

DEL SIERVO DE DIOS

EL VENERABLE PADRE PRESENTADO

Fr. FRANCISCO DE POSADAS

DEL ORDEN DE PREDICADORES

HIJO DEL CONVENTO REAL DE SANto Domingo de Scala-Cœli *extramuros* de la Ciudad de Córdoba.

INTRODUCCION.

En la que se expone la causa que ha habido para compendiar la vida de este Siervo de Dios.

Intentó el Autor del libro de los Machabeos (1) compendiar las hazañas del gran Judas en la purificacion, y dedicacion del templo de Jerusalen, las guerras que sostuvo contra Antiocho, y las prodigiosas victorias, que de él consiguieron los Judios, la libertad de la Ciudad Santa y restablecimiento de sus leyes, y otros heroicos hechos, que Jason habia escrito en cinco libros; y considerando sería dificil emprender una tan larga lectura á los que quisiesen tener noticia de to-

da aquella historia, determinó formar su compendio, atendiendo á que los que lo leyesen deleitasen el animo, los curiosos lo conservasen con mayor facilidad en la memoria, y todos generalmente se utilizasen de su trabajo. El compendiar aquella tan larga historia, dice, haberle costado muchos trabajos, vigilias, y sudores; pero que los habia llevado con gusto por satisfacer à los deseos de muchos. Añade, que dexando á los Autores de aquellos libros en la verdad de los hechos, que refieren, solo ha cuidado de la brevedad, y que esto solo es lo que pertenece, y lo que debe hacer el que compendia. Instruido de esta leccion sagrada, amado Lector, te manifiesto la causa, que he tenido, para formar este breve compendio de la admirable vida, excelentes virtudes, y prodigiosos milagros del Venerable Siervo de Dios el Padre Presentado Fray Francisco de Posadas, que te presento. Escribió doctamente la vida de este insigne Heroe el M. R. P. M. Fray Pedro de Alcalá su Director: como tal, pudo, y debió dar una individual noticia de todos sus heroicos hechos, porque los via, y porque, por obediencia, le obligaba á referirle aun lo mas recondito de su conciencia. Pero esta tan individual narracion por necesidad habia de ocupar, y ocupó en efecto un volumen bastante abultado. Este, ó no todos pueden tenerlo á las manos, ó no á todos les permiten sus ocupaciones el leerlo; pero me consta que todos, ó muchisimos de los Cordobeses con especialidad, y otras muchas personas de diversos pueblos desean tener noticia de la vida de este insigne Heroe, y principalmente quando con tanta eficacia se trata de su Beatificacion en la Curia Romana. Por esto considerando yo, como el Autor del libro de los Machabeos, aquellas dificultades, y estos deseos, y queriendo proveer á aquellas, y satisfacer á estos, me determiné á formar para la comun utilidad este compendio, recopilando en él los pasages, que me han parecido mas notables de su vida,

los

los hechos mas preciosos, que acreditan lo heroico de sus virtudes, y algunos de los mas singulares milagros, que en su vida, y despues de su muerte se sirvio el Señor obrar por sus oraciones é intercesion.

Este ha sido el motivo de emprender esta obra, que aunque corta, confieso me ha sido bastantemente ardua, y que me ha costado no poco trabajo; porque he querido escoger en el ameno jardin de sus excelentes virtudes y admirables obras aquellas flores, que siendo de mayor fragrancia, al mismo tiempo deleitasen mas la vista; quiero decir: he procurado elegir lo mas selecto de la vida de este Siervo de Dios, lo mas hermoso, lo que mas excite la piedad, y mueva á unos santos deseos de imitarlo; pero este ha sido mi mayor trabajo: porque cada pasage de su vida me parecia mas hermoso, cada virtud mas heroica, cada obra mas edificante, y asi las que, por no exceder los limites de un compendio, me he visto precisado á omitir, las he dexado con no poco sentimiento.

Pero no esperes Lector piadoso hallar en este compendio un estilo sublime, un conjunto de phrases floridas, ó de voces pomposas, y altisonantes, que no sirviendo mas que para deleitar el oido, dexan el corazon arido, y el entendimiento ayuno muchas veces aun de su significacion. No: en mi juicio no es este estilo propio de una historia, que debe referir los hechos veridicos, pero desnudos de adornos, que lexos de hermosearla, la confunden; y mucho menos de una historia, cuyo objeto debe ser informar al Lector de los progresos, que hizo en la virtud tan excelente Heroe, y excitarlo á su imitacion. Semejante historia no necesita mendigar vanos adornos, para arrebatar la admiracion; antes quanto mas desnuda, se presenta mas hermosa. Y pues yo nada he añadido en este compendio, no debe dudarse de la verdad de los hechos, que con tanta escrupulosidad averiguó, para escribirlos, el principal Autor de la

vida

vida de este Venerable Padre ; y asi para no dilatarme en la introduccion , quando intento formar un compendio , concluyo esta , suplicando al piadoso Lector perdone lo que en esta obrilla no le agradare , se aproveche de los exemplos de virtudes del Venerable Padre Presentado Fray Francisco de Posadas , y ruegue á Dios por mi.

LIBRO PRIMERO

EN QUE SE TRATA DEL NACIMIENTO , niñez , entrada en la Religion , y Ministerio Apostólico del Venerable Padre Presentado Fray Francisco de Posadas.

CAPITULO I.

Patria , nacimiento , y admirables vaticinios de la futura santidad de Francisco desde su infancia.

Con razon se gloría Córdoba , de haber sido cuna de los mas insignes Heroes en armas , y letras ; pero con mayor razon se debe gloriar , por haberla el Todo Poderoso dotado de otra mas apreciable nobleza, haciendola madre fecunda de esclarecidos varones en virtud , y santidad , y teatro donde ofrecieron gustosos sus vidas , y derramaron alegres su sangre por la confesion de la fe , y defensa de la Religion Católica muchos insignes Martires. De estos florecieron unos en los infelices siglos , en que la barbarie del

Ma-

Mahometismo la tenia tiranizada, y en que la crueldad de los Tiranos perseguia por todas partes la Iglesia, y otros de tiempo en tiempo, cuidando siempre el Señor de proveerla de Heroes, que con sus virtudes, y exemplos la sostuviesen en la fe de sus mayores, y con sus oraciones, y ruegos la librasen de los justos castigos de su indignacion.

En esta Ciudad pues tan ilustre por todos los títulos, que pueden engrandecerla, nacio en el año de 1644, dia veinte y cinco de Noviembre Francisco, para remedio de muchos males, y escuela de grandes bienes. Fueron sus Padres Estevan Martin Losada, y Maria Pardo y Posadas, ambos naturales de Lama de Arcos, Obispado de Orense en el Reyno de Galicia, ambos de sangre noble, y christianas costumbres, y con bastante hacienda, para gozar de sus fueros con el dulce amor de la Patria, de donde Dios los sacó, quando la reduxo á cenizas la hostilidad del Exército Portugues, y los conduxo su Providencia á la Ciudad de Córdoba, queriendola ilustrar con el fruto de estos arboles. Obligólos la necesidad á poner tienda de Mercaderes de lienzos, y paños, y despues otra muy despreciable á la vanidad del mundo.

Lloraba este matrimonio la muerte de doce hijos en la primera flor de su infancia, y hallándose en cinta la Madre ofreció á Maria Santísima, celebrada en Córdoba, como su Patrona, en la Imagen de la *Fuen-Santa*, que si le nacia varon, y se lograba su vida, lo consagraria á Dios en la Religion de mi Padre Santo Domingo, y que celebraria su primera Misa en la Iglesia, y Altar donde se venera. Oyó Dios la oracion de esta piadosa Madre, y se dignó señalar el nacimiento de Francisco, como el de otros Santos; pues en la noche, y hora, en que vió la primera luz, encendio un hermoso lucero de excelente resplandor sobre su pobre casa, y se dexó ver una resplandeciente luz, que corrió por el aposen-

to , de que admirados los presentes decian : este niño ha de ser Santo. Claro testimonio de que nacia una nueva luz del Evangelio.

Recibió la cándida estola de la gracia baptismal en la Iglesia del Apostol San Andres dia quatro de Diciembre , y se le puso el nombre de Francisco, por la devocion de sus Padres á San Francisco Xavier. Luego que la piadosa Madre pudo ir á Misa, lo llevó en brazos , y en toda ella lo ofrecia á Maria Santísima con tanto amor , que acabado el Sacrificio , lo puso sobre el Altar , diciendo : *Señora este hijo es vuestro , y no mio.* Y volviendo en otra ocasion á la Capilla de Nuestra Señora del Rosario del Real Convento de San Pablo con el niño en sus brazos , fueron tales los movimientos de este , que parecia querer desprenderse de los brazos de su Madre , con significaciones de acercarse á la Imagen , señalandola con el dedo : y repitiendo la piadosa Madre las mismas palabras : *Señora este hijo es vuestro*, abrió milagrosamente sus labios Francisco , diciendo: *si si.* Anegó esta novedad en lagrimas á la Madre, y pareciendole , que el Niño Jesus miraba á Francisco con alguna sonrisa , y muestras de mucho cariño , baxó acia él los ojos , y vio , que tenia los suyos cerrados , inclinada la cabeza , cruzadas las manos en postura de orar , y corriendo serenas lagrimas por sus inocentes mexillas.

Ya desde entonces comenzó Francisco á dar indicios de sus futuras penitencias ; pues en los Lunes Miercoles y Viernes de cada semana no recibia el pecho mas que una vez , entrada la noche , ni se vieron en sus ojos , como en los de otros niños , lagrimas , para pedir el alimento : imitando en esto á su Santo Patriarcha , de quien él refiere lo mismo en la vida , que escribió. Aun no habia cumplido los siete años , y ya guardaba con rigor los ayunos de Quaresma , Temporas , Vigilias , Viernes y Sabados de todo el año , siendo el de los Viernes á pan y agua.

A esta abstinencia comenzada desde el pecho llamarémos prodigiosa, por tan temprana; que todo fruto antes de tiempo fue siempre mas estimable, por raro.

Madrugaron en Francisco las virtudes, porque recibió del Padre celestial muy adelantada la luz del conocimiento. Desde muy niño comenzó á manifestár su piadosa conmiseracion hazia los pobres, socorriendolos con el pan, que sacaba de su casa, y aun con alguna de su ropa. Buscábanle pobres de su misma edad, y les daba con el socorro el consejo, de que viviesen bien, y fuesen devotos de Maria Santisima. A los cinco años de su edad comenzó á freqüentar el Santo Sacramento de la Penitencia, y á los siete tuvo licencia para recibir el de la Sagrada Eucaristia; llenandose de admiracion los Ministros, al ver en tan corta edad la forma, y juicio con que se confesaba: é igualmente admiraba á todos la devocion, con que cada dia oia, y ayudaba muchas Misas en la Iglesia de San Pablo.

Muy presto dió claros indicios de su futura predicacion apostólica y singular devocion á Maria Santísima. Sentábalo su Madre sobre una de las cestas de su tienda, (de la que hablarémos despues) y levantando el dedo indice á los niños, que se acercaban, les hablaba en no formadas, y tan balbucientes voces, que sólamente se le entendian estas vocales: *A. E. Y.* : hasta que pudo una vez decir cláramente Ave Maria. Esta salutacion Angélica fue lo primero que habló Francisco: este dulcísimo nombre se oia fréqüentemente en sus labios; ni para saber, y rezar esta oracion necesitó mas que oirla dos veces á su Madre; la qual, como tan buena, teniendo al niño en la cuna, y repasando estos anuncios, oyó esta voz: no tengas cuidado, que tu hijo será de la Iglesia. Y en otra ocasion llena de gozo profetizó, lo que la Madre de Samuel diciendo: (2) »Mi »hijo ha de ser Religioso, Predicador, Santo y Obis-

»po,

"po, que el corazon me lo da; pues aunque es tan "pobre, su Magestad lo fue, y de los mas pobres "saca los mayores bienes." Juntaba niños de su edad, y haciendo pulpito en una cesta de su tienda les predicaba, y quantos pasaban solian decir: *este niño ha de ser Santo.* Esta tienda, donde se crió era muy despreciable á los ojos del mundo; y por eso quando, ya Religioso, pasaba por alli, hacía este recuerdo á los que le acompañaban, que muchas veces eran Nobles, y Prebendados de la Santa Iglesia, y señalandola con el dedo se gloriaba diciendo: *quando mi Madre vivia alli, me ponia yo á predicar á los muchachos en las canastas de la fruta, por la aficion, que tenia á la predicacion.* De este modo buscaba su desprecio; pero crecia en los demas su veneracion.

Obligó á su Madre á que le comprase dos pequeñas Imagenes de Jesus y Maria Santisima; y puestas en un Altar en su casa encendia luces, rezaba el Rosario, y repetia los sermones, que acababa de oir. Subiase en un poyo, que hay en la plaza frente de la Iglesia de San Pablo, y predicaba á los de su edad. Los que pasaban, se detenian llenos de admiracion, oyendole explicar con la mayor claridad los misterios de la fe, especialmente el de la Santisima Trinidad, y tambien las oraciones de la Iglesia. Algunas veces en este sitio profetizó, diciendo: "*Esto es ensayarme, para quando sea gran*"*de: porque entonces, siendo Religioso ha de ser es*"*te sitio, el que mas apetesca para predicar*" lo qual se vio cumplido.

Acompañado de muchos de su edad celebraba los dias festivos con fiesta de Misa, y Sermon: y el que señalaba los oficios, siempre concluía, diciendo: *Predicador Posadas.* Crecia el número de los pequeñuelos, que le seguian por las calles rezando el Rosario, y llevando en sus manos Francisco la Imagen de Nuestra Señora. Asi atraia no solamente á los plebeyos, sino tambien á los hijos de los Nobles,

que

que decian : *vamos con el Santico.* ¡ O como madrugó, é hizo madrugar en otros la devocion á saludar á la divina Aurora ! Mas con su devocion madrugó tambien su humildad, escusando el ir con sus mayores, y compañeros por las calles de las Carnicerias, donde le llamaban el Santico.

Predicaba mas con el exemplo que con las palabras ; y asi quando oia á alguno de los muchachos hablar mal, ó les via no obrar bien, decia á los primeros : *si hablas asi, nos llevará á ambos el Diablo : á el uno porque habla, y al otro porque oye* : á los segundos reprehendia, diciendo : ¿ *Cómo haces eso? ¿como ofendes asi á Dios ; que nos dió el ser, nos conserva, y dá vida?*

Descubrió desde luego su amor á la penitencia, entrandose en una cueva del campo de la Arrizafa á disciplinarse, mientras jugaban, y se divertian los otros con quien él habia ido. Su mayor diversion era hacer Cruces, repartirlas entre sus compañeros, y andar la Via Sacra. A este fin los llevaba muchas veces al campo de la Merced, donde se tiene este santo exercicio. No via en la Ciudad Cruz ó Imagen de Christo ó de su Santisima Madre, que no se postrase de rodillas para adorarla, y muchas veces con tiernas lagrimas. ¡ O Lector ! cómo lo trae el Señor desde niño por los caminos del Cielo. Pues, como dice el Espiritu Santo (3), á el niño dan á conocer sus estudios, ocupacion y solicitud. ¡ O Francisco ! diré yo : de tanta madurez en tus pocos años debemos esperar mucho.

CAPITULO II.

Descubre un natural vivo, preserva Dios su vida con maravillosas providencias, obra milagros, y es favorecido con profeticas visiones en su menor edad.

Pasados los años de la infancia, y corriendo los de la puericia descubrió Francisco un genio náturalmente vivo, y aun inquieto, mas nunca se le conoció ni una mala costumbre. Proseguia su devocion como anciano, mas no siempre excusaba el juego con sus iguales como niño.

Sentialo su Madre, pareciendole estas señales contrarias á las que antes habia observado; pero él le respondió una vez: *Madre no haga Vmd. caso de muchachos, que despues será otra cosa. Vmd. verá la vejéz que tiene conmigo, y á mi me verá de otro modo.* Y habiendo en otra ocasion derribado con su inquietud unos cestos de la tienda, viendo lo que la Madre le reñia, y aun lo que intériormente pensaba, le dixo: *Madre no se fatigue, que á pesar de los Demonios he de ser Santo.*

En muchos peligros se vio la vida de Francisco; pero el Señor, que lo escogió para muy altos fines lo libró de todos maravillosamente. Asi se vió, quando en la vocacion de un Santo corriendo Francisco á coger un cohete, que cayó en el suelo, al inclinarse, se le disparó en el rostro, y lo abrasó, y dexó ciego. Llevaronlo de la mano á su casa, y encomendandolo su Madre á San Antonio Abad, cobró la vista, y ni aun señal le quedó de un grano de pólvora.

En otra ocasion se entró en el Rio Guadalquivir á bañarse. Era muy agil y diestro en sostenerse sobre las aguas, y fiado en sus fuerzas, quiso romper una de las corrientes hazia arriba; pero su rapi-

pidez lo cansó de manera, que fatigado baxó á lo profundo. Llamó en su ayuda á la Reyna de los Angeles, y al punto se halló libre en la orilla del rio, sin saber como habia sido.

No solámente obró Dios milagros para preservar á Francisco, sino que por él los obró tambien con ótros. Predicando en el poyo de la Plaza, cayó de la escalera un muchacho, é hiriendose la frente corria con abundancia la sangre; pero bajando Francisco, le puso sobre la herida su mano diciendole: *anda que no tienes nada, vamonos á jugar, ya no te duele*: y al instante quedó sano sin señal de la tal herida.

De otra escalera muy pendiente cayó en la escuela un muchacho, á cuyos gritos acudió el Maestro, y queriendolo levantar eran mayores los sentimientos; por lo que creyó se habia quebrado las piernas. Fuese á él de repente Francisco, y tomandolo de la mano, le dixo: *Levántate, no te hagas malo por no leer*; y al imperio de esta voz, se levantó sano.

Muchacho era Andres Moreno, quando un dia amaneció muerto; y llegando á su casa Francisco, para ir juntos á la escuela, respondió con lagrimas su Madre, que era muerto su hijo; *Calle Vmd. dixo el niño que no habrá muerto. ¿Donde está?* Ven acá lo verás, dixo la Madre. Fue, y lo halló amortajado, y poniendole la mano sobre la cabeza, le dixo: *Levántate Andresillo no te hagas mortecino por no ir á la escuela.* Al instante se sentó en la cama, y vuelto Francisco hacia la Madre, decia. *Ve Vmd. como no está muerto! Quitele Vmd. esa mortaja, vistalo, y vamos á la escuela, que ya es hora.* Asi se ejecutó, y entró Francisco con él diciendo: *Señor Maestro, este Andresillo se hacia mortecino por no venir á la escuela, dele Vmd. una zurra.*

No negó el Siervo de Dios este milagro quando ya era Religioso; pues encontrandolo frente de la misma casa un contemporaneo suyo, y señalandola, le

dixo : Padre se acuerda V. P. de Andresillo ¿ A que respondió sin parar : *Anda con Dios , dejate de eso, y ten razon.* Este modo de hacer milagros , como negando que los hacía , ó que las dolencias fuesen de tanta gravedad , como parecian , lo practicó muy de ordinario el Siervo de Dios.

Tambien le favoreció el Cielo en su niñez con visiones proféticas del estado que habia de tomar , y de lo mucho que habia de propagar la devocion del Rosario. Muy niño era , quando se le aparecio un Angel en forma muy hermosa , como de su misma estatura , y vestido de Frayle Dominico. Gozó por entonces de la vision , aunque hasta despues no tuvo la inteligencia. Dormido una noche vió los cielos abiertos , y que á la puerta de ellos estaba Maria Santísima , de cuyas manos pendian muchos Rosarios combidandole á que prendiese alguno , para tirar de él al Cielo. Executólo asi con fervorosa inquietud , logró alcanzar uno de aquellos Rosarios , y apretó los puños quanto le fue posible ; y puesto ya sobre las puntas de los pies , le parecia iba dichosamente subiendo por aquella escala. Bastaba para Francisco un Rosario , pero aquella multitud significaba el fervor , con que habia de propagar esta devocion.

CAPITULO III.

Comienzan los trabajos del Siervo de Dios , y las persecuciones del Demonio.

Hasta aqui hemos visto á este niño señalado por el Cielo , exercitado en las virtudes , guardado en los peligros, autorizado con milagros , y favorecido con visiones ; pero ahora veremos , que aun en su infancia lo trata el Señor , como á los robustos , visitándolo con muy pesados trabajos.

A tanta pobreza reduxo Dios á sus Padres , que se sugetaron á poner una humilde tienda en la pla-

za

za contigua á la puerta del Templo del Real Convento de San Pablo; (que lo es de mi Religion) en ella vendian naranjas, y limones en unos cestos, tambien jabon, especeria, y frutas secas. Esta tienda fue la oficina, donde el supremo Artifice labró la pesadisima cruz de amarguras, oprobrios, y contradicciones, con que perseguido su Siervo habia de seguir á su Señor en espiritu de verdadera humildad. Esta fue la nube, que obscureció el esplendor de su sangre siendo conocido por el *hijo de la Vendedera.*

A los cinco años de su edad se halló Francisco sin Padre, y á los seis con un Padrastro de severísima condicion, que fue el Caliz lleno de hiel, que á todas horas inclinaba de la boca del hijo á la de la Madre, y de la de la Madre á la del hijo, dandoles á beber su agrura hasta las heces. Lloraba la Madre la desgracia del hijo, y crucificaba á el hijo la infelicidad de su Madre, que habia encontrado el tormento, donde como tan pobre buscó el amparo. Baste decir, que para ambos fue muy pesada la cruz de un palo, con que séveramente los castigaba. Entre estas espinas corria Francisco el camino de sus devotos exercicios, esmaltando con su mucha paciencia las demas virtudes, y predicacion, con que enseñaba á los de su edad: quando teniendola ya para el estudio de la lengua latina, le sugetó el Padrastro á aprender el oficio de Cordonero; sin poderlo inclinar á mejor dictamen los clamores de su afligida Madre, que tenia hecha promesa de entrar á su hijo en mi Religion. Permitió Dios le cupiese en suerte un Maestro, que era mas á proposito para Comitre; pues le corregia sus leves descuidos no con palabras sino con palos. El Discipulo aunque resignado estaba violento, y como el Maestro era súmamente impaciente llovian crueles tempestades sobre el Aprendiz, que mas que este pesado yugo sentia ver cortado el hilo de sus esperanzas de entrar en mi Religion.

Tenia Francisco todo su corazon no en el estudio de aquel oficio, sino en el de las virtudes. Martirizaban su corazon dos afectos, el de la resignacion para darse al trabajo, que se le mandaba, y el de la piedad, para no entender mas que en la Religion y culto de Dios. Vencia la obediencia, y en los dias festivos satisfacia sus buenos deseos, juntando muchachos en el campo, que llaman de San Anton, donde aprendia el oficio, y dándoles cruces de palos, en coros y como en procesion de penitencia iba rezando en alta voz el Rosario. ¡ O Lector ! ya vemos en esta bendita alma celestiales coros, que serán fuertes esquadrones bien ordenados contra el infierno.

Asi lo temió el Demonio, que observaba tan prodigiosas señales. Y conociendo este infernal enemigo la paciencia increible, con que Francisco sufria tantas crueldades, y su fervor en despertar la dormida devocion del Santisimo Rosario, temia que aqui se le iba criando un fuerte competidor : y se empeñó en perseguirlo. Sugeria al Maestro, á que con un palo quebrantase las fuerzas de tanto sufrimiento. Executabalo con inhumano rigor ; mas pareciendo poco á la diabólica rabia, con que el Demonio deseaba acabar con este Justo, y raerlo de la tierra de los vivientes, tomó él mismo el palo, y entrando en la atarazana se hizo presente á Francisco, y quiso embestirle ; mas no permitiendolo Dios por entonces paró el acometimiento en amago, y el asustado aprendiz, invocando los dulcisimos nombres de Jesus y Maria, salió de la atarazana con el cañamo liado al cuerpo, como es costumbre en aquel oficio.

Obligábalo el rigor del Maestro á entrar ; mas volvia á huir diciendo, que le esperaba el Demonio con un palo tras de la puerta ; y aqui cercaron las angustias su corazon ; porque si entraba en la casilla le esperaba con un palo el Demonio, y si huia le recibia con otro el Maestro, que todo lo atribuia á ficcion por no trabajar.

Asi

Asi lo traia la divina permision como pelota tirada con furor de una mano, y repelida de otra. Quiso Dios hacer en él una copia del paciente Job; y dió licencia al Demonio, para que pasase á la execucion.

Descargaba sobre él con irritado enojo cruelisimos golpes: lo vian tendido en el suelo, desfigurado el rostro, y sin mas voz que para invocar á Jesus y Maria con tan recios clamores que se enronquecia. Era tanto el ahogo, que no podia decir lo que le pasaba; pero con el dedo señalaba el lugar donde estaban los Demonios, y reparado algo decia: *saquenme de aqui, que Dios no me quiere en este oficio, porque yo he de ser Religioso.*

No habia llegado esta hora, y aprovechandose los Demonios de la divina permision, esforzaron mas su enemiga hostilidad. Otro Aprendiz contra el mandato del Maestro cogió una pera de un arbol, que alli habia, é hizo á Francisco reo de esta inobediencia. Disculpable debia ser este defecto en los pocos años de qualquiera de los Aprendices, que lo hubiera cometido; pero la rigidez del Maestro embistió á Francisco con un palo, y con tanta furia, que el inocente cayó desmayado y sin sentido. ¡O Francisco! ¡O Cordero entre las garras de un lobo, quien te mira sin ternura! ¡Qué obediencia tan costosa á un Padrastro, pero qué exemplar! pues elige primero morir, que dexar de obedecer. Castigó tambien al peral con una maldicion, y poblóse de Demonios. Recobrado Francisco volvió á caer en tierra con temor de la tal vista. Mas el Maestro firme en creer, que estos asombros eran engaños, repitió el castigo tan inhumano, que lo dexó aquel dia solo, y sin alimento amarrado á una Moreda, desde donde corria un cordel hasta el peral, y por él iba, y venia el Demonio en forma de un monstruoso gato, haciendo furiosos ademanes de arrojarse á él. No costó poco á los hijos del Maestro libertar á este inculpado

do preso, y traerlo á la casa. Hàllaronlo desecho en ternuras, cerrados los ojos, é invocando á Jesus y su Santisima Madre. Procuraron consolarlo, y tuvo por entonces fin el castigo; mas no quedó sin él el arbol; porque sabida despues la verdad, y que habia sido nido de Demonios, lo arrancaron de raíz, y lo quemaron.

Por mas de quatro años tuvo Dios á Francisco hecho espectaculo de paciencia entre asombros del Demonio y palos del tirano incredulo Maestro. Pasaba ya su edad de quince años, y se miraba en aquel potro de infinitos tormentos, apretando las cuerdas cada dia mas el Padrastro con sus rigores, el Maestro con sus impiedades, y el Demonio con sus persecuciones; pero la obediencia le tuvo en aquel sitio hecho un yunque de paciencia, sin haber hablado una mala palabra.

CAPITULO IV.

Sale del oficio para el estudio: pretende el Habito de N. P. Santo Domingo, y se lo niega el Real Convento de San Pablo, en que padeció mucho, y aun mas recibiendolo en el de Scala Cœli.

No desampara Dios á los suyos; con ellos está, y estuvo con Francisco en su tribulacion. Sacólo de ella para el estudio de la lengua latina por un medio maravilloso, que fue convertir la dureza del corazon del Maestro en una tierna compasion. Consideraba, como queda dicho, la repugnancia de Francisco á aquel oficio, su inclinacion á la virtud y estado religioso. Habló pues á la Madre, para que se le diese estudio, ofreciendo sus limosnas para ello, como lo executó. La dificultad estuvo en el Padrastro, que fue inexôrable para recibirlo en su casa; pero le ofreció su celda un Religioso del Convento de San Pablo, y vino á ella Francisco, despues de muy

exer-

exercitado, dejando al Maestro tan arrepentido, que se deshacia en sentidisimas lagrimas. Y el Siervo de Dios en toda su vida no le supo mas nombre que el de *Señor*. Asi le hablaba, y decia que sus castigos le habian hecho mucho provecho, de lo que vivió muy agradecido.

Diez y seis años tenia quando comenzó su estudio, señalándolo entre las demas virtudes la humildad, con que preguntaba á los menos habiles, y se complacia, en que le corrigiesen las planas de los exercicios latinos, sin que le avergonzasen los años y estatura corpulenta. Igualmente se complacia en los muchos oprobrios, que le decian algunos: y pretendiendo su menosprecio los provocaba diciendo: *todavia no me han dicho todo lo que podian decirme*, echando menos, que no lo afrentasen llamándole el hijo de la Vendedera.

Murio el Padrastro, y pasó Francisco á la casa de su Madre, cuya pobreza la obligó á otro exercício mas baxo que el de la tienda, que fue vender huevos por la Ciudad para alimentar y vestir á su hijo. Recompensaba éste el trabajo de su Madre con oficios de piedad, á saber: labándole los pies, haciéndole la cama, cuidando de su abrigo, y sobre todo reverenciándola, y obedeciéndola. Deseó tanto obedecer y honrar á su Madre, que dixo, quando renunció la Mitra de Cadiz: *»Yo no atribuyo la hon»ra de estos Obispados, sino á que quizá querrá Dios »premiarme con ella aquellos intensísimos deseos y gran»des conatos, que siempre tuve, por honrar á mi »Madre.»*

Bien instruido, y en breve tiempo en la lengua latina, quiso la Madre cumplir su promesa, y el hijo su deseo de entrar á servir á Dios en la Religion de Predicadores, á que se opuso el Prior del Real Convento de San Pablo por la baxeza de aquellos oficios, y tienda de su Madre. Fueron muchos los empeños é instancias á que lo recibiese; pero el

Prior fortalecido de un Padre Maestro enteramente se negó. Viendo Francisco cortado el hilo de su esperanza, lleno de amargura y lágrimas se lamentaba de su repulsa. En este estado pretendió su Madre entrarlo en el Convento de Nuestro Padre San Agustin, en donde, aprobadas sus informaciones, fue recibido de toda la Comunidad, y en el dia, en que habia de vestir aquel Santo Habito crecieron sus sentimientos por la propensa inclinacion que tenia á mi sagrado Orden: Entrando pues en la Capilla de Nuestra Señora del Rosario, como para despedirse, hizo oracion con lágrimas: y puesto en pie, no tenía mas respiracion que el llanto, ni sabía como despedirse de aquella clementísima Madre, en cuya casa dexaba todo su corazon. Volvió en fin á la suya lleno de amargura; y aconsejada su Madre del Religioso, que le habia recogido en su celda, lo dispuso éste de modo, que en la misma mañana pasó al Convento de Santo Domingo de Scala-cœli, una legua distante de Córdoba; cuyo Prior lo recibió benignamente, y ocultándolo con el mismo secreto, que fue enviado, pidió licencia al Provincial, y hechas las pruebas de su limpieza de sangre, le vistió el Habito la noche del dia 23 de Noviembre de 1662. En la misma noche lo envió al Convento de Jaen á tener el noviciado, previniendo asi lo que en efecto sucedió. Pues al dia siguiente sabedor el Prior del Convento de San Pablo que el de Scala-cœli le daba el Habito á Francisco, al punto envió Religiosos, que ó lo impidiesen, ó lo despojasen de él, si lo encontraban en el camino; pero en vano, porque el Novicio iba ya muy lexos de Córdoba.

Indignados el Prior y el Maestro escribieron al Provincial, representando el gran desdoro, que se seguia á la Religion, si en ella profesaba este Novicio. Pidio el Provincial las informaciones, y vistas, mandò corriese el año de su aprobacion. Respiró con esta noticia su alma creyéndose ya seguro; pero le du-

duró poco ; porque cerca de su profesion murio el Provincial , y perteneció el gobierno de la Provincia al Prior de San Pablo , el que sin dilacion mandó á el de Jaen despojase del Habito , y expeliese del Convento á Francisco de Posadas. No lo sacaba Dios de una tribulacion , quando lo ponia en otra; mas ninguna como esta ; ¡ O Francisco ! ¿ Que harás con caliz de tanta amargura ? Beber , enmudecer , y esperar , como dixo á su Confesor , con estas palabras : *»esta noticia y órden superior de que »me quitasen el Habito me puso muy lloroso , pero no »sin esperanza. No tuve otro decir , que llorar mi»rándome con verguenza á mi mismo."* A quien no llenará de admiracion lo heroico de esta esperanza y paciencia.

Mucho sintió el Convento de Jaen el decreto del Vicario General , por lo que todos amaban á el inocente Novicio. Juntó el Prelado la Consulta , y resolvieron responder al Vicario General : que sin perjuicio de la obediencia se mantendrian muy firmes en no expeler al Novicio por las razones , que le representaban. Y como á tan fuerte resolucion se llegaba el tiempo , en que habia de hacer su santa voluntad aquel Señor , en cuya mano están los humanos corazones , inclinó el del Vicario General á mandar que profesase el Novicio.

CAPITULO V.

Celebra su profesion solemne en el Convento de Jaen: vuelve al de Scala-cœli , y es nuevamente perseguido: pasa al de San Lucar de Barrameda , y lo llama Dios á vida mas estrecha y virtud mas alta.

Llegó el dia deseado 25 de Noviembre de 1663, que fue para Francisco el mas gustoso y sereno despues de tan amargas tempestades , y en él hizo su profesion solemne por hijo del Convento de Scala-

cœ-

cœli. Celebrada, le mandó la obediencia volver á su propio Convento, pero el Vicario General sentido como otro Esaú, de que este Jacob ya su hermano hubiese logrado su propia y preciosa vestidura, y con ella su mayor fortuna, librándolo de su poder una intempestiva fuga: lo qual daba á entender una especie de injuria obrada con engaño: no sabiendo, que aqui Dios metia su mano, ni acertando á deponer su primer dictamén, que siempre juzgó prudente le esperó no vengativo, sino á su parecer zeloso del honor de su Santo Habito, y mandó al Prior de Scala-cœli que Fray Francisco de Posadas por ningun caso entrase en Córdoba; creyendo perderia mucho la Religion, viendo con el Habito á un hijo de padres tan humildes por su oficio.

Muy maravillosa fue aqui su humildad y paciencia. Mirabanlo en su Convento como indigno del Habito, que vestía, y andaba avergonzado, huyendo de los Religiosos por no mortificarlos con su presencia. Padecia una grande apretura de espíritu, sin saber que martirio era este; pero siempre resignado y sufrido, sin respirar alguna quexa, ni sentir el mas leve movimiento de ira contra el que le negaba la entrada en la Ciudad; ¡O que espíritu puede ser este sino el que queria Jesu-Christo en sus Apóstoles, quando deseaban baxáse fuego del Cielo para consumir á los que no dexaron entrar á su Magestad en Samária.¡ (4) No fue poca esta pena, considerando el desconsuelo de su Madre. Entre estas mortificaciones pasó gran parte de aquel año, hasta que el nuevo Provincial lo asignó al Real Convento de San Pablo, para que se diese al estudio, pero el Prior, que tantas contradicciones le habia hecho, empeñado en otra nueva, pudo recoger este despacho, y conseguir otro del Provincial para el Convento de San Lucar de Barraméda, para arrojarlo de la patria adonde no fuese conocido. ¡*O* (exclamó, quando se vió obligado por la obediencia á referir

esto:

esto) *cómo siento el tiempo , que perdí en tiempo de tantas espinas donde pude coger muchos frutos !*

Siempre tuvo este humildísimo Varon su vida por la mas infame. *En San Lucar* (son palabras del mismo Venerable Padre) *corrí con los estudios donde hallé Padres graves , que me amparasen , pues salido, como pelota tirada de unas manos , hizo Dios que me recibiesen otras con mas benignidad , que merecia mi infame proceder. Me llamó el Senor por medio de un Ministro suyo en su predicacion , y me puso de manera su bondad , que anduve algun tiempo dando gemidos por el Convento , y los retiros donde me escondia. Empezé con algunos cilicios , y disciplinas de sangre. Dediquéme el tiempo que allí estuve á dar la comida á los pobres de la Porteria , en que se me deshacian las entrañas sorbiendome algunas veces las lágrimas , que corrian.* Tan poderoso fue este llamamiento , que confesándolo asi el Siervo de Dios se deshacia en sentimientos al fin de sus años , pareciéndole como tan humilde que no le habia correspondido como él pedia.

CAPITULO VI.

Celebra en Córdoba su primera Misa : vuelve á San Lucar donde comienza su predicacion Apostólica : restitúyese á Córdoba , y se despierta la contradiccion ya dormida.

Recibió el Siervo de Dios la alta dignidad del Sacerdocio con tan profunda humildad , y la miró siempre con tanta veneracion , que ya lleno de años , y virtudes decia : que á no hallarse en tal estado no se atrevería á subir á él. Celebró pues su primera Misa (pasando á Córdoba desde San Lucar) en el altar , y templo de Nuestra Señora de la Fuen-Santa, segun lo habia ofrecido su Madre. Volviendose despues al Convento de San Lucar , le mandó el Prelado predicar un sermon , y se vió esta ardiente luz, has-

hasta ahora oculta, puesta ya sobre el candelero comenzando á girar rayos de celestial doctrina con espíritu tan compasivo, que causó espanto, y no sin fruto. Prosiguio la predicacion con mas freqüencia, que la que correspondia á sus años; y fue de admirar la mocion que hizo en aquel pueblo con estos sus primeros sermones.

De uno de ellos salió una muger que vestía profanamente con tanto desengaño, que entró en su casa arrojando al suelo su profana ropa diciendo: quien ha oido á este Santo no puede obrar de otra manera. Podia, porque era libre, mas no pudo resistir á la fuerza de la divina gracia por medio de tan santa predicacion. Esta muger parece fue la primera, que qual otra Marcela, levantó la voz, celebrando la doctrina de este nuevo Predicador, y llamandole *Santo.*

Mas el espíritu de Dios, que hasta ahora habia llevado y traido á su Siervo por caminos de tanta mortificacion, dispuso se restituyese á su Patria; pero antes que él habia llegado á Córdoba la fama de su buen nombre, y olor de su virtud y apostólica predicacion. Deseó oirlo el Prior, que entonces era del Real Convento de San Pablo, y le encomendó un Sermon; pero como éste habia de ser la reseña de las poderosas armas, con que habia de batallar contra los vicios, en que tanto habia de perder el Demonio, sugirió á los Religiosos, para que unánimes dixesen: quemarian el púlpito si se ponia en él Fray Francisco de Posadas. Llamólo el Prior, y le dixo: descuidase el sermon, porque sus hermanos no lo querian en el pulpito donde se ponian ellos. Dando cuenta á su Confesor de esta oposicion dixo: *si lo dixeran por mis pecados, dixeran bien, que eso merecian mis obras.* Fue tan prudente el Prelado, que me mandó no predicáse; hícelo asi, y quedé gustoso aunque mortificado, porque el amor propio tuvo sus impulsos.

No escandalize al Lector tan perniciosa cizaña, sembrada entre tan escogidas espigas, que aun mucho mas hace el enemigo con los evangelicos Labradores, quando Dios se lo permite, como lo hizo para perseguir al pacientísimo Job, apareciendo entre los Angeles del Cielo. Todo lo perdió junto á poco tiempo, poniendo Dios fin á su permision, sacando de entre las espinas admirables frutos, y dando los Religiosos opuestos gozo á los Angeles con su arrepentimiento, teniendo á gran fortuna verlo, y oirlo en su púlpito. Hízole para todos amabilisimo su profunda humildad con el conjunto de sus prendas naturales, lleno de virtudes, y espíritu ciertamente de Dios. De los que habia sido persegido fue mas venerado, y entre ellos sobresalió aquel Maestro, que se opuso á su Habito y profesion. Era sugeto de muchas canas y de tan relevante sabiduria, que descollaba entre los mas literatos de su siglo, como Saul entre los de su pueblo. Oyéndole pues un dia predicar, fue poseido de tan penitentes sentimientos, que con muchas lágrimas, oyéndolo los Religiosos y Seglares dixo: *tu eres el que yo persegui con mi sacrílega lengua.* Esperóse enmedio del Convento, y á presencia de todos lo abrazó, derramando sobre él afectuosas lágrimas y ternuras. No bastó la humildad de Francisco á impedir que este respetable anciano le besase la mano como un hijo á su Padre: lo trató siempre con imponderable amor: le acompañó en sus misiones por la Ciudad, poniéndose al pie del sitio donde predicaba, y como tan docto entró en parte de estas evangélicas taréas.

CA-

CAPITULO VII.

Retírase á su Convento de Scala-cœli : es llamado al ministerio Apostólico : pónelo la obediencia en el Hospicio, donde lo espera un Angel.

Entre las llamas de la comenzada predicacion ardian en Francisco dos poderosos afectos, que eran el zelo de la conversion de las almas, y el de la seguridad de la suya en el retiró. Eligiendo lo mejor, se dexó en Dios, y en la dispocicion de los Prelados, y voló como ave al nido de su Convento de Scala-cœli. Alli ajustó su penitente vida á la rigorosa observancia de su profesion, copiando en su alma las virtudes de su bendito Patriarca.

No queria Dios á su Siervo en aquel destierro, como ni en la cueva á Elias. Por lo que informado el Provincial, conoció seria muy del servicio de Dios morase en el Hospicio de Scala-cœli, (que está inmediato á una puerta de la Ciudad, que llaman del Rincon) y que alli libre de las precisas asistencias de Comunidad, se entregáse todo al pulpito y confesonario, entendiendo solamente en el bien de las almas sin otro cuidado. Tomó esta importante resolucion, y dado su despacho se puso en execucion.

Asi enviado por la obediencia, baxó como otro Moyses del monte á zelar la honra de Dios, intimando la observancia de la divina ley : y en esta ocasion le manifestó el Señor su santa voluntad, que referiré aqui con sns mismas palabras : *al entrar por la Iglesia de la Hospederia levanté los ojos al Cielo, y vi sin imagen á lo que me pareció un Angel con una cruz oyendo sin voz esta voz : Francisco esta será tu cruz.* "Fue esta vision y voz tal, que se me que- "dó en el alma de manera que la tengo hoy tan "presente, como el dia primero en que la sentí : y "en muchas ocasiones, que como flaco he querido

"huir

»huir como del remo, se me ha representado la mis-
»ma Cruz con su voz y sonido; pues en cierta oca-
»sion que salí con determinacion fixa de pedir á
»mi Padre Provincial me sacàse del Hospicio, en me-
»dio de la calle salióme á mi parecer al encuentro
»la Cruz y su voz, como á impedir los pasos á mi
»parecer cuerdos, mas al de Dios locos. Entré pues
»en el Convento, y volvió mi duda, con que me
»arrojé al Prelado, y para mas obligarle (no cre-
»yendo por entonces la vision ni la voz) le dixe,
»que me quitase del Hospicio; porque estaba pade-
»ciendo muchas tentaciones de sobervia y luxuria, y
»que no queria perderme; á que me respondió, que
»me quedase, y para que me aquietase me puso obe-
»diencia, con que me entré con mas animo al exer-
»cicio."

Tan pesada habia de ser esta Cruz, que para alentarlo se la previene Dios por medio de un Angel, como lo hizo por medio de otro con una granada coronada de una Cruz con San Juan de Dios diciendole: *Juan, Granada será tu Cruz.* Sacó la cara el Demonio en el combate de sus tentaciones, proponiéndole los peligros, y en ellos su perdicion, si no dexaba la Cruz. Pudo inclinarlo, pero no vencerlo; porque la misma Cruz con la voz lo confortaban y detenian.

CAPITULO VIII.

Da principio á su predicacion, y se recogen muchas almas: suscita el Demonio nueva persecucion contra él, y lo quita el Prelado del Hospicio.

Es la Reyna de los Angeles la celestial directora de los Evangelistas, en cuyo obsequio dió Francisco sus primeros pasos en aquella misma noche, en que entró en su Hospicio, llamando con la campana á los fieles para rezarle el Rosario: lo que continuó

 hasta

hasta morir. A los veinte y nueve años de su edad se vió este astro Dominicano lucir con su doctrina en la plaza de Córdoba. Fue tan favorecida de Dios la sementera de este evangélico labrador, que nada medió entre sembrar el grano, y coger el fruto, pues como fue notorio, y el mismo confesó: *"fue mucho el concurso de confesiones generales, para entrar en vida devota: tanto que para abiarlos, no solo me valia de la tarde y mañana, sino de la noche, en que algunas veces de cansado se me paraban las potencias."* Eran estas estonces muy robustas, pero aun no bastantes: como no lo fueron las del Apostol San Pedro, quando lleno de espanto vió tan cargadas sus redes. Aqui comenzó á verificarse un estraño y misterioso sueño que antes habia tenido, en que con su boca no dexaba de sacar peces del rio.

Todos los dias se aumentaba el número de los penitentes, y de ellos se compuso una crecida familia, que gobernaba este Padre espiritual, inflamándolos su espíritu, y moviéndolos su exemplo. Los exercicios, que con ellos tuvo siempre entrada la noche en la Iglesia eran rezar el Rosario, una hora de oracion, y disciplina tres dias en la semana. Luego los llevaba al jardin ó huerto que llamaba *el buen retiro*. Aqui eran sus espirituales conferencias, donde los encendia en amor á las virtudes. Querian mas tiempo de oracion los aprovechados, y les respondia: *"que alli se ponia un plato comun á todos, sin ser fastidioso á ninguno."* Que como tan discreto nunca dió á los flacos el pan de los fuertes, y siempre acomodó el peso á las fuerzas de cada uno. En las tardes de los dias festivos manifestaba á Nro. Sr. Sacramentado, predicaba una platica, leíales un libro espiritual con ternísimos afectos, y asistiendo algunos con instrumentos músicos cantaban devotos versos, y recogidos todos parecia estar en la gloria. En las necesidades públicas ordenaba precesiones de penitencia, á que asistía una grade multitud de hom-

bres,

bres, niños, y mugeres con pesadas Cruzes y otros instrumentos de rigorosa mortificacion, con que salian por la Ciudad cantando el Rosario y Letania de Maria Santísima.

Desde luego fueron tan provechosos estos exercicios, que admiró al Siervo de Dios ver á sus principiantes hijos tan devotos, que parecia no andar sino correr, y como tan humilde se juzgaba atrasado, y asi hablando de ellos decia: *»en estos exercicios »se aprovecharon muchos harto mas que yo: pues me »confundian viéndolos tan fervorosos.»* ¡O humildad! Tu eres la luz con que Francisco via el aprovechamiento ageno, y con que cegaba para no ver el propio: si los hijos corrian, él volaba, y yendo delante se juzgaba atras. En ellos ve no sus defectos sino sus virtudes, y en sí mismo no halla adelantamientos sino atrasos.

Muy provechosa pero muy pesada le fue la Cruz, con que lo previno el Angel, bastára para serlo el inmenso trabajo de toda su vida; pero á no ser tan fuerte su espíritu la hicieran pesadísima las grandes mortificaciones, con que permitiéndolo Dios, lo exercitaron los estraños, y aun los propios. Fue, y es muy pobre el Convento de Scala-cœli, cuya manutencion pende de las limosnas, que se reciben en el Hospicio. Con ellas de órden del Prelado hacía el Siervo de Dios las diarias provisiones para el alimento de los Religiosos, y como no siempre los socorros alcanzaban á lo que se le pedia, padecian ellos la necesidad, y el Siervo de Dios pagaba la culpa, que no tenia: como no la tuvo Moyses (5) de que su Magestad exercitase á los Israelitas con la falta de pan en el desierto.

Las mortificaciones continuas, que con este motivo padeció, son mas de las que se pueden imaginar. Y asi, como el Convento está sobre un monte de la sierra, y el Hospicio á la salida de la Ciudad casi á la falda; solía este bendito Padre decir en su

tri-

tribulacion : *»Yo soy el Jacob al pie de la escala »donde dan las piedras, que ruedan del monte.»*

Entre estas y otras espinas mortificado, y entre las flores fructuosas de su predicacion gozoso andaba el Siervo de Dios; quando en una ocasion considerando el continuo trabajo, que tenia, y el copioso fruto, que experimentaba, dixo: *»no trocára yo las »casas del Hospicio por una Mitra.»* No faltó Religioso, que no entendiendo el sentido de tan loable maxîma, y atribuyendo á codicia lo que era santo zelo, impuso al Prelado en que era mucho lo que á Fray Francisco de Posadas valia su predicacion, y morada en el Hospicio con los grandes concursos, que le seguian, y amor con que le miraban; y que era tanto, que él mismo decia: no dejaria el Hospicio por una Mitra. Llamóle el Preladó, y díxole: que se concertára, dando cada mes al Convento la cantidad que ajustasen; y el Siervo de Dios con mucha reverencia respondió: *»en materia de concierto »no puedo ofrecer nada: daré la limosna, que caye- »re, y Dios enviáre, como lo hago sin la voz de »concierto.»* En vista de esto el Prior le mandó que se fuese al Convento. Obedeció, y se derramó por la Ciudad la voz de que lo habian quitado del Hospicio, porque robaba para sustentar á su Madre. Sufrió Francisco esta impostura, sin hablar palabra, imitando á Christo, que enmudeció quando lo acusaron (6) de haber dicho, que podia destruir el templo, y reedificarlo en tres dias: proposicion que habló en un sentido y tomaron en otro.

A este exercicio añadió la obediencia el que sirviese á la Sacristia; y el Demonio no contento con haber logrado el tiro de arrojarlo de la Ciudad, donde ganaba tantas almas, trató de la perdicion de la suya, sugiriéndole fuertemente, á que se excusase con el motivo de que no seria fiel en la Sacristia el que no lo habia sido en el Hospicio. Aqui á un mismo tiempo se juntaron mandato, tentacion, y obedien-

cia;

cia ; pero lo socorrió Dios para que añadiese la obediencia á la mortificacion.

CAPITULO IX.

Saca Dios á su Siervo del Convento : envíalo á una mision , y el Prior lo vuelve á poner en su Hospicio.

Como el Señor no queria á su Siervo en el desierto , presto lo sacó de él quando menos lo pensaba; porque habiendo enfermado un Religioso del Convento de San Pablo , á tiempo que habia de ir á predicar al Almaden á los forzados de la mina del azogue , y de alli á la Villa de Chillón , hablando en el Convento de Scala-cœli de este caso , y discurriendo sobre quien iría á esta mision , oyó el Siervo de Dios esta voz : *tu irás á esta mision.* Túvolo por tentacion , y comenzó á huir : mas no se pudo negar porque al otro dia su Prior de órden y á peticion del de San Pablo le mandó ir. Tomó el camino : y con solo un libro , y á pie , con mucha prisa (porque la Quaresma instaba) llegó al Almaden.

Comenzó la mision á los forzados con mucho consuelo de su alma ; porque encontró enmedio de tantas miserias y trabajos, tantas misericordias , como Dios usó entre aquellas cadenas. Redúxolos á verdadera penitencia , y los confesó á todos generalmente. Pero lo singular en esta mision fue , que entre aquellos forzados tenia el Señor prevenido uno , que le predicáse á él ; cuyo suceso referiré con sus mismas palabras : *»entre ellos topé á uno que me llenó »de confusion ; porque estando entre tantas ocasiones, »no le hallé en quatro años que tenia de forzado de»liberada ni una impaciencia , y en las demas culpas, »frutos de nuestra miseria no encontré materia gra»ve. Admiréme , y preguntéle la causa porque esta»ba en la mina ; á que me respondió : que le habian*

»le

"levantado un falso testimonio de cosa, que no habia "hecho, y que recibió la sentencia con humildad; don"de conocia que lo ayudaba Dios para portarse lim"pio entre aquellas penas, no dexándolo su Magestad "en aquellas prisiones para que cayese. Volvíme á mi "mirando lo que no digo á vista de tan dichoso sen"tenciado." Considere el Lector, qué afectos no levantaria este suceso en el alma del enviado de Dios á esta mision, en tiempo que padecia un falso testimonio.

De la mina pasó á la Villa de Chillón, regando el campo de las almas esta fecunda nube con copiosas lluvias de celestial doctrina en el templo de Religiosas de mi sagrado Orden: y fue tanta la conmocion de aquel pueblo, que no cabiendo la gente en la Iglesia, sacaron el pulpito, sin saberlo él, á la plaza donde caía el mirador de las Religiosas. En este lugar predicó todos los sermones de aquella Quaresma, cuyo fruto fue una general reforma de costumbres, á que le ayudó la Reyna de los Angeles, como lo acredita el suceso de una Muger amancebada de tres años, que freqüentaba la Sagrada Comunion, callando el pecado en sus confesiones sacrílegas. Tomó la devocion del Rosario, que siempre intimaba en sus sermones el Siervo de Dios, y á los dos dias dormida vio á Nuestra Señora, que amorosa le decia: ¿Por qué no te confiesas bien? despertó con llanto, mas no con resolucion por su mucha vergüenza. A la siguiente noche repitió su vision la Madre de Misericordia, diciendole con algun enojo. ¿cómo no acabas de confesarte? Confiesa con Posadas. Despertó del sueño y de su culpa. Fue al Siervo de Dios muy arrepentida, y con muchas lágrimas hizo su confesion.

"*Con estas maravillas* (asi se explicó el Siervo "de Dios refiriendo á su Confesor los sucesos de esta "mision) *que iba tocando de la divina clemencia me "entregué tanto á las almas en aquel pueblo, que por "tar-*

„tarde y mañana no me apartaba del confesonario, vien-„do las ansias, con que me seguian: siendo muchas las „confesiones generales, que hice, sin tener mas lu-„gar que para la Misa, y oficio divino. Quando algu-„na vez miraba estas obras de Dios entre las mias, „y como el Señor tomaba un tizon denegrido para dar „luz á las almas, me volvia avergonzado, y con des-„aliento miraba mi indignidad, mas no su clemencia, „que para bien de sus almas, toma lo que quiere. ¡O „mil veces bendito el que toma lodo en las manos pa-„ra formar imagenes suyas!"

CAPITULO X.

Predicacion inflamada del Siervo de Dios en Córdoba.

Acabada la mision de Chillón volvió á Córdoba, donde todos los dias festivos predicaba muchas veces en las plazas y lugares públicos, sin olvidar á los presos de la carcel Real, ni á las Religiosas en sus Monasterios: buscando su mucha caridad á los que no lo podian buscar. Asi daba varias vueltas á la Ciudad como el alma santa llena de amor; y fueron muchas las tardes, en que se le contaron hasta ocho sermones. La plaza que mas freqüentó, fue la de San Salvador, como lo profetizó en los ensayos de su niñez donde enseñó la doctrina, y misterios de nuestra santa fe á la mucha gente del campo, que alli concurre. Con razon admiró á todos que el maná celestial de esta doctrina, por ser con tanta freqüencia, no solo no se hizo fastidioso, antes si crecian todos los dias los concursos.

Prudente su Confesor le mandó suspendiese la predicacion por algun tiempo, para que la hambre del pan de la doctrina, la hiciese mas provechosa; pero viendo, que llorosos los seglares le clamaban prosiguiese, retrató su dictamen: admirando que los que juzgaba fastidiados de su doctrina la buscaban

ham-

hambrientos ; en cuya vista la humildad del Siervo de Dios lo llenaba de sentidas lágrimas , al verse escogido instrumento de las divinas misericordias. Unas y otras lágrimas eran de Dios , ¿ cómo pues no habia de ser copioso el fruto con este celestial riego ?

Hasta la última Quaresma , en que predicó por la tarde , quedaban muchos desde la mañana en la Iglesia para asegurar lugar donde oirlo, sin cuidar del alimento del cuerpo , por procurar el del alma. Era de admirar ver desde las doce del dia llenas las calles de muchos , que apresurados caminaban á coger lugar. El imán de su celestial doctrina atraía dulcemente á los Inquisidores Apostólicos , Prebendados de la Santa Iglesia , Caballeros , y hasta los mas graves Maestros , y Predicadores insignes de las sagradas Religiones. Ennoblecieron tambien sus concursos los Señores Obispos. El Eminentísimo Señor Cardenal Don Fray Pedro Salazar Obispo de Córdoba no contento con oirlo en nuestra Tribuna , asistió en público á los sermones , que á peticion suya predicó de San Felipe Neri en el Oratorio de su Congregacion. Al Ilustrísimo Señor Don Fray Juan de Bonilla (que acompañó en una mision al Siervo de Dios) costó mucho trabajo vencer las dificultades de la apretura de sus obejas , para ocupar la silla prevenida por mi Convento frente del púlpito , donde oyendo al Siervo de Dios no pudo contener las lágrimas , que corrian por sus venerables mexillas.

Esta continuada predicacion duró algo mas de treinta años , cumplidos los sesenta de su edad , en que ya quebrantada su salud , aunque predicaba mucho, no era tanto , y aun al fin de sus años estando casi valdado , le hacian un tablado junto á el Altar de su Iglesia , y llenaba á todos de devocion mas con sus lágrimas , y tiernos sollozos , que con su voz. Lo dotó el Señor de todas las prendas naturales que conducen al ministerio de la predicacion. Dióle un entendimiento muy claro y vivo , una prodigiosa luz

y discrecion, con que elegía y proporcionaba los asuntos á la calidad de los auditorios, una voz alta y permanente, agradable y señora, que con amable dulzura penetraba los corazones, oyendolo los que no cabiendo en los templos quedaban en sus atrios, y calles.

Asi le sucedió predicando una tarde en la Plaza de la Corredera: pues difundió Dios su voz milagrosamente á una Religiosa, que con otras estaba en el mirador de su Convento muy distante, y ella sola oyó distintamente todo el sermon, porque ella solamente tenia grave necesidad. Baxó del mirador hecha un mar de lágrimas, confesó al dia siguiente con Siervo de Dios, y hasta morir fue el exemplo de su Comunidad.

Crióle Dios naturalmente retorico, y asi hacia elegante su estilo la propiedad de voces, frases, sentencias y figuras, sin deber nada de esto á el estudio: y causaba espanto á los mas doctos ver que, conciliando lo retorico con lo claro, daba á beber la doctrina al mas rudo. Sirven para el ministerio estos dones de la naturaleza, quando los eleva la divina gracia, y mereció Francisco hallarse antes de predicar muy elevado por muy dispuesto: »*muchas veces* (decia á su Confesor) *al estudiar los sermones me movia á llanto y arrepentimiento de mis culpas con los mismos discursos, que hacía para los pecadores: dándome el Señor con su Bondad aun antes de la predicacion el no debido premio. Bendita sea tal liberalidad. Amen. Con este llanto le pedia á Dios me concediese morir en el púlpito; aunque, templada aquella inflamacion, me retiraba de lo pedido, dejándome en Dios.*" ¡O Lector, qué llorosa penitencia! ¡Que zelosa caridad! ¡Que gratitud tan afectuosa! ¡Que humildad tan profunda! ¡Que resignacion tan santa! ¡Que inflamacion tan ardiente! Si se dispone con tantas lágrimas en su retiro, como no las ha de causar en su auditorio, como dice San

Prospero; si tan inflamado iba al púlpito, ¡qué centellas no arrojaría este fuego! ¡Que truenos no despediría esta nube! Las palabras de Dios en su boca eran espada de dos puntas: (7) con la una se heria á sí mismo, y con la otra á los oyentes; y por eso hería á los otros, porque él iba herido. Notóse como cosa singular, que siendo muy ruidoso el susurro de los crecidos concursos, al verlo en el púlpito quedaba todo en repentino silencio; y huvo vez que se tuvo por milagro, porque siendo general y continua la tos por padecerse epidemia de catarros, luego que se subió al púlpito cesó enteramente el estruendo, y acabado el Sermon, se repitió con mas fuerza.

Era en su trato tan agradable, y humilde, que se portaba con todos como inferior á cada uno; pero en el púlpito se via como transformado en otro, y endiosado con tanta magestad, que dominaba con superioridad á todos; y quando se enardecia en el zelo de la honra de Dios, era su voz un trueno, que hacía temblar. Ocasion hubo en que Religiosos graves, Corregidor de la Ciudad, y Nobles, que le oian en la Tribuna, se estremecieron é inclinaron, baxando la cabeza, como para esconderse, y no pudiendo hacerlo, taparon los rostros con sus manos, como Moyses (8) oyendo á un Angel transformado en Dios entre celestiales inflamaciones. A estos rayos se seguia inmediatamente el dulcísimo rocio de la divina misericordia, con que los llamaba á todos. Muy pocas veces aterró con rigores; porque fue instrumento escogido para intimár la misericordia de Dios: llenando de compuncion las almas, y sacando agua hasta de las mas duras piedras. De aqui corrian como sedientos ciervos á las fuentes del Salvador, volando unos al desierto, otros al claustro, otros al retiro en vida estrecha, é innumerables á descargar el peso de sus culpas en confesion general, mejorando de vida.

Los varones mas doctos de las Sagradas Religio-

nes

nes sobre muy movidos quedaban pasmados; oyendo esta predicacion, y siempre la elogiaron, diciendo: que el Siervo de Dios era un San Juan Chrisóstomo, que asi predicaria San Vicente Ferrer, que aquella doctrina era del cielo, que predicaba dictado del Espíritu Santo, que aquello no se aprendia en los libros. Asi se explicaban; y muchos de ellos lo eligieron por Director de sus conciencias con grande aprovechamiento de sus almas.

Excederíamos los límites de un compendio, si hubieramos de decir la confusion provechosa y devota ternura con que todas las Comunidades de las Religiones le oyeron varias veces predicar en el dia de mi Santo Patriarca: haciendo tales reflexiones sobre el instituto de todos los gloriosos Patriarcas, que no se podian oir sin lágrimas. Esto es, decian, predicar, esto es enseñarnos nuestra obligacion, y ministerio. Se despedian con los ojos baxos, muchos llorosos, y todos en silencio. Asi volvian á sus Conventos y entrando cierta Comunidad en su claustro, se desahogaron todos con gemidos, y llantos, en que se señalaron los Cathedraticos, que iban con la resolucion de renunciar sus Cathedras, y retirarse al Convento de la mayor estrechez. Logró esta ocasion un Venerable anciano de muchas letras, y mas virtudes, y levantando la voz dixo: Padres, ved aqui lo que muchas veces les he aconsejado: Esto es predicar; y de este modo se predica.

Subian de su alma las ardientes inflamaciones de amor al rostro, poniéndolo repentinamente encendido, transformado, y en su ancianidad terso, liso, sin ruga, y el cerquillo erizado, causando espanto verlo tan mozo. Los años y achaques tenian ya muy agravado su cuerpo; pero llevado este de los amantes impulsos del espíritu, se movia con increible ligereza: temiéndose muchas veces, que saliéndose del púlpito, quedáse suspenso en el aire, y descendiese sobre el auditorio. Quando el púlpito no tenia puerta, lo

lo vieron elevado, sin tocar con los pies en la peana. Dabale esta agilidad la fuerza del amor, que lo dexaba endiosado, y solian oirle una lengua como nueva y peregrina, en lo mismo, que ni era nuevo, ni peregrino para los que le oian: como en una ocasion, en que sin decir mas que la letra del Evangelio, consideró los pasos del hijo prodigo para acercarse á el Padre, y los del amor del Padre para recibir al hijo. Fueron sus explicaciones tan amorosas, sus reflexîones tan vivas, y sus voces tan nuevas, que no habiendo dicho mas de lo que sabian los literatos, que le oian, salieron de la Tribuna embelesados, y mudos; conociendo cada uno en lo que interiormente sentia, quan poderosa era la palabra de Dios en los labios de su evangelico, y escogido Predicador.

En esta predicacion se vió muy de ordinario, que el zelo de su amor destilaba por los ojos su corazon derretido en ternísimas lágrimas, quando consideraba á Dios ofendido, ó á el alma en desgracia suya. Ni podia predicar sin llanto del amor divino, de su misericordia y paciencia en esperar á los pecadores. Ahogabanlo sus vivos sentimientos, y creciendo la ternura no podia proseguir, conque se suspendia, y suspendia á todos, obrando Dios en las almas los maravillosos efectos, que publicaban los llantos silenciosos y dulces. Hacíase fuerza para proseguir, aunque muchas veces no lo pudo hacer en no poco tiempo. En una ocasion predicando de San Felipe Neri, fueron tan impetuosas y permanentes sus muchas lágrimas, que siendo imposible templar su incendio, y moderar su llanto, baxó del púlpito, dexando mediado el Sermon, y á el auditorio anegado en ternuras: Hallóse presente el Eminentísimo Señor Salazar, que le habia encomendado aquel Sermon, y viéndolo despues le dixo: Vuesa Paternidad no me ha predicado mas que la mitad del Sermon, y será razon me predique la otra mitad el año que viene.

Del

Del incendio de su alma salian los afectos como rayos, y las voces como luces. Predicando en la plaza de San Salvador, le vieron con un rayo de clarísima luz, que de la frente baxaba á la boca, y que pasó esta luz á ser Sol. Inumerables veces le vieron en su predicacion el rostro sumamente hermoso, y resplandeciente. Quando las tardes del Viernes Santo salia todos los años con una muy crecida multitud por el campo de la Merced á andar la Via-Sacra, predicaba la pasion de Christo, y salian á arroyos las lagrimas del Predicador, y las de los oyentes. En una de estas tardes, hablando del amor con que Christo padeció en la Cruz se le inmutó de repente el rostro, dexándose ver con peregrina hermosura, y soberano resplandor. Mudóse tambien su voz natural en otra tan amante y dulce, que no parecia cosa natural.

CAPITULO XI.

Persecuciones del Demonio empeñado en desacreditar la predicacion del Siervo de Dios, y apartarlo de ella.

Hizo quanto pudo el Principe de las tinieblas enemigo de la luz por infamar la predicacion de Francisco, mas no pudo obscurecer la brillante luz de este Evangélico Ministro: á quien viendo en el Confesonario deshacer sus enrredos, amenazó muchas veces diciendole: que se lo habia de pagar. En efecto sugirió á un Herege, (descubierto en sus errores por un Varon docto) que se disculpase, diciendo: que aquella doctrina la habia creido, por habersela enseñado el Padre Posadas, lo qual daria firmado de su puño y nombre; pero al executarlo, entró su mano el Señor, y dexando caer la pluma dixo: no quiera Dios, que por mi padezca un Varon tan Santo: yo no lo conozco, ni lo he visto, tomé su nombre por

si

si su mucha opinion disculpaba mi yerro.

Un dia víspera de mi glorioso Patriarca, en que habia de predicar, dixo á su Confesor: » *Padre, qué maraña estará urdiendo el Demonio contra mí, que á tal persona* (era una Sierva de Dios hija suya espíritual) » *á quien persigue en gran manera, le ha dicho con rabioso enfado, y maldita saña: no te dé cuidado porque tu Padre me lo pagará. A mí no me dá cuidado de él porque es un perro atado y solo puede hacer lo que Dios le permitiere.*" No obstante como sabía por experiencia que á las amenazas de este infernal enemigo solía seguirse alguna persecucion, aunque como fuerte la despreciaba, como prudente se prevenia dexandose todo en Dios.

Predicó al dia siguiente de mi Santo Patriarca, y el Señor que permitió hallase su tentacion Judas, donde quedaron endiosados los demas Apóstoles con la mas sana doctrina y mayor exemplo de su divino Maestro, permitió tambien ahora que saliendo de este Sermon de su Siervo todas las Religiosas Comunidades llenas de compuncion llorosa, pusiese la diabólica astucia en el corazon de un Eclesiástico un no creible pensamiento, y que puso por obra derramando lo voz, de que el Padre Posadas habia predicado una falsa doctrina, por lo qual habia de delatarlo al Sto. Tribunal de la fé. Los hombres doctos propios y estraños, que se habian hallado presentes á el Sermon, oian esta voz con desprecio; pero del vulgo (que no entiende, y solo sabe figurar y desfigurar las cosas, disminuyendo unas, y aumentando otras) unos lo lloraban ya delatado, y aun algunos otros preso. Padre, le dixeron ciertos Cavalleros: que hace Vuesa Reverencia en su retiro, salga por esas calles, para que vean todos ser falso que le haya preso el Santo Tribunal; á que con mucha paz interior respondió: *Lo haré quando se me ofresca á que salir.* O ¡Lector! al que en todos tiempos, y en las horas mas incómodas de dia y noche sacaba de su quie-

quietud el zelo de la honra de Dios, y de los proximos, que debieron á su grande caridad y discrecion la conservacion de su crédito, sancándolos de la culpa sin lesion de su fama; ahora que la suya se ve en tanto peligro, dice: que saldrá del Convento quando se le ofresca á qué. No buscaba su honra, sino la de Dios, y Dios cuidó siempre de la de su Siervo.

La conminada delacion no llegó á efecto, y si llegó no lo tuvo; pero tuvo que hablar la ignorancia del que dió oido á la sugestion del Demonio, que pretendia desacreditar para con el pueblo la doctrina del Siervo de Dios, el qual sufria con fortaleza estos trabajos, como los toleró San Felipe Neri, á quien algunos delataron sobre ciertas doctrinas de su Oratorio ante el Vicario de Jesu Christo, que lo era San Pio V, pero Dios, á cuya cuenta corre la defensa de sus perseguidos Ministros, los libró á ambos, desvaneciendo la impostura, que permitió para heroico exercicio de sus virtudes, como se vió en nuestro caso: en cuya ocasion diciéndole su Confesor, buenos quedáramos, si el Padre Posadas fuera preso por la Santa Inquisicion; le respondió: *»Padre, no crea Vuesa Paternidad que Dios me habia de hacer ese beneficio sin causa; porque esa Cruz la pone el Señor en hombros robustos, y no en flacos como los mios.»* ¡O Francisco quien podra detener tu zelo de la honra de Dios, quando el amenazado descredito de tu buen nombre, y la mas sensible afrenta la aprecias como especial beneficio! ¡Donde llegará tu humildad y deseo de padecer! Despues de haber tolerado tantas y tan graves persecuciones con la mas heroica valentia de espíritu, se confiesa por tan flaco, y se mira como indigno de tan amada Cruz.

Olvidado pues el Siervo de Dios de su intentado deshonor, no cuidó de otra cosa, que de la conciencia del que le hizo el tiro. Que, como dice San Agustin,

tin, es glorioso olvidar nuestra propia injuria, pero no la llaga, que abrió en nuestro hermano. Fué de consentimiento de su Confesor á corregirlo, y ganarlo, y executó lo que el Evangelio manda (9) con tanta perfeccion y desnudez de amor propio, que hizo la correccion sin la mas leve imperfeccion de sentimiento propio.

Quedó el Demonio vencido, pero mas enconado eligiendo varios medios para desacreditar la doctrina del Siervo de Dios; y asi sugirió á un mozo, que conseguiría de una muger el aborto que él deseaba, y ella resistía, fingiendo un papel del Padre Posadas, en que dixése, que en aquel caso era lícito el aborto. Hízolo él, y creyendolo la Muger tomó una bebida, y se siguió el homicidio; pero cuidó el Demonio que se derramáse la voz, de que el Padre Posadas aconsejaba como lícito el aborto: y como por este camino podian correr los males, fingiéndole papeles, que desacreditasen su ministerio, manifestó en el púlpito la verdad, deshaciendo el lazo que le armó el Demonio. A otros de malas costumbres movia á que dixesen eran hijos de confesion del Padre Posadas, y que lo que obraban eran consejos suyos; con que corrian los yerros, como direcciones suyas á los oidos de unos, que negaban, y de otros, que creian. Era tan grande la opinion del Siervo de Dios, que atraia á muchos á curar sus conciencias; y de esta misma fama se valia el Demonio para deshacerla con sus ardides, de que siempre salió burlada su astucia, y mas acreditada la doctrina evangélica del Venerable Padre. Debió sentir Francisco, y lloró muchas veces la general opinion de santidad con que vivia y espíritu de Dios con que predicaba, mas no pudo excusar las públicas estimaciones con que era seguido, ni el Demonio quiso malograr tan oportuna ocasion para, ó perderlo, ó que dexáse la predicacion. Tentábalo fuertemente (como lo hizo con San Bernardo) á los principios de su ministerio

nisterio con vana complacencia hácia el aplauso; mas conociendo su fin, respondia con el Santo Doctor al Demonio: ni por ti lo comenzé, ni lo dexaré por ti. Traia siempre una Cruz sobre el pecho, y quando salia por la Ciudad llevaba otra pequeña en el puño, en señal de que no consentia en la tentacion de los populares aplausos. Con la Cruz sellaba su corazon y su brazo, y este soberano caracter, como dice San Geronimo, impreso en el corazon, guarda los santos pensamientos, y libra de los asaltos de la vanagloria.

Ni paraba el Siervo de Dios en su ministerio, ni en su persecucion el Demonio con nuevas invenciones. Rara fue de la que usó una noche para que no predicáse mision en un pueblo. Al salir de la Sacristia, vió que todo el auditorio era, no de seglares, sino de Religiosos; y como no habia en aquel lugar Conventos, hizo su oficio la naturaleza, retirándose como asustado. Volvió segunda vez á asomarse á la Iglesia, y quedó tan asegurado de que solas las Religiones esperaban su Sermon, que á sus ojos era tan cierto, que lo juraría. Volvióse á entrar en la Sacristia con intencion de no predicar; pero socorriéndole Dios, sacudió el miedo, y con valentia de animo salió al púlpito, sin conocer que los que parecian Religiosos, eran disfrazados diablos. Que no es facil conocerlo, quando toma religioso semblante. Subió al púlpito, y puesta sobre el candelero esta luz ahuyentó las tiniéblas del abismo, que desampararon el puesto antes que comenzase su predicacion. Conoció el Siervo de Dios que los Demonios habian figurado aquella vision; y predicó con mucha libertad de espíritu, y si ellos no hubieran huido, les predicára Francisco la infinita misericordia con que Dios espera el arrepentimiento de los pecadores; (que este era su asunto en aquel Sermon) como mi Santo Patriarca lo hizo en un aparente Monasterio, donde predicó á los Demonios en figu-

ra de Monges. Dexaron á mi Santo Padre con la palabra en la boca, y huyeron avergonzados, mas no esperaron oir la primera palabra de éste su hijo, que como en este Eliseo estaba el espíritu de su Elias, temieron al hijo los que huyeron del Padre.

Vencido el Demonio en estos y otros muchos combates, montó su sobervia en un loco furor. Iba una tarde á predicar en la plaza de San Salvador y al subir al poyo levantó un hombre la mano, y á vista de una grande multitud de gentes le dió tan cruel bofetada, que como él mismo dixo, lo dexó casi sin sentido. Quisieron los circunstantes vengar este atrevimiento; pero el Siervo de Dios fue el muro de su defensa. No hizo mas San Bernardo en semejante ocasion. ¡O caridad de Francisco, como defiendes, y quanto sufres al que mas te lastíma, y afrenta!

CAPITULO XII.

Admirables efectos de las misiones del Siervo de Dios dentro y fuera de Córdoba.

Traía la caridad á este Venerable Padre en freqüentes misiones, que hacía en su Patria, llenando de luz sus calles y sus moradores de enseñanza. Su exemplo, doctrina y presencia servian de fuerte freno á la soltura de los mozos, á la vanidad de los ricos, á la sobervia de los vanos, á la glotoneria de los golosos, á la ambicion de muchos, y relaxacion casi general de todos. Bien preveia el Demonio que con estas misiones habia de perder muchas almas, que poseia en paz; y por eso le salió al encuentro en su primera mision en la calle de la Fuen seca, donde viendolo unos hombres, seguido de tantos, estrañaron esta novedad, como no vista en aquellos tiempos: y sugeridos del Demonio, haciendo recuerdo de una muger embustera, que aquella mañana habia salido con coroza en un acto público de fé,

le-

levantaron la voz cubriéndole de oprobrios, y tratándole de hipocrita embustero: vaya, decian, vaya que mañana le veremos con otra coroza. Era su espíritu muy fuerte, pero tan humilde, que temia de su miseria, mas de lo que le anunciaban sus proximos. Confesó al fin de sus años, que en toda su vida no se sintió tan amargamente atribulado, ni tan fuertemente combatido de tentaciones; pero socorrido de Dios, pasó tan presto este huracan, que conociendo el fin de su enemigo, no detuvo un paso, sino prosiguió con la misma compostura y religiosa modestia con que le vieron venir.

Durante el espantoso terremoto, que se padeció en el dia nueve de Octubre del año 1680 se apareció sobre el Convento de San Pablo y plaza de San Salvador un nublado de aves corpulentas y negras, que causaban terror. Hallabase el Siervo de Dios en la puerta de la Iglesia, y levantó al cielo las manos cruzadas, alzó los ojos, hizo muy breve oracion, y al instante cesó el terremoto, y desapareció aquella turba de Demonios, que en figura de negros paxaros amenazaban á Córdoba: que como dixo San Juan Chrisostomo: la oracion sostiene á las Ciudades en los temblores de tierra, y las defiende de las plagas con que, ofendido el cielo, las amenaza. Descalzó sus pies, tomó en su mano un Santo Crucifixo, salió por la Ciudad rezando en voz alta la oracion dominical, y se le fue agregando tanta gente, que no cabia en las calles: predicó muchas veces en varios sítios, y movió tanto á las almas, que no se oia mas que penitentes gemidos, ni se via otra cosa que herir los pechos, y llorar á mares los ojos. Solo el Siervo de Dios bosaba por los suyos el gozo, viendo á Córdoba como á otra penitente Nínive. Fue tanto el fruto, y confesiones generales que hizo, que siempre con este recuerdo, solia decir: *aquella fue gran temporada; oxalá hubiera muchas semejantes.* Lo mismo decia de las grandes tormentas, en que él se

lle-

llenaba de alegria, quando los demas de temor; porque decia: que predicaba mas una tormenta, que todos los Predicadores, como lo experimentaba en el Confesonario.

Freqüentó tambien sus misiones en los Monasterios de Religiosas, y gloriosamente las reformó, haciendo fervorosas á las tibias, y muy aprovechadas á las devotas. Despojó las celdas, é hizo arrojar de sus personas quanto desdecia de su profesion. Ofreciόle una Religiosa quitarse los arillos de oro que traia en las orejas, executólo: y pasados algunos años, se los volvió á poner; pero muy á su costa, porque al punto se le inflamaron las orejas con vehementes dolores, y comenzaron á arrojar sangre. Se acordó de lo ofrecido al Siervo de Dios, y prometiendo la enmienda al punto quedó sana. Quitóse los arillos, y quedaron tan cerradas las orejas, que fuera necesario romperlas de nuevo, si los hubiera de volver á poner. Redújolas á que no usasen de cucharas de plata, cintas de seda, ni otra cosa alguna, que no dice bien con el estado. Retirólas del comercio del siglo, inclinólas á que aspirasen á la perfeccion, y fueron innumerables las que vistieron rigorosos cilicios, se dieron á los ayunos disciplina y otras penitencias con mucha oracion y freqüencia de Sacramentos. Alentábalas con su espíritu al exercicio de las virtudes, fundándolas en humildad: uníalas en caridad, para que recíprocamente se amasen, y se socorriesen en sus necesidades. De tal modo prendió en sus corazones el fuego del amor á el Esposo, que á todas horas tenia en el coro á muchas, acompañando á el Santísimo Sacramento de la Eucharistía. Y en cierto Monasterio se señalaban por su orden las que habian de velar de noche al Santísimo; conque no habia dia noche ni hora en que el Señor estubiese sin sus esposas, ni estas sin oracion.

El zelo de la caridad lo traxo por varios caminos

nos á muchos pueblos, que reformó con sus misiones. Siempre caminó á pie, y muchas veces descalzo aun por las asperezas de la Sierra. Una tarde de tanta lluvia, que eran como arroyos los caminos, lo encontró muy mojado un sobrino de su Padrastro, le hizo grandes instancias á que montáse en su Cavallo, queriéndolo llevar al pueblo adonde iba, que distaba mas de tres leguas, pero no lo pudo conseguir. Entró la noche, perdió el camino, y ganó el merito de pasarla en el campo con la mayor incomodidad. Nunca llevó algun subsidio de la providencia humana, dexándose todo en la divina. Caminó algunos dias sin encontrar quien le diera pan, que comer, y no fueron pocas las noches, que no halló donde descansar. Se deleitaba tanto en este trabajo, que quando Dios lo socorria, lo llenaba su humildad de sentimientos, creyendo, que por ser él de tan flaco espíritu lo socorria la divina Bondad.

Inspirado de Dios, dexó una vez el camino, y entrándose por una senda de la Sierra, paró en una casa, donde reduxo á penitencia á un fingido matrimonio de muchos años, lleno de gravísimas culpas, que callaban en sus confesiones. Hizo que confesasen generalmente, y los dexó separados, y tan arrepentidos, que emprendieron una penitente vida.

No caminaba Francisco sin calentar á los mas elados, y dar luz á los mas ciegos, que encontraba. Entró en una venta, y con pocas palabras logró confesarlos á todos, menos á una muger moza, que se burlaba y reia de ver tan devotos á los demas. Con este dolor prosiguió su camino, y hallándose bien distante de la venta oyó voces de una muger, que lo llamaba, y viendo era la misma, que se hizo sorda á su voz, se alegró mucho. Hizo esta penitente su confesion con muchas lágrimas, y la exhortó el Siervo de Dios con tanto espíritu, que emprendiendo en su alma el fuego de la contricion, fue esta tan poderosa, que recibida la absolucion sacra-

mental , quedó esta felíz penitente muerta á los pies del Venerable Ministro. Parecido á este caso se vió otro en el Colegio de la Piedad de Córdoba , donde predicando , hizo asunto del dolor de los pecados: y obró tanto su espíritu en el de una muger , que acabado el Sermon , y salido de la Iglesia el auditorio , se quedó ella de rodillas arrimada , pero sin vigor ni fuerzas , á una columna , hechos sus ojos dos fuentes de sentidas lágrimas , hijas de tan fuerte contricion , que á la una hora entregó su dichosa alma al Señor que la redimió.

Con mas freqüencia lo llevaba la caridad á los pueblos pequeños, aldeas y cortijerias de la Sierra , que pendiendo de un solo Parrocho , vivian muchos sin él , y con necesidad increible por falta de Ministro: de que el Siervo de Dios no hacia recuerdo sin ternura y aguda pena de su corazon. Instruíalos en el conocimiento de Dios , disponíalos para el Sacramento de la penitencia , confesábalos á todos , y los dexaba convencidos , de que eran diabólicas las muchas supersticiones , con que vivian engañados.

En estos pequeños , y otros numerosos pueblos entraba el Siervo de Dios , iluminando con su luz , y moviendo con su abrasado espíritu , para que donde abundó la iniquidad , superabundáse la gracia por medio de la penitencia. Era tan fuerte y general la mocion , que en un pueblo cierto Eclesiástico con soga de esparto al cuello , y cubierta de ceniza la cabeza salió por las calles , dando penitentes gritos , pidiendo á Dios misericordia : y movió de manera , que ni en las calles se oian mas que dolorosos gemidos, ni en lo interior de las casas , mas que clamorosos llantos. La salida de este Eclesiástico fue sin noticia de Francisco , el qual viendo correr las misericordias de Dios , las celebró con su mucha humildad diciendo : *hizo el Señor por su mano lo que no podia yo por la mia.* ¡ O Francisco , quien sino tu espíritu y doctrina fue el instrumento de Dios para conmocion

tan

tan gloriosa ! Solo un serafin encendiera un carbon del altar para que diera luz y purificase á otros. (10)

Un hombre de el mismo pueblo, que en un monte pasaba la vida de hacer robos y muertes, oyó que el Padre Posadas habia venido á predicar mision, y oido su nombre se convirtió, y dispuso de manera que baxando al lugar, sin temer su peligro, se arrojó á los pies del Siervo de Dios para confesar, aunque no pudo entonces por desmayado á causa de las muchas penitencias, conque se habia dispuesto. Recuperado hizo su confesion con grande arrepentimiento, y se retiró á una soledad, á proseguir su penitente vida. En la mision de otro pueblo buscó al Siervo de Dios otro famoso ladron, y preguntándole qué tiempo estaria en aquel lugar, respondio: estaria todo el que él necesitara para confesar, porque á eso era venido. Instruyóle, y ya dispuesto confesó entre sus gravisimos delitos la crueldad de haber atado al pie de un arbol á un mozo sin darle una gota de agua, por ver que tiempo podia vivir un hombre sin comer ni beber, y que murió á los nueve dias. De este género de gentes convirtió, y enmendó á muchos con la penitencia.

Un Sacerdote, que moraba en un desierto, vió pasar á un hombre con una pesada Cruz al ombro, preguntóle que á donde iba, y respondió: yo con esta Cruz camino á Roma, que es la penitencia y peregrinacion á que me ha movido un Sermon del Padre Posadas.

No entraba en pueblo que no lo renovase con la penitencia, y mejorase con la reforma. ¡Qué no hizo de confesiones generales! ¡Qué de culpas no arrancó con sus raices! ¡Qué no se hicieron de restituciones! ¡Qué no compuso de enemistades! No tienen número los que convirtio de vida relaxada á devota, de distraida á espiritual, y de mundana á religiosa. No podia negarlo el Siervo de Dios; pero ni pudo confesarlo sin decir con humildísimos sentimientos: *»ma-*

»ni-

»nifestaba el Señor lo que quería, disimulando la mi- »seria del que lo obraba. No puedo reportar el llanto »viendo el instrumento, de que se valió Dios para be- »neficio de algunas almas, estando tan ensolvado de »miserias; á cuya vista me parecen algunas obras »mias paños menstruados, de tal manera, que muchas »veces me hacen baxar los ojos avergonzados.

CAPITULO XIII.

Trabajos y admirable exercicio de algunas virtudes en sus misiones. Favores y maravillas con que Dios lo dá á conocer.

Indice de la doctrina llamó San Gregorio á la paciencia; porque como dice el Espíritu Santo, (11) por la paciencia se conoce la doctrina. Exercitó á su Siervo el Señor con muchos trabajos en los caminos y pueblos. Llegó á uno muy mojado en una noche tempestuosa, y no hallando quien lo quisiese hospedar, se puso de pie sobre la grada de la Iglesia. Llegó el Sacristan á tocar la campana, y le pidió que á su compañero y á él los dexáse en la Sacristia aquella noche: á que negándose con mucho desabrimiento, volvió á cerrar la puerta, y se fue. Dixo, tentado su compañero: cierto Padre, que estuve por embestir con el Sacristan, quitarle las llaves y corregir su demasia. »*Cierto* (respondio el Siervo de »Dios) *que hubieramos dado muy buen exemplo. Aqui »no venimos á otra cosa que á padecer trabajos por »el amor de Dios, y remedio de nuestros proximos.*" Asi pasaron la noche; pero al dia siguiente que comenzó la mision, quisiera cada uno ser merecedor de recibir tales huespedes.

Negáronle en otro pueblo la posada; mas púsose en la plaza esperando de Dios lo que él no podia. Llegó un mozo, y lo llevó á su casa, donde habia una muger casi de su edad. Entrada la noche

fue

fue á la Iglesia, y en la primera plática los movió Dios de manera, que se apartaron de una mala amistad, en que vivian por mas de catorce años, siendo ella casada y él soltéro.

En los caminos era su conversacion divina; porque salía á los labios lo que bosaba aquel corazon lleno de amor de Dios. Notando un seglar que muchas veces en un camino se inclinaba, y cogía una yerva, que guardaba en la manga, le preguntó para qué era, y respondió: *que aquella yerva era buena para despues de comer.* Probóla él, y halló ser tan amarga, que á toda prisa la procuró escupir. Con grande fortaleza sufrió la hambre, no hallando muchas veces quien lo socorriese con un bocado de pan; pero era tanta su esperanza, que se le oyó decir: que sin pan lo podia Dios mantener. En las Cortijerías y Aldeas era su cama el desabrigo de un pajar, y en los pueblos donde se la preparaban, no le servia; porque su descanso era en el suelo. Lleno de caridad subía al púlpito, y baxaba de él tan lleno de humildad, que quando predicaba de noche se arrojaba á los pies de los hombres, y sin que ellos lo entendiesen, se los besaba. ¡O Lector, donde sino á los pies, como dice David, se habia de inclinar la antorcha de la palabra de Dios! (12)

De una mision volvió enfermo con mucha calentura, y los pies muy llagados. Lavóselos un devoto, y amaneciendo sano, atribuia el uno al otro este milagro. En otra ocasion llegó á un rio, que por muy crecido no se podia vadear. Quiso hacerlo el compañero, y lo detuvo, diciéndole: *espere, que Dios nos socorrerá.* Aun no lo habia dicho, quando se aparecieron allí dos mozos bien dispuestos en dos caballos, y tomando cada uno al suyo los pasaron, y al instante desaparecieron. ¡*O*, (decia el Siervo de Dios) *quanto favorece la divina Bondad á sus Profetas.* Al pasar del Altar al púlpito en la Ciudad de Lucena, vió una Sierva de Dios,

 que

que iba muy resplandeciente, y en extremo hermoso, guiado de muchos Angeles; puesto en el púlpito, creció mas el resplandor de su rostro, y de cejas arriba se manifestó una como hostia, mucho mas resplandeciente que el Sol. Admirada la Sierva de Dios mudó lugar en los siguientes Sermones; pero en ellos hubo la misma vision, y con esta misma divisa celestial, brillando como el Sol su rostro, fue en una procesion, que ordenó en su último Sermon desde el púlpito. Llenóse de espanto esta alma, no hallando belleza en el mundo, con quien comparar la que miraban sus ojos. No admiraba menos ver su frente ennoblecida con aquella esplendidísima hostia, y que muy gustosos los Angeles le acompañaban. »Señor (decia en su recogi»miento) ¿que quereis significár en estos prodigios? No respondió su Magestad hasta acabada la mision, y fue diciéndole: asi honro á los que asi me honran, y me buscan. Quiso confesar con él, mas llegando á sus pies (aunque nunca la habia visto) le dixo con mucho agrado: *levántate hija, y anda con tu Confesor, que yo no vengo á buscarte á tí.*

Con luz profética conocia la vida recogida de unos, y relaxada de otros; y asi en la dicha mision estando él en el Confesonario, vió entrar unas mugeres, y se fue á ellas, llamando á una por su nombre: á cuyo tiempo comenzó su rostro á despedir rayos de luz. Turbó á la muger su mala conciencia, y preguntó: ¿Padre, que quiere? *Ven acá, hija* (respondió) *que el Señor te quiere, ven y confesarás.* Baxó los ojos, y duró su confesion toda la mañana, de la que salió tan otra, que habiendo sido el escándalo de la Ciudad, fue despues un exemplo de penitencia.

En esta Ciudad le veneraron muy favorecido, pero no menos humillado. En uno de estos sermones, movió Dios á un Religioso de modo, que lleno de lágrimas, levantó la voz, diciendo: *Santo Santo.*

Hi-

Hijos (exclamó el Siervo de Dios) *mirad que yo soy hijo de una pobre Vendedera* , y se suscitó tan general llañto en el auditorio , que su humildad llenó mas á todos de confusion con este exemplo.

De la Ciudad de Lucena pasó á la Villa de Cabra , donde predicando el Evangelio del Precursor en sus prisiones , exclamó con espíritu muy fervoroso á Maria Santísima con las mismas palabras de la Iglesia , diciendo : *Señora y amantísima Madre nuestra , desata tú las prisiones á los reos* ; y fue con tanta inflamacion de su alma , que se elevó en el púlpito sin tocar en él con los pies. Mientras su compañero á puerta cerrada predicaba una tarde á las Religiosas de mi Orden en la dicha Villa , quedó el Siervo de Dios junto á la puerta reglar : donde llegando dos niños , dixo uno á otro : Oyes , dicen que el Padre Posadas ha venido á mision , y que es Santo : si, respondio el otro , y tambien dicen que es hijo de una Vendedera. Llenóse su corazon de júbilo , y asi recibió al compañero diciéndole : *que mientras habia él predicado á las Religiosas , le habia Dios predicado á él.*

En esta mision como en las demas , donde habia Conventos de la Orden , edificó mucho á los Religiosos con su gran humildad , y pronta obediencia al Prelado ; pero solo referiré un caso por singular , y fue que considerando el Prior , que de alli pasaba á otros lugares con sus fuerzas ya cansadas, en su edad crecida , que era de cinquenta y seis años, le previno bagaje , y le mandó , que de alli á la Villa de Doña Mencía camináse montado. No pudo exercitar su rendimiento en cosa mas repugnante ; pero obedeciendo sin réplica montó en el animal , (que se habia escogido por muy manso) pero al salir del pueblo , se alborotó , y derribó al Siervo de Dios , el qual se levantó , diciendo con mucha paz : *no quiere Dios que yo vaya caballero , sino á pie.* Asi caminó cumpliendo la voluntad divina despues del merito de la obediencia.

Ilu-

Iluminó esta antorcha el Pueblo de Doña Mencía, donde le notaron tambien el resplandor de su rostro, y espíritu de profecia, con que penetrando los corazones, ofreció medios, para evitar escándalos, y desvaneció fundadas sospechas, en que peligraban las vidas. Con esta misma profética luz entró en Baena, donde buscándole un Caballero con un escrúpulo en materia muy grave, lo recibió el Siervo de Dios, diciendole á lo que iba, y porque no era obligado á lo que pensaba. Otro mal divertido en aquella Iglesia con unas mugeres, y en sitio donde el Siervo de Dios no podia verlo desde el Confesonario, se halló de repente corregido de este Profeta, y salió tan enmendado como confuso. Otro al comenzar su confesion, percibió un olor suavísimo, que despedia el Siervo de Dios, y se anegó en un copioso llanto de compuncion. En esta Villa solicitó su caridad, y por su direccion se fundó un Hospital de Jesus Nazareno para enfermos, y pobres.

De aqui pasó á la Villa de Porcuna, donde movido con su predicacion un Sacerdote á hacer vida eremitica en el desierto de Sierra Morena, lo fue á consultar con el Siervo de Dios, y lo recibió, diciendo: *no es Vmd. para lo que intenta.* ¿Padre que intento yo? *Irse á la Sierra de Córdoba á hacer penitencia*; y conociendo su interior le añadió: *si Vmd. fuere lo verá.* Executó su propio dictamen, y á pocos dias habiendo enfermado, se halló en la precision de volverse á su casa. Todos lo veneraban como á Santo y deseando sus reliquias, guardaban las sobras de su mesa, la loza que le servia, y pañuelos que daba á labar, poniendo en su lugar otros. Con uno de ellos sanó una Religiosa de una pierna acancerada, que la mañana siguiente habian de cortar los Cirujanos.

Volvió á Córdoba enfermo, y tan consumido, que daba pena verlo tan desfigurado; mas no por eso pudo su compañero consegir, que ni aun á breves

ra-

ratos descansase , caminando á mula. Hallándose ya pues con mucha edad , y mas achaques , se contentó su zelo con proseguir sus misiones en sola la Ciudad de Córdoba.

CAPITULO XIV.

Propaga la devocion del Rosario de Maria Santísima, y es celebrada su Imagen , á quien el Pueblo llamó la Virgen del Padre Posadas.

Fue muy extremada la devocion del Siervo de Dios á Maria Santísima. Salía de noche con muchos , que lo seguian divididos en coros cantando por la Ciudad el Santo Rosario , y en la primera á poco de haber salido de su Hospicio , (estando el tiempo sereno) fueron de repente embestidos de tan recio huracán , que desordenando este christiano esqüadron, puso en fuga á todos el susto y miedo ; pero levantando la voz este esforzado Capitan , que los regía, dixo ; *ténganse hermanos , no teman , prosigan , que éste es el Demonio* , y luego al instante cesó , y prosiguieron.

Eran amorosísimos los afectos , con que encarecia los privilegios maravillas y misericordias de la Madre del Salvador. Muchas veces lo ahogaban los sollozos , y suspendian los llantos predicando de esta Señora. Creció esta devocion de manera , que en sus últimos años no podia predicar de Maria Santisima, sin que sus ojos fuesen fuentes de lágrimas. Siempre concluyó sus Sermones , clamando á los pecadores , se acogiesen al sagrado de la intercesion de esta Madre de clemencia , y ponderaba su importancia con algun suceso particular , por donde logró innumerables conversiones. Esta predicacion traxo desde su principio á muchos , que asistian al Rosario por la Ciudad , y aun pareciendo pocos á la devocion de sus hijos espirituales , les dixo : *callen , que vendrá tiem-*

po en que se verán tantos Rosarios por la Ciudad que se encontrarán por las calles unos con otros.

Asi se cumplió : y asi se verificó aquella profética vision de Maria Santísima á la puerta del Cielo, de cuya mano pendian no uno, sino muchos Rosarios, como diximos. De aqui resultó la fundacion de muchas hermandades, que salian con esta devocion por la Ciudad ; habiendo llegado estas hasta el numero de 31.

Uno de los muchos casos, en que la Madre de Misericordia manifestó su amor á este su hijo, fue en el Convento de Religiosas Agustinas de Córdoba, donde habiendo predicado esta devocion, comenzando un acto de contricion, vió uno de los asistentes salir de una Imagen de Nuestra Señora, que estaba frente del púlpito una hermosísima rosa de color de fuego, que volando tocó en los pies del Crucifixo, que el Predicador tenia en su mano, y sin detenerse, volvió á la bendita Imagen ; donde habiendo desaparecido, volvió á salir, y dar en el pecho de este Venerable Ministro ; á cuyo tiempo vió toda la Iglesia en un lleno de admirable luz, y encendida llama con multitud de Angeles vestidos de encarnado y muy resplandecientes, que gozosos cruzaban entre los dos Coros alto y baxo de las Religiosas. Parecia al referido que estaba en la gloria, y de consejo prudente calló la vision hasta el dia, en que el Señor se llevó á su Siervo.

Puesto en el Hospicio el Venerable Padre solicitó, se hiciese una Imagen de Maria Santísima, que colocó en el unico altar de aquella Iglesia ; y salió de tanta hermosura y gracia, que viéndola, y celebrándola la noble Señora Doña Francisca Fernandez de Córdoba, Vizcondesa de Miranda, dixo el Siervo de Dios : *lo que yo puedo decir es, que se parece á la que está en el Cielo*, y prorumpiendo en ternísimo llanto, se retiró á lo interior del Hospicio diciendo : *quiérala mucho, quiérala mucho.* Su mucha de-

devocion excitó á la de los Fieles hácia Maria Santísima en esta su Imagen, á quien llamaron, y llaman hoy: *la Virgen del Padre Posadas*. Por este canal corrieron las celestiales aguas de consuelo en las aflicciones, de medicina en las enfermedades, y de provechoso riego de las conciencias.

Con devotísimas aclamaciones de todo el Pueblo era annualmente trasladada esta Imagen desde la pequeña Iglesia del Hospicio á la muy capaz de San Pablo en la tarde del Sabado de la octava del Rosario, y en el siguiente Domingo se celebraba con magestuosa pompa, siendo siempre el Orador el Siervo de Dios: donde contendia la multitud y piedad de los Fieles, por ganar sitio para oirlo. Era muy afectuoso el culto, y no lo era menos el llanto, con que el Siervo de Dios derretia los corazones mas duros, ponderando las excelencias de Maria Santísima y la clemencia con que recibe y protege á los pecadores.

Omito el primoroso adorno de las calles, por donde pasaba esta Arca del testamento, sus hermosos altares, arcos triunfales, vistosos riscos, apacibles fuentes, fuegos artificiales, é ingeniosas labores de luces, que poblaban las paredes de las casas, porque lo que mas llevaba la atencion, era ver el cordial júbilo, con que era llevada Maria Santísima precediendo á su grandeza, y magestad, como reverente Page este su amante hijo con pebetes de olor en su mano, llena su alma de inefable gozo á vista de los afectos y cultos, con que era venerada la Madre de Misericordia; y esta Señora probó con milagros ser de su agrado estos obsequios.

Lo experimentó Juan Barrera, que todos los años adornaba costosamente con un Altar la puerta de su casa para esta procesion; pero un año no pudo hacerlo por no tener con que comprar cera. Lo supo el Siervo de Dios, y el dia antes de la solemnidad, le dixo: *no dexe de hacer el Altar por fal-*

ta-

ta de cera , que la Providencia de Dios la dará. Tuvo fé , y con no esperada brevedad recogió quanto necesitaba para el adorno ; pero aun no habia comenzado esta obra , quando llegó una muger á quien no conocia , ni volvió á ver , y le dió seis libras de cera en veinte y quatro velas : y preguntándole , que quien la embiaba , le respondio : *no pregunte eso , quien la embia es la Providencia de Dios.* Encendió seis , que duraron desde las tres de la tarde hasta las nueve de la noche , y dos de ellas hasta el dia siguiente , en que puso otras seis , que ardieron continuamente desde la mañana hasta la misma hora de la noche.

Admiraba como milagrosa la duracion de esta cera , y mas en la calle donde con el mas templado viento se derrite , y corre : pero quiso Dios hacer mas evidente este prodigio ; porque llevando este hombre el residuo de estas velas con las demas á el Venerable Padre , y diciendole lo que pasaba , le respondio : vuelváselas á llevar , y enciéndalas en el Altar á Maria Santísima al tiempo de rezar el Rosario , pues las dió la Providencia de esta Señora. Hízolo asi , y teniendo por experiencia que todas las semanas se gastaba en el tiempo de rezar el Rosario una libra de cera en quatro velas ; las que quedaron en ser de aquellas seis libras , duraron mas de quatro meses : conque el milagro aunque uno , se continuó por muchos dias.

Otro año al salir la Santa Imagen de la Iglesia de San Pablo para la del Hospicio , habiendo Juan Gomez puesto fuego á una rueda se perdio en breve la guia ; y para volverla á encender , quitó , y guardó en su puño el siguiente trueno ; pero este estalló en la mano abriéndosela , penetrando la rotura de adentro á fuera , y descubriéndose como hilos los nervios. Corria con abundancia la sangre , y se acercaban muchos á ver qué desgracia era aquella : llegó tambien el Siervo de Dios , y viendo lo

sucedido, le dixo: *vaya á la Botica para que le unten la mano con azeite de linaza y albayalde, que eso no será nada.* Hízolo asi; pero el Boticario, viendo la mano, se rió de la receta, diciendo: que aquel medicamento era inutil, y lo seria otro qualquiera: que juzgaba como preciso cortar la mano; porque á no hacerlo, le sobrevendria corrupcion, que le costaria perder el brazo, y aun la vida. Eran de esta opinion otros muchos, que reian, y celebraban como sencillez la referida uncion: mas el paciente instaba por ella, diciendo: ¿no me la mandó el Padre Posadas? pues póngamela Vmd. Asi se executó, faxándole la mano, y sintiéndose sin dolor ni embarazo alguno desde entonces, siguió encendiendo los fuegos en toda la estacion, y otros muchos que se quemaron aquella noche. Usó en los dos dias siguientes de la mano como sana, pero sin quitarse la venda, ni aun para ver como estaba: hasta que á la tercera noche, estando dormido, se cayó ella misma, y por la mañana la vieron todos con perfecta sanidad, sin haber quedado cicatriz, ni mas señal, que una linea de color morado.

CAPITULO XV.

Maravillosos frutos de la Predicacion del Siervo de Dios.

Bendixo el Señor la evangélica sementera de su Siervo, y la colmó de sazonados frutos, que cogió este bendito Labrador de merecimientos para sí, de penitencia para los mas obstinados, de aprovechamiento espiritual para los arrepentidos, y de mucha gloria para Dios. De estas copiosas mieses pudiera recoger muchos manojos; pero me contentaré con solo cortar algunas espigas, sacando de ellas el grano: que será desnudar los sucesos de las circunstancias, que los hacen mas admirables.

Combidaba en el púlpito á los pecadores con la misericordia de Dios, y se combidaba á si mismo diciéndoles: *Venid á mí, que yo os oyre muy gustoso, porque es infinitamente misericordioso nuestro Padre Dios.* Con estos ofrecimientos no podia apurar las confesiones generales; siendo muchas y muy raras las conversiones que hizo con esta ofrecida misericordia de Dios, y con la dulzura con que él prometia tratar á todos.

Entre estas conversiones fue muy sigular la siguiente. Lloraba una Muger que su marido la obligáse á que sirviera á la cuncubina, que tenia en casa. Exhortóla el Siervo de Dios á un muy humilde sufrimiento, ofreciéndole, que su Magestad miraria por ella. Tomó el consejo, y mandándole el marido que llevàse un dia la cama á un aposento baxo, para dormir con la adúltera, obedeció humilde; mas al baxar con el colchon la vió el Marido transformada en Jesus Nazareno con la Cruz á cuestas: y lleno de un Santo temor arrojó á toda prisa de su casa á la concubina. Tambien convirtió con la devocion de Maria Santísima á una grande pecadora, que hecha su confesion general, fue tanto su propio conocimiento, que como bestia se ponia de pies y manos sobre la tierra delante de una espuerta de paja, á quien hablaba asi, ¡O paja, alimento de brutos, aqui tienes á quien dar de comer, que no merece otra cosa la que ha tenido vida tan bruta! Fué el Siervo de Dios testigo de la exemplar y penitente vida de esta muger.

No sin lágrimas se dolia en el púlpito de los ricos, que convertian en maldito cebo la limosna que daban á las mugeres pobres. Hacíales temblar el trueno de su voz, con que los llamaba á juicio, y llenaba á las necesitadas de tanta confianza en la divina Providencia y de tanto horror al pecado, que resolvieron muchas preferir la muerte á la culpa. Lo mismo hicieron otros, dexando ocupaciones, y empleos,

pleos, que hace muy peligrosos la codicia, conmutando su ostentosa gala en una pobre ropa; y aun otros quisieron mas bien pedir limosna, que arriesgar su salvacion.

Del púlpito donde tendia sus redes baxaba á el Confesonario, y las hallaba llenas de pecadores, que como peces habian caido. Era incansable este evangélico obrero, y asi acabado el Sermon se iba á el Confesonario, donde oia á unos, y señalaba á otros hora para cónfesarlos. Lo mismo executaba el zelo de su caridad en la mision de los pueblos, para que lograsen el remedio las conciencias de los que de dia no lo podian buscar, empleándose en este exercicio muchas horas de la noche. Amanecian en sus misiones los templos llenos de penitentes; pero madrugaba mas su zelo, que como otro San Felipe Neri privaba á su alma de la dulce consolacion, que tenia en el recogimiento despues del santo Sacrificio, por ir á confesar á los que Dios le embiaba, y muchas veces gastó en este exercicio hasta las doce del dia, y por las tardes desde las tres hasta las once de la noche, y si despues lo llamaba algun enfermo, iba sin dilacion á confesarlo.

Con este pesado remo, que no dexó en su dilatada vida, no se paraba cansado, sino lo traian la caridad y zelo inquieto, surcando con grande afan las crecidas ondas del mar del mundo con dulces ansias de asegurar conciencias, y encontrar almas, que volver á Dios. No tenian número los pecadores, que amargamente lloraban á sus pies, unos enmendando sus confesiones sacrílegas, otros huyendo de sus ocasiones proxîmas, y todos labando sus conciencias. Llevábalo y traíalo la caridad con esta santa inquietud, bendiciendo la misericordia de Dios: admirando todos, que para tanto peso bastasen sus fuerzas ya tan cansadas, pero se las daba la caridad como al Apostol San Pablo (13) que, viendo abierta la puerta de los moradores de Troya, no

pa-

paraba, ni podia descansar su espiritu, por lo que ardia en deseos de radicar en aquellas almas el conocimiento de Dios. Por esto hablando á su Confesor sobre esta materia le dixo asi: *»con estos como lances tan dichosos estaba tan dado á este exercicio, que »llegué á temer, si tenia asimiento, y tendria en ello »algun defecto no conocido por oculto. Con este temor, »sin reparar, le pedi á Dios, que si era de su voluntad este exercicio del Confesonario, me embiáse »algun gran pecador, que confesáse. Hízolo asi el Señor, sin reparar en mi ignorancia, y me traxo uno »tan lleno de culpas que satisfizo á mis deseos: vuelto en mi, conocí mi falta de fé en haber pedido señal. Bien podia conocer, que era la voluntad de Dios »en los muchos pecadores, que de uno y otro sexô me »buscaban, y los muchos, que convirtió el Señor á »mis pies; mas permitió S. M. estas dudas, para »que yo camináse exercitado, pero no satisfecho, por»que mi miseria no es capaz de guardar este bien."*

Bendita sea la humildad de este Ministro fiel, que lo acusa y reprehende, aun en lo que mas ensalza su virtud, como fue esta peticion sin reparo; porque lo sacó de sí el deseo de unir su voluntad con la divina, sin que le quedáse el menor asimiento ni aun á un exercicio tan santo. Sin duda le movió el Señor á pedir esta señal, y se la concedió para ser glorificado en la multiplicidad de sus maravillas: que este fue el fin con que dió al Rey Ezequias la señal que le pidio. (14)

CAPITULO XVI.

Singular inspiracion con que Dios lo traia de unos á otros enfermos, para que no muriesen en sus confesiones sacrilegas. Conoce las culpas calladas por verguenza ú olvido.

Pareciendo al Siervo de Dios, como á Jacob, ser justo, que el que gastaba mucho tiempo en enrique-

quecer á otros con su trabajo, reservase alguno para el cuidado de sí mismo, se retiraba en los dias de Semana Santa al monte en su Convento de Scala-cœli, para darse á la oracion, y exercicios penitentes; pero el Señor, que no lo queria en la soledad, hizo que baxáse como Moyses. (15) y viese que en el pueblo cristiano hacía gran falta su presencia. Hallóse un Viernes Santo embestido de fuertes ansias de volverse á la Ciudad, y teniéndolas por tentacion, se resistia; mas crecieron con tanta fuerza, que no pudiendo negarse á sus impulsos, aceleró el paso, y llegando á su Hospicio, halló ser llamado para dos enfermos. Era el uno de edad de ochenta años, y lo recibió, diciendole: Padre Posadas, he esperado á Vuesa Paternidad para confesarme; porque aunque lo he hecho, y he recibido los demas Sacramentos, todo ha sido mal; porque desde mozo tengo graves pecados, que por vergüenza he callado en todas mis confesiones. Confesado este, que murio á las dos horas, pasó al otro, cuya conciencia halló tambien agravada de muchos años, con el mismo motivo. Púsolos á ambos en camino de salvacion, y conociendo ser inspiraciones de Dios las que tuvo por tentacion, procuró en adelante no faltar de su Hospicio.

Llamóle otro enfermo que ya habia recibido los santos Sacramentos, y creyendo en virtud de sus experiencias, que lo llamaba para el consuelo y no por necesidad, fue antes á otra diligencia; pero de repente se sintió tan movido, que torciendo el camino, y acelerando el paso, lo halló en estado de condenacion, por mal confesado, y enmendando este yerro con una confesion penitente, dió su alma á Dios dentro de una hora. »*No puedo* (decia »á su Confesor) *numerar los muchos casos semejantes* »*á estos, que me han sucedido, aunque si gritar las* »*misericordias de Dios corridas por tales manos co-* »*mo las mias. ¡O quien pudiera corresponder á beneficio* »*tan grande!*

En

En muchas ocasiones que la caridad lo llevaba á algunas diligencias se hallaba de repente inspirado á mudar de intento, y acudir á otra parte; y una Religiosa turbada de verlo, quisiera no haberlo llamado; pero el Siervo de Dios la sosegó diciendole: *»en »verdad que me han traido á la puerta de este Con»vento, como asido de la capa, y diciéndome al oido: »aquella criatura te ha menester.*" No era menos maravilloso, que llamado de muchos no conocidos enfermos sin dexar razon de la calle y casa, iba rectamente guiado de la divina inspiracion. Tambien era prodigiosa la luz con que conocia, quando lo llamaban sin la voluntad, ni peticion del enfermo: de lo que referiré un solo suceso. Deseaba Don Antonio Herrera que un amigo suyo, que estaba enfermo de peligro confesáse con el Siervo de Dios, aunque él no lo habia pedido: entró en el Hospicio, y le propuso á lo que iba, sin decir quien era el enfermo. »*No puedo*, respondió, *que estoy indispuesto*: y »viendo que se volvia sentido, lo llamó y dixo: *en »una ocasion fui de esta suerte á confesar á un en»fermo, que no me habia llamado, y me dixo: ¿á »que viene Padre? ¿Quien lo ha llamado aqui? Y »aunque no lo senti, me quedé frio; por eso no voy »á ese enfermo, que si me llamara, aunque me hallo »indispuesto, fuera como pudiera.*" Admirado el Don Antonio, volvió á su amigo, y pregúntandole, si queria le llamáse al Padre Posadas para confesar, respondió: no Señor no quiero. ¿Quien le mete á Vmd. en eso? Mejoró: y en otra enfermedad pidió al mismo le llamáse al Padre Posadas para confesar, y el Siervo de Dios, luego que lo vió entrar, antes que habláse, tomó la capa, diciendo: *vamos*: ¿á donde hemos de ir ¿ *Adonde Vmd. quiere*: y sin haberse este explicado fue en derechura á casa del enfermo con paso acelerado, y hecha su confesion, y recibidos los demas Sacramentos, en breve murio.

Con esta luz penetraba los interiores, y conocia

las

las culpas que en sus confesiones callaban los penitentes. Preguntábales si tenian mas que confesar: respondian que no, y contendian la vergüenza, y la gracia; aquella cerraba el labio al penitente, y esta manifestaba el pecho al Ministro. Aquella hacía negar, y esta insistir, en que se hiciese entero el vomito de los pecados. Via este Siervo de Dios la llaga, que ocultaba el enfermo; mas no la podia curar, si no la manifestaba él; con que su mucha caridad se derramaba en dulces ansias, y amorosas persuasiones, sobre que diesen á Dios gloria con la confesion de su miseria; hasta que en fin la gracia cantaba el triunfo.

Una muger, que mas se extremó en esta porfia, y mas firme estuvo en la negacion, viendo en fin que sus pecados eran patentes á los ojos de este Ministro Profeta, dió un doloroso gemido, y cayó sobre los pies del Siervo de Dios con un gran desmayo. ¡O que afortunada caida, pues fue para levantarse á la penitencia! A otra enferma, que confesaba para morir, no podia reducirla á que manifestáse las vergonzosas llagas de su pobre alma, insistiendo en que no tenia mas que confesar. Mas de media hora duró esta lucha; acudió la compasion del Ministro á las puertas del Cielo á pedir socorro, y entrando su mano la misericordia del Señor, consoló á su Siervo, haciendo que esta muger confesáse sus negadas culpas. Respondiendo otra que ya no tenia mas que confesar, le dixo: *míreló bien.* No Padre, no tengo mas que decir. *Ha traidora*, le dixo compadecido: *¿como me callas esto, y esto?* refiriéndole la culpa, y circunstancias que callaba. A otra dixo: *» ¿pues venga aca, esta culpa y esta, »porqué no se acusa de ellas, sabiendo que las ha »cometido, y no olvidado?"* Cayó á sus pies muy llorosa, y se levantó á emprender una penitente vida. Dixo á otra: *mira, esta es la culpa que tanto repugnas confesar.*

A un mozo, que vivia amancebado, instaba afligida su Madre, que fuese á confesar con el Siervo de Dios: y pareciéndole á él que con la confesion podria engañar á su Madre, haciéndole creer su enmienda, fue sin este proposito, y al llegar á los pies del Siervo de Dios, le dixo: *¿á donde vá?* Padre á confesar. *¿Cómo has de confesar si no traes propósito de la enmienda.?* Levantóse el Siervo de Dios, dexándolo entre sus mas provechosas confusiones compungido y lloroso. Volvió, y el Siervo de Dios, conociendo ya su buena disposicion, lo confesó, y quedó en adelante por uno de sus hijos espirituales. A otro señaló el tiempo de diez dias, para que exâminase bien su conciencia, y hecho, confesó generalmente con el Siervo de Dios, concluyendo que no tenia mas que decir. »*Mírelo bien, no se* »*le olvide algo.* Padre no me acuerdo de mas. *Pues* »*venga acá, ¿no se acuerda que tal noche* (eran ya pa- »sados doce años) *fue con otros dos á hurtar brebas* »*y las comieron en tal parte, de donde pasaron des-* »*pues á tal sitio, y en él ofendieron á Dios con tal* »*pecado?*" Padre asi es, respondió quedando asombrado con recuerdo tan maravilloso.

Con este especialísimo dón del Espíritu Santo fue el consuelo de muchos enfermos, que por muy agravados, ó les faltaba tiempo para el exâmen, ó no ministraba la memoria las especies de las culpas. Solo referiré un caso, que en mi Convento de San Pablo hizo público el Religioso á quien sucedió. Llamóle en su ultima enfermedad, y sentado á su cabecera el Venerable Padre preocupó la confesion del penitente, diciendole: *¿sus pecados de tal á tal edad no son estos?* Si Padre. *¿Y de tal á tal no son estos?* Contestaba el enfermo, sin tener que quitar ni añadir. Concluyó su confesion presto, y despues decia este Religioso: el Padre Posadas es mas Santo que lo que parece: dando por causal el contenido de esta relacion.

CA-

CAPITULO XVII.

Heroica caridad, que exercía en el Confesonario: zela en él la honra de Dios con riesgo de la suya: en las confesiones de algunos le favorece Maria Santísima, y en las de otros le sirven Angeles buenos y malos.

Dixo San Agustin que la caridad es humana en los cristianos para confesar, y divina en Christo para absolver; y como el Ministro ocupa su lugar, procuraba este Siervo suyo imitarlo en el amoroso y benigno trato con los penitentes, como lo encarecian ellos mismos. Sobre lo qual se podria decir mucho; pero baste la relacion que con estas voces hizo á su Confesor. *»Al sentarme en el Confesonario para el oficio, me despertaba esta voz diciendome yo á mi mismo: ¿como estaría aqui Christo? »Con la qual procuraba á su imitacion estar amante, »sufrido, y benigno con los pecadores, sin costarme »fuerza, porque sin diligencia mia me hallaba en este »afecto: con lo qual no pocas veces lloraba mis pe»cados, al oir los suyos teniéndolos por menores. De »esta benignidad, en que Dios me ponia, corria la voz »de manera, que me venian á buscar de diversas tier»ras y algunas bien distantes, para confesarse con»migo, donde logré las confesiones, que no pue»do contar; sí decir, que no correspondia mi vida á »servir al que quiso tomarme por instrumento de sus »misericordias."*

Semejante caridad, como dixo San Agustin, atrae á sí todas las cosas, como la de Christo en la Cruz. Así era diligente en buscar los pecadores, eficaz en moverlos, amoroso en recibirlos, en oirlos compasivo, en la reprehension piadoso, en la exhortacion tierno, largo en la misericordia, corto en la satisfaccion, siempre benigno, y nunca austero, como lo

confesaba de sí San Juan Chrisóstomo. No tienen numero los ciegos, que con esta piedad abrieron los ojos, revalidaron sus confesiones, se dieron al exercicio de las virtudes, é hicieron exemplar penitencia. La caridad de este evangélico Ministro con su dulzura recogia á sus distraidos penitentes, y la premiaba Dios, recogiéndolo á él en el Confesonario.

Era esta caridad muy benigna, pero muy zelosa: muy dulce, pero muy fuerte en defender la honra de Dios, aunque arriesgáse la suya. Juntaré en prueba de esto dos sucesos de diferentes tiempos, pero muy semejantes entre sí. Entre otras muchas convirtió en penitentes Magdalenas á dos pecadoras, que en sus propias casas tenian inescusable el peligro, siendo su mismo Padre el que tenia á la una llena de abominacion. Convidólas con el remedio, que era la huida de la ocasion: y la eficacia de sus exhortaciones habia ya obrado tanto en sus almas, que gustosas ofrecieron obedecerle, y seguirle. Mandó á la una le traxese sus galas, y con su valor le pagó varias deudas. Les dió el consejo y modo de salir de sus casas, sin que nadie lo entendiese, y venidas á su Iglesia, diciéndoles que lo siguieran, las entró en una clausura, donde dieron á las demas exemplo de penitencia. A mucho se expuso Francisco por sacar á una hija de casa de su mismo Padre, y á otra de entre los suyos, sin saber estos donde paraban. Hicieron muchas diligencias los interesados, hasta saber que el Siervo de Dios las habia quitado de en medio; y aunque á el Padre de la una enmudecio el gusano de su conciencia, el zeloso galan de la otra se la pidio muchas veces, no dudando decir, que aficionado de su hermosura la guardaba para sí: y comenzó á derramar esta injuriosa voz. Si alguno preguntára á Francisco como en estos casos puso en tanto peligro la buena opinion de su nombre, le responderia lo que á su Confesor diciendo: *„yo lo hice mirando mas la honra de „Dios,*

„Dios, que la mia. Yo miré á su honra, y su Ma-„gestad á la mia.” Sucedió asi; porque enmudecido el uno y enmendado el otro, quedó Dios servido, y su Siervo con el mérito de tan santa obra.

Fue este Siervo de Dios muy favorecido de Maria Santísima, por cuya intercesion conseguia la conversion de obstinados pecadores, que luego le buscaban para confesar. Veíase esta verdad en lo público; pero solo referire los secretos de algunos casos, que solo el Siervo de Dios pudo saber, y debió por obediencia comunicar á su Director. De una de sus misiones salió una Muger movida, aunque no determinada á confesar su amancebamiento; pero aquella noche entre sueños se le apareció Maria Santísima diciendole: anda confiesa con Posadas. Y lo executó muy arrepentida y llorosa. En otra mision llegó un hombre muy cargado de miserias; pero con tanto arrepentimiento, que el temblor de su cuerpo hacía temblar tambien el asiento donde lo oia este bendito Confesor: el qual con la novedad volvió los ojos hacia su rostro, y halló que la Reyna de los Angeles estaba á su lado; de cuya presencia se certificó por la disposicion con que el penitente estaba, y confesion que hacía.

Cierta Madre le llevó á una hija para que la confesase, cuyo rostro estaba tan lleno de tristeza y tan macilento, que causaba espanto. Púsose á sus pies, echado el manto sobre la cara, y habiendose signado, enmudecio de manera que no podia hablar palabra. Instábale á que confesase sus culpas, y viendo que su voz era sola la respiracion, le levantó el manto, y vió que tenia tan hinchada la garganta, que igualaba con la barba. Conoció que el Demonio era quien la impedia. Le mandó levantarse, y ponerse al pie del Altar de Nuestra Señora, y corriendo el velo de la Imagen, baxó el Demonio. Volvió con ella al Confesonario; pero sucedió lo mismo. De este modo bregó gran rato con aquel

Demonio mudo, que á los pies de Maria Santísima se retiraba, y en el Confesonario volvia: hasta que finalmente se rindio. Entrando pues en la Confesion halló muchos sacrilegios en muy cortos años, de que salió muy remediada por muy arrepentida. Estos y otros muchos favores, que reservamos para otros capitulos por sus circunstancias, hizo Maria Santísima á este su Siervo en el Confesonario.

Por esto no es mucho sirviesen los Angeles á el que tanto favorecia la Reyna de ellos. En una noche obscura y lloviosa salió para confesar á una Muger, que peligraba de parto; y habiéndose apagado en la puerta del Hospicio la luz que traia el que lo llamó, se apareció un brazo desnudo con una hacha encendida, que lo guió hasta la casa de la doliente, en cuya puerta se apagó la hacha, y volvió á encenderse la primera luz: y confesada la enferma, á la vuelta se repitio el mismo prodigio con las mismas circunstancias.

Un hombre de muy relaxada vida se hallaba dominado de la verguenza de confesar sus feísimos pecados. Que hay enfermos, á quienes no averguenzan las llagas, y causan rubor las medicinas. Movíanlo los remordimientos de su conciencia; pero no se resolvia, ni pudo sosegar hasta hacer viage de su pueblo á Córdoba, de donde el Demonio lo volvió á sacar con el horror, que le infundia á todos los Confesores. Volviéndose pues, le salió al encuentro en el campo de la Merced (próxímo al Hospicio) un gallardo joven que le preguntó por la causa de la mucha tristeza, que demostraba en su semblante. Negóse á confesarla; pero cediendo á las instancias, la declaró. Hombre, le dixo el joven, vuelve, y confiesa con el Padre Posadas. Cobró aliento con estas palabras, y al retroceder, quiso reconocer á su buen consejero; pero alli desaparecio. Hizo su confesion arrepentido, y quedó enmendado.

Mucha gloria fue para Francisco que los Ange-

les

les lo giasen con luz por las calles, y le traxesen pecadores; pero aun admira mas que Dios obligáse al Demonio á oficio de tanta piedad. A la media noche se sintió en una ocasion sobre el Hospicio (y solo para los que alli estaban) una repentina tempestad, que causaba imponderable horror el ruido y estruendo, que se oia en el patio, sin poder entender que sería. Mandó el Siervo de Dios á su compañero baxar, y llegando á el patio vió á un Demonio que le dixo: „Anda dile á ese Minis„tro, que aqui está otro del Altísimo: que vaya á „tal calle, y tal casa y confiese á tal persona por„que si no aquel alma será mia." Inmediatamente cesó el ruido, se acabó la tormenta, y se conmutó en espanto el temor. Salió al punto el Siervo de Dios, y confesó á la persona, que se hallaba en proxîmo peligro de muerte.

Los hijos de Confesion de este Siervo de Dios, y otras personas piadosas persuadian á los distraidos que confesasen con él, y lo consiguieron de muchos, que remediaron sus almas. Por lo que se vé que Dios, Maria Santísima, Angeles buenos y malos, hombres, y mugeres le embiaban pecadores que confesar, para que templase la ardiente sed de su zelo.

CAPITULO XVIII.

Triunfos de su heroica castidad en el Confesonario.

Hasta aqui hemos visto á este evangélico pescador sacar innumerables pecadores como peces de el mar del mundo; ahora veremos armada fuertemente la infernal astucia contra la nave de su conciencia, convirtiendo el Confesonario en campo de batalla la mas cruel, para que temeroso lo dexáse; y lo puso en tales apreturas, que hubo menester consejo para proseguir. Embestíalo con las impuras obscenidades, de

que

que sanaba las relaxadas conciencias ; con que hallaba enconado contra sí á el enemigo , de que libraba á otros.

Pero no pudo el Demonio vencerlo á que dexáse el Confesonario , ni él se sentaba en él , sin llevar su cuerpo poblado de cilicios muy rigorosos , y un alfiler grueso del largo de el dedo indice , con el qual , si la tentacion era grande heria , y penetraba el muslo , entrandolo casi hasta la cabeza : y asi como otro Jacob salia victorioso , aunque herido. Todos los dias iba mas enflaquecida la carne , y mas fortalecido el espíritu ; pero el Demonio trató de sacar la cara obrando á su vista las mas provocativas acciones , aunque en vano ; porque era lo mismo que dar golpes en una piedra ; y asi salio este Angel como el del Apocalipsi vencedor en su misma carne , para vencer al Demonio en las de sus penitentes confesados.

Cierta noble Señora , que en sus trabajos interiores no respiraba sino con el consejo del Siervo de Dios , lloraba ver cerrada esta puerta con una fortísima y torpe tentacion , que padecia con él mismo. Gemia entre las ansias de confesarla , y el rubor de decirla. Dexar tal Ministro le era un tormento , callarle esta tentacion no lo permitia el escrúpulo. Púsose en fin á sus pies , y al punto ceso la tentacion , sin volverla á padecer mas. Otro Joven se hallaba ciego con la pasion de un sucisimo vicio , y habia echado su infernal habito tan profundas raices en su corazon , que lo tenia como de piedra. Asi caido no hallaba modo de poderse levantar. Parecióle que todo su remedio seria confesar con el Padre Posadas , y no se engañó ; pues llegando á sus pies, se hicieron sus ojos fuentes de lágrimas , quedando tan otro , que jamas fue tentado en aquella materia. Hizo su confesion con tan penitente llanto , que en algunas horas despues no se enjugaron sus ojos.

Echó el Demonio el resto de su poder , para ar-

arrojar del Confesonario y pueblos de sus misiones á Francisco, valiéndose de mugeres, como lo hicieron los Judios, para hechar de Antiochía á San Pablo y San Bernabé. (16) Ciega llegó en un pueblo una muger á sus pies, donde como serpiente vomitó el veneno de su maldita aficion con desonesta porfia é increible molestia, deseando manchar con su cieno el cristal de tanta pureza. Corrigióla este Ministro con valor y zelo, exhortándola á que temiese á Dios. No dexó él el Confesonario; pero ella se retiró con grandes deseos no de enmienda sino de venganza; y no contenta con haber esparcido en aquel pueblo la voz de que el Padre Posadas habia celebrado Misa dos veces en aquel dia, logró la deseada ocasion de desahogar los rabiosos sentimientos de su repulsa, cubriéndolo de ignominias, desprecios, y oprobios delante de otras personas; pero solo sirvió de dar á su humildad y paciencia el mayor realce; pues refiriendo este suceso, dixo: *»llenóme de hartas ignominias; pero lle»néme de gozo: lo uno por verme libre, y lo otro »por verme por causa de Dios afrentado."* Viendo el Demonio frustradas sus ideas, dio nuevo asalto á la fortaleza de este castillo; porque retirado el Siervo de Dios le dixo: venciste, Francisco, venciste. *No vencí yo, sino Christo*, respondió.

Persistió el Demonio en su empeño, y abrasando á otra Muger en el fuego de la luxuria, inclinó su corazon hácia el Siervo de Dios, introduciéndola en el Confesonario con pasion tan vehemente, que como él mismo dixo: *su explicacion fue mas que clara*; reprehendióla su zelo, y rompiendo este lazo, quedó en libertad, como dice David. (17) Pertinaz el enemigo, fió su victoria de la mayor desembolura de una muger, sugiriéndole, se fingiese enferma, se pusiese en cama, y mandáse llamar al Padre Posadas como para confesar, ó consultarle su conciencia. Todo lo executó asi: y entrando en el

apo-

aposento el Venerable Ministro, manifestó esta muger el contagioso humor de su enfermedad. Estaba en el lecho sola y desnuda, con que lo combatió con las provocaciones, que por el pudor se omiten. El mas seguro medio de vencer tal tentacion es la fuga, como aconseja San Pablo. (18) No hizo esto, pero hizo mas, y fue detenerse con caridad á abrirle los ojos con santas exhortaciones. Asi lo executó San Vicente Ferrer en semejante caso, aunque no habiendo conseguido su santo deseo huyó á toda prisa. No asi Francisco, que los varones de Dios en tales aprietos suelen obrar, no segun las reglas comunes, que deben seguir los demas, sino segun la divina inspiracion que los mueve. A que fuese movido el Siervo de Dios en esta ocasion lo diré con sus palabras: *»arrojéme á sus pies y los besé, »pidiéndole se reportáse, mirando á Dios, y á su »ofensa.*" Púsose á sus pies, como Christo á los de Judas, y con esta profunda humildad venció al Principe de la soberbia, dexando mejorada á la muger con el arrepentimiento. Arrojóse la Magdalena á los pies de Christo, y se arroja este su Siervo á los de otra Magdalena. Christo recibe el osculo y Francisco lo da; con que halló esta en los labios del Siervo lo que la otra en los pies del Señor.

Asi coronó Dios á este Capitan vencedor en el Confesonario, donde fueron sus triunfos adornados con el laurél celestial de muchos resplandores de aromaticas fragrancias, que vieron con espanto, y percibieron con gozo muchas personas, que como dice San Agustin: la caridad, que abrasa el alma, y vence la carne, es el fuego que exhala fragrantes vapores con resplandecientes claridades.

CAPITULO XIX.

La fama de su santidad y doctrina causa maravillosos efectos: solicitan algunos sus reliquias, y son grandes sus humildes sentimientos.

Habiendo escrito San Pablo (19) sus muchos trabajos en la mision de algunos pueblos, y la caridad con que trataba á los pecadores, precaviendo los engaños del Demonio, prosigue su carta, y á su imitacion yo esta historia, diciendo: que en Córdoba y en todo lugar se difundia el buen olor de la predicacion, y virtudes de Francisco, por lo que volaba por todas partes la fama de su santidad. Sucedíale en Córdoba lo que en Roma á San Geronimo: que era llevar tras sí los ojos de todos sin distincion de esferas, calidades, estados, ni sexôs. Convidados de esta opinion le buscaban los pecadores, y volvian hechos pregoneros de su caridad, doctrina y virtudes. Asi ganó para Dios muchas almas, y no fueron pocas las que emprendieron una rigorosa y penitente austeridad. Muchos casos dignos de esta historia y concernientes á esta materia podriamos referir; pero el título de compendio nos obliga á contentarnos con dar noticia de solos algunos mas principales.

Por la piadosa interposicion del Eminentísimo Señor Cardenal Don Fray Pedro de Salazar Obispo de Córdoba fue perdonado, y recibido benignamente de cierta Religion un hijo suyo Apóstata, reo de gravísimos delitos: y obtenida la licencia de su Prelado, hizo una confesion general con el Siervo de Dios, de la que volvió tan otro, que admiraba á todos el rigor de sus ayunos y penitencias. Su dormir era en el feretro de los Difuntos en un lugar retirado y lobrego. Pasmados sus hermanos le preguntaron por la causa de mutacion tan maravi-

llosa, y respondió: que el Padre Posadas lo tenia asi; porque en su confesion le habia leido el corazon, y penetrado con sus palabras lo mas interior de su alma, derritiéndolo en arrepentimiento y compuncion de sus culpas.

Tan fructuosa fue la fama de su buen nombre, que sola su vista detuvo los pasos, y mudó los corazones de muchos: diciendo algunos de ellos, que siempre que lo encontraban en la Ciudad se les representaban con viveza todos sus pecados, haciéndoles temblar el remordimiento de sus conciencias. Entre estos cierta muger pecadora en la Ciudad siempre que via al Siervo de Dios se estremecía su corazon y temblaba su cuerpo, hasta que al fin cayó penitente á sus pies, y enmendó su vida.

Pero no es mucho que los Ciudadanos de Córdoba se aficionásen, y aprovechásen tanto de este buen olor, teniendo á la vista una flor de tanta fragrancia; mas es que lo difundiese á distantes territorios, trayendo á muchos á mejorar sus conciencias. Tal fue uno de temible condicion por su mucha sobervia, con la que obraba atrocidades. Este, habiendo venido á Córdoba, hizo confesion general con el Siervo de Dios, y volvió á su patria hecho la admiracion de sus patricios: porque vian á un Leon convertido en Cordero. Lo mismo sucedió con otro esclavo de gravísimas culpas: entró este en la Iglesia del Hospicio, y levantándose el Siervo de Dios del Confesonario, le preguntó que á quien buscaba, y respondiendo: que al Padre Posadas, le dixo: *hijo yo soy*. Fueron de tanta virtud estas palabras, que oidas, se estremecio el Demonio, y tembló el cautivo, en cuyo pecho moraba, sin poderse tener en pie: al modo que cayeron los que iban á prender á Christo, quando dixo su Magestad: *yo soy*. (20) Sosególo el Siervo de Dios, y remedió su alma: como al mismo tiempo lo hizo con otros cinco forasteros, que de distintos pueblos lo venian buscando.

De

De otra Ciudad vino á la de Córdoba un Sacerdote buscando en el Siervo de Dios el socorro de su grave necesidad. Traia sobre sí el peso de una gravísima carga de continuos escrupulos, con amarga melancolia, obscuridad, desenfreno de la imaginacion; y tanto despecho, que lo traia como dementado, y fuera de sí en terminos de desesperar de la divina clemencia. Entró en la Iglesia al comenzar el Siervo de Dios la Misa, y luego que puso en él los ojos, se halló de repente mudado con dulce consuelo de su alma, y ternísimo llanto, desvanecida la nube de sus temores, y con el conocimiento de que por la infinita Bondad de Dios, no era tan infeliz el estado de su conciencia, como le decian sus turbados pensamientos.

La voz de esta fama hizo eco en los desiertos, y entre otros vino á Córdoba un Eremita, preguntando por el clarin del Evangelio. Traianlo las penitencias, escrupulos, y trabajos interiores tan enfermo y consumido, que habiéndose desmontado de la caballería en casa de un hombre piadoso, no podia con su mucha debilidad tenerse en pie, ni aun sentado sin algun arrimo. Le dieron el consuelo de llevarlo al Hospicio, y el Siervo de Dios, á quien porque se hallaba sangrado, no le dieron este aviso, lo tuvo por divina revelacion: baxó á la Iglesia, y saludó al Eremita, diciendole: que tenia mucho deseo de conocerle. Quedaron solos por espacio de dos horas, y salió sano el enfermo, fuerte el debil, robusto el flaco, y con tanto aliento el que vino con desmayadas fuerzas, que causó admiracion verlo caminar sin arrimo, y á buen paso; dando gracias á Dios de haber conocido varon tan grande. Asi entró en la casa de su posada, diciendo: »¿Quien se condena en esta Ciudad teniendo en ella á este Santo? Yo con su vista, y consejo he cobrado tanto esfuerzo, que ya me parecen pocos los trabajos de el mundo. Me ha dado

»esta

„esta azucar (que era como una libra) diciendo-„me : usáse de ella para remedio de mi grande fla-„queza de estomago , y la experiencia ha probado „su virtud ; pues gustada , me ha dado mucho vi-„gor. ¡O lo que en Córdoba deben á Dios , por „haberles dado tal Santo!" Quiso quedarse cerca en el desierto de esta Ciudad , mas volvió al suyo de San Pablo de la Breña de consejo del Siervo de Dios.

Toda clase de personas se interesaban en las oraciones , que pedian al Siervo de Dios. Con esta piadosa fe le buscaban unos , y le escribian otros. A una Señora Duquesa , que sin mas motivo le repetia cartas , le respondió ; (viendo que nada le consultaba de su conciencia) *que debia entender era un pobre Operario , que necesitaba del tiempo , para el misnisterio , en que Dios le habia puesto* , y concluyó ; *Señora V. Excelencia entienda que ninguno se salva con oraciones agenas sin obras propias.* Hasta del Africa le escribió un cautivo , pidiendole lo socorriese con sus oraciones.

Con no menos ansias deseaban sus reliquias. Muchos le quitaron el sombrero con el pretexto de no estar ya decente : *no está tan malo* , decia , *que no pueda servir* ; pero no pudiéndose defender , tomaba el que le daban como limosna ; sin entender , que el suyo se guardaba como reliquia. Entró despues en este recelo , y procurando excusar tanta pena á su humildad , se defendia ; mas no fue esto bastante á la sagaz piedad del Conde de Hornachuelos y otros, que notando , quando venia á la Iglesia de San Pablo , para salir con el Rosario por la Ciudad , que lo escondia en la Capilla de Nuestra Señora , hacian allí el robo : en cuya vista en adelante lo dexó en la pobre casa donde se crió , y el que lo encerraba en un arca , la guardó siempre como reliquia. Nunca cubrió la cabeza con el sombrero , lo traia siempre en la mano , y era grande , pesado , y bas-

to. Entrando en una ocasion en el Convento de San Pablo con un sombrero pequeño, y muy fino, le decian los Religiosos no sin admiracion: muy galan viene el Padre Posadas: ¿Qué sombrero es este tan fino? *Padres*, respondio, *no he reparado en tal cosa*: dixo la casa de donde venia, y que acaso le habrian puesto aquel sombrero en lugar del suyo. Causa espanto, que ni la vista lo distinguiese, ni el tacto lo estrañase, siendo tan pequeño, ligero y suave; pero era la causa, que la presencia de Dios lo traía siempre recogido, y ni via lo que miraban sus ojos, ni distingia lo que tocaban las manos. Por eso el Apostol (21) abiertos los ojos nada via del mundo, porque su corazon habia subido al Cielo: y en el mundo no ve el que lo mira, si no lo ama.

Lo mismo, que los seglares con el sombrero, hacian los Religiosos con el Habito, quando lo daba á labar. Para evitar esto, discurrio embiarlo á un Padre Maestro de cierta Religion, y muy amigo suyo; pero este le quitó la Capilla, y puso en su lugar una suya. Hurtáronle en cierta ocasion la capa, como á San Vicente Ferrer; pero su humildad cuidó atribuir este robo á otro motivo; diciendo: *mas necesidad que yo tendría de ella, el que se la llevó.* De Vizcaya vino á Córdoba Don Miguel de Silva, y ansiando por lograr una firma del Siervo de Dios, fue á confesar con él para cumplir el precepto annual, y quedándose con la cedula, ir despues con otro Ministro, y dar la de este al Parroco. Hizo su confesion, y pidiendo la cédula, Francisco, que habia conocido su corazon, dixo: *»vaya con Dios, »que no la necesita, Santos son los que estan en los »Altares; aunque vea á los hombres hacer milagros, »sepa que en un instante pueden cometer un pecado »mortal, y perder la gracia.»*

No respondió á varias cartas, que le escribieron unas Religiosas Dominicas de Ciudad Reel por-

que

que conoció el fin. Se valieron de un Padre Maestro, á quien el Siervo de Dios respondió: *„Diga„les V. P. que las encomiendo á Dios, que mis car„tas las quieren por reliquias, y yo soy un pecador „muy grande."* Llegó á ser muy comun este piadoso deseo; pero el Siervo de Dios, ó no respondia por escrito, ó lo hacía de otra letra sin su firma, como la materia lo permitiese. Probó esta verdad su muerte, con cuya noticia dentro y fuera de Córdoba sacaban á el público las cartas, y firmas del Siervo de Dios, poniéndolas sobre sus cabezas.

Entrando en la casa de la Vizcondesa de Miranda á ver á un niño enfermo de tercianas, ahijado suyo, luego que lo vió, dixo: *Comadre este niño ya está bueno*; no obstante que en la actualidad se hallaba con la terciana: le dixo un Evangélio, y no le repitio mas. Pareció á la Vizcondesa esta ocasion oportuna, para lograr sus deseos de tener una reliquia de su Compadre, y le instó á que comiese unas ciruelas en almibar con animo de recoger, y guardar los huesos. No se excusó, como solia; pero mirando á la Señora con alguna sonrisa, sacó el pañuelo, y en él recogio los huesos diciendo: *¿para qué es eso Comadre? ¿Con un pobre Frayle, quiere obrar asi? Vaya con Dios dexese de eso.* Espere V. Rma., dixo la Vizcondesa, se le pondrá el Coche. *¿Comadre qué dice? ¿Un pobre Frayle criado en la tienda de aquella Plaza, lo han de ver ir de esa suerte? ¿Que dirán? No, Comadre, eso no es bien.*

A nosotros, decia San Agustin, es necesaria nuestra buena vida, y para los otros nuestra buena fama; pues la una sin la otra no fructifica, como escribió San Geronimo. Por eso cuidó Francisco de su buen nombre; mas quando vió tan agigantada la opinion de que era Santo, comenzó su martirio. Mirando al próximo, no sentia la fama, sino el exceso; pero aunque siempre lo gimió su alma, muchas

chas veces lo disimuló su discrecion. Ya fuese por la Ciudad, ya en su Hospicio, ó en la Iglesia se inclinaban unos, y se postraban otros á besarle la mano, escapulario, ó capa cada uno donde podia; y viéndose asi cercado decia: ¿*Señores yo soy pila de agua bendita*? ¿*Hay tal pension*? Muchas piadosas mugeres encontrándolo en la calle, se le arrodillaban, diciendo: Santo mio: y en una de estas ocasiones dixo en su corazon: *Santa sea tu lengua, que si lo es, santo será Fray Francisco, y si no lo es, desdichado de Fray Francisco que nunca será mas, que el hijo de la Vendedera.*

Padeciendo de la dentadura le sacó un Cirujano un colmillo, y una muela, y haciendo el ademan de arrojarlos por la ventana, los guardó, y se fue. Entonces dixo el Siervo de Dios á Fray Josef su compañero: ¿*No reparó en el disimulo del Cirujano, que hizo que tiraba las muelas*? *pues sepa, que se las llevó: lleva muy lindas alhajas; aviado vá.* No lo fue poco: pues aunque antes de salir del Hospicio, le quitó la muela la importunidad de una persona espiritual; puso él en un Relicario el colmillo, donde lo conservó toda su vida, despidiendo una admirable fragrancia. Asi sus alhajas eran apreciadas en mucho, porque él las tenia en nada.

Conociendo que muchos forasteros lo buscaban solo por conocerlo, besarle la mano, y pedir los encomendáse á Dios, los recibia, y despedia cortés; y vuelto á los presentes disimulaba su pena, diciendo con alguna sonrisa: ¿*han visto á lo que han venido*? *A ver el Santurron, y besar el zancarron.* Asi pretendia el desprecio, que nunca consiguió, y no pudiendo en fin disimular la fuerza de sus afectos se deshacia en lágrimas, y suspiros. Otras veces, sintiendo no lo buscaban con el fin de limpiar sus conciencias, sino de conocerlo, y solicitar sus reliquias, lo ahogaban los sentimientos, sin tener mas respiracion, que decir: *sea por Dios, sea por Dios.*

En una ocasion fue tan contristado á su Confesor, que le causó pena; preguntóle la causa, y le dió á leer el sobre escrito de una carta, que decia: *Al Santo Padre Posadas guarde Dios*. Era de una noble Señora de la Ciudad de Granada, que le hacía una consulta y el Siervo de Dios exclamaba con mucho dolor: *Padre ¡lo que me pasa á mi!*

Hasta los niños salian de sus casas á besarle la mano, doblando las rodillas. Tres años tenia de edad Pedro de Valenzuela, quando padeciendo un corrimiento de encías con vehemente dolor, y viendo venir al Siervo de Dios, dixo á sus padres, ya presto estaré yo bueno, como lo estuvo al instante que le besó la mano. Si los muchachos, que jugaban en la calle, lo vian venir, dexaban el juego, y se postraban de rodillas hasta que pasáse; lo qual en una ocasion llenó de lágrimas á quien lo vió, como siempre, de humildes sentimientos al Siervo de Dios. Sobre esta opinion de tenerlo por Santo se le notaron varias sus explicaciones, como lo eran las virtudes, que en la ocasion exercitaba. Unas veces decia á los Religiosos: ¡*Padres tal locura*! ¡*Locura del mundo*! ¡*Yo Santo*! Reia, y despreciaba esta opinion, diciendo: *vulgo vulgo*. Otras veces lleno de amargura decia: ¡*O Padres*! *Asi debia yo ser como me juzgan*; y otras con salada discrecion: "*dexenlos, dexenlos con su devocion, que bien sabe Dios lo que se hace: pues con esta devocion y pia aplicacion, que me tienen, se asegura el fruto recibiendo bien el consejo y doctrina.*"

Ultimamente no pudo su humildad desvanecer la opinion, en que le tenian; pero sí pudo impedir que copiasen su rostro los Pintores, que en vano le miraban con disimulada atencion especialmente estando en el Confesonario; porque entendiéndolo este Profeta, eran tales sus movimientos que no podian asegurar linea ni perfil.

CAPITULO XX.

Huye su humildad las Prelacias, y honrosos empleos de la Religion: renuncia dos Obispados, y consigue del Magistrado de Córdoba el destierro de las Comedias.

El anhelo á las Dignidades turba á los hombres la razon. Los engaña la ambicion; porque como dice el Chrisóstomo, no es mayor el mas alto, sino el mas justo; no el que resplandece en mas honor, sino en mas virtud. No deseaba Francisco parecer mas, sino serlo: ni lo podia ser, sin tenerse en menos. Verdad es, que se puede componer con esta humildad el honor de la Prelacía; mas en ella son muchos los peligros, que dan tormento al que ama la seguridad. Eligieron al Siervo de Dios para Prior del Convento de los Santos Martires de Córdoba; pero esta eleccion llenó su humildad de amargos sentimientos, y escribió al Provincial una carta la mas religiosa y humilde, acordándole lo que dicen nuestras Constituciones en orden á suplicár el subdito, quando le dan empleo contrario á su conciencia. Representóle las letras, que tenia de los Rmos. PP Generales para no admitir oficio, que impidiese su ministerio, en que á todas horas le buscaban las almas. Alegó que los PP. Provinciales habian querido ocuparlo en oficios, y que salva su venerable autoridad, habia Dios hecho su gusto. Propuso otras razones de mucha piedad, y prosiguió: *si lo dicho no valiere, concluyo con la representacion de mi pobre alma, que con tal oficio se condena, cuyo objeto no quitará V. P. M. R. de mis ojos mientras no quitáre el oficio. No ponga V. P. M. R. una conciencia escrupulosa en parage de que pierda el juicio, porque entonces será de provecho para nada. Válgame la Virgen Santísima para con V. P. M. R. y permita que diga: laqueus*

 con-

contritus est , et nos liberati sumus. Espero en que V. P. M. R. como Padre atenderá á la suplica rendida de un hijo , que eligiera primero remar en galeras , que ser Prior. Guarde Dios. &c.

Admitió el Provincial la renuncia , y quedó con la admiracion de tal carta. Asi repugnaba Francisco la dignidad no solo por peligrosa , sino porque su humildad lo hacia inhabil para el gobierno , y asi en esta como en otras ocasiones solia decir : *mas quiero ser cocinero que Prior , porque yo no soy para eso.* En un Capítulo de eleccion tuvo algunos votos para Provincial , de que se miraba tan indigno , que decia con salada discrecion : *los Padres han querido hacer conmigo Carnestolendas , tirándome estas naranjas.* Despues de haber renunciado las Mitras , (de que diremos despues) escribieron de la Corte , que el Rey Cathólico Carlos II , lo habia elegido para su Confesor , y el Siervo de Dios decia : *»eso me lo »pueden mandar , y en tal caso es preciso obedecer; »mas si sucede , y el Rey no hace quanto le dixere, »presto volveré á la celda.»* Fue cierto el nombramiento del Rey , pero mudó de dictamen , y no tuvo efecto , porque Dios queria á su Siervo en su pobre Hospicio.

Presentóle el mismo Monarca á la silla Episcopal de la Santa Iglesia de Alguér. Omito sus humildes sentimientos , y exemplares explicaciones. No me detengo á sondear el mar de sus amarguras ; porque su mayor cuidado fue , y debio ser indagar la voluntad divina , para resignarse en ella. Retírose á su Convento de Scala-cœli , donde le pasó , lo que comunicó á su Confesor con estas palabras : *celebrando un dia , y pidiendo á Dios me libráse de un Obispado* (que fue el referido) *si en él habia de tener una culpa leve contra su Bondad ; me respondió el Señor, asegurándome con una voz intelectual , que no seria Obispo. Salí del Sacrificio no solamente cierto , sino fuera de los temores , que sobre ello habia padecido al-*

algunos dias , quedando persuadido con certeza , á que no me cogeria aquel peso , y fue asi : pues estando nombrado , dieron la dignidad á otro. No dice que la renunció , sino que la dieron á otro , estando él nombrado , porque es de mayor honor una Mitra renunciada , que obtenida ; y á no haber sido tan notorio el suceso , hubiera su humildad desfigurado lo mas glorioso.

Son las Dignidades , como las sombras , que siguen al que las huye. Bien á costa de sus muchas mortificaciones lo experimentó Francisco , pues á pocos años se halló presentado , para el Obispado de Cadiz. Tenia ya este espíritu mas libertad , y asi recibió esta noticia no turbado , pero si mas sentido. Combatia en su pecho el afecto de su humildad, con el de la resignacion ; pero siempre pronto á hacer la divina voluntad , y no la suya. Instábale el Eminentísimo Señor Cardenal de Salazar á que admitiese , y respondía : *Señor , Vtra. Eminencia me persuade , pero no me mueve.*

Le eran agudas espinas los parabienes , y tratamientos , que le daban de Obispo. Hallólo en esta ocasion un hijo espiritual anegado en lágrimas , le preguntó por el motivo , y respondió : *¿ no he de llorar , si queriendo hallar en todos el desprecio , no encuentro sino la honra ?* Recogido en oracion una noche con sus hijos espirituales le tentó el Demonio con un pensamiento de vana complacencia , y luego que la sintió , levantó la voz , diciendo : *hermanos encomiéndenme á Dios ; pues siendo hijo de una Vendedera , no me puedo valer conmigo por un Obispado , que me han dado.* Envió pues Francisco su renuncia con humilde discrecion , y (como previniendo al Principe en lo futuro) concluyó diciendo : *primero pondré la cabeza en la tumba , que en la Mitra.*

Pasado tiempo vacó el Obispado de Córdoba por muerte del Señor Cardenal de Salazar , y corrió en la Corte muy valída la voz de que el Rey daba este Obis-

Obispado al Padre Posadas. Asi lo escribieron muchos como cosa cierta, y asi se lo participó una Señora Grande de Castilla. Llenóse Córdoba de gozo, y el Siervo de Dios de amargura, que explicó una vez en tiernos sollozos, diciendo con lágrimas: *Señores, ¿si me dieran el Obispado de Córdoba, no fuera eso una gran monstruosidad? ¿Qué fuera ver con la Mitra de Córdoba á el que vieron criarse entre cestos en esa plaza?* De nada se acordaba menos que de la noble calidad de sus padres; porque solo ponia los ojos en la humilde tienda, que la obscureció.

Confesando una vez en este tiempo, dixo á el Ministro: *Padre, no sé qué decir, ni qué hacer en este caso: solo puedo decir con toda verdad, que de mejor gana tomará estar moliendo toda mi vida en una atahona, que tomar sobre mi este cargo.* No logró Córdoba lo que tanto deseaba, y suponia; porque la Mitra se le dió á otro, cuyo aviso recibió el Siervo de Dios con mucho gozo diciendo: *escapamos.* De mas honra le fue merecer la dignidad, que tenerla, como en semejante caso, dixo de Pamachio San Geronimo.

La renuncia del primer Obispado autorizó mas su persona, y difundió la fama de su virtud; pero esto lo convirtió su zelo en gloria de Dios, y provecho del próximo. Nada juzgó de tanta importancia, como arrojar de la Ciudad las Comedias; por que en ellas via, y lloraba enredadas las almas cautivas del Demonio, sin conocer el marido el riesgo de su honor, ni la Madre el peligro de sus hijas. Dolíase ver, que iban á el teatro muchas mugeres pobres vestidas de gala á costa de su honestidad, y que se turbaba la paz de los matrimonios. Experimentaba en el Confesonario, y fuera de él lo que escribió San Cipriano, diciendo: que el adulterio se aprende, mientras se vé. Finalmente eran tan escandalosos, y publicos los males, que el Siervo

de

de Dios enardecido, y agitado del Espíritu Santo levantó la voz en templos, y plazas contra las encantadoras sirenas de las amatorias representaciones. Aseguró su doctrina, no disputando si las Comedias eran, ó no licitas, ó indiferentes, sino reprehendiendo su mal uso, evidenciando, que este era la perdicion de las almas. Ganó á muchas, y queriendolas todas pidió licencia al Prior para arrojarse al teatro con un Crucifixo, y alli hacer la causa del Señor. Daré la licencia, respondió el Prelado, mas ha de ser con la candicion, de que en aquel teatro público ha de hacer V. P. un milagro. No se sugetó su humildad á pacto semejante, aunque no ignoraba, que sin milagro no se podian arrancar las profundas raices, que las Comedias habian echado en los animos cordobeses; ni Dios lo movió á que lo ofreciese, porque habia dispuesto, que su Siervo hiciese no este, sino otro mayor milagro, como verémos.

Intentó su heroica fortaleza lo que á todos pareció imposible, que fue inclinar, y reducir á los Caballeros Veinte y quatros, que componian el Senado de Córdoba, á que juntos en su Sala Capitular decretasen desterrar, y nunca mas permitir Comedias en su República. No pudo ser mas ardua la empresa, por ser ellos los mas apasionados y ciegos. Visitábalos zeloso, rogábales importuno, y hacia su constancia frente á las repulsas que cohonestaban con el motivo de no ser pecaminoso el uso de las Comedias. Encontró en la Ciudad á uno de los Senadores, (que con mas tenacidad mantenia este dictamen, y fortalecia á los demas) se fue á él; y aunque era tan manso, atento, cortes, y humilde, le asió de un brazo, y con valentia de espíritu le dixo: *Sr. D. Fulano, quando en esta mano tenga la vela del Rosario me dirá, si son buenas las Comedias.* Dexólo atonito el trueno de esta terrible voz, y le anunció los muchos trabajos, que le sobrevinieron, y fueron públicos.

Ul-

Ultimamente despues de mucho trabajo y dias, aunque ganó la voluntad de algunos, se le negaron los mas; pero fue tan viva su fé, y tan grande su esperanza en la divina bondad, que no paró hasta obligarlos á que se celebráse Cabildo sobre esta materia. Se celebró en efecto, y juntos todos, dió el Portero aviso, que el Reverendísimo Padre Presentado Fray Francisco de Posadas, electo Obispo de Alguer, pedia licencia para entrar á dar una embaxada á la Ciudad. Oido esto salieron á la antesala á recibirlo, y habiéndole dado asiento á la derecha del Corregidor, despues del Caballero Veinte y quatro mas antiguo, propuso varias razones convenientes á escusar el uso de las Comedias, por ser muy perniciosas á la Republica. Concluida su propuesta, obró Dios el milagro; pues siendo mayor el número de los que iban comprometidos en mantener el uso de las Comedias, se hallaron de repente tan mudados sus corazones con fuerza tan superior, que conformándose gustosos con lo que hasta entonces mas repugnaban, no osaron hablar ni una palabra á favor de las Comedias, y unanimes y conformes formaron decreto, que prohibió por entonces, y en adelante el uso de las Comedias en la Ciudad. Aun no se contentó con esto tan Ilustre Magistrado, sino que mandó demoler las casas, y teatros de las tales representaciones, cuya ruina hizo memorable á los ecos del clarin de este Josue del Evangelio.

CAPITULO XXI.

Admirables mutaciones, que su venerable respeto, y espíritu de profecia causa en los animos opuestos, uniendolos en caridad.

Hemos visto la repentina, y milagrosa mutacion de animos, con que los Caballeros Capítulares decretaron el destierro de las Comedias, causándoles es-

panto, como despues decian, que sola la presencia del Siervo de Dios los hubiera obligado á entrar ciegamente en lo que fuese su voluntad. Ahora verémos otras mutaciones maravillosas, que hizo en las almas, arrancando de los corazones los agravios, por el puro amor de Dios. Quando comenzó su ministerio halló muy crecida la zizaña, que el Demonio habia sembrado en la Nobleza de Córdoba. Era esta un sobervio mar, que movido de la arrogancia de unos, y venganza de otros se turbaba en continuas tempestades; pero este Angel de paz la anunció serenando las aguas, y reconciliando las familias, cuya disension era el origen de muchos males, temidos peligros, y graves escándalos con riesgo inminente de vidas, y honras. Combatian entre sí las hinchadas ondas de los mas vanos orgullos; pero entrando su mano este evangélico Medianero, aunque fuesen muy sangrientos los enojos, y muy arduos los casos, hermanaba los corazones. No habia dificultad, que no venciese su zelo, á que ayudaba su discrecion, acomodándose á la flaqueza de muchos, y arbitrando medios de ajuste igualmente decorosos á las partes.

No tienen número los plebeyos, que debieron la conservacion de su honra, coveniencia, y vida á la interposicion del Siervo de Dios con los nobles, y ofendidos Poderosos. Uno de la primera sangre, de gentil animosidad, y muy zelador de su honra, abrigó en su pecho los vivos deseos de la venganza con diligente solicitud de castigar con la muerte, la que intentaron dar á un hijo suyo dos hombres inferiores. Pidióle el Siervo de Dios, que los perdonase, y con notable prontitud convertido en Cordero este Leon respondió: Padre Reverendísimo hecho está. Púsolos á sus pies, y derretido en ternura, y llanto el corazon de este Noble los levantó á sus brazos con mucho amor. *No lo perderá V. S.*, dixo el Siervo de Dios, *porque le ha de premiar el Señor lo*

que

que aqui ha hecho. Interpuso despues este ilustre Heroe su autoridad con el Juez, y aseguró la libertad de los que con tanta caridad habia perdonado. Pasaré en silencio su estragada vida, pero no su intempestiva y admirable mudanza de costumbres, que puso en espanto á Córdoba, edificándola con su exemplo.

Volviendo una tarde el Siervo de Dios por el campo de la Merced á su Hospicio, retrocedio repentinamente, y con acelerado paso, movido de divina inspiracion, se dirigio acia un sitio, donde batallaban con furor dos hombres, y viendo el uno al Siervo de Dios, dixo: el Padre Posadas viene; y al punto dexaron caer los azeros, y se abrazaron con mucho amor, sin esperar á qne hablàse ni una palabra; porque el Señor que lo habia llevado, quiso que tan maravillosa mutacion de corazones se debiese á la presencia de su Siervo. Aun mas hicieron otros dos enemigos combatientes, que viendo al Siervo de Dios, corrieron á sus pies, donde poniendo sus espadas, se reconciliaron. Asi quebraban, y retrocedian en este evangélico muro las furiosas olas, que en el mar del mundo levanta la sobervia.

Hizo viage cierto hombre que en su propia casa tenia la concubina, y eligiendo su muger mas bien el divorcio que aquella pesada cruz, resolvio asegurar su persona en un Convento. Persuadióla una amiga suya á que antes fuese á ver al Siervo de Dios, el que le dixo: *de ninguna manera piense entrar en Convento, hagamos oracion á la Reyna de los Angeles; y á poco tiempo prosiguio: estése quieta, encomiéndese á Maria Santísima, pidale que mejore de vida su marido, que yo tambien lo haré, y confie que vivirá gustosa.* Volvió el Marido de su viage, pero tan mudado, que entrando en su casa arrojó á la concubina, y vivió en paz con su muger.

En la mayor relaxacion tenian á un hombre pobre los tres poderosos vicios de amancebamiento, juego,

go, y vino. Acudió con esta afliccion la muger al Siervo de Dios, el que la consoló diciendole: que la encomendaría á Maria Santísima, y que tuviese fé; desde aquel mismo dia mudado el corazon de su marido dexó enteramente los dichos vicios, mejoró de costumbres, y ganó caudal, y con él la fortuna de ser muy estimado en el pueblo. Muy mortificada, y poco sufrida vivia una muger con la fuerte condicion de su marido; y habiendo reñido una noche, se dixeron muchos oprobrios, de los que quedaron muy ofendidos. La mañana siguiente fue la muger á confesar con el Siervo de Dios, que la recibió diciendo: *que para confesar era menester perdonar los agravios recibidos, y pedir perdon de los hechos; y que pues no lo habia hecho asi, se volvise sin confesar, y dispusiese bien su conciencia.* Admiró ella que el Siervo de Dios supiese lo que aquella noche habia pasado en su casa: á la que volvió con mucho llanto, y cumplida su obligacion, buscó al siguiente dia al Siervo de Dios, que la recibió, diciendo: *ahora viene bien, llegue y confesará.* No duró mucho la paz de este matrimonio porque el marido pasaba las noches fuera de su casa, con cuya pena y zelo fue la muger al Siervo de Dios. *Haz,* le dixo, *oracion á Maria Santísima, rézale cinco salves: vuelve á tu casa sin decir nada á tu marido; antes si luego que esta noche te pida la capa y espada, se la darás, sin hablar palabra, y tu verás lo que pasa.* Tomó el consejo, y habiendo salido aquella noche su marido, á pocos pasos se volvió á su casa, y no salio mas de noche, sino acompañado con su muger.

Tambien fue muy admirable la caridad, con que volvió á la gracia de los padres á los hijos, que contra su voluntad habian casado. No tienen número las amistades que hizo entre padres é hijos, suegros y yernos; ni es ponderable la discrecion, con que muchas veces contenia su zelo, esperando lograr con

la oportunidad la reconciliacion. No paraba en su casa un hombre por huir las continuas instancias de Eclesiasticos y Seglares, sobre que perdonáse á una hija, que con su casamiento le habia dado mucho disgusto. Entró á predicár mision en aquel pueblo este Angel de paz, y llegando este hombre á confesar con él, lo recibió con esta pregunta: *¿ cómo viene Vmd. á confesar sin deponer el odio contra su hija, ni querer perdonarla?* Pasmóse el penitente, viendo manifiesto su corazon á los ojos del que nunca le habia visto, ni podia tener noticia de este suceso, y en aquel instante se sintió mudado de tal modo, que nunca sintió repugnancia á el amor paternal, conque desde entonces trató á su hija.

Confesando otro, dixo al Siervo de Dios el gran disgusto que habia tenido con su suegro, y que ya no se comunicaban, ni vian. Mandóle, que sin dilacion fuese á reconciliarse con él: Padre, respondió; yo lo hiciera, pero es de condicion muy sobervia, anda prevenido de armas para matarme, si me encuentra, y yo lo estoy para defender con su muerte mi vida. *Lo contrario sucederá*, dixo el Siervo de Dios, *porque lo recibirá muy apacible, y alagüeño, y asi vaya á su casa, reconciliese con él.* Hizolo, y el suegro lo recibió con risa diciéndole: que entrara que lo queria regalar, como lo executó. Asi conocia este Profeta las enemistades, penetraba los corazones, mudaba los animos, y conseguia el fruto con lo heroico de su fé, con lo elevado de su esperanza, y con el fervor de su oracion. Ultimamente pasariamos los limites de un compendio, si hubiéramos de referir todo lo admirable que hizo en esta materia.

CAPITULO XXII.

Reforma general, que el Siervo de Dios hizo en Córdoba.

Envió Dios á Francisco á la Ciudad de Córdoba, como á Jeremias á la de Jerusalen (22) para que arrancáse los vicios, plantáse las virtudes, destruyése el Reyno del Demonio, y edificáse el de Dios. Ya insinuamos como la halló: ahora veremos como la puso. A su Nobilisimo Senado predicó una quaresma en su sala Capitular, dando evangélicos ladridos, como verdadero hijo de mi Padre Santo Domingo, con que despertó al Magistrado del sueño de su omision, y le hizo velar sobre la República, y su reforma. Fue tan grande el fruto de estos sermones en los Señores Jueces, Diputados del Comun, y Caballeros Veinte y quatros, que reformándose primero á sí mismos, solicitaron la reforma de todo el pueblo. Y no solo en aquel secreto, sino en público encendió en aquellos pechos el amor á la justicia, y el zelo del bien comun; con que remediaron muchos escándalos, y perniciosos desórdenes, que corrian como permitidos, unos porque no los conocian, y otros porque no velaban.

A los que eligio el Señor por dispensadores de su divina palabra, los reduxo su exemplo, á que en sus trabajos solamente buscasen la gloria de su Magestad y bien de las almas: y lo consiguió de manera, que aun los seglares mas distraidos alababan á Dios, viendo á los principiantes mas jóvenes predicar desengaños, reprehender vicios, y exhortar al amor de las virtudes; procurando como aconseja el Apostol, (23) no alagar el oido con elegancia de voces compuestas, sino hiriendo las almas con el espiritu, que consigo lleva la palabra de Dios. Llevados del buen olor de su predicacion, le seguian,

y ayudaban en sus misiones en Iglesias y plazas los Religiosos de la primera graduacion de algunas Religiones. Lo mismo hicieron muchos Señores Prebendados, y Canónigos de la Santa Iglesia. A su exemplo se movieron los Rectores de las Parroquias, y otros Eclesiásticos seculares á predicar misiones; con que fue muy lucída la fructuosa reforma, que este evangélico Obrero introduxo en el ministerio de la predicacion.

Con la devocion de Maria Santísima, que procuró fervorizar, se erigieron innumerables hermandades del Rosario, se levantaron nuevos altares, se construyeron costosos tabernáculos, y fue tan general el recogimiento en los templos, que á expensas de la devocion, se convirtió su antiguo desaseo en religioso adorno. Tambien pobló de Ministros los Confesonarios, y las Iglesias de penitentes con loable freqüencia de los Santos Sacramentos. Su consejo, y doctrina fue la antorcha, que guió infinitas almas, para que subiesen por la escala de las virtudes á la cumbre de la perfeccion; moviendo á los Ministros de Dios á que se entregasen al gobierno de las conciencias.

Ya se gozaba Francisco de ver reformada la Ciudad, quando permitiéndolo Dios, introduxo el Demomio las modas extrangeras de profanas galas, que llenaron de amargura su corazon. Vió en sus últimos años cumplidas sus profecias, pues predicando muchos antes, dixo: *ahora se barren las calles con ramas, tiempo vendrá en que se barran con seda.* Asi se vió, arrastrando las mugeres las inmoderadas colas de sus basquiñas. Otras veces anunció con zeloso sentimiento la profanidad, que no vió sin lágrimas. Lloraba en las galas de las mugeres lo costoso, y mucho mas lo desembuelto, y provocativo. Como buen soldado hizo frente á enemigo tan poderoso, que no halló entrada en muchas familias, y se vió obligado á dexar á otras. En sus sermones

se enardecia contra esta relaxacion, de manera, que hacía temblar á todos. Enmendó á muchas, y era notada la muger que no cuidaba de la honestidad de su ropa. Una de las mas escandalosas le oyó un sermon, y entrando en su casa, desnudó el vestido, y lo arrojó diciendo: no mas gala, no mas gala. Movió á los Predicadores, á que levantasen el grito contra esta perdicion de las conciencias. *Nosotros*, les decia, *no solamente con los ladridos, sino con los dientes, como buenos mastines debemos solicitar el remedio de tan pernicioso uso.* No solamente reformó el mal uso de las galas, sino el de las haciendas; reprehendiendo los gastos superfluos, que no se pagan, arreglando los de cada uno á su esfera, y caudal. Tambien se extendió su zelo á la reforma de los testamentos. No tienen número los que revocó su consejo, dando el debido orden á la piedad, caridad, y justicia. A muchos que no teniendo herederos forzosos, dexaban su caudal á extraños, hizo enmendar esta disposicion en beneficio de sus padres, y parientes, que son primero segun el orden de la caridad: como se vió en el siguiente suceso.

Hizo testamento para morir Doña Ana de la Torre, y Paez, muger de Luis de la Peñuela, la qual tenia tienda de Mercaderia en la calle de la Espartería en Córdoba. Dexaba en él todo su caudal al Real Convento de San Pablo, sin atender á la necesidad, en que quedaba una sobrina, que tenia consigo, y habia criado desde su primera edad, cuya madre afligida, y desamparada acudió al Siervo de Dios, noticiándole el motivo de su pena. *Yo* (respondió) *¿qué puedo hacer en eso? si me llamára, la persuadiera á que revocáse ese testamento; pero mira, vuelvete, y á tal hora ponte á la ventana: yo pasaré por la calle, y luego que me veas, dirás á la enferma: por aqui viene el Padre Posadas. ¿Quiere Vmd. que lo llame para su consuelo? Y si te dixese que*

que si , llámame , que yo entraré. Asi se executó todo , y á peticion de la doliente , entró á verla el Siervo de Dios ; el qual habiéndola exhortado para morir ; preguntó por la disposicion , que habia hecho de su caudal ; y viendo lo dexaba todo al dicho Convento de su misma Religion , la persuadió á que mirando con caridad aquella pobre sobrina revocáse el testamento en beneficio suyo , dexando al Convento algun legado. Abrazó gustosa este consejo , y dada esta nueva disposicion de su hacienda , murio en Mayo de mil seiscientos ochenta y quatro , dexando por sus Albaceas al Provincial de Andalucía del Orden de Predicadores , y al Prior de dicho Convento.

Sabida su muerte , y no esta novedad por el Prior de San Pablo , envió Religiosos , que custodiasen los bienes de la casa , á lo que se opuso la sobrina heredera , diciendo : que su Tia habia revocado el testamento , que habia hecho ; y sabiendo el Prior , que habia sido á consejo del Padre Posadas , lo llamó y reprehendio con alguna aspereza , ponderando el daño , que habia hecho al Convento , y que su direccion no habia sido , segun ciencia. *Yo* (respondió el Siervo de Dios) *creo haber hecho en esto lo que era del agrado de S. M.* Pero insistiendo el Prior en que habia sido mucha ignorancia , le pidio el V. P. fuesen los dos á casa de la difunta , que ella misma diria , si en el consejo que le habia dado , habia hecho bien , ó mal. No creyó el Prior lo que vió despues ; ni se detuvo en acompañarle para mas bien dexarlo corregido , y que en materias tan graves obráse en adelante con mas acuerdo. Entraron en la casa de la difunta , que ya se hallaba en la caxa , á quien el Siervo de Dios preguntó »si habia sido acertada , y le estaba bien la revocacion de su primer testamento," á que abriendo los ojos la difunta , respondió : »por haber revocado mi testamento, »y hecho otro , se halla en buen estado mi alma."

Pa-

Para sola la defensa de su buen Consejero resuscitó Dios á esta muger, respondiendo á lo que fue preguntada. Muy semejante fue este caso á el que aconteció á San Estanislao, Obispo y Martyr, con el Rey de Polonia Boleslao, como se puede ver en el Breviario Romano. Divulgóse por la Ciudad la fama de este prodigio, que aunque no fueron muchos los que lo presenciaron, pero muchisimos, y de acreditada verdad los que lo oyeron á los que lo habian visto, y aun al presente permanece por tradicion la fama de tan prodigioso suceso.

En otros muchos testamentos hizo conmutar la vanidad de superfluidades en compasion á los pobres, sobre cuyas necesidades entendio siempre su ardiente caridad. Ni se olvidaba de los Hospitales, á los que hacía ir hasta las Señoras de la primera nobleza, y titulos de Castilla, á que cuidasen de la limpieza de los enfermos, les hiciesen las camas, diesen limosnas, y procurasen su regalo, y aseo. En fin desterró de su patria todo género de males, de que abundaba, y la pobló de los bienes, que no tenia. ¡O Córdoba muchas veces feliz! sobre tus tinieblas nació esta luz, que corriendo tus calles te iluminó con su doctrina, te edificó con su exemplo, te renovó con su apostólico espíritu, reprimió en ti la soltura de la juventud, secó la raiz de los escándalos, te ocupó en buenas obras, desnudó de sus ricas galas á los poderosos, no pudiendo sufrirlas el mucho calor de devocion, que este inflamado sol introducia en sus pechos, enfrenó los altivos pensamientos de los nobles, convirtió la glotoneria en abstinencia, moderó la ambicion con el desengaño, enseñó á los padres la christiana educacion de sus hijos, puso prudente tasa á sus gastos, y buen gobierno á sus casas, reconcilió á los enemigos, concordó los matrimonios, estableció la paz en las familias, y finalmente su exemplo llenó los púlpitos de zelosos Predicadores, y los confesonarios de piadosos Ministros.

Con-

Convirtió tantos pecadores, que no se pueden numerar, haciendo de los sobervios leones mansos corderos, de avarientos misericordiosos, de carnales castos, de escandalosos exemplares, de perezosos diligentes, fervorosos de tibios, y de distraidos devotos, dados al exercicio de las virtudes y penitencias. En fin estaba Córdoba cubierta de tinieblas, y le nació este sol, como con alas, (24) que toda la inundó volando, y velando sobre ella en continuos movimientos, sin acordarse de su propio descanso.

CAPITULO XXIII.

Aparecese en espiritu: su potestad, y paciencia con los energumenos: expele de sus cuerpos á los Demonios.

Uno de los mas singulares prodigios, que se escriben de algunos Santos, es que estando en un lugar, se aparescan en otro distante; y tambien con esta gracia quiso Dios privilegiar á Francisco. Recibió por su hijo espiritual á un hombre de delicada complexîon, y entre otros exercicios le señaló el de la disciplina, previniéndole no fuese en la espalda: mas queriendo un dia este novicio su mayor mortificacion sin el merito de la obediencia, se despojó para la disciplina en la parte prohibida, y al levantar la mano, lo llamó su muger diciendo: que el Padre Posadas lo esperaba en la puerta de la casa. Baxó al instante, y habiendole dicho el Siervo de Dios: *cuidado con lo que le tengo ordenado de no darse la disciplina en la espalda*: se fue sin hablar mas palabra. Quedó el hijo con la admiracion que exîge este caso; pero fue mayor, quando á la noche entrando en los exercicios, supo que todo aquel dia habia estado el Siervo de Dios en cama, padeciendo un grave dolor de hijada, sin haber podido salir de su Hospicio. Quiso certificarse mas, y subiendo

do á la celda con los demas, despues de haberles hecho el V. P. una plática, intimándoles la obediencia, al despedirlos, dixo al referido, sin que nadie lo oyese: *quien le manda ser curioso, trate de callar.*

A una muger, que con unas amigas suyas, y dos hermanos determinó ir por algunos dias á divertirse al campo contra el consejo del Siervo de Dios, le dixo: *¿Sabes á que vás? A traer que llorar algunos dias.* ¿Que me puede suceder? *Tu lo verás.* Hizo su voluntad, y estando en el campo algo distante de la familia, se le acercó un mozo, que intentaba casar con ella, sin saber que tenia hecho voto de castidad. Le explicó su animo, y fiando ella la mejor respuesta á la fuga, se retiró turbada con mucha afliccion, y entre las matas de un habar se tiró con su pena al suelo, diciendo: que es esto que á mi me ha sucedido. Volvió los ojos, y halló á su lado á su buen Consejero el Siervo de Dios, y aunque creció su espanto y susto, se halló muy fortalecída. Vuelta á Córdoba, pasó al Hospicio, y el Siervo de Dios la recibió diciendo: *¿no te lo dixe, que no fueras? pero tu lo compones todo con tirarte á tierra.*

Asi volaba exâltado este espíritu sobre sus ya sugetas pasiones, premio de las gloriosas victorias, que en sí mismo, y en las almas consiguió de los porfiados combates del Demonio; y como á Capitan tan victorioso lo coronó el Cielo, dándole potestad sobre los espíritus infernales, que permitiéndolo Dios, poseian algunas de las muchas mugeres, que confesaban con él; aunque mas que las hijas padecia el compasivo Padre. Este exercicio les fue de mucho mérito, y no es ponderable quanto sería el de la insigne caridad y paciencia, con que el Siervo de Dios sufria sus excesos. Con voces desordenadas rompian el silencio, con que en aquella Iglesia se hablaba con Dios; pero su Siervo con imperiosa voz, les

hacía enmudecer. A su mandato se retiraban á un rincon del templo, donde como en estrecha carcel los atormentaba esta violenta sugecion. Si daban señal de querer prorumpir en algun bramido, volvia á ellos el Siervo de Dios su rostro con magestuosa severidad, y poniendo el dedo sobre sus benditos labios, suspendian temerosos sus movimientos.

En otras ocasiones probó Dios la paciencia de su Siervo, permitiendo que el Demonio lo cubriese de injurias, oprobios, y maldiciones, como con semejante motivo lo hizo con San Bernardo; pero el Siervo de Dios, que ponia mejor rostro á las palabras de ignominia que á las de la honra, se gozaba en aquella pública afrenta, enseñando á callar, sufrir, y hacer la causa de Dios. A una de sus hijas de confesion (muger de notoria virtud) perseguia este infernal enemigo, y explicando su mayor encono contra su Venerable Director, fueron una vez tan horrendas sus maldiciones, amenazas, y oprobios, que llegando á los pies del Siervo de Dios á decir quanto era el sentimiento de su alma, la detuvo diciendo: *hablemos de Dios que es mejor, que hablar del Demonio. ¿Porqué teme? ¿Qué mal nos ha hecho? Yo á el ningun mal le hice.* Y siguiendo aquella santa conversacion, que freqüentemente dexaba extaticos á Padre é hija, levantó la voz el Demonio, diciendo con rabiosa saña: no te se cayera esa lengua. ¿Contra quien habia de hacer el tiro, si no contra la lengua, que daba luz á los hombres, confusion á él, y gloria á Dios?

No temia Francisco al Demonio, antes el Demonio le temia á él. En su presencia los energúmenos temblaban, y se estremecian; le eran tan obedientes, que estando retiradas las posesas, y llamandolas, para confesar con voz tan baxa, que ni el Siervo de Dios se oia, corrian de rodillas, y llegando á sus pies se hallaban en libertad, para confesar con quietud. A una muger principal sacaba por la Ciudad el

De-

Demonio, y siempre que la encontraba el Siervo de Dios, le mandaba la volviese á su casa, y obedecia sin réplica. A uno de sus hijos de confesion aconsejó no despidiese á una criada, porque sus excesos no eran, como él suponia, voluntarios, sino de un mal espíritu que la exercitaba, y para convencerlo, esperó que un dia saliese de la Iglesia la criada, y quando estaba bien retirada le dixo al referido: *ahora vera lo que pasa.* Dixo en voz muy baxa: *tráemela aqui*, y al punto volvió, repitiendo esto mismo otras dos veces.

Inútiles fueron las prolixas curaciones, que se hicieron á cierta Religiosa, que por el tiempo de un año padeció entre otros graves accidentes un crecido tumor en el pecho. Llamado el Siervo de Dios, quedó solo con ella en el locutorio, y á las primeras palabras conoció su mala compañia. Postróse en tierra Francisco, y con fervorosa voz imploró el auxîlio de Maria Santísima, diciendo: *Eja ergo advocata nostra.* Y al instante el Demonio, que tanto se habia ocultado, se descubrió con rabiosos bramidos, y desvaneciéndose el tumor del pecho levantaba por el aire á la Religiosa, hasta dar con la cabeza en las vigas, trayéndola asi de pared en pared, pero sin lesion. Llamó el Siervo de Dios á la Prelada, que entró con otras muchas Religiosas, y mandó al Demonio pusiese á la criatura á los pies de su Prelada, y los besáse. Obedeció; dexándola por entonces en su libre razon; mas ausentándose el Siervo de Dios, alborotó el Monasterio, volando por los texados con increible agilidad. Volvió el Siervo de Dios, y entrando con orden del Superior en el coro acompañado de tres Religiosas para exorcizarla, se resistia el Demonio: entonces le mandó con imperio, que dexáse aquella criatura, y diese por señal apagar la lampara: la qual vieron al punto lo de abaxo arriba, sin caer una gota de azeyte, y la Religiosa quedó libre, y vivió siempre sana.

Lla-

Llamó Dios á vida de recogimiento á una muger, que vivia bastante distraida, y vacilando sobre qué Director elegiria, le aconsejaron fuese al Padre Posadas. Nunca le habia hablado, antes si le miraba con temor por considerarle muy justo; pero al oir su nombre, sintió una dulce mutacion en su alma con la voz del Señor, que le decia: elige á Posadas, que esa es mi voluntad. Cumpliólo sin dilacion, y quando caminaba aprovechada, se halló fuertemente embestida de una gravísima tentacion contra la castidad. Comunicólo á su Venerable Padre, y este suspendiéndose un rato le dixo: *»prevente, y ten animo para lo que Dios te ha de embiar: que te aseguro, que tu y yo tendremos bien »que hacer."* Poseyóla el Demonio, y no cabe en la ponderacion la tirania con que martirizó su cuerpo, y menos se puede encarecer la crueldad con que hizo guerra á su alma. Guardábala Dios, y ayudábala su Siervo, siendo este uno de los mayores exercicios, en que mas resplandeció su paciencia y caridad.

Pasados cinco años entre estos abrojos, llegó la hija un dia á los pies de su Padre hecha un mar de amarguisimos sentimientos y lágrimas, que con las suyas acompañaba compasivo el Siervo de Dios, el qual volviendo su rostro á la imagen de Maria Santísima, y quedando fuera de sí como extático, prorrumpió en estas palabras: *Señora, este tirano.* Prosiguió su recogimiento, y á breve tiempo dixo: *Señor por tu misericordia no permitas á este Demonio, que por este camino atormente mas á esta criatura.* Continuó su oracion, y voviéndose hácia la muger, dixo con potestad: *y á vosotros Demonios os mando en el nombre de Jesu-Christo, no la atormenteis mas.* Fue tan imperiosa esta voz, que huyeron avergonzados, y manifestó Dios á esta criatura, que llenos de confusion caian en el abismo, dexándola tan libre, que jamas sintió ni aun la mas leve tentacion contra la castidad.

A

A otros muchos espíritus infernales arrojó de los cuerpos. A unos diciéndoles un Evangelio, y á otros poniendoles las manos sobre la cabeza; y hubo ocasion en que gritaban los Demonios diciendo: no nos persigas mas, quexándose del Siervo de Dios, como del Salvador, los que salieron de los monumentos. (25) Tan grande fue este su poder sobre los Demonios, que siguiendo uno de ellos á todas horas á una de sus hijas espirituales con una vision de mucha pena, le ordenó que ella misma mandáse al Demonio que la dexáse. Excusóse como humilde; pero obedeciendo, se fue hácia el altar de Maria Santísima, y dixo: yo Señora soy mandada, y volviéndo los ojos al lado de la vision, prosiguió: Demonio yo te mando que te retires, y me dexes. Obedeció á ella el Demonio, como ella á su Padre, que en el confesonario estuvo viendo el suceso. ¿Qué cosa mas maravillosa, que esta? Ostentó Dios su poder, diciendo á Job: (26) ¿que si por ventura podria sugetar á Behemot á el dominio de sus criadas? ¡O Francisco! Déxote aqui con la admiracion de esta insigne potestad.

LIBRO SEGUNDO.

EN QUE SE TRATA DE LA INFLAMAda y ternísima devocion, con que el Venerable Padre Fray Francisco de Posadas celebraba el Santo Sacrificio de la Misa, en la que recibió muchos, y celestiales favores. Se dá tambien noticia de la milagrosa salud que dió á los enfermos.

CAPITULO I.

Admirables señales que prueban la singular devocion con que el Venerable Padre celebraba el Sacrificio de la Misa.

Vimos á este evangélico Pescador en sus continuas tareas tender sus redes desde el Púlpito y Confesonario, donde cogió muchos pecadores, que convirtió á Dios: ahora lo admirarémos en el Altar, no conversando con los hombres, sino tratando con Dios; no vuelto á las almas, para convertirlas á Dios, sino elevado á Dios, para que baxe á su alma. Que habiendo Christo predicado en el mar de Galiléa á las turbas, que le oian desde la playa, (27) mandó á San Pedro engolfarse hácia la altura del mar, que fue (en sentir del Cardenal Hugo) el ara de la Cruz, donde ofreció á su Eterno Padre la Hostia inmaculada de su santisimo Cuerpo y Sangre, con que nos redimió; cuyas misericordias, y finezas

zas compendió su excesiva caridad en el incruento Sacrificio de la Misa, para enriquecer con este tesoro al que la celebra preparado, y lo recibe devoto.

Celebrando este Venerable Sacerdote, se le advertian maravillosas señales de su inflamada devocion en el Altar. Eran freqüentes los repentinos temblores, y estremecimientos de su cuerpo. No eran menos los ligeros saltos, con que se elevaba sobre la tierra. Antes de la Sagrada Comunion se le notaban acometimientos como de fuga, luego conatos como de acercarse con ansia. Le vieron resplandecer con soberanas luces, acompañarle Santos, sérvirle Angeles, favorécerle la Reyna del Cielo, que le ofrecía con tierno amor su preciosísimo Hijo, á quien él dirigia sus muchos suspiros, que lo hacían merecedor de divinas visiones, y hablas muy dulces. Admiraban las varias transformaciones de su semblante, que parecia un Serafin. Causaba espanto ver su rostro terso, y sin ruga, resplandeciente, y hermoso. No estrañaban menos sus mutaciones, viéndolo de repente muy encendido, y luego muy pálido: ya contristado, ya alegre, ya muy gozoso, ya muy compasivo, regularmente anegado en lágrimas, y muchas veces extatico, sin poder proseguir la Misa.

En estas prodigiosas exterioridades, que no pudo ocultar su profunda humildad, se esconden tan altas maravillas, que no hay entendimiento humano bastante á comprehenderlas, y por consiguiente ni labios á decirlas, ni plumas á copiarlas: mas podré dar alguna noticia, por la que este Siervo de Dios, obligado de la obediencia, dió á su Director de los arcanos de su espíritu. Comenzarémos pues por las muchas lágrimas, con que se preparaba para celebrar.

Buscaba en su conciencia los pecados que no hallaba, porque no tenia: y creyendo su humildad que era no conocerse, desahogaba su pena en suspiros, y se deshacía en llantos. *Yo* decia, *soy como*

mo el nene , (asi llamaban á un dementado en Córdoba) *que se ensucia, y no tiene habilidad para limpiarse.* ¡O Francisco , no te compararé yo sino con el Cisne, que no habiendo ave que le compíta en el candor, antes que coma se laba. Te compararé con Job , que antes de tomar el pan suspiraba , y gemia. Despues de haber pasado las noches enteras en los exercicios que se dirán, despues de una muy larga oracion con que se disponia , y amargo llanto con que se lababa , iba temblando al Altar. ¡ O que cuidados tan propios de un buen Sacerdote ! ¡ Que temores tan hijos de un buen espíritu ! Con la Misa comenzaba el llanto , cuyas avenidas no podian contener los ojos de este Venerable Sacerdote , cáyendole las lágrimas apresuradas aunque serenas , sobre el Altar y Casulla. Acompañábanlas con las suyas los que asistian al Santo Sacrificio. Lloraba el Sacerdote que celebraba la Misa , y lloraban los que la oian. Se enternecian los hijos con las lágrimas de su Padre : y el espíritu de Dios , que andaba sobre estas aguas, acaloraba mas los corazones. Eran estas lágrimas hijas de la caridad , inspirando varias virtudes , que como distintos metales á cada una comunicaba su propia qualidad.

No es mi animo decir , que todas las lágrimas de este Siervo de Dios en el Altar , fueron las mas generosas y finas que tuvieron los Santos ; porque lloró como todos , ya por sus pecados , que imaginaba monstruosos , ya por temor á la muerte y juicio , donde esperaba el cargo de los continuos beneficios de Dios , ya por la perdicion de las almas, ya por la dolorosa Pasion de Christo ; mas todos estos encendidos afectos paraban en una viva llama del amor de Dios , á quien se daba todo sin querer nada para sí. Esta llama de amor llágaba , y heria su alma , abriendo en ella una copiosa fuente de aguas, que venian del Cielo. Dábale el Señor un conocimiento muy claro del abismo de sus infinitas perfeccio-

cio-

ciones, y con esta misma luz, como tan humilde, miraba sus imperfecciones como atrevidas ingratitudes; y de esta amorosa y alta noticia de Dios, y de su propio conocimiento nacia el riego superior é inferior, con que Dios favorece á sus hijos, como dice San Gregorio. Este era un diluvio de aguas, que subian unas de la tierra al Cielo, y otras que baxaban del Cielo á la tierra. Entre estas ondas no se sumergia, antes si mas se elevaba esta mistica arca, que esperaba recibir el pan del Cielo. De estas lágrimas, unas subian á Dios, como las de Job, de su corazon penitente, y con otras del Cielo inundaba Dios su corazon amante: y entre estos dos rocios baxaba el divino Maná á sus manos.

Venia el Señor gustoso á las de su Siervo; pero desfallecia el alma de este suspirando, y diciendo: ¡*Qué lastima, que baxe Dios á estas manos*! Su humildad lo llenaba de compasion, mirando sus manos como á otra Cruz de la mayor ignominia á tan Suprema Magestad. Eran aqui humildisimos sus sentimientos, y muy copiosos sus llantos, considerando que el Señor venia á inclinar su grandeza á manos tan indignas, como impuras. Estos mismos eran los humildes sentimientos del Bautista (28) en los margenes del Jordan, quando vió que iba hácia él el inmaculado Cordero, pareciéndole ser esta la mayor indecencia á tan alta Magestad, como dice San Bernardo.

Visitábale el Señor con una contemplacion altísima, en que si le miraba alabado de los Angeles, se llenaba de gozo; si ofendido de los hombres, era su alma un mar de amargura, y sus ojos fuentes de lágrimas. Preparándose un dia para celebrar, lo visitó el Señor con un claro conocimiento de verse muy ofendido de algunos pecadores, revelándole no las personas, sino las culpas. Con este sumo dolor fue al Altar, donde inflamándole el zelo de la gloria de Dios, clamaba: *Señor solo tu honra*. Entre es-

tas amorosas ansias quedó extático, arrojando su abrasada caridad compasivas centellas hácia aquellos proximos, pidiendo á Dios los socorriese con su gracia, para que le desénojasen con la penitencia. Consolóle su Magestad con una firme esperanza de ser oido su ruego, y lo reveló á una persona espiritual de las presentes, diciéndole: »han sido tan de »mi agrado las lágrimas de tu Padre por el moti»vo que las derramó, que han aplacado mi jus»ticia, suspendiendo mi justa indignacion; daréles »tiempo de penitencia por sus oraciones, y auxîlio »para que vuelvan á mi gracia."

Ofrecía por los pecadores con sus santas obras sus muchas lágrimas, y eran estas á los ojos de Dios de tanta preciosidad, que las recibia como prendas de mucho valor. Encendióse una vez en deseos de la vista del amado de su alma, y dignándose el Señor de darle este consuelo, se le manifestó en la Sagrada Hostia. Encendióse mas en dulcisimos afectos, que destilaban su corazon por los ojos. Pasó la vision, y creciendo sus ternuras, habló Dios á una persona espiritual, que oia la Misa, diciéndole: »mas »agradables son á mis ojos estas lágrimas, que á »los del mundo las perlas y piedras preciosas." Oida esta voz intelectual, vió aquel alma, que aquellas lágrimas conforme caian, se convertian en perlas de estraña hermosura.

Llegó al Altar otro dia, é inundado su entendimiento de una soberana luz con altísimas noticias del divino Sér, se anegó tambien su voluntad en aquel inmenso piélago de indecibles perfecciones, uniéndose su espíritu con el de Dios tan estrechamente, que dexó los sentidos sin operacion, y el cuerpo sin movimiento. Omito los afectos de devocion, de los que asi lo vian en aquel profundo recogimiento. Comenzó la Misa restituido ya á sus sentidos, corriendo las lágrimas con blandura apacible; pero al que elevó el amor, hundió la humildad, sintiendo en aquel

abis-

abismo la presencia del Señor : á cuyos pies rendido no se atrevia á respirar, ni se osaba mover. ¡ O Lector ! ¡Cómo herida esta mística piedra, como la de Horeb, no habia de deshacerse en liquidos cristales, si en ella se ofrecia Dios presente ! Por eso dando noticia de este sacrificio á su Confesor, dixo : *no puedo contener el llanto viendo tal abismo de misericordias.* En esta ocasion se reveló á un alma la vision intelectual de las tres divinas Personas presentes al sacrificio, y que la del Eterno Verbo recibia las lágrimas de su amado Sacerdote, diciendo : »estas lá»grimas son hijas de mi amor, y todas sus obras »y virtudes con ellas y el amor se coronan." Oida esta voz notó que aquellas lágrimas se convertian en piedras preciosas, y de ellas se texia una hermosísima guirnalda, con que el Señor ceñia las sienes de su querido Siervo. ¡O dichosos llantos, que merecen tales premios !

No solo caian las lágrimas sobre los corporales, manteles, y palias, sino alguna vez sobre el Sacrificio. ¡ O Lector ! ¿ Quien vió á la tierra llover sobre el Cielo ? Esta fue la admiracion del Chrisologo, viendo el llanto de la Magdalena sobre los pies de Christo. Mudóse, dice, la naturaleza, mas por eso llovia el Cielo tantos beneficios sobre esta dichosa tierra ; porque esta humilde tierra llovia antes sobre el Cielo.

CAPITULO II.

Estremecimientos, éxtasis, y raptos del Siervo de Dios en la Misa.

Celebrando este Venerable Sacerdote con la devota quietud, que pide el Altar, eran freqüentes sus repentinos estremecimientos, y al tomar la consagrada Hostia, le temblaban las manos. Tan vehementes eran los impetus de sus afectos, que muchas

ve-

veces se hicieron sensibles á los que de cerca le oian la Misa ; temiendo , si aquel pecho daria algun estallido , abriendo puerta por donde respirar , porque era imponderable su ahogo. Dando cuenta á su Confesor de estos inflamados afectos y sus motivos , le dixo asi : *de estos y otros séntires resultaban lágrimas unas impetuosas , y otras serenas , que me duraban unas veces toda , y otras parte de la Misa, con unos movimientos á manera de saltos en lo interior , que salian á fuera tan repentinos , que no los podia reprimir , y me dexaban con su fuerza cansada la respiracion , de suerte que era menester pararme para poder proseguir.*

Hijos del iluminado conocimiento de su humildad eran aquellos estremecimientos y temblores al recibir á Christo , que muerto en la Cruz , se estremeció la tierra , contestando , como dice San Hilario , no ser capaz de recibir en su seno tan gran tesoro : disponiendo asi Dios que lo insensible enseñáse á lo racional. Es nuestro conocimiento á medida de nuestra fé , y era tan ilustrada la de este Venerable Sacerdote , como se colige de estas sus mismas voces: *en la Misa son muchos los impulsos , llantos y temblores del cuerpo , que me dexan descaecido , y llega ya la naturaleza á temblar , porque no puede ; con que padece lo corporal. Muchas veces se mueve lo dicho del conocimiento , de lo que el Sacerdote hace , donde está , y como está. Es cosa que á no acudir , diera gritos ; porque es tanto el uno y otro conocimiento, que le imposibilita al pobre Sacerdote el resuello , y ha menester pararse , esperando la respiracion.*

Eran tan grandes estas angustias y ahogos , que muchas veces pareció á los presentes milagro no quedar muerto en el Altar. Tan humildes , y amantes eran los sentimientos del alma , que hacían temblar á la naturaleza , como la tierra tembló , quando le destilaron el maná los Cielos , no hallándose con fuerzas para llevar el peso de beneficio tan sobe-

berano. Eran sus afectos de los que los místicos llaman infusos: y aun alguna vez lo conocia por el modo con que Dios obraba en su alma, como se vé en lo que dixo á su Confesor con estas palabras: *otras veces me da el Señor á la entrada en el Altar unos deseos de pureza con la consideracion de la que pide el Sacrificio, que me arrcja lágrimas á los ojos. Hállome asi sin diligencia mia, porque de repente me hallo poseido de este afecto las mas veces impetuoso.*

Algunas veces que el Señor regaló á su Siervo con la vision de su sacrosanto Cuerpo en los accidentes de pan, era tan grande la vehemencia de sus afectos, y temblor de sus manos y cuerpo, que temian los presentes no cayese sobre el Altar, ó saltáse hácia él, quebrada la Hostia, como lo temieron de San Felipe Neri con el mismo motivo. Ambos temblaban llenos de reverencia, y á ambos los dexaba endiosados la sacramental Comunion. Visitádo Francisco de una divina luz, con que conocia la infinita distancia del no sér suyo á el Sér de Dios, se asombró su alma de que el amor hiciese baxar á su Magestad, para unirse con él. Hiciéronse fuentes sus ojos, y no pudiendo contener sus movimientos y saltos, se quejaba diciendo con humildad y ternura: *¿es posible, Dios y Señor mio, que permitas me suceda esto en las aras?* Era esta dulce quexa hija de aquel imponderable sentimiento con que gemia, que por estas irremediables señales pudiesen colegir el dichoso estado de su alma. Reveló el Señor esta quexa á dos personas espirituales, que confesaban con su Siervo, diciendo á cada una: *di á tu Padre, que asi es mi voluntad, porque asi conviene para gloria mia.* Diéronle ambas esta noticia, sin saber la una de la otra, y humillado el Siervo de Dios gemia, porque se hallaba mas descubierto, quando se deseaba mas escondido.

¡O quan inescrutables son los juicios de Dios, que manifiestan lo mismo que quiere escondan los suyos diligentes,

tes, y tapen humildes! Al que fue tan enemigo de exterioridades, que le pudiesen conciliar opinion de bueno, lo pone Dios en su Altar con señales tan peregrinas, que la piedad le veneraba por Santo: al que buscaba los retiros, para esconder los llantos, pone de manera en aquella simplicidad, que sus copiosos llantos descubren, como andaba su alma en sus interiores retiros: al que fue tan solícito en no parecer mas que uno como todos, manifiesta su Magestad en la Misa como á ninguno. La humildad fue siempre la custodia de su encerrado interior; y hace que sean tan impetuosos los impulsos de su humildad, que ella misma manifieste lo que esconde; para que los sentimientos de su inexcusable explicacion la hagan mas resignada. Y aunque como dice San Gregorio; vá arriesgado el caminante, que lleva manifiesto el tesoro; pero este Siervo de Dios, llevándolo públicamente, camina con seguridad, porque lo guarda el que, habiéndoselo dado, lo manifiesta.

Estos irregulares movimientos, y singulares beneficios fueron el peregrino favor, y especial gracia, que hizo Dios á San Felipe Neri, inflamandole en una ocasion el corazon de tal modo que no cabiendo en el pecho, daba en él saltos con tanta fuerza, que encorvó dos costillas, ensanchando asi la estrecha casa en que lo encenrró la naturaleza. Ignoróse este prodigio en San Felipe hasta que se registró su bendito cadaver; y aunque no se halló asi en Francisco, pero fueron muy semejantes en la causa, inflándosele el pecho de manera, que esperaban, quando daba algun estallido. Por esto declarando á su Confesor estos afectos de su humildad, y movimientos de su amor, le dixo, llorando su ingratitud: *solo Dios puede dar fuerzas, para que no se quiebre el pecho.* ¿Y si asi eran, y en esto paraban los movimientos y saltos de su cuerpo, y de su corazon, quales serían los de su espí-

píritu? ¿Como andaría entre sus afectos aquella bendita alma? El mismo decia: *suelo andar como avecilla mánsamente inquieta.*

CAPITULO III.

Siguese la materia del pasado, y se dicen algunos raptos, y visiones del Siervo de Dios en la Misa, y al dar despues de ella la sagrada Comunion á los fieles.

El Thabor, que el Señor escogio para manifestar las hermosas luces y lucidas señales de las glorias, que su Siervo atesoraba en su espíritu, fue el Altar; para que por lo que miraban los ojos, y entraba por los oidos, se pudiese piadosamente entender, quanto se complacia su Bondad infinita en este su amado hijo. Habiendo un dia comenzado, y proseguido la Misa con la abundancia de lágrimas, que acostumbraba, y finos afectos de amor, en que ardia, y que en aquella ocasion como en otras le obligaba á asirse del Altar, para detener el cuerpo, que se levantaba con el espíritu, despues de un éxtasis, en que su alma fue regalada con la dichosa vista del Señor, acabó el Sacrificio de la Misa.

Pero al tomar el sagrado vaso, para dar la Comunion, y vuelto al pueblo con la forma consagrada en la mano, se hizo patente á sus ojos aquel Señor, que se oculta en las especies, y al darle á una de sus hijas espirituales, hizo su Magestad una de sus muchas maravillas, que fue manifestar al Padre el alma de la hija, y á la hija la del Padre. Gozábase el Padre en las misericordias de Dios en la hija, y admiraba la hija las maravillas, que obraba Dios en su Padre; el qual en la primera vision conoció la grandeza de su Magestad en sí mismo, y en la segunda la infinita Bondad, conque favorece á las almas. La del Siervo de Dios fue arrebatada en

un éxtasis, como sucedió á San Felipe Neri, al dar la Comunion á otra persona devota, que causó no poco susto á los presentes: temiendo si con la forma en la mano caería en el suelo. No fueron menos los temores en nuestro caso, porque levantándose el Siervo de Dios en ligeros saltos, trataron los circunstantes de arrimarse para detenerlo, si lo pidiese la necesidad. Y el clementísimo Señor que asi habia recogido su alma, la convidó, diciendo: *ven escogida mia.* ¡O que dichosa alma la de este Venerable Sacerdote! ¡Como le premia Dios sus muchos trabajos! ¡Con qué generosidad le enriquece! ¡Con qué visiones le consuela! ¡Y con qué palabras le honra! Que estos son los frutos que coge con gozo el que siembra con lágrimas, como dice David. (29)

En la Misa del dia siguiente al referido suceso era su corazon un horno encendido de amor tan fino, que clamaba á Dios, no le diese nada á él, sino que todo fuese para gloria suya; *Señor*, repetia muchas veces, *solo quiero tu honra, solo quiero tu honra.* Subian á Dios estos afectos, mientras regaba el Altar con llantos: y á una de las personas, que con mucho recogimiento oia la Misa, dixo el Señor: *tu Padre en todas sus obras solo ha querido y mirado á mi honra, y asi me ha servido: yo le aseguro ahora, y en el tiempo venidero mirar por la suya. En ello recibiré especial gloria, y será mi nombre alabado.* Profecia, que se cumplio en su vida, en su muerte, y despues de ella, de que son muchos los testimonios. Prosiguió pues la Misa con tan amantes afectos, que el cuerpo se estremecia, costándole mucho trabajo acabarla, por lo muy recogido que lo tenia el Señor en aquel místico encierro.

Tomó despues el sagrado vaso para dar la comunion. Ibala recibiendo aquella gente devota y de vida espiritual, cuyos corazones eran movidos á mucha compuncion con la cercania de aquella celestial

lla-

llama, en que se asomaba Dios al rostro de este su Sacerdote, que trabajando mucho por aquiétarse, no lo podia conseguir, ni lo permitian los impetuosos movimientos del espíritu; con los que se levantaba ligerísimo el cuerpo. En esta y semejantes ocasiones andaba su alma llena de alborozos por lo que gozaba, de ansias por salir de prisiones, y de sentimientos porque no podia contenerse á la vista de los demas.

Qnanto se ha dicho le sucedió muchas veces; pero en este dia de que hablamos se notó mas, y fue: que al decir aquellas palabras *Señor mio Jesu-Christo, no soy digno &c.* Pronunció la primera con un desentono como grito; y asi él como una persona espiritual á quien iba á administrar la Sagrada Comunion, quedaron extáticos, de modo que de los presentes detuvo uno al Siervo de Dios, temiendo no diera en el suelo con la forma en la mano, y en las suyas recibió otra persona á la que iba á comulgar, porque pareció iba á caer. ¡O que Comunion tan santamente administrada, y devotamente recibida! Confesó despues el Siervo de Dios, que este éxtasis, y las dulces novedades de su corazon comenzaron quando vió venir á comulgar á la dicha persona, porque el Señor le manifestó lo interior de su alma, y como la habia preparado su amor para que lo recibiese. En otras muchas ocasiones al dar la Sagrada Comunion vieron su venerable rostro con divinas transformaciones, y todas aquellas almas que oian la Misa, y recibian al Señor de mano de tal Ministro volvian á sus casas llenas de devota admiracion, y con deseos de su aprovechamiento, sin poder olvidar aquel celestial espectaculo, que ponia Dios á sus ojos.

CAPITULO IV.

Inflamaciones del rostro, y divinas transformaciones de este venerable Sacerdote en la Misa.

Tan poderoso era el fuego del amor de Dios, conque este dichoso Sacerdote celebraba el Santo Sacrificio, que salian al rostro sus inflamaciones y luces, de que referiré algunos casos. Dia del Apostol San Andrès, en cuya Iglesia recibió el Bautismo, se encendió en amor tan grande, que daba muchos saltos su corazon, no cabiendo tan ardiente llama en tan corta esfera. Fue esta una de las ocasiones en que logró su humildad lo que tanto deseaba, que fue el retiro de sus afectos en el centro del alma, quedando lo sensible con serena quietud; pero tomando en sus manos la Hostia consagrada para consumirla, se arrebató en un éxtasis, que duró largo tiempo. Vuelto del rapto, no pudiendo contener tantos fuegos en su alma, los respiró afuera, quedando admirados los que de repente le vieron el rostro mas encendido que unas brasas. Y acabada la Misa y retirada la inflamacion al fondo del alma, se mudó aquel encendimiento en color muy pálido.

En otra ocasion le vieron arder el rostro como llama, que no apagaban, sino encendian mas las copiosas lágrimas de sus ojos. Y celebrando la Misa en dia del Santísimo Rosario, se elevó su cuerpo en el ayre, y volviendo del rapto con abundantísimas lágrimas, vieron por mucho tiempo su venerable rostro encendido y encarnado como un carmin: y aunque muchas veces le vieron asi, pero nunca como en esta ocasion; porque como era dia de las flores del Rosario, que en su boca habian exâlado la fragancia de esta devocion, apareció su rostro tan admirablemente transformado. Sucedióle en el Altar muchas veces lo que algunas le notaron en el Púlpito:

que

que fue tener en su crecida edad totalmente desarrugado el rostro , y muy tersa la frente ; y como su color era náturalmente muy moreno , estrañaban verlo tan blanco , y con singular hermosura. Todos los que asi lo vian buscaban comparaciones con que asémejarlo ; pero ninguno podia explicarse como quisiera. Mas como en estos éxtasis y raptos subia su alma á comunicar con Dios sus cuidados , baxaba de aquella elevada altura como otro Moyses de la cumbre del Sinaí arrojando tan lucidos rayos , que deslumbraban los ojos. ¿Pero como habia de volver este amigo de Dios del trato como familiar con el que es la misma luz?

En otros dos Sacrificios en la Pasqua de Espíritu Santo ademas de los temblores , saltos , elevaciones de su cuerpo , y abundantes lágrimas le vieron el rostro muy resplandeciente , y lo manifestó Dios á un alma , que vió la persona del venerable Sacerdote cercada de celestial resplandor , que como Sol arrojaba rayos de una luz tan brillante , y ardiente , que parecia abrasarse no solo el Ministro , sino tambien el altar. Pero qué mucho , si sobre su cabeza vió al divino Espíritu , que heria el pecho y corazon de su Siervo con rayos y saetas de fuego , que lo iluminaban , y encendian en amor de Dios. Duró esta vision todo el tiempo del sacrificio, y en todo él se continuaron los mismos exteriores efectos , que vieron todos. ¡O cómo lo dexaria una visita tan divina y tan continuada! Sentía el Siervo de Dios estas heridas ; pero eran con una pena tan dulce y un dolor tan suave , que no dudaba quien podia ser el autor , y esto mismo llenaba de confusion su alma.

No hubiera Francisco subido á la deliciosa cumbre de estos y otros innumerables favores , que la brevedad de este compendio nos obliga á omitir , sino hubiera antes regado el valle con abundantes lágrimas : padeciendo por el amor de Dios tales angus-

gustias , que su mortificacion podia llamarse muerte; y lo era de suerte que hablando de algunas tentaciones , decia admirado á su Confesor : *que lo tenia Dios como muerto* : *que el que asi lo está para el mundo es el que ya no vive en sí sino en Christo* , como decía el Apostol. (30) El camino que andubo, y por donde subió á esta cumbre , fue el de la imitacion de Christo en sus obras , procurando conformarse en ellas con el Señor , cuya conformidad le dio la transformacion. De este principio nacieron aquellas admirables transformaciones , que se le notaron en el Púlpito , Confesonario , y Oracion , aunque con mayor propiedad logró esta amable similitud en el sacrificio de la Misa , donde recibiendo con ardentísimos afectos el Alma , Cuerpo , y Sangre de Jesu-Christo , lo atraia su Magestad á sí , y lo transformaba en sí mismo maravillosamente.

Y descendiendo á la narracion de algunos casos, sea el primero uno que manifieste la transformacion de su alma mediante el heroico exercicio de sus virtudes. Celebrando un dia la Misa con afectos de finisimo amor, le asistió la Reyna del Cielo acompañada de Angeles , como lo vió cierta alma , á quien su Magestad reveló el tesoro escondido de las virtudes de su Siervo. Admiró tanta hermosura , y no creyó hubiera entendimiento humano , que pudiera explicarla. Teniéndola con este asombro la vision , le dixo su Magestad : »mira como en todo ha imitado en sus »virtudes las mias." Conociendo en la imitacion la similitud , que es la transformacion.

En otro dia celebrando con amorosas ansias de agradecer á Dios sus favores elevó en éxtasis sus potencias una clarisima luz , con que consideraba sin principio á aquel sumo Bien , que no lo tubo. Volvió en sí con esta soberana inteligencia , y al alzar el caliz quedó con él en las manos arrebatado , en éxtasis segunda vez ; y entonces vieron transformado su rostro en el de Jesu Christo. Oía esta Misa

cier-

cierta persona en recogimiento interior, y sintió de repente un eficaz impulso á levantar los ojos: y vió al venerable Ministro transformado en el Señor, que le dixo: »si todos mis Sacerdotes celebráran con la »pureza de alma y afectos de corazon, que tu Pa»dre, lograran el mismo favor que te he mostrado." ¡O Señor lavanos tu! Qué aunque todos deseamos esta pureza de alma, no la merece nuestra tibieza.

En otra ocasion, que en la Misa se levantaba su cuerpo con increible ligereza, le vieron transformado su rostro, y una de las personas espirituales que alli estaban habiendolo asi visto con los ojos corporales, tuvo un recogimiento interior, en que lo vió con los del alma: pareciéndole, que el Señor y su Siervo eran uno mismo. Estaba como de Pasion S. M. y de la misma forma su Sacerdote: que asi lo miraban todos, perdido su color natural, y tan pálido que parecia estar muerto. No le sucedió asi en otro sacrificio, en que se inmutó su venerable rostro, quedando resplandeciente á la vista de todos: y recogiendo el Señor á una de las almas que oian la Misa, vió que su rostro súmamente encendido y hermoso despedia tan lucidos rayos, que en algun modo obscurecia la luz natural del dia. Fue esto al consumir la Sagrada Hostia, en que quedaron su alma y cuerpo transformados en Christo, á quien oyó estas palabras: »tu Padre vive en mí, y »para mí, yo vivo en él, me transformo en él, y »él se transforma en mí." No se muda Dios en la naturaleza del que sacramentalmente le recibe, al modo que se convierte el alimento, en la substancia del que lo come, sino al contrario, como S. M. dixo á San Agustin; pero se une tan intima, y amorosamente con sus muy amigos, que en ellos se transforma, aunque no se muda.

CA-

CAPITULO V.

Acompañan los Angeles al Siervo de Dios, y lo sirven en el altar, y la Reyna de ellos lo favorece.

Hemos visto á este Venerable Sacerdote muy parecido al Señor en la pureza de sus virtudes, y ahora le veremos en el altar rodeado de Angeles, y servido de ellos: que estos Espíritus ministran con oficioso amor á los que ven en la pureza de sus obras transformados en el Señor. Desde sus primeros años comenzó Dios á embiar Angeles, que sirviesen á Francisco como á escogido heredero de la eterna salud. Un Angel le apareció quando niño con el Habito, que habia de vestir: otro le esperó en el Hospicio, quando entró en su ministerio: otro le sirvió de page de hacha en una noche tenebrosa: otro lo pasó un caudaloso rio: y otro confortó su espíritu en las mortales angustias de un desamparo. Pero aun mas favorecido le veremos en la mesa, donde comia el pan de los Angeles con los purísimos afectos, que se ha visto.

En distintos tiempos declaró á su Confesor lo que en esto le pasaba con estas voces: *algunas veces me metia con la consideracion en medio de los Angeles, deseando con ellos dar á Dios aquellas reverencias, y angelicales cultos.* Otra vez se explicó asi: *imaginaba el altar lleno de Angeles, que asistian al sacrificio; cosa que me llenaba de reverencia, y una vez al apartarme del altar, vi que uno iba en mi compañia. Los efectos y afectos, que estas imaginaciones ó visiones me causaban, eran de reverencia, y compuncion.* No logra la pureza de estos afectos, ni la felicidad de dar á Dios tales cultos el que entra en el altar, y está en él con la imaginacion divertida, y con distraccion de su alma. Este santo Sacerdote

ce-

celebrando en la tierra, se imaginaba en el Cielo entre Angeles, por cuyo medio iluminaba Dios su alma, é inflamaba su corazon en finísimos afectos de reverencia. Manifiesta esto mismo lo que en otra ocasion dixo á su Confesor: *en la Misa me hallo como rodeado de Angeles, mirando la reverencia con que asisten al altar.* Y como sentia tan humildemente de sí prosiguió: *Avista de estos beneficios, quiero entrar en duda de ellos, y al mismo tiempo sin diligencia mia se me mueren las dudas.* Tan cierta dexaba Dios su alma de estos favores, que aun queriendo, no los podia dudar. Y es de notar que todo el estudio de este santo Sacerdote en aquella Angelicál escuela era, como se lee de San Juan Chrisostomo en semejantes visiones y favores, atender á la reverencia con que las supremas Potestades tiemblan delante de su Señor; y salió tan aprovechado, que como queda dicho, todo su cuerpo se estremecia, y temblaba. ¡O que agradables serian á los divinos ojos tales sacrificios! ¡Como los recibiría Dios de un Sacerdote tan lleno de reverencia, y compuncion! Mas no solo le acompañaban los Angeles en el altar, sino que tambien le servian, y ayudaban en el santo Sacrificio. Al tomar un dia las sagradas vestiduras para celebrar, vió una persona devota junto al venerable Sacerdote á Maria Santísima con su amado Hijo, que habiendo dado su Magestad la bendicion, se acercaron dos de los muchos Angeles, que alli asistian, y le ayudaban á vestir, tomando el Siervo de Dios las vestiduras sagradas, con profunda humildad, y abrasado amor, que derretia su alma. Y en la Misa de este dia fue quando, como queda dicho, manifestó Dios á esta alma lo mucho que la de su Siervo le habia imitado en sus virtudes.

Celebrando dia de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, lo llenó Dios de tanto amor, que se abrasaba, sin mas remedio en aquella ardiente llama, en que, como mariposa, deseaba morir. Y en este dia

vió una persona espiritual que asistia al altar, los dos Apóstoles, y tambien dos Angeles en forma corporal y de elevada estatura á los lados del venerable Sacerdote, que solícitos, y reverentes asistian al Señor, y á su Siervo: postrándose con él de rodillas, y levantando cada uno de su lado la casulla al tiempo de la adoracion. Celebraba esta alma ver la del Siervo de Dios tan favorecida, acompañada de los Apóstoles, y sirviéndole los Angeles, y el Señor le dixo: »que en este dia le habia hecho mu»chas mercedes, porque en muchas de sus obras »se habia parecido á estos dos sus amados Discípu»los." Y en otro dia que tubo esta alma la misma vision, respondian los Angeles con el ministro, hacian con el Sacerdote las ceremonias, y con él descubrian y tapaban el Caliz con grande reverencia. Y á la hora de la consumpcion vió que el Señor le comulgó con su propia mano.

En otro Sacrificio lo miraba el Señor hundido en un abismo de profunda humildad con la vista de sus propias miserias, que lo anegaban en lágrimas: y en esta ocasion vió una persona virtuosa postrados en la grada del altar dos Angeles, que tenian cada uno en su mano una antorcha encendida, que difundia una hermosisima luz y brillante claridad. En este sacrificio sintió en su alma tan celestiales favores, que como dixo á su Confesor, al recibirlos se encogia con grande confusion suya, y se miraba ante la Suprema Magestad tan aniquilado en sus obras, que no osaba moverse, ni sabia como respirar. ¡O amado Lector, con qué alegria sirven los Angeles á los que celebran con pureza de conciencia y llama de devocion! ¡Que amoroso se les muestra Dios subiendo á los Coros del Cielo al que por su amor desprende su corazon de los bullicios del mundo!

Pero qué mucho le sirviesen los Angeles en el incruento Sacrificio, si la Reyna de ellos lo rega-

laba en él con singulares favores. Repetidas veces se le apareció esta clementísima Madre, colmándolo de beneficios; pero ahora solo hablarémos de los que le hizo celebrando el santo Sacrificio. Generalmente en todas las solemnidades de Maria Santísima celebraba con un exceso de inflamada devocion, que lo ponia fuera de sí en la meditacion de aquel misterio. Asi le sucedió dia de la Purificacion de esta Señora. Iba al altar con intensísimos deseos de pureza contemplando la de Maria Santísima en aquel misterio, en el que embevida su alma clamaba á esta dulcísima Madre, diciendo: *Señora y Madre mia, Vos sin obligaros la ley os sugetasteis á ella: rogad á vuestro Hijo purifique mi intencion y mi anima á su voluntad.* Deseaba tal pureza, que no le quedáse ni la mas leve mancha; que son inconsolables los sentimientos de un amor tan fino, si se ofende al amado aun con una ligera imperfeccion. Hizo esta peticion tan amable eco en las benditas entrañas de la piadosísima Madre, que resonando en los clementísimos oidos del Hijo, habló á su Siervo diciendo: „Alma escogida mia, únete á mí, llega á mi pecho, entra en mi corazon, y saldras de él como deseas." No quiso su Magestad dexar esta fineza sin testigo que viese entrar en su pecho á aquella feliz alma, y que salia de él con increibles candores de pureza y clarísimo resplandor.

Afligió su espíritu en una ocasion la tormenta de una obscura nube de tentaciones contra la amada pureza de su corazon, siendo este el mas cruel martirio, que podia excogitar la infernal astucia, para turbar la serenidad de su conciencia. Permitiólo asi el Señor en su Siervo, como en San Pablo, (31) para que la humildad y propio conocimiento fuesen la fiel custodia de las revelaciones, visiones y favores divinos. Despues de mucho padecer, y clamar á Dios, llegó la hora de celebrar, y fue tanta la inflamacion con que comenzó el Sacrificio, que

despedia rayos de clarísima luz , y entre las ternuras de un copioso llanto levantó su corazon á la Reyna de los Angeles invocando su favor con estas interiores y afectuosísimas voces : *Madre amantísima mia.* »Hijo , le respondió , aqui me tienes , y siem»pre tendras mi patrocinio ; pues me amas como ver»dadero hijo." ¡O que pronta estuvo la piadosísima Madre á la invocacion del hijo! Junto á sí la tenia , quando la llamaba , ni se desviára de nosotros, si la filiacion que confesamos con palabras no la desmintiesen las obras.

Fue el altar el lugar donde Christo , y su Santísima Madre premiaron con celestiales favores los trabajos con que este Varon Apostólico propagó en los pueblos , y encendió en las almas su devocion. Celebrando un dia , y mirándose en aquel lugar que ni aun merecen los Angeles , fueron tan humildes los sentimientos de su alma , como lo decia el temblor de todo su cuerpo. Clamaba á Dios de todo su corazon , diciendo : »*Señor y amor mio , ¿cómo permi»tes , que yo tan indigno esté en las Aras? Ea Se»ñor arrojadme de aqui.*" Repetia estos sentidos afectos con tantas lágrimas y angustias , que no podia proseguir la Misa. Volvia la consideracion á Maria Santísima , y decia : *Hacedlo Vos Señora , arrojadme de aquí , que yo no soy digno de que vuestro Santísimo Hijo venga á mis manos.* ¡O Francisco! No era esta la peticion de David , quando decia : (32) no me arrojes Señor de tu presencia , sino aparta de mis pecados tu vista. Que ese rigor lo executa su Magestad con un Adan , arrojándolo del Paraiso por inobediente : (33) con un Cain por inconfeso: (34) con un Ozias , porque usurpó el ministerio Sacerdotal : (35) y con el que se entra en la casa del convite sin vestidura nupcial ; (36) ¿Pero Francisco tan ciego en la obediencia , tan penitente en la confesion de sus defectos , tan humilde en su propio conocimiento , y tan diligente en la preparacion de su

al-

alma, pide á Dios que lo arroje, como á Adan (37) del lugar de sus mayores delicias. Mas como Maria Santísima le asistia en el altar, la tuvo pronta para su consuelo, y asi le dixo? »Hijo Francisco no temas; que no solo es voluntad de mi Hijo hacerte digno por su amor y gracia de este »lugar, para que lo recibas, sino que yo misma »te lo doy." Tomó la Clementísima Madre á su Hijo, y se lo entregó con afabilidad diciendo: »tómalo, recíbelo." No es ponderable como quedó su alma con este favor: solo se puede decir, que viéndose obligado á declarar en aquel mismo dia lo referido á su Confesor, lo hizo con muchas lágrimas, y con tan amantes impulsos, que le levantaban del asiento con suma ligereza.

Celebraba otro dia con fervorosas ansias de hacer á Dios entrega de su corazon, y un alma recogida en su interior, vió que llegando la Reyna de los Angeles al corazon de su amado Siervo, decia: »este corazon es de mi Hijo, y ha de estár sellado con su sello." Y tomando la bendita Madre una Cruz muy hermosa la imprimió en el corazon de su amado Sacerdote, corónandole con un mote, que decia: *Soy de Jesus.* ¿Pero de quien, sino de Jesus habia de ser el corazon de Francisco, que continuamente ardia en vivas llamas de amor, encendiendo en este fuego todos los afectos de las virtudes?

¿Y si tan ardientes eran estos afectos en las solemnidades de gozo y jubilo de la Reyna de los Angeles, quales serian los compasivos afectos de su corazon en las que la Iglesia nos hace presente los tormentos dolores y angustias, que ésta clementísima Madre padeció al pie de la Cruz de su amantísimo Hijo? Los sacrificios de estos dias eran los que mas regaba con llantos. Creia que sus muchas culpas eran el cruel verdugo, que tenia al Señor pendiente de la Cruz, y al corazon de Maria Santísima

ma

ma atravesado con el cuchillo del mas agudo dolor. Aqui era donde mas trabajaba, y se hacía fuerza para no desahogar su interior en clamorosos gritos. En uno de estos dias salió de la preparacion del sagrado sacrificio con tanta pena en la memoria de los tormentos de Christo, y angustias de su afligida Madre, que no podia contener los poderosos impulsos, que movian su alma; y al comenzar el primer verso de la prosa, que dice: *Estaba la Madre dolorosa junto á la Cruz lágrimosa*; fue tan impetuosa la avenida de lágrimas, que por mas que se esforzaba, no podia proseguir aquella ternísima relacion de las amarguras, que inundaron el corazon de tan bendita Señora; asi gemia quando la dolorosa Reyna se le hizo presente á su alma con su difunto Hijo en los brazos, diciendo: »hijo Francis»co, mira lo que ama tanto tu corazon." Fueron tan impulsivos los conatos de amor, que le causaron vision tan compasiva y voz tan amorosa, que como otras veces le vieron elevado un palmo sobre la tierra. Otros muchos éxtasis, raptos, y visiones tuvo en semejantes dias, que por la brevedad omitimos.

CAPITULO VI.

Refierense los afectos de heroicas virtudes, con que el Siervo de Dios celebraba el santo Sacrificio de la Misa.

Vistos los favores, delicias, y regalos espirituales, con que Christo, y su Santísima Madre recreaban el corazon y alma de Francisco en el incruento Sacrificio del altar, resta veamos los afectos de virtudes, con que él se acercaba á celebrarlo; porque por tanto llovia el Cielo tantos beneficios sobre su dichosa alma, porque primero llovian los ojos de Francisco sobre el Cielo del Sacrificio, disponiéndo

dose para él con el exercicio de las mas excelentes virtudes. Crecería demasiado este compedio si hubiera de hablar de todas, y con extension; por lo que ciñéndome á tratar de las principales, daré principio por las inflamaciones de amor de Dios, con que celebraba.

Se notó muchas veces, que entrando en la Sacristia para revestirse, parecia venir muy cansado, como si saliese de algun trabajo muy grande. Estrañaban su acelerada respiracion, y que no bastando los conductos, que á este fin destinó la naturaleza, y como el enfermo sofocado con los ardores de la fiebre, abría la boca para desahogo de su fatiga, buscando mas anchurosa puerta para arrojar la llama de aquel fuego divino, en que en la preparacion para la Misa venia ya encendido su corazon. Tomaba este un crecido aumento en el altar; porque se acercaba mas al que es el mismo fuego, como dice el Apóstol; (38) y era de modo, que como por escrito dixo á su Confesor: deseaba muchas veces, que todos los poros de su cuerpo fuesen bocas para dar á Dios alabanzas. Otras veces deseaba que se deshiciesen todas las entrañas, y su cuerpo todo para darle á Dios honra. Otras gritaba en la Misa á los amigos de su Magestad, diciendo que le amasen, ya que él no podia, y les clamaba diciendo: le diesen algun amor de limosna. ¡O Lector! aqui tenemos en uno al rico pobre, rico en la realidad, y pobre en su humilde estimacion. No ponia los ojos en lo que tenia, sino en lo que le faltaba. Poseia mucho, y deseaba mas: que como dice el Espíritu Santo (39) el fuego con nada se contenta, y nunca dice basta; porque con el combustible crece mas su virtud.

Entrábase por los Choros de los Angeles, y los amigos de Dios, pidiéndoles que de caridad le diesen algun amor de limosna. ¡O Francisco!, que ajustado te viene lo que tu escribes de Nuestro Padre Santo

to Domingo, diciendo: que andaba el bendito Padre por los altares de las Iglesias, á el modo que el pobre mendigo de puerta en puerta; y como los Santos siendo tán ricos no son aquel avariento, le alcanzaban de aquella divina mesa no las migajas, que pedia el mendigo, sino las abundancias porque clamaba aquel su llagado afecto; con que salia de las puertas de cada uno socorrido con indecible consuelo. ¡O lo que importa pedir para alcanzar! Y mas quando se llega á las puertas, que esperan los golpes para abrir al que llama. ¡Que socorros de amor no alcanzarian los Principes y Cortesanos del Cielo para este Sacerdote mendigo, que con fervorosos gritos les clamaba amasen mucho á Dios, y le diesen á él una limosna! ¡Cómo lo enriquecería el Rey de la gloria con soberanos afectos, y saldria su alma llena de un placer inefable! Quando tanto amaba, le parecia que nada amaba, porque la humildad le aniquilaba las obras de amor. Asi aquella se afinaba con este, y donde este sentia sus desmayos, hallaba aquella sus creces.

De este amor tan puro, y tan encendido nacian aquellos eficacísimos deseos que en la Misa tenia de entregar todo su corazon á Dios. Pedia á su Magestad con fervorosos clamores, que el amor se apoderase de todo su corazon, de modo que lo abrasáse, y sus repetidos actos fuesen tan inflamados, que le deshiciesen las entrañas. Nada queria tuviese lugar en su corazon, que no fuese Dios, ó se ordenáse á su gloria; porque no se contentaba con menos que todo el amor: que como dixo San Agustin, menos te ama Señor, el que contigo ama otra cosa, y no puramente por ti. Quando el amor llega á este grado, ya todo el corazon es de Dios; pero este Siervo suyo, como tan humilde no lo creia, y por eso se deshacia en lágrimas, con ardientes deseos de hacer á su Magestad un perfecto holocausto de sí mismo. Explicaba estos sentimientos diciendo:

do : *en la Misa gimo por ser todo de Dios , y no acabo de darme.* Asi celebrando un dia con estos amargos sentimientos de no tener que dar á Dios en señal de su mucha gratitud , suspiraba , y repetia muchas veces. ¡*O Señor , si quisieras mi corazon*! Conocíase indigno , y volvia á clamar en su alma con tierno llanto : *tomadlo amor mio. Yo no quiero que me deis nada , dadlo todo á vuestros amigos.* ¡ O que amor tan puro ! ¡ Que desinteresado ! ¡ Que sólido , y que humilde ! En esta ocasion una persona espiritual tuvo una revelacion , en que miraba el corazon de este venerable Sacerdote abrasado en llamas de divino amor. Percibia los secretos lamentos de su alma, por no tener que dár nada á quien tanto debia , y únicamente amaba , y al ofrecerle su corazon , oyó este alma , que decia Dios : »Yo lo recibo : que »este corazon es mio , y quiero volver á recibir lo »mismo que le di."

Esta total , y tan desinteresada entrega , que Francisco hacia á Dios de su corazon en la Misa , iba acompañada del temor reverencial á su Magestad; porque no se halla el amor de Dios sin el temor reverente , con que sus hijos tiemblan en su presencia. Los Santos por muy favorecidos que se vean , y por muy inflamado que sientan su corazon , nunca se juzgan seguros , sino siempre viven temerosos, notando donde ponen el pie , para no caer , como dice el Apostol. (40) En innumerables sacrificios se hallaba como fluctuando la mistica nave de su alma entre las corrientes al parecer opuestas de el amor , que lo impelia á que se acercáse , y el temor á que huyése. Determinábalo Dios llenándolo de confianza , y no fue una sola vez , en la que hablándole con dulce amor le decia. »fiáte de mí, y déxate en mí. Tomando en una ocasion la sagrada Hostia para consumirla , se le manifestó á su alma el divino Señor , con cuya vision el amor levantó su llama , pero creció tambien de tal modo

el

el temor reverencial á tan alta Magestad, que no sabia que hacerse; porque si el amor le convidaba, el temor le detenia, siendo tan vehementes los impulsos, que se elevaba sobre la tierra ligerísimo el cuerpo. Dexó el Señor luchar en su alma estos dos afectos, hasta que su piedad se dignó alentarlo con estas dulces palabras: »llega escogido mio, y co»me: venza el amor al temor." Arrojóse como con dulce violencia, y recibido el amado de su alma, gozó de sus celestiales efectos. ¡*O Señor*, decia otra vez en lo mas íntimo de su lastimado corazon, ¿*como permites verte en las manos de un feroz lobo, siendo tu un Cordero divino*? Repetia estos humildes afectos de compasion entre tiernos sollozos, y muchas lágrimas, con que lloraba su indignidad, y compadecia al Señor; pero viendo el celestial Padre la confusion, y santos temores de su humilde hijo, le habló diciendo: »Hijo no temas: aqui estoy despe»dázame, y come. Soy tu Padre, y como á hijo »te amo, y entrego mi Cuerpo y Alma de toda »voluntad, para que la reciba la tuya." Esta amorosísima voz con su divina virtud obró tales efectos en su corazon, y le movió de modo, que sin detenerse un instante con fervorosas ansias, como el mas hambriento comió aquella dulcísima Cena, que arrebató su alma en un éxtasis, quedando inmobil el cuerpo sin uso de sus sentidos. ¡O Lector, qué divinos serian los favores! ¡Qué dulces finezas, y amables delicias no tendria el Señor preparadas para quien asi le amaba y temia! ¡O como nos despierta este grande exemplar, que puso Dios á nuestros ojos, viendo entre tantos temores á un espiritu tan levantado! Como en el altar se hallaba rodeado de Angeles, como queda dicho, le llevaban toda su amorosa atencion la reverencia, y temor con que asistian delante de Dios.

De este temor humilde, y reverencial nacian en este venerable Sacerdote unos afectos penitentes, que

le

le hacían llorar sus culpas en el lugar mismo donde recibia contínuas y superiores gracias. A medida de los beneficios crecian sus sentimientos, y quanto era mayor la iluminacion divina, con que en los raptos y éxtasis conocia la grandeza de la infinita Magestad de Dios, se horrorizaba mas su espíriu de pensar, que tenia ofendido á un Señor tan grande. Por esto escribió una vez á su Confesor, diciendo: *yo voy caminando entre tormentos, y tranquilidades. Freqüentemente traigo á la vista aquel peccatum meum contra me est semper, mi pecado esta siempre delante de mí, y en la Misa si no mas freqüente, mas vivo.* Por eso era tan vehemente el dolor, que á no impedirlo el sagrado lugar donde se hallaba á vista de tantos, poblara el ayre de penitentes gemidos, como Isaías, (41) que nunca hizo tan vivo recuerdo de su pecado, que quando vió delante de sí un altar, y al Señor en su sólio cercado de Serafines.

No es ponderable quanto encarecia la gravedad de sus defectos, que lloraba como atroces delitos. Siempre que se confesaba para celebrar, causaba al Ministro confusion, viendo los sentimientos, con que exâgeraba quan infame era su vida. Pero pasemos á hablar de algunos de sus penitentes afectos en la Misa. Celebrando la del Apostol de las Gentes, fue especialísimamente movido su corazon al amor de la infinita misericordia de Dios en la vocacion de un alma, que tanta gloria dió á su santo Nombre, y tanta utilidad á la Iglesia. A este gozo se siguió la imponderable pena, con que mirándose á sí gemia sus pecados, regando las aras con lágrimas de su angustiado y penitente corazon. Creció tanto el dolor al consumir la sagrada Hostia, que como él mismo confesó, á no haberle socorrido la divina piedad, temia en esta ocasion el último desmayo de sus fuerzas, ahogando la compuncion los alientos de la vida. Reprimió quanto pudo los fuertes ímpetus de su vehemente dolor, mas no los tiernos sollo-

zos, y copiosos llantos, y á una de las personas espirituales, que no sin lágrimas oian la Misa habló el Señor diciendo: »han sido las lágrimas de tu »Padre tan agradables á mis ojos, que he recibido »con ellas nueva gloria, y son en él mas merito»rias, que satisfactorias. Por el amor que le tengo, »y por el puro objeto, que mira, y le obliga á »derramarlas, tengo perdonadas, y olvidadas todas »sus culpas." Díxole esta persona lo que habia oido, y respondió: ¡*O si fuera cierto eso*! ¡*Que mayor dicha podia yo tener*! *Pida Vmd. á Dios me dé valor para sufrir el dolor de la culpa.* ¡O con quien compararémos este dolor! Tuvo valor para ceñir los mas rigorosos cilicios, puso siempre buen semblante á los mas pesados trabajos, gozábase en los vehementes dolores de su cuerpo, fue en fin exemplo de tolerancia en todo genero de adversidades, ¿y pide el auxîlio de oraciones, para sufrir la agudeza de su dolor? Sin duda esta contricion era como un mar de aflicciones, que le ahogaban.

Anegábase en otro Sacrificio en el mar de estos sentimientos, y lo consoló el Señor diciendo, como al paralítico del Evangelio: »confia hijo, que »tus pecados te son perdonados." En otro se hallaba combatida su alma de amor muy impulsivo, temor intenso, reverencia muy afectuosa, y compuncion tan penitente, que se estremecia todo el cuerpo. *O Señor*, decia en su alma: *yo no me hallo merecedor de este lugar, ignoro si soy digno de amor ó de odio.* Llegó á comulgar con estos cuidados, y le dixo el Señor: »*hijo eres de gracia, recíbeme.*" Como quedó con este favor su alma lo dixeron las señales exteriores; porque de repente se elevaron alma y cuerpo, viéndole tan hermoso y resplandeciente, que parecia un Bienaventurado, aunque los sollozos eran tales, que no podia pasar la sagrada Hostia.

Muchas otras veces mereció este consuelo, y en

una

una de ellas clamaba en lo íntimo de su corazon diciendo : ¿ *Cómo Señor y bien mio , me permites en este lugar tan lleno de culpas* ? Pedia con lágrimas y suspiros , que fuesen consumidos sus pecados en las llamas del amor de Dios , y al tiempo de recíbirle , le dixo su Magestad : "amado hijo , y vaso es-"cogido mio , y para mi , recíbeme , y aunque te-"mas confia , que tus defectos estan de mí olvi-"dados ; porque el amor lo ha consumido todo." Al recibir tan divino favor no solamente se llenó el corazon de alegria , sino tambien de júbilo la carne , como dice David , (42) dando el cuerpo muchos saltos , hasta quedar sobre las puntas de los pies , elevada á Dios toda el alma.

Como la humildad tiene por objeto el propio conocimiento y el desprecio de sí mismo , y Francisco se miraba tan indigno de los celestiales favores , que el Señor le hacía en el Sacrosanto Sacrificio , y se contemplaba digno de mayor desprecio por los muchos pecados , que siendo no mas que unos levisimos defectos , su humillacion tanto abultaba , que le hacian prorrumpir en los afectos penitentes , que hemos visto : se seguian á estos los de una profundísima humildad , que hacian en el altar fuentes sus ojos , *viendo* , como dixo muchas veces á su Confesor , *tal abismo de misericordias en tal abismo de miserias*. En otra ocasion le dixo por escrito : *no sabe este pobre que hacerse con tanto beneficio , viendo tanta culpa , á cuya vista muchas veces me quedo mudo , porque me parece que es estraño , no en la bondad de Dios , que confieso , sino en mi miseria , que tanto me grita.* ¡ O quanto nos reprehende este exemplo ! En el lugar donde el amor le deshacia en llanto , daba contra él su humildad los gritos. Mas queria en la Misa verse humillado, que favorecido ; porque queria mas que estas glorias aquellas penas. Uno de los mas recios clamores , con que su conciencia reprehendia , y acusaba á este ver-

da-

dadero humilde, era el de su mucha indignidad, de modo, que como queda dicho, á ser posible huyera del lugar del Sacrificio. Era tanto este conocimiento, que á poder ser se ocultára del mismo Dios por no parecer en su presencia una criatura tan mala. Demos pues fin á este Capítulo de sus heroicas virtudes en el santo Sacrificio de la Misa con una cláusula, que entre otras escribió á su Confesor, declarándole quan baxamente sentia de sí mismo; le decia pues asi: *muchas veces hallándome en el altar me baxaba con la consideracion al Infierno, y viéndome entre los Demonios, me parecia que era el gargajo mas asqueroso de aquel inmundo lugar.* ¡O Lector en que abismo de humildad nos entramos! Verificábase aqui, que un abismo llamaba, y traia consigo otro abismo. Abismo fue el de su humildad, y tambien el de su amor. Con este subia á los Cielos, y rodeado de Angeles, como hemos dicho, se llenaba de reverencia; con aquel baxaba á los Infiernos, y puesto entre los Demonios lo cubria de tanta confusion, que se miraba no solo como el mas feo, sino como la abyeccion mas asquerosa de aquella inmunda república. Asi ni el amor tenia donde mas subirlo, ni la humildad halló mas donde baxarlo. Mirémonos en este espejo, y no negándonos á nuestro propio conocimiento, demos oidos á los clamores de nuestras conciencias en lo que nos acusaren.

CAPITULO VII.

Amor inseparable, y confirmacion en gracia, que pedia, y consiguió en el santo Sacrificio este Venerable Sacerdote. Refierense algunas visiones, en que su Magestad manifestó la santidad y meritos de su Siervo, y la gloria que le tenia preparada.

Preguntaba San Pablo (43) ¿que quien seria capaz de separarnos del amor de Christo, si la tribulacion,

cion, la angustia, la hambre, la desnudez, el peligro, la persecucion, ó la espada? Y responde el mismo Apostol: cierto estoy que ni el temor de la muerte, ni el amor de la vida, ni los malos Angeles, que nos combaten, ni las cosas presentes, que con dolores nos amenazan, ó con deleites nos convidan, ni las futuras con el miedo de las persecuciones, ó con el deseo de las prosperidades, ni la fortaleza de ninguna criatura en lo mas alto, ni en lo mas profundo tiene fuerzas para separar al alma del divino amor; pero como notó San Bernardo: entre todas estas cosas omitió el Apostol nuestra propia voluntad; porque ella sola, no habiendo poder que la violente, atraida de la concupiscencia, puede causar esta division, rompiendo el nudo, que el amor hace entre Dios y el alma: que no separó á Adan ningun Oso, ni ningun Leon, sino la Serpiente, que es, no la mas fuerte, sino la mas astuta de los animales. Por eso no dixo Eva que la habia violentado, sino que la engañó.

Estos eran los sentimientos, y temores de este Siervo de Dios, cuya humildad le hacía siempre presente su mucha miseria. Pedia fervorosamente á Dios en la Misa le diese un amor inseparable con aborrecimiento á la culpa. Derramaban las ansias de su corazon muchos llantos sobre las aras, suspirando por este favor, y confesó con mucha confusion suya ser asi, que ardia en vivos deseos, de que Dios le confirmáse en su gracia: de modo que firmando su voluntad en el bien, jamas declináse á el mal, para que eternamente le amáse.

Arrebatándole en éxtasis en una Misa el amor, fue iluminado su entendimiento con tan peregrinas noticias de las grandezas de Dios; que baxando luego al conocimiento de sí mismo, no solo lo afrentaba su humildad, sino lo martirizaba el temor, considerando ser posible perder aquel sumo Bien, que tan intensamente amaba su alma. Estos temores le hacían

des-

desfallecer , como si le hubiese de sobrevenir este mal. ¡*O Señor* decia , *si por mis pecados te perderé*! Con estos temores vivió siempre, siendo tanto mayores , quanto lo eran las inflamaciones del corazon; porque , como dice mi Angélico Doctor , quanto mas crece la caridad , mas crece el filial temor. A estos temores se llegaba , que la luz que le daba mas claro conocimiento de Dios , se lo daba tambien de sí mismo : y asi temia perder por sus pecados la eterna felicidad ; y de modo que causaba compasion verlo súmamente afligido. Muchas veces quiso su Confesor entrarlo en algunas consideraciones , que le templasen la pena ; pero en ellas descubria su humildad nuevos motivos , para mas afligirse. Respondíale que su infame vida tenia muy merecido el Infierno , y que sus temores eran muy fundados.

Con estas angustias se hallaba en el Sacrificio , de que hablamos , quando Dios manifestó á una persona muy recogida en su interior la bendita alma de su Padre espiritual tan pura y resplandeciente como un Serafin , bañada en un pielago de la preciosa Sangre del Salvador , á quien oyó estas palabras : "dile á tu Padre , que lo que te he monstrado es la "señal verdadera de su salvacion y felicidad , que "le espera : y le aseguro no me perderá que mi "amor lo ha confirmado en gracia , como es su con- "tinuo deseo." Oyó el Siervo de Dios esta embaxada con tanta confusion y vergüenza , que salieron al rostro muy encendidos los colores , y baxos los ojos derramando muchas lágrimas , respondió : *No puedo negar que esos han sido en la Misa mis deseos, y peticion. Poderoso es Dios : pero temo , si he merecido esa felicidad.*

En otro Sacrificio , en que salieron de madre los finísimos afectos de su corazon , que en continuos vuelos subia buscando á su amado , añadió el Señor á otros muchos favores el mayor al tiempo de consumir la sagrada Hostia : y fue que tratándole como

mo Padre múy amoroso, y abierta la llaga de su costado le convidó con estas dulces palabras: »llega alma querida. Como paloma harás aqui tu nido. Entra, y hallarás donde saciar todo lo que tu »corazon desea." Fue tan fuerte el ímpetu del amor, que dando el cuerpo un repentino salto se levantó sobre la tierra, y despues le vieron encógerse con humilde confusion. Y hallándose á este tiempo una alma de las presentes recogida en una profunda oracion, le manifestó el Señor á su Siervo, aplicándole á la llaga de su costado, en cuya perenne fuente de nuestra salud le daba á beber su preciosisima Sangre, que vió correr con tan abundante copia, que anegaba el alma; siendo estos baños las señales de su salvacion, y el consuelo de sus humildes temores.

No solo en esta ocasion, sino en otra manifestó el Señor la confirmacion en gracia, que habia concedido á su Siervo con aquel amor que deseaba tan fuerte y firme, que teniendo á su Magestad nunca le dexáse, como la Esposa santa; (44) á cuyo subido grado de amor llamó San Bernardo, *indisoluble*, que quiere decir inseparable. Mereció este favor en la Misa, y asi habiendo pedido á una persona espiritual le ayudáse con sus oraciones á conseguir de la divina misericordia esta singular gracia, y executándolo asi: quando recibida la sagrada Comunion se recogió su alma, le dixo el Señor: »he »concedido á tu Padre todo lo que desea, y como »lo monstráre, será visitado de mí freqüentemente en »el Sacrificio de la Misa, donde recibirá muchos be»neficios." A la verdad estos, y otros muchos favores hizo Dios á Francisco en la Misa. En él refinó con admiracion los afectos de sus virtudes: concedióle el perdon de culpa y pena: enriquecióle todos los dias con mayores aumentos de gracia: fortalecióle en el camino de su vocacion: confirmóle en la pelea, y lo llenó de celestiales favores. Es-

tos especialísimos beneficios mereció la fervorosa devocion, con que celebraba la Misa, y recibia á Christo Sacramentado en su alma, que como mi Angélico Doctor dice, todos son efectos de la Sagrada Eucaristia. Este soberano Pan, dice, es el que confirma el corazon del hombre, como dixo David; (45) porque con su fortaleza se vence toda batalla; y como el que asi es privilegiado nunca será vencido, se dice de él, y con razon, que Dios le tiene confirmado en su gracia. Pero aunque tan colmado de estos beneficios Francisco, se miraba á sí mismo con otros ojos quando obligándole su Confesor con la obediencia, á que le diese cuenta de su vida, respondió con mas lágrimas, que voces: *¿Qué es esto Dios mio? ¿qué he de hacer yo, si Dios ha querido llover su nieve sobre mi estiercol?* Se imaginaba humilde valle de inmundas miserias; pero bien conocia, y por eso no negaba que el Cielo habia llovido sobre él la candida nieve de divinos favores y beneficios. Lo sube su Magestad á lo mas alto, y él se mira en lo mas profundo. Mas no cogia el alma de este venerable Sacerdote las fragrantes flores de tantos beneficios sino entre las espinas de muchos trabajos, que sufridos por amor transforman, y se transforman, como verémos. Celebrando dia de la Exâltacion de la Cruz, que fue el teatro de las mas crecidas penas y angustias, donde campeó mas el amor de Dios á los hombres, ofrecia el Sacrificio con un corazon tan humilde y reverente, que parecia, no atreverse el alma á respirar. Hízole el Señor presentes sus muchos trabajos, y la Cruz, que habia llevado para gloria de su santo Nombre; pero él se negaba á todo premio, no queriendo alguno para sí, sino que toda la gloria fuese para su Magestad. Con esta pureza de amor ponia su mente en la Exâltacion de Christo en la Cruz, quando su bondad le hacía recuerdo de la propia suya. Manifestóla el Señor en esta Misa á un alma, que entre

el

el Ara, y el Sagrario vió una Cruz de estraña hechura, con un cerco de resplandores esmaltada de preciosas piedras. Admirando esta alma belleza tan peregrina, le dixo su Magestad: esta es la Cruz, que de muchos trabajos he formado á tu Padre; de los quales le manifestó algunos, y entre ellos las pesadas contradicciones, persecuciones, y menosprecio de muchos: lo mucho que habia padecido en la predicacion dentro y fuera de su patria: el zeloso cuidado, y crecido peso del Confesonario: las emfermedades, tristezas, sequedades, y fortisimos desamparos de Dios en su alma. Dióle su Magestad á entender, que el vistoso lucimiento y piedras preciosas de aquella Cruz, significaba las virtudes, que con tanta pureza habia exercitado en sus laboriosas tareas. Duró esta vision todo el tiempo de la Misa, y en ella fueron siempre inflamándose mas los afectos, en que mas se humillaba, y se rendia el corazon del santo Sacerdote.

Esta Cruz es la misma que, como diximos, al entrar por obediencia en el Hospicio para su Ministerio, vió en las manos de un Angel, que le recibió, diciendole: *esta será tu Cruz.* Una misma es, pero con muy diferentes aspectos, porque entonces era el hazecito de mirra, que habia de llenar de muchas amarguras su alma, y ahora, pasadas ya las tempestades, y acercándose las dichosas postrimerias, se vé que es la vara Sacerdotal, que colocada en el Tabernáculo, luce, y florece en el fecundo Jardin de sus muchas virtudes. Esta Cruz, que fue entonces vaticinio de las obscuras tinieblas, y horrorosas tempestades que le esperaban, es ahora un clarísimo testimonio de los gloriosos resplandores, que iluminaron la nube de su padecer.

Pero aquel Señor, que cuidó manifestar con estas, y otras muchas revelaciones y visiones, que por la brevedad omitimos, la santidad y meritos de su Siervo, no se descuidó de revelar tambien la

gloria, que para premiarlos le tenia preparada. Consiste la gloria esencial en la vision clara de Dios, y aunque esta es comun á todos los Bienaventurados, pero en lo accidental se diferencia como los astros en la mas ó menos luz. Que por eso dixo el Salvador, (46) que en la casa de su Padre erān muchas las mansiones, graduándose el orden de las sillas por la distincion de las obras, como dice San Gregorio. Sirvióse pues la divina Bondad manifestar la eterna mansion, que tenia preparada para premiar los muchos trabajos de su Siervo, en esta forma. Habiendo el Señor revelado á una persona devota el interior de este venerable Sacerdote, y en él con los demas afectos el animo varonil, con que por algunos dias habia pasado, y ofrecido para sola la gloria de Dios imponderables amarguras, y fuertes penas, que padecia su espiritu, dixo á esta alma, estando recogida despues de la Comunion: »pues te »he mostrado como está tu Padre, quiero que se»pas, que ha sido agradable á mis ojos el modo »que ha tenido constante, y resignado, sin querer »otra cosa; y te mostraré los favores, que en pre»mio, recibirá de mi mano." Hízolos su Magestad muy grandes en la Misa, y cumplió la promesa, manifestando á esta misma alma, (que se hallaba en un muy grande recogimiento) un hermosísimo trono, y en él las tres divinas Personas; al lado diestro de Jesu-Christo á su Santísima Madre, y junto á esta Soberana Princesa á muchos Santos, entre los quales conoció distintamente á mi Gloriosísimo Padre y Patriarca Santo Domingo, y alli vió al Siervo de Dios rodeado de Angeles y Santos. Pasada la vision, le dixo su Magestad: »este lugar, que te »he mostrado poseerá mi amado hijo, tu Padre."

Piadosos anuncios parece nos dió la divina Providencia de la pública, y general exâltacion de Francisco, que tanto desea la Christiana devocion, pues celebrando un dia la Misa, y recogida en oracion

un

un alma, dixo á esta su Magestad: »quiero que sepas que por mi Siervo será alabado mi nombre." cuya inteligencia fue, que no seria esta alabanza en aquel modo comun, con que todas las cosas criadas la dán á su Autor. Muchas muestras dió su infinita Bondad de esta honra, y entre ellas fue muy singular la de un dia, en que celebrando este venerable Sacerdote con inflamados afectos de amor, y humildad, se manifestó en la Sagrada Hostia á la referida alma, y notó con mucha admiracion que al postrarse de rodillas el Santo Ministro adorando á su Señor, le inclinó su Magestad la cabeza, diciendo á ella: »Asi premio el amor reverente de »mi Siervo." Mucho nos inclina la christiana piedad á creer, que será honrado de los hombres en la tierra, á quien asi honra el Señor de la Gloria.

Concluirémos este Capítulo con otra revelacion, que el Señor hizo á una alma, oyendo con mucha devocion la Misa de este V. Sacerdote, y fue diciendole: que le concedia el privilegio, de que todas las personas, que en su nombre le pidiesen algun bien para sus almas, les sería concedido. Favor especial es este, que ha concedido Dios á algunos de sus Santos. Donde es de advertir, que el que implorando su intercesion, no lo logra, ó es porque se indispone, ó porque su Magestad lo difiere, para que mas lo merezca la continua peticion, que la perseverancia en nuestros ruegos abre las divinas manos, y asi nos llena de bendiciones. Quiera Dios que la leccion de estas Misas tan santamente celebradas por este devotísimo Sacerdote, sean exemplar, que despierte é inflame nuestra devocion.

CAPITULO VIII.

Favorece el Señor á los que se encomiendan á su Siervo, quando vá á decir Misa. Refierense algunos milagros, que obró por él su Magestad con los enfermos, ungiendolos con el azeyte de la lampara de Maria Santísima.

Aunque á todas horas y en todos tiempos pedian los fieles, y se encomendaban en las oraciones de este venerable Sacerdote; pero como era tan notoria la opinion de santidad, y tan patente la suma devocion, con que celebraba la Misa, lo importunaban muchos con humildes ruegos, quando iba al altar pidiendo, que los encomendáse á Dios. Hacíalo con caridad fervorosa y era su oracion de tanto fruto, que los pecadores se compungian, los devotos se fervorizaban, serenábanse los escrupulosos, fortaleciánse los flacos, huian de unos las tentaciones, y resolvian otros la fuga de los peligros. Quitó muchas veces á Dios el azote de las manos, alcanzando á muchos pecadores tiempo de penitencia: siendo el iris de la reconciliacion, que se levantaba sobre aquel diluvio de lágrimas, con que él regaba el altar, y los presentes sus mexillas. ¿Y cómo no habia de oir el clementísimo Padre á un hijo que con tanta reverencia sacrificaba, y con tanta humildad pedia? Esta fe y confianza era tan grande, que quando antes de la Misa acudian á él con alguna necesidad, solia responder; que iban á buena hora, y lo era tan oportuna, para hallar cada uno su consuelo, como los efectos lo decian.

Mas antes de entrar á referir los muchos milagros, que por las oraciones é intercesion de este su amado Siervo, se dignó obrar el Señor, se debe advertir, que aunque en el compendio de esta vida se van omitiendo (porque no salga mui volu-

mi-

minoso) muchos de los favóres, que el Señor hizo á su Siervo, y muchos de los heroicos actos de sus virtudes; pero mucho mas será preciso omitir tratando de sus milagros, pues siendo estos casi innumerables, creceria inmensamente este compendio, y dexaria de serlo, si se hubieran de referir todos. Y asi omitiendo, aunque con bastante sentimiento, la mayor parte de ellos, solo referirémos algunos de aquellos, en que mas palpablemente se tocaba lo milagroso, y en que los que se encomendaban á las oraciones de este venerable Padre, experimentaban con mayor abundancia la misericordia del Señor.

Doña Maria de Piamonte habiendo padecido cinco meses continuos una fiebre, de que resultó llagársele la garganta con corrupcion, que se extendia hasta lo que llaman la campanilla; sin poder aliméntarse, ni dormir en casi tres meses. Lloraba, por incurable su mal; porque subiendo el humor á la cabeza, levantó en ella tres tumores muy crecidos. Huian los Medicos el fuego de unas unciones, que era la unica medicina, que les quedaba que hacer, porque temian se hiciese mortal el accidente, cerrándose por todas partes en lo natural la esperanza de mejoría. Y no ocurriéndole á esta afligida camino para su consuelo, le inspiró Dios que se lo daria el Padre Posadas, encomendándola á Maria Santísima. Esta fe alentó sus desmayadas fuerzas, y aunque con mucho trabajo fue á buscárle á su Hospicio. Representóle su necesidad, y el Siervo de Dios le dixo: iba en buen tiempo, porque no habia dicho Misa. Dixole un Evangelio, y al instante se desvanecieron los tumores, sintiéndose con tan buenas disposiciones, que creyó estár libre de calentura. Asi llena de consuelo la que habia venido con tanta afliccion, volvió á su casa, y al entrar en ella arrojó por las narices gran cantidad de materias, y con ellas toda su enfermedad, de que se vió tan sana, que desde luego comenzó á comer, y dormir.

A Francisca de Aguilera faltó la leche en sus pechos, con que alimentaba á un pequeño hijo. Desconsolóse como pobre, y afligióse como Madre. Significó esta al Siervo de Dios su trabajo, el que la consoló diciendo: que con la pesadumbre, que habia tomado, se le habia retirado la leche, pero que la volveria á tener. Viendo ella que la despedia sin ir remediada, exclamó: »Padre, una amiga me refirió, que no teniendo rayo de leche, le »dixo Vuesa Paternidad un Evangelio haciéndole en »el pecho cruces, y al instante se le llenaron ambos, y asi no tiene remedio, que yo no me he »de ir, sin que Vuesa Paternidad me socorra." *Muger*, le dixo el Venerable Padre, *no es asi eso, que dices, que yo no soy Santo, para hacer milagros. Una cosa es, que le ofreciese pedir á la Virgen por ella, y que la favoreciese Nuestra Señora, y otra es, que yo la haya hecho: eso no puede ser, porque solo Dios, y los Santos pueden hacer milagros, no pecadores como yo.* Dixole un Evangelio, formando sobre los pechos la cruz, y prosiguió: *ahora voy á decir Misa, óyela, pídele á Nuestra Señora, y no tengas cuidado, que te volverá.* Subió á el altar, y antes de comenzar el sacrificio se volvió al Pueblo, intimándole hiciesen oracion por aquella afligida muger: que cuida mucho la humildad de los Santos, de que las maravillas, que por ellos obra Dios, no se atribuyan á sus propios meritos, sino á los de otros. Acabada la Misa se fue la afligida muger á su casa, y aplicó á sus pecos la criatura, en cuyo instante acudió á ellos tal golpe de leche, que la sentia correr como arroyos, y prosiguió con tanta abundancia, que se vertia, sin poderla detener.

Como era tan devoto de Maria Santísima, se valia del pretexto de ungir á los enfermos, que se encomendaban á él, con el azeyte de la lampara, que en su Hospicio ardia ante la Imagen de esta Señora, á quien el Pueblo llamaba, y aun llama hoy *la Virgen*

gen del Padre Posadas : haciendo de este modo innumerables prodigios ; que esto mismo hacía San Diego de Alcalá con los enfermos que le llevaban, untándolos con el azeyte de la lámpara de esta Clementísima Madre para que á esta Señora , y no á su virtud se atribuyesen las curaciones que él hacía.

Doña Luisa de Santa Ana padeció por casi un año una hinchazon, que corria desde el hombro á la mano con vehementes dolores. Buscó el remedio de su mal en el Siervo de Dios , que la confesaba , y estando en su Iglesia , le dixo : Padre ¿quiere Vuesa Paternidad sanarme esta mano? *Mire que locura*; respondió , ¿*como he de sanarla yo*? *Eso pídalo á la Virgen. Venga acá la untaré con el azeite de su lámpara.* Hízolo asi , y quedó al instante sin dolor. Pasó el Siervo de Dios á celebrar la Misa , que oyó la enferma con la admiracion de que ya movia la mano , y que en el discurso del Sacrificio se iba aminorando y deshaciendo la hinchazon, de modo que al acabárse la Misa , se halló totalmente sana ; y visitándola el Cirujano , se llenó de asombro viendo esta maravilla. Premió Dios con este milagro la mucha fe , que tuvo esta muger con su Siervo , creyendo ser tan poderosa su virtud , que si queria la podia sanar , como lo creyó de Christo el Leproso del Evangelio.

Dió á luz una criatura Agustina Maria del Real, y habiendo muerto su Padre en aquel tiempo , fue tanto su sentimiento , que detenida la purgacion menstrual , subió á la cabeza , fluyendo tanto humor á los ojos , que despues de mucho padecer , sin sentir algun alivio con las muchas medicinas , que le aplicaron , quedó totalmente ciega , y lo estuvo seis meses , creciendo con los medicamentos los dolores de los ojos , y especialmente en uno , que estaba tan hinchado , y con tan perniciosa llaga en la pupíla , que confesó el Cirujano , estaba en inminente riesgo de que saltáse. Se quebrantaba el corazon

de

de la madre con el imponderable padecer de la hija, y viéndola ya incurable, la llevó de la mano al Siervo de Dios á quien manifestó su mucha pena, pidiéndole remedio. *¿Qué puedo yo hacer para remediarla?* (respondió) *Tenga paciencia, pues Dios lo ha querido asi.* No Padre, replicaron ambas, algun remedio ha de aplicar Vuesa Paternidad á estos ojos, úntelos Vuesa Paternidad con azeyte de la lámpara de Nuestra Señora, *Miren*, dixo el Siervo de Dios, *que el azeyte es malo para los ojos*: pero instando á que lo hiciese, los ungió con el azeyte de la lámpara, y al instante cesaron los dolores, sanaron los ojos, y cobró repentinamente la vista.

A el Padre Fray Fancisco del Castillo del sagrado Orden de Nuestra Señora de la Merced siendo de edad de ocho años, se le cayó de golpe sobre un brazo un aspa de torcer hilo, de peso de tres arrobas, y se lo quebró, quedando como una caña cascada. Trataron sus padres llamar quien se lo curáse; pero su Abuela con mucha fe lo llevó al Siervo de Dios, quien habiéndole dicho fiáse en su Magestad le untó el brazo con azeyte de la lámpara, y al punto sanó enteramente, y entró en su casa, diciendo á voces: madre, madre ya vengo bueno.

Nació Acisclo Medina con una roseta en la espalda con todas las señales de cancro, creciendo con la edad de modo, que quando tenia un año era del tamaño de un huevo. Dixo el Cirujano ser preciso cortarlo para sacar las raices; porque dixo, era infaliblemente mortal. No quiso permitir este martirio la Abuela, que era la misma, que la del caso antecedente, y llevándole al Siervo de Dios, dixo á esta muger: *no permita que le corten el cancro, que el se quitará.* Untóle con el azeyte de la lámpara, y volvió á su casa bueno, sin haberle vuelto á renacer.

Asi el azeyte de la lampara de la Reyna de los An-

Angeles desempeñaba la confianza del Siervo de Dios, y servia de escudo á su humildad, con que se defendia, diciendo: que de ningun modo á él, sino á Maria Santísima habian de atribuir las milagrosas curaciones; y asi habiendo quitado repentinamente á Isabel de Estrada un vehemente dolor, que padecia en un oido, con solo tocarle con un dedo, y exclamando ella, que ya estaba sana, le dixo: *aun no estás buena. Te untaré con azeyte de la lámpara de Nuestra Señora, y lo estarás.* Hízolo asi, porque asi disfrazaba sus prodigios. ¡O Lector! El azeyte de la lámpara de Nuestra Señora es uno mismo en lo fisico, pero no en todas manos hace prodigios; porque si en ellas se representan las obras, estas nos están diciendo, que la mano sin espiritu no es instrumento, por donde corren las divinas misericordias en la execucion de las maravillas, con que acredita Dios la Santidad de sus Siervos.

CAPITULO IX.

Varios milagros, que con la devocion de Maria Santísima, y diciendo un Evangelio, hace el Siervo de Dios en varios géneros de aflicciones.

Dice San Agustin, que es Maria Santísima la poderosa vara de la divina virtud, y escogida para sanar los enfermos. Con esta celestial vara, como Moyses con la suya, hizo el Siervo de Dios innumerables prodigios, para sacar las almas del Egipto de sus culpas, y sanó milagrosamente á varios enfermos con el medicinal fruto de su devocion.

De un tabardillo, y dolor de costado, que padeció Josef Fernandez Calero, le salieron parotidas, y se halló tan proxîmo á la muerte, que ocho noches lo estuvieron velando, y al fin de ellas, aunque ya habia recibido los santos Sacramentos, pidió le llamásen al Padre Posadas, para confesar. Fue

el Siervo de Dios, y habiéndolo oido, le pasó la mano poco á poco desde la cabeza á los pies, y salió del aposento, diciendo: *no tengan cuidado. Encomiéndenlo á mi Niña*: (que asi solia llamar á Maria Santísima en su Imagen) prosiguió repitiendo estas palabras hasta la puerta de la calle, y no hubo salido, quando sentándose el enfermo en la cama, dixo, que ya estaba bueno, que le diesen de comer; y habiendo recibido el alimento como sano, se levantó en aquella misma hora, anduvo por la casa, y paseó la Ciudad al tercer dia.

Caminando desde Ecija á Córdoba Don Francisco de Frias, dió una cayda, de que lastimado un brazo se le hincho con tan maligno humor, que lo dexó insensible á unos baños muy calientes, que le ordenó el Medico: y lo que mas es, no sentia la entrada de casi todo un alfiler por la mano. Esta insensibilidad, y el color muy negro indicaban el cancer, que se temia el que lo curaba. Entró á verlo el Siervo de Dios, sin ser llamado, y diciéndole confiáse mucho en Maria Santísima, pidió el cocimiento, y por su misma mano lo comenzó á bañar, y el enfermo á sentírse como sano. Quiso su tia Isabel Carmona asegurárse en esta repentina novedad, y sin que lo viese el enfermo tocó con la punta del alfiler en la mano, mas él la huyó con mucha ligereza. Vino el Médico, y admirando el brazo en su ser y color natural, dixo: esto no puede suceder sin milagro; á que el enfermo respondió ser asi: y que el milagro era de Maria Santísima por intercesion de su Siervo el Padre Posadas.

Fueron muchos á los que este venerable Padre ofreció socorro en sus necesidades, y seguridad en sus peligros por medio de la devocion de Maria Santísima, cuyo patrocinio experimentaron. Fue uno de ellos Bartolomé Barrera, que asistía á los devotos exercicios, que se tenian de noche en el Hospicio, y estando muy ensangrentada la guerra, que varias

po-

Potencias hacían á nuestro Catolico Rey Don Felipe V., vino á Córdoba órden, para que executivamente se hiciese una leva de Soldados. Era grande el número, que se pedia, y se determinó que no solo los Jueces, sino los Caballeros Capitulares saliesen la noche inmediata con rondas por todas partes á reclutar esta gente. Habia en ella asistido al Rosario, que por las calles salia del Hospicio el dicho Barrera, (que era mozo robusto, y corpulento) y viendo pasar por las calles diferentes rondas, conoció él, y todos el fin. Volvió con el Rosario al Hospicio, y temiendo ser preso, pidió al Siervo de Dios, le permitiera quedárse alli aquella noche: á que respondió, poniéndole la mano sobre el hombro: *vaya sin cuidado á su casa, que á los devotos del Rosario tapa Maria Santísima con telarañas.* Vivia este en la calle de la madera, muy distante del Hospicio, mas con el seguro que le dió el Siervo de Dios, habiendo encontrado por las calles muchas de las rondas, ninguna lo detuvo, ni preguntó, quien era. Llegó á su casa, y á poco de habérse acostado, le fueron á buscar, y prender. Entraron, y como no tenia huida se sentó en la cama, y se estuvo quieto, aunque enteramente desnudo, como acostumbraba. Entro el Juez, y aunque lo vió tan patente, lo tuvo por un niño de pocos años; y asi pasó adelante, diciendo: tapen á ese niño, que estará muerto de frio. Asi se libró de la leva; porque asi lo tapó Maria Santísima, poniendo como telarañas en los ojos de quien lo iba á prender: verificándose lo que el Siervo de Dios le habia ofrecido.

Habiendo una muger comprado una saya á un hombre en poco precio, entró en escrupúlo de si sería hurtada, como en la realidad lo era. Llegó la quexa al Corregidor, quien embió á un Ministro, á que preguntáse á la muger, si era cierto lo dicho: y negando ella se le mandó parecer ante el Juez; en

cu-

cuya presencia volvió á negar, por ir consiguiente. Dió orden al Ministro, la llevase á la carcel, para que viéndola el ladron, declarara, si era ella, á quien habia vendido la prenda hurtada. Iba la pobre con mucho susto, y clamando en su alma á Maria Santísima la socorriese. Puesta delante del ladron, y mirándola este con cuidado, no la conoció, y asi depuso no ser ella la compradora. Volvieronla al Corregidor: y viendo el susto, que habia pasado, siendo en lo alegado inocente, y á la verdad pobre, le dió una limosna, y la dexó libre. Al dia siguiente fue á ver al Siervo de Dios, y decirle lo sucedido, y darle la saya, para que informándose de su dueño, (que ella no lo sabia) se la entregáse; pero luego que la vió, sin dexarla decir nada, siendo asi que nunca le habia hablado, la recibió, diciendo: ¡*Buena hacienda has hecho*! ¿*Y si aquella Señora* (señalando á Maria Santísima) *no te hubiera tapado la cara con su velo, para que aquel hombre no te conociera, qué tal quedáras? Sin duda en otro calabozo como él. Decir siempre la verdad.* Pues Señor, respondió ella, aqui traigo la saya: haga Vuesa Paternidad lo que quisiere. *Yo*, dixo el Siervo de Dios, *no puedo ir á llevarla: tal persona es su dueño, que vive en tal parte. Lo que has de hacer es ir mañana á la Iglesia mayor, y á un Religioso demandante, que hallarás en la puerta de las bendiciones, se la darás, diciendole; que yo te embio, para que él la tome, y la dé á tal persona en tal casa.* Hízolo asi, y habiendo visto en dicha puerta un Religioso de San Basilio con una demanda, el que (como dixo) era muy conocido de aquella familia, le participó á lo que iba embiada del venerable Padre, encargándole el secreto. Tomóla el Religioso, y la muger se volvió á su casa, admirada de que el Siervo de Dios con luz sobrenatural viese como Maria Santísima le habia desfigurado el rostro, ó confundido la vista del preso, para que

no-

no la conociese, como tambien con la misma luz conoció el dueño de la saya, y el Religioso, y sitio donde estaría, para que se hiciese la restitucion con secreto.

Como este varon Apostólico obró tan prodigiosas maravillas con la predicacion del Evangelio en las almas, quiso Dios las hiciese tambien en los cuerpos, sanando á muchos de sus dolencias, con decirles un Evangelio: siendo muy comun pedirle esta medicina los que se hallaban agravados de alguna enfermedad, de que referirémos algunos casos. Sea el primero, el que obró con Doña Ines de Castroviejo. Padecia esta un gravísimo dolor de costado, y creyendo su hermana que el accidente era mortal, pidió al Siervo de Dios visitáse á su enferma; en cuyo aposento entró diciendo: *¿se ama aqui mucho á Dios?* Bien entendió la Paciente la pregunta, que como saeta hirió su corazon y alma; pero la fuerza del dolor y su mucho caimiento, no le permitió responder. Su hermana con la fe, de que alli obraria Dios algun milagro por su Siervo, le pidió le dixése un Evangelio, como lo hizo, poniéndole su mano sobre la cabeza; y acabado le instó la misma lo repitíese, aplicando la mano al costado de la doliente. No se hizo de rogar; pero notando que al comenzar el Evangelio cesó totalmente el quexido de la enferma, y que sosegada, era ya otro su semblante, lo acabó con brevedad, y se despidió saliendo de la sala con paso acelerado, á cuyo tiempo se sentó la enferma, diciendo: yo me hallo buena, y totalmente libre de mi dolor. Baxó á toda prisa la hermana, llamando al Siervo de Dios, pero ya iba lexos de alli el que con mayor diligencia, conociendo el milagro, caminaba lleno de confusion, agradeciendo por una parte á Dios sus misericordias, y sintiendo por otra lo que estos casos le traian de aquella opinion y fama, que tanto lastímaba su humilde corazon. No obstante lo entra-

ba

ba la caridad en lo mismo, que la humildad huía. Padeciendo la enfermedad de viruelas Doña Leonor Fernandez de Córdoba, la deshaució el Médico, y se agravó de modo, que la lloraban muy proxîma á la muerte. Habiala el Siervo de Dios sacado de la Pila Bautismal, y llamado en este aprieto por los Vizcondes de la Puebla sus Padres, la halló moribunda. Compadre, dixo con mucha pena el Vizconde, mire Vuesa Paternidad como está su ahijada. *Fien en Dios*, respondió: y habiéndole dicho un Evangelio, le apretó con las manos las sienes, diciendo: *Dios la guardará*, y al instante se mejoró de modo, que viniendo el Médico y hallándola libre de todo peligro, decia con admiracion: *esta es la niña del milagro*, y asi la llamó siempre.

Igual fue el prodigio, que obró con Francisco Canalejo, quebrado de una íngle. Llena de sentimiento estaba su madre porque el Médico le dixo, que la rotura era incurable, por ser muy grande; pero ella llena de fe tomo al niño en brazos, y entrando por la puerta de la Iglesia, dixo al Siervo de Dios: Padre aqui traigo á este niño, para que Vuesa Paternidad me lo sane: aguarde, prosiguió, lo verá; y echando mano á quitárle la faxa, la detuvo diciendo, *no es menester*. No Padre decia ella, Vuesa Paternidad lo ha de ver: *no es necesario*, le respondió, *basta que le diga un Evangelio*: pues si basta un Evangelio, dígaselo Vuesa Paternidad. Hízolo el Siervo de Dios, y volviendo la muger á su casa, con la fe de que llevaba bueno á su hijo, lo dixo asi al Médico, que encontró en la calle, el qual respondió: donde hay Santos, no sirven Médicos. No habia la madre registrado al hijo, pero suponiendo el milagro, caminaba con alegria. Entró en su casa, y quitándole el braguero, lo halló perfectamente sano de su rotura, sin habérle vuelto á resultar jamas.

En grande afliccion se hallaba Doña Isabel Guer-

ra,

ra, padeciendo recios dolores de parto por espacio de seis dias, en que ni bastaron sus esfuerzos, ni todas las diligencias y medicinas de los Médicos, y dos experimentadas Matronas: y unanimes acordaron darle una bebida, con que violentamente arrojáse la criatura, arriesgando su vida, por salvar la de la madre; pero aquella murió en el vientre, donde mas no se movió, y en esta crecieron mas las dificultades del parto. Perdidas las esperanzas, acudieron por el remedio á Dios, que era solo el que lo podia dar. Invocaron á San Ramon especial abogado en tales casos: le aplicaron su reliquia, y otras que habian solicitado; pero no quiso Dios en esta ocasion obrar uno de los muchos milagros, que en semejantes ocasiones ha hecho por intercesion del Santo. Viendo el marido á su muger tan cerca de la muerte, como lexos del parto, corrio á buscar al Siervo de Dios, quien le ofreció visitar á la enferma. Volvióse el afligido hombre á toda prisa, sin haber dicho la casa de su habitacion, aunque si la calle; y lo puso en gran admiracion, que siendo su paso muy acelerado, y que el Siervo de Dios se habria detenido á lo menos en subir á la celda, y ponerse la capa, llegáse casi al mismo tiempo que él. Entró á ver la muger, y quedó espantado de la monstruosa elevacion de aquel vientre, sobre el qual echó su santa bendicion, habiéndola dicho antes un Evangelio, y sin detenérse, se despidió; pero no habia salido de la casa, quando salió tambien de su peligro Doña Isabel, pariendo un niño muerto, y desfigurado, cuya irregular corpulencia habia imposibilitado su nacimiento. Exhortó el Siervo de Dios al Padre, que le dió esta noticia, á que se conformáse con la voluntad del Señor, pues habia sido el que muriese el hijo tanto tiempo antes de nacer, y que diese gracias al Señor, y á su Santísima Madre, por haber librado á su muger de la muerte.

En esta misma materia fue famoso otro caso que sucedió al venerable Padre, á quien en una destemplada noche llamaron, para que fuese á socorrer una muger, que estando posesa y de parto, no la dexaba el Demonio parir, padeciendo el tormento de los dolores puesta ya en la silla. Era la Matrona una muger negra de nacion; pero célebre en su oficio, y mas en sus christianas costumbres. Clamaba esta á Dios contra el Demonio, y el Demonio la escupia con improperio, diciendole: perra te lo he de ahogar. En el mismo peligro estaba la madre, que tenia sumamente hinchada la garganta. Entró el Siervo de Dios, y viéndolo la Matrona, le manifestó su corazon tan lleno de penas, como lo estaba su rostro de salivas. Padre, exclamó, socórrame Vuesa Paternidad. *Dios lo proveera*, respondió. Llegóse á la paciente, púsole su bendita mano sobre la cabeza, y al acabar de decirle un Evangelio, huyó el Demonio, y nació inmediatamente la criatura con toda felicidad.

Se omiten otros muchos semejantes sucesos; y solo se advierte, que fue muy especial la gracia que Dios hizo á este su Siervo, para que socórriese á las que en sus partos se vian en inminentes riesgos; y con la misma le ha honrado su Magestad, y honra despues de su dichosa muerte, hasta el dia de hoy. En prueba de lo qual diré: que conservándose en este real Convento de San Pablo un sillon de vaqueta, que por su estraña, y antigua hechura mas parece potro de tormento, que silla para descanso, del qual usaba el Venerable Padre, este pára muy poco en el Convento, porque apenas se halla alguna muger proxîma al parto, quando inmediatamente procura le lleven á su casa *la silla del Padre Posadas*, que asi la nombran todos, para sentárse al tiempo de su mayor riesgo: confiando en Dios, que por la intercesion de su Siervo saldrán con felicidad de su peligro, y la experiencia acredi-

dita esta tan fundada fe, y confianza; pues de quantas la han llevado, no hay noticia de que alguna haya peligrado en su parto.

CAPITULO X.

Sanan muchos enfermos con el contacto de sus manos: otros haciéndoles la señal de la Cruz, y otros pidiéndole sus oraciones.

Ofreció Jesu-Christo á sus Apóstoles, (47) y en ellos á todos los que les siguen en su ministerio y vida, que sanarian los enfermos, sobre quien pusiesen sus manos; y como pasarán primero el Cielo y la tierra, que falte lo que el Señor dixo, hizo esta gracia á su Siervo, concediéndole que con sola la aplicacion de sus manos diese salud á muchos. Asi lo experimentó Doña Luisa de Santa Ana, la que tenia un hijo con la cabeza poblada de tiña muy envejecida: aumentándose con la curacion las materias y costras, que eran ya de un dedo en alto. No dudando la madre que el mas eficaz remedio sería le dixese el Siervo de Dios un Evangelio, lo llevó á su Iglesia, y sabiendo habia salido, lo esperó; mas embarazándole el conocimiento de su humildad, determinó no hacerle esta peticion, sino pónerle á su enfermo al paso, creyendo que como lo miráse, bastaría para mover su compasivo corazon. Llegó el Siervo de Dios, y conociendo la intencion de esta muger, pasó sin detenerse; pero fue poniendo al hijo su mano sobre la cabeza, y diciendo: *pobrecillo, pobrecillo*, se entró en lo interior de su Hospicio. Era ya de noche, y á la siguiente mañana llamando la madre al hijo, para que se vistiese, lo halló totalmente sano, caidas todas las costras sobre la almohada, y la cabeza tan limpia como si nunca hubiera tenido tal humor.

Padeció Luis Clavijo desde edad de diez meses

por espacio de cinco años una muy grande alferecia, sin faltárle dia alguno, á pesar de los muchos medicamentos, que le aplicaron. Tenia este accidente al niño con los ojos muy atravesados, fealdad muy notable. Llevólo su abuela al Siervo de Dios, que lo recibió con mucho cariño, pasándole la mano por los ojos, y diciendo: ¡*Que lindos ojos tiene este niño*! ¡*Que hermoso es*! *Dios lo bendiga.* Túvolo asi un rato con estas caricias, y despidió á la abuela, diciendo: *no se aflixan, que Dios proveerá. No se aflixan.* Volvió á su casa con el nieto, y este con sus ojos buenos, sin que jamas le repitiese la alferecia, que le quitó el contacto de aquella mano tan medicinal.

Visitando los Médicos en el Monasterio de la Concepcion de Córdoba á la Madre Sor. Ines de los Rios, la hallaron una noche en tan inminente riesgo de muerte, que ordenaron recibiese sin dilacion los Santos Sacramentos; y habiéndoselos administrado, el Siervo de Dios cruzó sus manos sobre las de la enferma, que ya parecian de difunta, y con su tacto se volvieron al instante á su color natural con admiracion de los presentes, y repentina mejoría de la Religiosa, que sanó en breve, cumpliéndose la profecia del Siervo de Dios, que viendo muy afligida, y llorosa á Doña Francisca de los Rios, le dixo: *consuélese que su Tia no se muere de esta enfermedad*: lo que repitió tres veces, como cierto de lo que en efecto sucedió.

Y si estos y otros prodigios obró el Siervo de Dios con el contacto de sus manos, no fueron menos en numero, ni menores en lo raro los que obró, haciendo sobre los dolientes la Cruz, que es la señal de nuestra salud, y salud en nuestros peligros. Buen testigo fue el Hermano Josef Romero, varon de exemplar virtud, que habiendo cegado un hombre representó al Siervo de Dios su grande pobreza, juntamente con los muchos hijos que tenia, y compadecido le hizo la señal de la Cruz sobre los ojos, y

cobró al punto la vista: encargándole mucho el Venerable Padre que á nadie dixese lo sucedido.

Pidió un dia al Siervo de Dios la Madre Sor. Maria Noboa y Saavedra, Religiosa en el Convento de Santa Marta de Córdoba, que la confesase, á que respondió: *Hija, no puedo ahora. Calle que presto la confesaré despacio.* A los quince dias padeció con alferecia una maligna enfermedad, cuyo pernicioso humor baxó á un pie, dexándolo sumamente hinchado y negro. Suponian ser inexcusables las saxas, y ordenaron que antes recibiese los Santos Sacramentos, disponiéndose para morir, por ser muy inminente el peligro. Conoció la enferma, quan presto se habia de cumplir la profecia del Siervo de Dios, para que la confesase despacio, y entrando en el Monasterio lo recibió muy llorosa la Madre Sor. Catalina de Noboa y Saavedra, á quien dixo: *Calle, que su hermana le vivirá muchos años.* Llegó á la celda de la paciente, y entró diciendo: *¿quien le ha dicho que se muere?* Señor, respondió, los Médicos y Cirujanos, que por eso me ordenaron recibir los Santos Sacramentos. *Confesará*, dixo el Siervo de Dios, *pero sepa que de esta enfermedad no se muere.* Acabada la confesion, y despidiéndose de la enferma, le rogó su hermana, que sobre aquel pie hiciese la señal de la Cruz, á que se resistió su humildad; pero pudo mas la violencia de la que usando del mucho vigor que le dió su fe, prendió con sus manos la de el Siervo de Dios, y poniéndola sobre el pie, le obligó á que en él formáse la Cruz, con lo que cesaron al punto los dolores, se desvaneció la hinchazon, y quedó sana de toda su enfermedad, sin háberle jamas repetido la alferecia, que padecia con freqüencia.

Buscaban al Siervo de Dios los sanos, y llamábanle los enfermos, trayéndole de unos en otros la caridad como con alas, en cuyas plumas pareció llevár la salud de muchos. Dió-

la

la con el contacto de sus manos, y con la señal de la Cruz, como se ha dicho: y la dió tambien á otros con solo pedirle los encomendase á Dios. Padeció Doña Luisa Ruiz Borrego una larga enfermedad de Ceatica, siendo inconsolable su llanto, por verse valdada de una pierna, é inhabil para las haciendas de casa. Considerando que habian sido inútiles todos los remedios humanos, acudió á los divinos: y creyendo no le negaria el Señor la salud, si la pedia por medio de su Siervo, lo llamó para confesar, y despues le rogó hiciese oracion por ella; diciéndole que la salud solamente la deseaba para servir á Dios. No hubo su Siervo ofrecido sus oraciones á esta muger, quando luego al punto se halló perfectamente sana, la que en mas de un año de curacion no habia tenido alivio en su padecer.

Ademas de los milagros, que quedan referidos, obró el Siervo de Dios con las que estaban de parto, diremos uno de los que fueron fruto de sus oraciones. Muy avieso fue el que puso en terminos de morir á Doña Maria Carrasquilla. Al segundo dia de su peligro sacó la criatura un brazo, y al tercero murió en el vientre inflamándose con monstruosidad. Quisieron abrirla con un torno, mas no lo hicieron, porque ni asi esperaban el parto, y de tódos modos suponian la muerte Médicos y Matrona; por lo que últimamente la dexaron por irremediable. Con esta afliccion acudieron sus hermanos al Siervo de Dios, quien respondió, no podia ir, porque iba á predicar, que despues la iría á ver. *Confien en Dios*, les dixo, y mirando hacia la Imagen de Maria Santísima, prosiguió *que la encomendasen á Nuestra Señora.* Postróse de rodillas, y con él los referidos á hacer oracion, de que se levantó el Siervo de Dios, consolándolos, y diciéndoles, *que S. M. seria servido sacar de aquel peligro á la enferma*: la que sin ser ayudada de la Matrona, ni de alguna medicina en su total caimiento de fuerzas, no solo parió, y quedó bue-

buena, sino milagrosamente restituida á sus perdídas fuerzas con increible vigor, cuyo espanto en los presentes creció con la vista de la criatura, que nació monstruosamente hinchada, y con un brazo, y piernas liadas á la cabeza.

No fue menos maravilloso con los enfermos, que resignados en su padecer, le pedian el socorro de sus oraciones, no para sanar, sino para llevar su Cruz; como lo experimentó Andrea Ximenez, que teniendo una pierna llena de muchas llagas con intensos dolores, la llevaba su devocion aunque con mucho trabajo al Hospicio, arrimada á un baculo. Ya habian pasado catorce años de tan pesada Cruz, quando le preguntó el Siervo de Dios, ¿que cómo le iba? á que respondió: Padre muy mal, pero todo mi cuidado es, no pierda yo la paciencia. Vuesa Paternidad me encomiende á Dios, y me consiga de su misericordia que me la dé, para sufrir tantos trabajos y llagas. *Dígame* (le preguntó) *¿si Dios le embiáre mas trabajos, procurará conformarse con su santísima voluntad?* Si Padre, *pues calle, no se lo diga á nadie, y sepa que mas le queda que pasar. Viva con el consuelo de que no perderá la paciencia, que pide.* Volvió á su casa, y á los ocho dias la pierna que tenia sana, se le llagó toda, dándole á padecer dolores mas vehementes que los pasados; pero fue tan dichosa, como exemplar; pues con paciencia increible llevó su Cruz hasta morir: habiendo padecido este nuevo, y profetizado accidente seis años. Asi era muy comun en el Venerable Padre infundir aliento á los enfermos, para padecer los trabajos.

CA-

CAPITULO XI.

Profetiza á muchos enfermos desauciados la salud : sanan otros , habiéndose agravado mucho mas , despues que el Siervo de Dios les anunció la salud.

Excedería este volumen los limites de compedio , si se hubieran de referir aun la mitad de los casos milagrosos y proféticos , con que el Siervo de Dios consoló á los que ya esperaban la muerte , sin remedio en lo natural. Tenia sobre la cama la mortaja Doña Teodora Cañete , quando acabándola de confesar , le dixó : *quando se levante de esa cama , cumplirá la penitencia* ; y desde luego comenzó á mejorarse , hasta recuperar enteramente la salud. Lo mismo dixo á un Religioso de mi Convento , á quien confesó , para morir ; (segun la opinion de los Médicos) pero sanó. Preñada se hallaba de seis meses Maria de Roxas , quando padeció una cólica cerrada por quince dias , de la que sobrevino tullirse todo su cuerpo. Suponia el Médico , que infaliblemente moria la madre , y que la criatura perecia en el vientre : por lo que solicitó el aborto , para que recibiese el Bautismo. Dióle tres bebidas , sin lograr el fin ; y se agravó tanto , que el Médico aseguraba moria sin remedio humano. Pero lo hubo divino ; porque llamado el Siervo de Dios , le dixo un Evangelio , le hizo una Cruz sobre el vientre , y le dixo : *tenga confianza en Dios , y Maria Santísima , que no morirá de esta enfermedad , ni la niña que tiene en su vientre.* Quedó inmediatamente libre de la cólica , y prosiguió tullida hasta los nueve meses , en que parió una niña muy robusta , dexando á la madre totalmente sana. Fueron sus palabras santas en la exhortacion , milagrosas en el efecto , y proféticas de lo futuro , prediciendo , que era niña lo que habia de parir , y

que ni madre ni hija moririan de aquella enfermedad.

Deshauciado de los Médicos Don Martin Guiral, pidió le llamasen al Padre Posadas, el que entrando en la casa, dixo á su muger Doña Ines de Concha. *no se desconsuele, que no han de quedar sin Padre sus hijos. Fio en Dios, que no morirá de esta enfermedad.* Pasó al enfermo, á quien consoló con la misma profecía, y se mejoró desde aquella hora; pero pasados diez y ocho años volvió á enfermar gravemente. Llamó la dicha su muger al Siervo de Dios, quien le traxo muy distinta embajada, porque entró diciéndole: *confórmese mucho con la voluntad de Dios, que Padre le queda á sus hijos que es S. M.* Exhortóla á la resignacion, y practicados con el enfermo otros oficios de caridad, se cumplió esta segunda profecía como la primera.

En gran cuidado puso á los Médicos la notable falta de respiracion, que amenazaba con la muerte á Doña Teresa de Escalera. Mandáronle recibir el Viatico, y llamado el Venerable Padre para confesarla, entró en el aposento de la enferma diciendo: *Comadre* (éralo del Siervo de Dios) *¿quiere morirse?* Y respondiendo, que hiciese Dios su voluntad, le dixo: *De esta enfermedad no ha de morir, no obstante la confesaré*; lo que concluido, viendo la turbacion de la familia con prevencion de Escribano para testamento, les dixo: *No: eso es fatigar á la enferma sin ser menester: déxense de testamento por ahora, que mi Comadre no se muere de esta enfermedad*: y desde aquel instante conoció alivio, que prosiguió hasta su entera salud. Lo mismo sucedió á la Madre Sor. Maria Antonia de Santo Tomas, del Convento de Regina Cœli de Córdoba: á la que habiendo confesado en una grave enfermedad con accidentes, que en su sentir eran mortales, se despidió, ofreciéndole la encomendaría á Dios. Padre, (dixo la enferma) esto es morir. *No es morir,*

rir, respondió, *yo le aseguro que no se muere*; y asi se verificó.

No solo se mejoraron y vivieron todos los deshauciados, á quienes este Profeta dixo no moririan de aquella enfermedad; sino que algunos, dexando Dios despues de su anuncio obrar en su curso natural las causas, se hallaron como proxímos á espirar, y repentinamente volvieron como de la muerte á la vida, para que fuese mas maravilloso el suceso: de que omitiendo otros, solo referiré uno muy singular por sus circunstancias. Convenian los Médicos en que era mortal el tabardillo, que padecia Doña Francisca de Salazár y Almagro, intimando mucho cuidado á los Religiosos, que la auxîliaban; porque era muy proxîma su muerte, y acaso quando menos pensasen. Estaba la enferma como sin sentido, y casi sin habla, pero uno, y otro tuvo para pedir le llamasen al Siervo de Dios, que moriria muy contenta, si le merecia ver. Era esto en los últimos años de su edad, quando lo tenian casi baldado los achaques, y padecia en aquellos dias unos fuertes flatos, que no le permitian tenerse en pie, por lo que se negaba á las instancias de la casa de esta enferma. Fue mucha la importunidad, con que últimamente lo molestó un Mayordomo, á quien respondió. *No creen de la suerte que estoy para no hacer lo que me piden, que de no negarme á ello he quedado asi. Los Médicos me mandan no salga á fuera á ninguna de estas cosas, ni tome libro, ni predique, ni asista al Confesonario, y asi por amor de Dios tengan caridad de mí; porque estoy tan ofendido de la cabeza, que sino me reportára, continuamente cayera en el suelo. Diga V. á esa Señora que yo la encomendaré desde aqui á Dios, como lo he hecho.* ¡O Padre! replicó el que venia sumamente empeñado en vencer todas las dificultades: no se halla la enferma en estado de que con eso se aquiete; porque segun sus insinuaciones algun cargo de con-

cien-

ciencia tiene, que no quiere consultar con otro. *No es para nada de eso*, respondió con alguna sonrrisa, *no es para nada de eso quererme ver; no, para lo que me quiere, es, para que le dé salud, y eso yo no lo puedo. Bien sé que no tiene cargo de conciencia, y que si ahora muriera acabára en paz.*

Asi era, que las instancias no eran para consultar algun escrúpulo, sino esperar un milagro, sin el que no podia vivir la enferma; y viendo el Mayordomo que este Profeta conocia el interior de la familia, que lo embiaba, para obligarlo con este pretexto, y que el semblante y modo con que se explicó el Venerable Padre no parecia de hombre sino de Angel, le causó tanta veneracion, que lo dexó suspenso, sin saber que hacer, ni que decir. Miróla el Siervo de Dios, y conociendo que admirado formaba muy alto concepto de su virtud, hizo lo que otras veces, quando reflexîonaba sobre sus dichos profeticos. *Esa Señora*, prosiguió, *es mi Comadre; aqui ha venido, y la he confesado muchas veces, y por eso sé su buena conciencia, y para lo que me querrá ahora será para que le diga un Evangelio, le ponga la mano sobre la cabeza, la consuele, y ofrezca encomendarla á Dios, que es lo que todos quieren, y esto lo digo por mis experiencias.* Pero el Mayordomo (que todo lo oia con atenta reflexîon) si antes confuso, ahora mas edificado con esta humildad, se enardecio en mas viva fe para esforzar sus ruegos. Pidióle licencia para ir por un coche, en que poder llevarlo con menos incomodidad. *Peor es*, respondió, *porque sus vayvenes, y movimientos me marean, y desvanecen mas la cabeza.* ¡O Lector! ¿Que motivo tendrá para estas escusas, el que aun mas agravado con otros pesados males, rogaba, que si le llamáse con necesidad algun proxîmo, no lo despidiesen, que iria á su socorro, aunque le costára la vida? ¿Por qué habia de negarse á esta enferma, sino porque sabia muy bien, que

 ni

ni tenia necesidad como le suponian, ni moria como pensaban? Bastante lo habia dado á entender, pero el Mayordomo lo obligó á que se explicáse; porque no ocurriéndole otro medio, iba á arrojarse á sus pies, y pedirle, que por Maria Santísima, diese este consuelo á todos los de aquella casa. Detúvolo el Siervo de Dios, diciéndole: *No hable Vmd. mas palabra, que me esforzaré quanto pueda para ir.* Pues Señor, no lo dexe Vuesa Reverendísima para otro dia, porque los Médicos dicen no saldrá del presente. *Si saldrá*, respondió, *que aunque la ven con tantos males y tan apretada, no ha de morir de esta enfermedad. Yo lo fio en Dios, y asi no se fatigue. Vaya con Dios, y lo que ha pasado aqui, no lo revele á nadie.*

Exercitó el Venerable Padre su mucha paciencia, en tan porfiada contencion, que duró una hora, y á la siguiente, que fue entre una y dos de la tarde, cumplió lo ofrecido con imponderable trabajo. Llegó á la casa sin poderse mover, y fue preciso le ayudásen á subir la escalera. Entró en el aposento de la que ya estaba sin sentido, diciendo: *¿Que quieren? ¿Que haga un milagro?* Estuvo algun tiempo con la moribunda, y volviéndose, dixo en la escalera, al que tanto lo habia importunado *¿No dixe yo bien á Vmd.? ¿Para que queria la enferma que yo viniese? Como si yo no la encomendase á Dios desde mi casa.* Señor respondió, tengo entendido, que no habrá sido en vano esta venida. *Pues mire*, le replicó dos veces: *dele gracias á Dios por todo.* Y se despidió, suponiendo que la enferma no moria. Esperará el Lector como efecto de esta visita un manifiesto milagro. Hízolo Dios en efecto; pero fue dexando antes correr la enfermedad, hasta tener como presente la muerte. Asi la contemplaban los Médicos, quando despidiéndose, dixeron, serian unas tres horas las que podia vivir, como en efecto se vieron claras señales de cum-

cumplirse este pronóstico ; y estando ya para espirar , volvió en sí , como quien despierta de un profundo letargo. A esta novedad corrio apresúradamente toda la familia : pidió de comer la enferma , y quedándose dormida en un sueño natural , prosiguió su mejoria milagrosa hasta perfecta salud ; con que cumplió el Señor la profecia de su Siervo , y satisfizo con un milagro la buena fe de los que por sus oraciones y visita esperaron conseguir su mayor consuelo.

CAPITULO XII.

Espíritu de profecia , con que el Venerable Padre anuncia á unos la vida , y la muerte á otros : y una y otra parece la pone Dios en sus manos con algunos enfermos deshauciados.

Como era tan grande la caridad del Siervo de Dios, su compasion le hacía , como al Apóstol , (48) enfermár con los enfermos : y en la fervorosa oracion, que hacía por todos era iluminado , para saber los que de su enfermedad saldrian con vida , y los que pagarian la comun deuda de los hijos de Adán. Asi consolaba á unos , y desengañaba á otros , aunque no los hubiese visitado en su enfermedad. Asi sucedió á Doña Teresa Ferrando , que deshauciada de los Médicos en una grave enfermedad de seis meses , le embió á decir , que se consoláse , que no moriria de aquella enfermedad , como sucedió. Lo contrario acaeció á Doña Ines de Orbaneja , que rogándole alcanzáse de Dios la salud de un hijo suyo Religioso del Orden de mi Seráfico Padre San Francisco , le respondió : *no se canse , que es voluntad de Dios llevárselo ahora.* Y permaneciendo en el clamor de que pidiese á su Magestad le diese salud , tomó el Rosario con ambas manos , diciéndole : *ahora rezaré por él este Rosario ; pero fixamente se muere , no lo sienta* : dandole á entender , que moria bien. Asi se

ex-

explicó aunque jamas habia visto á este Religioso, el que á la siguiente mañana murio.

Pareció al Médico que Maria de Hinojosa estaba hética, y con este cuidado fue su marido Pedro de Arroyo al Siervo de Dios, el que le respondió: *No morirá de esta enfermedad, pero á otra hay que temer: vivirá mas que yo.* Sanó por entonces, y murió un año despues que el Venerable Padre. Pidiendo Doña Maria de Luque y Leyba con muchas lágrimas por la salud de su hermano Don Miguel, respondió el Venerable Padre, *que su Magestad cogia aquel fruto con buena sazon, que no dudáse que Dios queria llevar á su hermano.* Pidióle un vizcocho, creyendo, que con él le llevaba la salud, pero el Siervo de Dios se lo dió, diciendo: *Tome; pero fixamente se muere su hermano*, como sucedió. Deshauciado de los Médicos Don Nicolas Saavedra, llamaron al Siervo de Dios, á cuya vista pusieron sus muchos hijos todos de corta edad, sin decirle nada: y conociendo, que era el fin moverlo á compasion, dixo: *no se aflixan que el enfermo no se muere*, mas prosiguiendo la enfermedad se agravó de suerte, que perdieron la esperanza, que les habia dado el Venerable Padre, á quien acudió con esta afliccion Doña Andrea Ojero su cuñada. *Ya he dicho que no se muere*, respondió, *diga Vmd. á su hermana que no tenga cuidado.* Traxo con esta respuesta la mejoria, y continuó hasta estár enteramente bueno. Pasado tiempo, teniendo ya la misma Doña Andrea los Religiosos á la cabecera, para que la auxîliasen, entró el Siervo de Dios, y habiéndola confesado brevemente, dixo: *quando Vmd. esté buena confesará despacio.* Con esto la dexó tan cierta de su salud, que instó mucho porque despidiesen á los Religiosos, y cobró presto salud, con la que vivió muchos años: mas al fin de ellos repitiéndole otra grave enfermedad, y deseando el mismo consuelo, llamó al Venerable Padre á que la confesáse, pero entrando en

la

la sala, y mirando á una Imagen de Maria Santísima dixo: *Gracias á Dios. Moza es. Bien podia vivir, pero cúmplase tu santa voluntad.* Confesó á la enferma, y habiendola exhortado, se fue. Entró su hermana, y preguntándole, si habia quedado consolada, respondió: mirando á Maria Santísima el Padre Posadas, dixo que podia vivir; pero que se cumpliese su voluntad. ?Que consuelo puedo tener, si tan claramente me ha dicho que me muero? y al dia siguiente dió su alma á Dios.

Una Señora muy noble, con quien el Siervo de Dios tenia parentesco espiritual, siendo convidada por una amiga á divertirse algunos dias en una casa de campo, consultó al Venerable Padre por hallarse temerosa, de que estando preñada le sobrevendria algun mal parto. *Comadre*, le respondió, *vaya en hora buena, que no le sucederá nada de lo que teme. Diviértase que no sabe lo que luego le ha de suceder.* Admitió el convite; pero con el cuidado de lo que le habia dicho el Siervo de Dios. Volvió de su diversion, y á pocos dias parió con felicidad una niña, la que enfermó antes de recibir el Bautismo. Llamó con este cuidado al Padre Posadas, el que le respondió: se aquietáse, que la niña no moria tan presto: entendiendo en la respuesta que moriria, y que esto era, lo que le habia anunciado. Hecho el Bautismo, entró á verla el Siervo de Dios, y le dixo: *Comadre esta niña no es suya. Désela á su dueño, que gusta de ella. ¿No se lo dixe¿* Quedó por entonces conforme; pero muerta la hija, hizo la sangre su oficio, explicándose en ternísimos sentimientos; mas viéndola el Venerable Padre la consoló, diciendo: *Comadre no lo sienta, que la verá, y cesará toda esa tormenta.* Asi sucedió; porque aquella noche, vió que abriendo la puerta, entraban dos hermosisimos Angeles con vestiduras, y estolas blancas, iluminando el aposento con resplandores. Detuviéronse en la puerta, y entrando una doncella

co-

como de quince años muy hermosa, adornada y resplandeciente, se llegó á la cama, y sentada en ella volvió con modestia los ojos á su madre, diciéndole: mírame bien: ¿porqué es tu sentimiento? Dicho esto, desapareció, dexándola tan otra, que todo el llanto se convirtió en gozo y júbilo tan grande, que la tuvo como fuera de si unos quatro dias: formando á el mismo tiempo el alto concepto de la santidad del Siervo de Dios, que pedia todo este suceso.

Muy prodigiosos son los casos referidos, y otros que se omiten; pero aun lo son mas, no tanto en lo milagroso, quanto en sus circunstancias los dos que se siguen. Un hombre, cuyo empleo lo sacaba freqüentemente de la Ciudad de Córdoba, á los lugares de su Reynado, se dexó prender ciegamente en uno de ellos de la vana hermosura de una doncella, cuya violacion no hubiera conseguido sin la palabra que dió de matrimonio; la que no quiso cumplir, aunque se lo mandaron muchos Confesores. Con este gravísimo cargo lo halló una enfermedad, que en el juicio de los Médicos lo puso en términos de morir, atormentándole mas el gusano de su conciencia, que las angustias de su cercana muerte. Llamó al Siervo de Dios, y le confesó el animo deliberado en que habia vivido de no pagar esta deuda con el matrimonio, á que se obligó. No lo podia ya hacer, porque tenia la muerte presente, y á la muger distante en otro pueblo, cuyo doloroso despojo de su integridad era su mas fuerte torcedor. Preguntóle el Venerable Padre, si pagaria esta deuda, dándole Dios vida: y respondiendo que infaliblemente lo haria, le dixo: *Pues yo de parte de Dios le ofrezco y aseguro, que vivirá.* No tardó su Magestad en cumplir la promesa de su Siervo; porque milagrosamente se halló el enfermo sano, y puntualmente cumplió lo ofrecido. Que Dios hizo á su Siervo, como árbitro de la vida, y muerte

te de este hombre, si prometia ó no cumplir la palabra, se infiere de la condicion, que le puso para prolongarle la vida, que fue decirle: si resuelves pagar con el matrimonio, te prometo la vida: si no, te dexaré morir. Lo mismo, y en la misma materia, aunque con otro motivo sucedió en el siguiente caso.

Un Caballero muy noble en lo mas florecido de su edad corria desenfrenado, arrastrando la escandalosa cadena de un amancebamiento: siendo vanas todas las diligencias, con que se intentó su enmienda; pero Dios, en cuyas manos están los grillos, que detienen tan errados pasos, se los puso á este Joven con una gravísima enfermedad, en la que atormentaba fuertemente su conciencia el amargo recuerdo de su relaxacion. Era tan pernicioso el humor, que le habia cancerado las encias y boca, hasta lo que llamamos campanilla, que en esta parte habia ya tomado posesion la muerte. Asistianlo los Médicos de mayor fama, pero frustradas todas sus diligencias, y perdidas las esperanzas de su vida, lo deshauciaron, mandándole recibir los santos Sacramentos; porque la muerte era cierta, y segun todas las señales presto.

Llamó para confesar al Siervo de Dios, y enterado por la confesion de su vida, le habló asi antes de darle la absolucion: *Hijo no hay remedio. O morir de esta enfermedad, ó hacer lo que yo le mandáre, que haciéndolo, de parte de Dios le prometo la salud, y que se levantará presto de esa cama.* Padre, preguntó él, ¿qué es lo que Vuesa Paternidad me ha de mandar? *Que se case con la Señora, que le ordenáre su Madre.* Conoció él á donde se encaminaba esta propuesta, y que sin divina revelacion no podia saber lo que era muy secreto en su casa. Era el caso que su Madre deseaba casarlo con una Señora noble, porque asi le convenia; pero él lo repugnaba, como él mismo lo confesó; porque ama-

amaba mas su libertad , que lo tenia tán bien hallado en sus lamentables delicias. Esta noticia , que tuvo la noble Señora imposibilitó el matrimonio , de que ya estaba tan deshauciada la Madre como el hijo lo estaba de vivir : el que viendo lo que le mandaba el Siervo de Dios , si queria vivir , respondió ser muy grandes las dificultades , que se ofrecian , y que ellas escusaban su inobediencia ; pero el Siervo de Dios le detuvo , diciendo : *Pues morir.*

¡O Padre! exclamó el sentenciado á muerte : mi Madre y Señora ha deseado con repugnancia mia este casamiento , (que debiera ser á gusto , si en él habia de servir á Dios) y ya ha muchos dias, que está desvanecido , y aun negado por parte de la Señora , en cuya pretension se empeñan hoy muchos é ilustres Caballeros de la Andalucía , por ser muy estimables sus prendas , nobilisima su sangre, quantiosa su dote , y grandes los mayorazgos de que es poseedora. Pudiera yo tener esperanzas , quando mi Madre y Señora lo proporcionó , sino me hubiera entonces improporcionado yo mismo , pero ahora lo tengo por imposible. *Todo eso* , dixo el Siervo de Dios , *no importa nada , porque el Señor que asi lo quiere , lo dispondrá , como V. S. no lo resista ; y asi vea qual es su última resolucion , ó casarse , ó morir.* Mucho duró esta sesion insistiendo siempre el Profeta del Señor , en que si admitia el matrimonio propuesto , le ofrecia de parte de su Magestad la salud , que lograria presto , y que de lo contrario supiese que era infalible morir de aquella enfermedad. Viéndose en tal estrecho , eligio la vida, y dió palabra , que ratificó segunda vez , de estar pronto á lo que le mandaba. Esperaban todos los parientes y criados se acabáse la confesion del enfermo, para ir á acompañar á su Magestad para que lo recibiese por Viático : pero el Siervo de Dios dexando al enfermo absuelto , salió á la puerta de la sala , y en voz alta dixo : *No vayan por su Magestad,*

tad, que no es menester, porque el enfermo no está tan malo como dicen. Mañana nos verémos. Habló asi á la familia, y volviendo al enfermo le dixo: *Dios le embiará remedio. Tenga fe, que sanará.* Llenóse la casa de imponderable júbilo, y despues de haberse agravado mucho mas despues de esta promesa del Siervo de Dios, últimamente recobró muy en breve su perfecta y robusta salud, teniéndola los Médicos por milagrosa.

Ya sano, la divina Providencia, atendiendo á la oferta que en su nombre habia hecho el Venerable Padre, por unos medios no esperados le facilitó el desposorio con aquella Señora, y celebrado su matrimonio llovieron sobre ellos las bendiciones de Dios, como dispuesto por su Siervo, y por medios tan exquisitos. Asi vivieron en la mas pacífica, y gustosa union de voluntades, siendo para él su mas amable descanso, la que miraba con notable aversion, como contraria á su genio, y lo que mas es, debió á su compañia la reforma de su conciencia, que con este dichoso fin lo obligó el Siervo de Dios á que consintiese en aceptár aquel matrimonio. En estos casos se ve como Dios parece hacía á su Siervo árbitro, como poniendo en sus manos la sanidad de unos, y la muerte de otros, ó de uno mismo, si convenia en aceptar los consejos y condiciones, que les ponia para vivir, ó morir.

CAPITULO XIII.

Varios milagros obrados por el Siervo de Dios, y resucita á dos difuntos.

Ni el rigor del invierno, ni el horror de las tempestades, ni las muchas lluvias detenian, porque no entibiaban la caridad de este Siervo de Dios, para que en las horas mas incomodas dexáse de ir á socorrer á los que lo llamaban en sus necesidades.

Lo esperaban las Religiosas del Convento de Santa Marta de la Ciudad de Córdoba, para que confesáse á una enferma, y viéndolo desde su puerta reglar venir por el atrio, se admiraron de que siendo mucha la lluvia, no caia sobre él ni una gota, confirmándose en este prodigio, quando entró en el Convento, pues tocaron con sus manos el Havito enjuto.

Habiendo confesado para morir á una enferma, se despidió, sin poderlo detener las muchas instancias que le hicieron, á que esperáse, á que cesará la lluvia. No quiso esperar, pero le acompañó el marido de la enferma, el que caminaba admirado, de que ni el lodo se asía á los zapatos del Venerable Padre, ni caia sobre él una gota de agua. Llegaron á un arroyo, qne por lo crecido cubria ya las losas, que servian como de puente, para pasarlo, y sin detenerse el Siervo de Dios lo vió su compañero á la otra parte sin saber como, quedando su calzado enjuto. Pasó él con mucha dificultad, y temores de caer, y llegando al Hospicio, dixo al Siervo de Dios: Padre, Vuesa Paternidad no se ha mojado el Habito, ni los pies. *Hijo*, respondió, *anda con Dios, anda con Dios á tu casa á cuidar de la enferma, y no te metas en mas.* Esto mismo le sucedió otras muchas veces, que por la brevedad omitimos.

Quando se labraba la Portada de la Iglesia del Real Convento de San Pablo de Córdoba, halló el Artifice quebrada una de sus dos grandes columnas, de modo que no podia servir: y temeroso de que sabiéndolo el Prior le hiciese cargo de esta rotura, como culpa suya, determinó ausentarse, dexando la obra incompleta. Dispuso su viage, y en la mañana que lo habia de hacer, llegó el Siervo de Dios en hora no acostumbrada: miró á la columna, y dixo, celebrándola: *muy linda es.* Padre respondió él: muy linda si no estubiera qubrada. ¿*Quebrada es-*

tá? Calle que no será cosa de cuidado, y levantando la mano, echó tres veces la bendicion á la columna, diciendo otras tantas: *Dios te bendiga.* Entróse en el Convento, y queriendo otro Maestro de Cantero, que se hallaba presente reconocer, si Dios habia hecho algun milagro por su Siervo, dixo: veamos que ha hecho el Padre Posadas con sus bendiciones. Tomó el mazo, probó la columna, y probóla tambien el Maestro principal, y hallándola totalmente sana, quedaron admirados, de que siendo la rotura tan grande, no le hubiese quedado señal. Labrada ya, y puesta en su sitió, llegó el Siervo de Dios entre otros, que se acercaron á verla, y arrimándose al Artifice, le preguntó: *¿es esta la columna quebrada?* respondió, que sí: y volvió á preguntar. *¿Y fue cosa de cuydado?* Yo Padre, lo que sé es, que ahora está sana. *Ea pues* dixo: *vaya con la bendicion de Dios*, y quitándose el Rosario que traia al cuello, tocó con él la columna, echándole la bendicion otras tres veces.

Hacían muy singular á una doncella entre las de su tiempo la notable perfeccion de su rostro, y agraciada disposicion de su persona: á que llegándose su mucha discrecion, era celebrada en la Ciudad, cegando á muchos de todas esferas el mundano esplendor de esta vana hermosura. Miróla un dia este zelador de la honra de Dios, y le dixo: *mire, he de pedir á Dios que le mude esa cara.* ¿Padre por qué ha de hacer eso Vuesa Paternidad? *Porque le conviene*, respondió, y desde luego comenzó á desfigurarse, enfermando, y mudándose de modo, que su monstruosa fealdad causaba á todos horror, y no menos espanto en ver aquella brevisima mutacion, en que se convirtió la mas esclarecida belleza en la mas extremada fealdad. Convínole sin duda mucho, pues tomando un espejo, y mirándose en él, lo tiró al suelo, y con él tambien toda su vanidad, entrando en un christiano desenga-

ño

ño de lo que es la hermosura y celebracion mundana. Confesóse generalmente con el Siervo de Dios, y eligiéndolo por su Padre espiritual, se recogio á tratar de su salvacion, no saliendo de su casa, sino á la Iglesia, en cuyo tránsito era ella el mejor espejo, en que todos miraban su propio engaño, viendo tan patente la presteza y facilidad, con que se seca el heno, y cae la mas apetecida flor de la humana hermosura. Con esta mutacion corporal hizo el Excelso otras muchas en las conciencias, hallando ahora los arrepentimientos, donde antes los peligros.

Otra milagrosa mutacion hizo el Siervo de Dios en el entendimiento de Juan de Castro, el que viendo, que por su mucha rudeza le era imposible aprender el oficio de Platero, á que se habia aplicado, tomó la resolucion de no volver á casa del Maestro, sino ausentarse, viendo no podia aliviar á su pobre madre viuda, y tres hermanos pequeños. Fue muy afligida esta muger, y contó al Venerable Padre lo que pasaba; á que le respondió: *dígale á su hijo, que prosiga, que aprenderá bien su oficio, y que sea devoto de Maria Santísima, que San Alberto Magno era muy rudo, y la Virgen le dió entendimiento y mucha sabiduría. Haga lo mismo su hijo, y aprenderá.* Volvió la madre con esta embaxada, y fue tanta la fe del hijo, que al dia siguiente fue á casa del Maestro, y acabó una chapa abierta de buril de cortes de relieve, que era lo que antes no podia hacer, y executó entonces con facilidad y primor. Prosiguió su trabajo, y aprendió el oficio en seis meses, necesitando todos por lo comun quatro ó cinco años; con que lo mudó el Señor, haciendo en esta arte bastantemente ingenioso al que por su natural inhabilidad era muy rudo.

No solo se extendió la caridad del Siervo de Dios á los enfermos, sanándolos milagrosamente, sino que tambien restituyó á la vida, á los que la muerte

te poseia ya en su region. Tenia Ana de la Mata un hijo de un año, y tan enfermo, que ya estaba para morir. Determinó llevarlo al Siervo de Dios, creyendo que si le decia un Evangelio sanaria. Opúsose su hija Ines, diciendo, que si lo movia de la cuna, acabaria de morir en sus brazos; pero ella executó lo que con su mucha fe habia creido, y yendo como en la mitad del camino dando el niño las últimas boqueadas, espiró en los brazos de su madre. Se deshacia esta en lamentos, que llamaron la atencion á los que pasaban por la calle, y vivian en las casas inmediatas, procurando todos consolarla; pero á ella solo le animaba en su desmayo la fe, que la sacó de su casa, y asi siguiendo su camino, decia: Vivo lo traia al Padre Posadas, y vivo me lo ha de entregar. Entró en la Iglesia, y á sus sentidos clamores baxó el Siervo de Dios, y tomando al niño de una mano dixo: *calle que no está muerto.* Díxole un Evangelio, tomóle la cara, y abriendo el niño los ojos, comenzó á reir, mirando al Siervo de Dios con muy alegre semblante. *Vé*, dixo á la muger, ¿*Vé como no está muerto*? *No diga que lo traxó muerto, que eso seria algun desmayo.* Prevínola con este encargo su humildad, y prosiguió haciéndole otro para despues. *Digame*, le dixo, ¿*si el Rey le pidiese á su hijo para darle un grande empleo en su Corte, no se lo daria de buena gana*? Si Padre. *Pues mire, quando lo pida el Rey de la Gloria, no lo sienta tanto, sino déselo de buena gana.* Volvió á su casa con su hijo vivo, y con perfecta salud, pero murió un año despues.

Por haberse levantado de la cama Maria Antonia Galvez á los tres dias de un parto no esperado, para el que por orden de los Médicos habia recibido los Santos Sacramentos, porque la vieron en peligro proxímo de morir, y juntamente por haber comido cosa muy perniciosa en las circunstancias, en que se hallaba, llegó á término, que los

Médicos la hallaron sin pulsos, y con todas las señales de una acelerada muerte, con que la deshahuciaron, diciendo era en vano gastar en medicinas, y asi no la volvieron á visitar. Asi vivió cinco dias, aunque en algunos parecia estár ya difunta; porque tenia los ojos quebrados, llorosos, y como un vidrio, sin comer, ni beber, sin ver, hablar, ni oir, estendido y totalmente inmoble su cuerpo, sin mas señal de vida que una tan corta respiracion, que casi no se percebia. Servia su marido Christoval Ruiz en el Convento de Scala-cœli, y viéndolo un dia tan afligido el Siervo de Dios, le preguntó: *¿Christoval, qué tienes, que estás tan triste?* ¿Que he de tener, respondió, si mi muger se está muriendo? *Yo lo siento*, le dixo; *pero mira, si se muriere, no permitas, que la amortajen, sino avísame, que yo iré allá; y no lo digas á nadie.* Murió en efecto á la quinta noche, siendo á todos tan patente como lo era haberle tótalmente faltado aquella corta respiracion, que era la unica señal de su vida. Diéronle muchas y desentonadas voces, é hicieron todos los experimentos posibles, aunque superfluos; porque verdaderamente estaba muerta, como lo contextaron doce testigos de mayor excepcion. Trataban ya de véstirle la mortaja, mas no lo permitió su marido, diciendo lo omitiesen, hasta que él volviera, porque iba á ver al Padre Posadas. Eran las quatro de la mañana en el mes de Diciembre, quando fue al Hospicio, y dando un golpe en la puerta del campo, conoció el Siervo de Dios (no sin divina revelacion) quien, y para que llamaba, y levantando la voz desde su celda, dixo: *¿Christoval?* Padre Posadas, respondió él. *¿Que hay de nuevo?* Que ya mi muger ha muerto. *Pues aguarda, que ya voy alla.* Metió en la manga dos vizcochos, y salió sin detenerse. Llovia mucho en aquella hora, pero notó el dicho, que ni se mojaba el Siervo de Dios, ni él por el lado que iba inmediato á tan ben-

bendito compañero, quando por el otro corria el agua por la ropa. Llegó á presencia de la difunta, y la llamó diciendo: *Antonia.* Señor, respondió, abriendo los ojos. ¿*Tienes algo que confesar*? No Señor. ¿*Me conoces*? Respondió que sí. ¿*Pues quien soy yo*? Mi Padre Fray Francisco de Posadas. *Ea pues aliéntate.* ¿*Quieres comer*? Si Señor. Sacó un vizcocho, y habiéndoselo comido, le preguntó, si quería mas, y diciendo ella que sí, sacó el otro, y lo comió tambien: lo qual hecho, se fue el Siervo de Dios, dexando á los presentes con la admiracion, que pide este caso. Encargóle el Siervo de Dios, que á nadie dixese lo que le habia sucedido, y visto en el tiempo que estuvo muerta, y ella guardó fielmente el sigilo, hasta que muerto el Venerable Padre á instancias de su Confesor, que escribía la vida, lo reveló; pero no pudiendo explicar la felicidad, en que se habia visto, y quan horribles le parecian las cosas de este mundo, quando abrió los ojos á la voz del Venerable Padre que la llamó. Sentóse la muger en la cama sin enfermedad, y con tan buena disposicion, que aquella mañana se comió media gallina asada, y al dia siguiente andaba ya por la casa. Era de buen color; pero lo perdió, sin haberlo vuelto á recuperar jamas, y su semblante quedó siempre como de difunta.

Muchos prodigios ofrece esta historia para gloria de Dios, y edificacion nuestra. Previene Francisco, que si esta muger muere, no la amortajen, sino le avisen. Habia de resúscitarla, y se adelanta su humildad, discurriendo el modo, de que sea menos notoria la muerte, para que lo sea el milagro: cuidando de que no la viesen con la mortaja que autorizáse la realidad de la muerte. Caminaba Francisco á resuscitar á esta muger, y de camino hace con el que iba á su lado el prodigio de que no le cayese la lluvia: corroborando asi la fe del que lo llevaba, y no perdiendo ocasion de hacer bien

al

al proximo. Resuscita la muger, y hace que al punto coma; para probar que aquella resurreccion no era fantástica, sino verdadera. Mandóle despues, que á nadie diga el suceso, dando exemplo de no buscar gloria propia en los hechos grandes, que el que obra con pureza, todo lo dá para gloria de Dios, y nada recibe para gloria suya. Reflexîone aqui el sabio Lector, quan parecida fue esta resurreccion en todas las circunstancias á la que el Salvador obró con la hija del Archisinagogo, (49) cuyo cotejo omito por no dilatar demasiado este compendio.

LIBRO TERCERO.

EN QUE SE TRATA DE LA MARAVIllosa perfeccion, con que exercitó todas las virtudes el Venerable Siervo de Dios el Padre Fray Francisco de Posadas; de su don de profecia, y de lo mas principal ocurrido hasta su dichosa muerte, y darle sepultura.

CAPITULO I.

Trátase de su heroica fe, y de las tentaciones, con que el Demonio intentó apágarla, y obscurécerla.

Aunque quanto hasta aqui se ha dicho, no haya sido otra cosa, que referir, aunque compendiosamente las excelentes virtudes del Venerable Siervo de Dios el Padre Fray Francisco de Posadas, no entien-

tienda el devoto Lector, que comenzando en nuevo libro á tratar de ellas, va á volver á leer lo mismo, que queda dicho; porque su bendita alma plantada como frondoso arbol á la orilla de las corrientes de las aguas de la divina gracia creció de tal modo con este riego celestial, que sin repetir nada de lo antiguo, darémos á los Lectores nuevos motivos de admirar los abundantes y singulares frutos, que este arbol daba en otros nuevos y admirables sucesos, que eran enfectos de sus heroicas virtudes. Comenzarémos pues por la fe, que es la profunda raiz, de que nacen todos los merecimientos, que enriquecen al alma.

Celebró mucho San Pablo (50) la fe de Moyses por la renuncia que hizo por Dios, queriendo mas por su amor los oprobrios, que los favores, y este Héroe de la fe dá á conocer la de Francisco, que habiendo escrito á su Confesor como los vehementes deseos de su amor de tal modo deshacian sus entrañas, que puesto en medio de los Angeles, les clamaba, que con él alabasen á Dios, y que nada queria que mirase hacia él, porque todo lo queria para la gloria de Dios, prosiguió diciendo: *si tuviera ser divino, lo dexára por el de Dios.* Tan claro era el conocimiento, con que penetraba aquel inmenso pielago de la divina Bondad, que proponiéndole el entendimiento este amabilísimo objeto á la voluntad, se abrasaba esta en amor, de modo que dado el imposible de tener ser divino, lo dexára en reverencia, y apreciativo obsequio de un Señor tan grande. Eran estos excesos dulces deliquios del mas fino amante á vista del mas vivo conocimiento de las infinitas perfecciones del amado, como lo eran en San Agustin, quando con el mismo motivo decia: que si fuera Dios lo dexára de ser, porque Dios lo fuera.

Estos excesos le hacian desear sellar con la sangre de sus venas el mas indubitable testimonio de la

verdad. Estos lo trahian santamente distraido en la oracion, arrebatándole en espíritu, y haciéndole volar con las alas de estos santos deseos por los Reynos del Africa, donde le parecia estar predicando la fe á los Bárbaros, sin que ni sus conminaciones lo detuviesen, ni sus espadas lo turbasen. Volvia en sí de estos extáticos excesos de su mente, y avergonzándole su grande humildad, de que hubiese presumido ser capaz de tanto favor, se miraba con desprecio, y con irrision se decia: *¿Donde vas? ¿Que locura es esta? Mira que no estás en el Africa, sino en Córdoba.* ¡O humildísimo Varon! En Córdoba estaba el cuerpo, pero no el espíritu, que volaba por aquella bárbara nacion, buscando las deseadas Aras, en que hacer el mas loable Sacrificio de su vida en obsequio de la fe. Y si como dice San Cipriano, hace Martires la prontitud de animo á dar la vida por el Señor, no faltó al zelo de Francisco la fortaleza de esta constante preparacion.

Mucho sentia el Demonio ver al Siervo de Dios tan firme en esta virtud, fundamento de todas las demas, y por eso hacía sus tiros á cortarla por la raiz, como lo intentó varias veces con muy fuertes sugestiones. Tal fue la que en una ocasion tuvo, saliendo á predicar, que lo dexó parado sin sentido ni discurso bastante rato. Proponíale con imponderable vivacidad, que no había Dios, alma, ni vida eterna: y asi, que en vano se cansaba en la predicacion. Pero el Demonio era el que se cansaba en vano, pues iluminó el Señor de tal modo la fe de su Siervo, que como Sol con sus rayos rompió esta tupída nube, dexando su alma en serenidad muy pacífica, y convirtiendo la tentacion en nuevo estímulo, para acelerar mas el paso. No omitiré aqui la gran propiedad, con que pudo decir con el Profeta: (51) pensó mi enemigo quitar mi precio, que es la fe del Salvador, y la vida eterna. Asi quiso el Demonio obscurecerlo con sacrilegos dogmas, para-

ra que no se cansáse en solicitar el culto de Dios; mas Francisco no solamente no se paró, sino que corrió, creciendo mas la insaciable sed, con que deseó la salud de los pecadores.

Fue esta tentacion á los principios de su apostólica vida, y tambien en ellos lo atormentó con dudas sobre la presencia de Christo en el Sacramento, que tenia en sus manos, diciendo Misa. Sugeríalo fuertemente á algunas blasfemias, proponiéndole con viveza, que al fin lo habia de executar, aunque no quisiese, y que daría en el santo Tribunal de la fe, escandalizando al mundo: con que lo embestia de temores, para que huyése de aquel santo lugar, donde lo vimos maravillosamente crecer en el conocimiento de Dios, y de sí mismo; siendo la soberana luz de la fe, la que se los daba, y con que su alma se derretia en ternuras de inflamada devocion, pero no pudieron las tinieblas de Satanás comprehender esta luz, antes fue transformado Francisco de claridad en mas claridad, con que no solo no padeció desmayos, sino creció con tan lucídos aumentos, que no cabiendo en el alma, los bosaba á fuera, dexando resplandeciente su rostro, y mas radicado su espíritu en los dos sólidos fundamentos de la fe y de la humildad.

Con otras muchas semejantes sugestiones tendia el Demonio, aunque en vano, las redes de sus falsas doctrinas á la vista de Francisco. Estrechábalo, rodeándolo por todas partes; pero él como ave ligera sacudia sus plumas, y volaba ligero á los Cielos, y deshechos sus lazos, quedaba en una santa libertad; que la seguridad y mérito en semejantes batallas no está en defenderse con sutíles discursos, sino con estos vuelos. De las suyas salia este Siervo de Dios, no solo mas fortalecido en la fe, sino mas radicado en la humildad: y asi hablando á su Confesor de estas sugestiones, con que el Demonio le atormentaba, y la divina luz, con que Dios le so-

socorria, le dixo: *¡O, y qué bien merecido tenia yo, que la luz me desamparáse, y cayese en culpa semejante! Pero la Bondad de Dios no quiso soltarme de su mano, para que cayese. Bendito sea el que tanto tiene, y á tantos tiene.* Con la humildad de esta fe creia, y esperaba desconfiado de sí mismo: ¿Como lo habia Dios de dexar de su mano? Que si San Pedro negó al Salvador, fue por aquella arrogancia, con que fió de sí.

CAPITULO II.

Heroica esperanza del Siervo de Dios, con la que consigue milagrosos socorros.

Llamó San Agustin hijo de la fe al que espera del Señor lo que todavia no tiene. Con la fe se conoce el sumo Bien, y con la esperanza se camina á su posesion, deseando correr el velo, y abrir la puerta del *Sancta Sanctorum*, como dice el Apóstol, donde claramente se vea lo mismo, que se creyó. Con esta misma esperanza se vencen las dificultades, que ocurren en este camino, acreditándose de grande aquella, quando estas lo son: y ella asegura los auxilios del Cielo, quando faltan los de la tierra. Y dexando las batallas de afuera, con que el Demonio por divina permision tanto atormentó á Francisco para derribarlo de su esperanza, pasemos á los temores interiores. Estos le crucificaban el alma en sus fortísimos desamparos, en cuyo mar de imponderables angustias hubiera naufragado esta nave, si no la aseguráse el áncora de su esperanza.

Escondíasele el Señor por mas complacerse en aquellos tiernos sentimientos, que le causaban su ausencia. Despojábalo la humildad del rico vestido de sus virtudes; y se hallaba en tal vacio de obras, que no hallaba haber hecho cosa buena en toda su vida. Creia este humilde hijo tener muy ofendido á su Padre,

dre, y que si se quexaba de sus retiros, le respondiá su conciencia, acusándole con su mucha ingratitud. Pasaba de aqui á un profundo hundimiento, y se quedaba como en el ayre, sin tener de que asirse, para no dar en el profundo, que miraba como digno lugar de su mala vida, para donde tiraban de él sus pecados. Esta era la Cruz, en que el Padre celestial le tenia como pendiente en el ayre. En esta obscuridad, y tormento de amarga afliccion bien conocia ser superior mano la que le sustentaba, para no dar en el abismo de una desesperacion. Esta mano era la piadosa diestra del Señor, que le tenia prendido de su mucha esperanza, como se explicó en una ocasion, diciendo: *todo este como infierno nó me desalentaba, porque dexado de mis obras, para no caer me asía de las inefables del amor, con que las obró Dios.*

Esta esperanza no solo mueve á la asecucion de la eterna vida; sino tambien á la de otros bienes con el divino auxîlio; y como era tan heroica la de Francisco, fue tambien rara la prontitud, con que Dios le socorria en sus necesidades. El mayor exercicio de su paciencia lo tuvo en ayudar á su pobre Convento de Scala-cœli con las limosnas que le daban los fieles: y como en esta arca no ponia Dios siempre todo el pan, que aquellos sus hijos necesitaban en el desierto, solía venir sobre este Moyses el destemplado clamor de algunos, que por eso decia el Siervo de Dios: *Yo soy el Jacob al pie de la Escala, donde dan las piedras, que ruedan desde el monte.* En estas quexas no tenia mas recurso, que el de su esperanza en Dios, cuya Bondad abria las manos para los socorros con tanta prontitud, que escribiéndole una vez el Prelado le embiáse cien reales, que necesitaba, y él no tenia, levantó el corazon á Dios, y no habia acabado de leer el escrito, quando le llamó una persona, y le dió de limosna los cien reales, que le pedia el Prior. Andu-

duvo tan puntual la Providencia divina, que no le dió lugar á discurrir, que remedio humano tomaria, para que entendiese era divino el de aquel socorro. No experimentó una vez sola este favor, que mucas experimentó él mismo en semejantes aprietos.

Muchas fueron las ocasiones, en que en sus últimos años al tiempo de acabársele las cosas mas precisas, se las entraba Dios por las puertas, quando le estaban diciendo: Padre esto es lo último, y las recibia con ternísimos llantos, diciendo: *Dios me hunde á beneficios.* Otras decía: *aí, Señor: ahogar á este ingrato con beneficios.* En otras ocasiones al recibir el socorro de su necesidad, levantaba al Cielo los ojos, y con lágrimas decía: *Señor, por ser yo ruin haceis esto conmigo, sin merecerlo.* ¡O Lector! Que maravilloso fue este espíritu á quien elevaba la esperanza, y hundia la humildad, recibiendo de aquella el socorro, y de esta el llanto, para que no tuviese el cuerpo su refaccion, sin que tambien comiese el alma su pan.

Esta esperanza la estendia tambien á socorrer con ella á los pobres, quando no tenia que darles. Asi se verificó en el último año de su vida con un hombre forastero, que no conocia al Siervo de Dios sino por la fama de su virtud. Buscaba este un sugeto de autoridad, que se interesáse, para conseguir un empleo, y se determinó valerse del Venerable Padre. Entró en su celda, y antes que le habláse una palabra, le dixo: *Vmd. viene para que yo salga á la calle, y no puedo, porque tengo esta pierna mala.* Admirado el pretendiente, de que asi hubiera conocido su interior, y viéndolo tan enfermo, se despidió, sin quererlo molestar; pero el Siervo de Dios lo obligó á que lo explicáse, y oido, le dixo: *clame Vmd. á los Caballeros Veinte y quatros, y confie en Dios que lo socorrerá.* Con este consejo, y sin decir quien se lo habia dado, acudió á los dichos, y en el primer Cabildo que se celebró, consiguió aun

mas

mas de lo que pretendia. Con este gozo, y el conocimiento de deber al Siervo de Dios este beneficio, fue á darle las gracias, y le respondió: *eso lo ha hecho Dios.*

Vió venir por la calle á una muger con una hija moza, y de tan pobre vestido, que se le descubria parte de las rodillas. Llamó á la madre; y baxando los ojos su honestidad, le preguntó: *digame hermana, ¿como trae á esa moza con tanta desnudez á vista de todos?* Padre, respondió, ya veo su indecencia; pero yo no lo puedo remediar, por ser tan pobre, que habiéndola menester para que salga conmigo, no tengo con que comprarle unas enaguas que tapen sus carnes. Tampoco tenia el Siervo de Dios entonces dinero, que darle; pero acudiendo al arca de la divina Providencia, le dixo: *vaya á mi Hospicio mañana á tal hora, y verémos lo que Dios hubiese dado para remedio de esa necesidad.* Hízolo asi; pero Dios no habia embiado á su Siervo, mas que diez reales, que á lo mas podrian alcanzar á la tercera parte del costo. ¡O bendito Padre! Parece que os ha engañado vuestra esperanza, faltándoos en esta ocasion el acto de la providencia. ¿Que habeis de hacer ahora para consuelo de esa muger? Dios no ha dado mas que diez reales, y con solos ellos no se compran unas enaguas. No desmaya, sino crece en tales aprietos la esperanza de los Santos: le dió á la pobre los diez reales, diciéndole: *no desconfie, sino vaya á casa de un Mercader* (sin nombrarle alguno) *y hallará tela con que tapar la desnudez de su hija.* Tomó el consejo, y entrando en la tienda de Juan Sotelino, la despidió diciendo: que con diez reales no se compraban unas enaguas. Este dinero, dixo la muger, me lo ha dado el Padre Posadas, y sin mas ruego sacó él la mejor de las piezas, y cortó las varas necesarias, y el ruedo: contentándose con diez reales, por lo que valia treinta.

Mu-

Muchas veces pidiéndole limosna los pobres, y no teniendo que darles, los consolaba, diciendo: que presto los remediaría Dios, y tan presto lo experimentaban, que al salir del Hospicio algunos se encontraban con el socorro, proveyendo Dios á los pobres, que este tan amado Siervo suyo fundado en la esperanza en el mismo Señor, le ponia á sus puertas.

CAPITULO III.

Zela Francisco la honra de Dios, y de su Santa Casa, y hace oracion por la salud de las almas de los proximos, por cuyos pecados llora, y hace penitencia.

Habiéndose dicho tanto hasta aqui de las virtudes, y obras de Francisco, que todas están respirando amor á Dios, y que lo que hacía, era movido de su amor, y dirigido á su mayor gloria, se omite formár Capítulo determinado de su amor á Dios; no porque no hubiera mucho que decir sobre esto, sin repetir nada de lo dicho, sino atendiendo á la brevedad de este compendio. Mas siendo el zelo de la honra de Dios, de su santo Templo, y de la salud de las almas efectos de aquel amor, no omitirémos decir alguna cosa sobre esto. Esta gloriosa empresa de zelar el honor de Dios, le hizo emprender las mas arduas dificultades, y exponer á las mas duras calumnias, y arriesgados peligros su buena opinion. Hacialo el zelo tan animoso, que nada temia, y con fe se arrojaba, aunque siempre con la gran discrecion, de que fue dotado. Discurria los mas seguros medios, y esperaba hora oportuna, para que el remedio de un escándalo, no fuese causa de otros.

Tenian los Señores Obispos abiertas sus puertas á este Zelador de la honra de Dios, que con tanto desvelo cuidaba su rebaño sin ocultarse nada á

sus ojos : pues como dixo algunas veces , no habia en la Ciudad escondido rincon , que no supiese , ni maldad , que ignoráse ; porque todos iban á él , unos con las flaquezas , que los cegaban , y otros con el escrúpulo de lo que vian. Todo llegaba á sus oidos, y lastimaba su corazon , pero nada dexaba sin remedio su caridad ; porque con lo que por sí mismo no podia , y necesitaba de la jurisdiccion del Prelado , acudia á él , dándole la noticia y el consejo: con que les arreglaba los pasos , y proporcionaba las diligencias , para que se evitásen las ofensas á Dios, sin arriesgar el honor de los proximos. Y como los Señores Obispos le veneraban , conociendo su santo zelo , y dón de consejo , remedió por este camino muchas monstruosidades , y rompió muchas redes, con que el Demonio cogia para sí , y robaba á Dios las almas. Quisiera su zelo apurar las culpas , para que Dios no fuese ofendido de alguno , sino alabado de todos ; y quando no podia remediar alguna, gemia y lloraba , enflaqueciéndole el zelo las fuerzas , como á David , (53) que asi se vió muchas veces en el altar , donde clamaba , diciendo en su corazon : *Señor , solo tu honra , solo tu honra.*

No paró este zelo en procurar impedir los pecados , que contra Dios se cometian en el siglo : le dolian mas las irreverencias, que se cometian en los templos , que son la casa de Dios. Exclamaba en el Púlpito contra los que entraban y salian en la Iglesia sin la christiana compostura , que pide tan sagrado lugar , donde abominaba toda conversacion, y mucho mas la inmodesta desemboltura de los ojos, delante de tan suprema Magestad. Quando la Comunidad del Real Convento de San Pablo de Córdoba salia en las públicas procesiones , que acostumbra, quedaba mucha gente en el templo , y en él se entraba este zelador de la honra de Dios á evitar , y deshacer con sola su presencia los lazos , que suele haber en concurso de hombres y mugeres. Caba-

llero hubo, que viendo en una de estas ocasiones al Siervo de Dios, dixo á otro: hombre vámonos de aquí, que quando veo á este Santo Varon me tiembla todo el cuerpo; y estrañándolo le preguntó, si alguna vez le habia reprehendido; no, respondió, nada me ha dicho, pero todo lo dice su compostura, y diciendo esto, dexó la conversacion que tenia con unas mugeres, y se fue del templo. Guardaba la casa de su Señor este evangélico Can, dándole vueltas con discrecion tan grande, que sin amenazar con ladridos, ni desplegar sus labios, convertia en religiosidad la distraccion, y bastaba decir el Padre Posadas viene, para huir unos, y componerse otros, no como esclavos, que temen á su Señor, sino como hijos, que veneran á su Padre. Pero tambien quando era menester usaba de mucho rigor: que como dice San Gregorio, los Santos usan del zelo, conforme la ocasion lo pide, como lo hizo en el siguiente caso. En el año de mil seiscientos ochenta y dos, en que el Señor castigó con el contagio á la Andalucía, puso para su resguardo la Ciudad de Córdoba en todas sus puertas Diputacion de Capitulares, y como una de ellas es inmediata al Hospicio del Siervo de Dios, dió esta cercania ocasion á la profanidad de lugar tan sagrado. Llegada un dia la hora de comer, mandó el Caballero principal de aquella Diputacion se pusiese la mesa en el templo, como se executó, y sentados ya para comer, entró el Siervo de Dios con semblante muy indignado, diciendo: *En la Iglesia no se come.* No fue esta voz, sino espantoso trueno, que les hizo temblar, y con la mayor celeridad que pudieron, sin abrir los labios, tiraron de la mesa, y se pusieron en la calle.

¡O Lector! ¿Quien vió á Francisco indignado con sus proximos? ¿Quien oyó á este Cordero rugir como Leon? ¿O á esta Paloma bramar como fiera? En toda su vida no se lee semejante severidad,

ni

ni enojo : como ni en la de Christo se lee, que su zelo manifestáse tanta ira, como en la profanacion de su Casa, quando tomando el azote, arrojó de ella á los Tratantes, é hizo rodar las mesas. (54)

Arrojados asi de la Iglesia los irreverentes cerró la puerta el Siervo de Dios; y aquel, que no temió profanarla, sugerido del Demonio, que le pintaba como poco respeto, lo que no era sino mucha religion, olvidado de que por su sangre era noble, y por su profesion christiano, fió al desenfreno de la lengua su venganza, diciendo al Siervo de Dios, que era hijo de una vendedera, y que con justos motivos habia repugnado su Habito la Religion. A lo que arrimado el Venerable Padre á la puerta, que acababa de cerrar, le respondió tan humilde, como discreto con la sal de estas voces: *Señor mio todo lo que Vmd. dice, y mucho mas que no sabe es asi; pero en la Iglesia no se come.* No satisfizo á su oprobrio el que solamente entendia en zelar el culto y Santa Casa de Dios; porque buscaba no su gloria, sino la del Señor. Pero no descuidó su Magestad la de Francisco; porque abriendo los ojos de aquel ciego, para que conociese su culpa, se fue al dia siguiente al Hospicio, y arrojándose á los pies del Siervo de Dios, le pidió perdon de sus excesos, y de los muchos oprobrios, con que le habia ofendido. Levantóle de los pies á sus brazos, trantándolo con mucho amor; porque su caridad no permitia mirarle como á enemigo vencido, sino como á hermano ganado, y porque el zelo no quiere los vencidos á sus pies, sino á los de Dios, como dice David. (55)

No se contentaba esta caridad con zelar el decoro del templo material de Dios, se extendia tambien á zelar sus templos vivos, que son las almas. Lloraba los pecados de sus próximos, como contrarios á la salud espiritual, que les deseaba, y estas lágrimas no las derrama el amor, si no es mucho:

que

que por eso las de Christo en la muerte de Lazaro probaron la grandeza de su amor. (56) ¿Que sentimientos y llantos no costó á este Siervo de Dios la muerte espiritual de sus proximos? ¿Pero qué habia de hacer tan zeloso, y compasivo corazon, viendo en las almas ofendido á Dios, y á Dios indignado contra las almas? En el Confesonario olvidado, como él dixo, de sus propios pecados, lloraba los del próximo, y los penitentes lloraban tambien, viendo las lágrimas de su bendito Confesor: siendo unas y otras penitencia del pecado; en Francisco por el ageno, y en el penitente por el propio.

Mas no solo deshahogaba la caridad sus ardientes afectos, en compasivos llantos; sino le heria el cuerpo con la disciplina, y mortificaba la carne con el ayuno, haciendo rigorosa penitencia por los pecadores. Vivia cierta muger casada mal divertida con un hombre, de quien una vez recibió un papel, sin poder excusar, que lo viese su marido, el qual lo leyó, causando en su corazon los afectos, que no se dicen, porque se suponen. Detúvole la muger, haciéndole creer, que aquel escrito era para otra, que le nombró, y que el yerro del sugeto habia sido embiarlo á ella por la facilidad de poder darlo á la tal persona. No fue poco milagro, que el marido la creyese, y del todo se sosegáse. Salió de su casa á cierta ocupacion, en que se detuvo, y en el interin entró el Siervo de Dios, y hablando á solas á esta muger, le dixo: ¿*Es posible que estando yo ayunando, y disciplinándome por ella, no se quiera enmendar*? Pues Padre, dixo la muger, ¿qué hay en eso? *Bien lo sabe*, le respondió: *su marido, que cogió el papel, pudo quitarle la vida. No quiere excusar el peligro: mire lo que hace, y con esto á Dios*. Fuese el Venerable Padre, dexando á esta muger enteramente enmendada, pues desde aquel punto se negó á aquella amistad. Ni ella, ni su marido confesaban con el Siervo de Dios, pero todo

lo

lo supo por revelacion divina: y fue tanta su caridad, que emprendió los ayunos, y disciplinas por la conversion de aquella muger, á quien corrigió su zelo en el modo referido.

CAPITULO IV.

De la virtud de la misericordia del Siervo de Dios, y de sus limosnas á los pobres.

Es la limosna efecto y obra propria de la caridad, mediante la misericordia. En esta virtud verémos á Francisco no menos estremado, que en su ardiente caridad, y será comenzando por lo que en esta materia comunicó á su Confesor, diciendole: *con licencia de mis Prelados he dado muchas limosnas. Apenas me daban algo, quando ansiaba mi alma, para darlo á los pobres; y no queriendo que parase en la celda, no me via nunca sin tener que dar: pues mientras mas deseaba no tener, mas me daba Dios que dar.* Dábale Dios mucho, y él se lo volvia todo en los pobres, pues dice el mismo Señor: (57) dad, y se os dará. Movia Dios á los ricos, para que le diesen gruesas cantidades, que repartir á los pobres, y muchos le decian: Padre, tome Vuesa Paternidad lo que quisiere, para socorrer su propia necesidad; pero aunque esta fuese mucha, distribuia siempre en los pobres lo que le daban para ellos, y para él. Fueron innumerables las sayas, mantos, vestidos y las limosnas quantiosas en especie de dinero, que hizo á pobres doncellas, viudas, hombres, mugeres, y niños, prefiriendo siempre la necesidad agena á la propia. Recogia algunas veces baxo el Escapulario quanto le daban, y poniéndose á la puerta del Hospicio, como Abrahan á la de su tabernáculo, atendia como centinela á los que pasaban, y viendo á algun pobre lo llamaba, y socorria.

So-

Solian sus hijos de confesion acónsejarle algunos gastos para el mayor adorno del Templo de su Hospicio; pero les respondia: *Hermanos, primero es atender á los Templos vivos de Dios, que son los pobres, y poner en estado á pobres huerfanas. Si fuera hombre adinerado todo lo gastára en remedio de estas necesidades.* Socorrió como á todos á sus parientes, pero siempre los tuvo, y dexó pobres, pudiendo haberlos sacado de su miseria, si hubiera alargado mas la mano á su carne y sangre: y lo que mas es no solo conservó á su Madre con la misma pobreza, en que habia vivido, sino que alguna de su ropa, sin la qual podia pasar, la daba á pobres, quando era niño.

A estos excesos impele la caridad á los Santos, y ella obligó al Siervo de Dios no solo á los dichos, sino á otros mayores que verémos. Hubo ocasiones, en que no tenia que dar á los pobres; pero entonces les daba su compasion en sentimientos y lágrimas. *Ea*, les decía Francisco, *¿qué quieren de mí? ¿Quieren este Habito?* No eran estos puros ofrecimientos, que muchas veces dió su ropa, quedándose él con la necesidad, como sucedió, quando viendo entrar en la Iglesia una muger al parecer sin camisa, subió á la celda, y tomando una sábana, que le servia, quando estaba enfermo, la baxó, diciéndole: *tome hermana, acomode de aí una camisa.* Lo mismo hizo para otra con una cortina de bayeta, que tenia en la celda: y lo mismo repetidas veces con los pañuelos, toallas, medias, y camisas, quedando él desnudo, para vestir á otros.

Calzó muchas veces los desnudos pies de los pobres, quitándose sus zapatos, y poniéndose otros viejos y rotos; y como esto no podia esconderse á los ojos de los demas, le preguntaban ¿como andaba asi? A que satisfacia diciendo: tener los pies lastimados, y que le lastimaba el calzado, y aunque decia verdad con ella disimulaba el mayor tormen-

mento, que padecia su corazon con la vista de sus próximos descalzos. Diéronle en una ocasion unos zapatos nuevos; pero los guardó, para socorrer la primera necesidad, que viese. Instábanle á que se los pusiese, diciéndole era indignidad contra su estado, y vergüenza, que siendo Sacerdote anduviese con unos zapatos rotos: á que respondió: *tambien Christo es el sumo Sacerdote, y tuvo sus pies descalzos, y clavados en una Cruz.* ¿Quien podia dar exemplo de tanta misericordia, sino el que murió desnudo y descalzo por el amor de los hombres?

¡Que de vueltas daba á aquel pobre Hospicio! ¡Que encargos no hacía al Cocinero, que le guardáse las sobras! ¡Que diligente andaba recogiendo los fragmentos del pan! Y quando llegaba un pobre, ¡cómo lo registraba todo, buscando que poderle dar! Quando en el año de mil setecientos ocho, y en el siguiente padeció tanta hambre la Andalucía, clamaba en el Púlpito á los ricos, que socorriesen las necesidades, moviéndolos á hacer grandes y continuas limosnas. Era en estos años imponderable la necesidad, con que lo era la compasion de Francisco. Se consolaba su alma en el mucho pan, que repartia, y era su martyrio el que no alcanzaba. ¡O, solia decir, *quien tuviera un pan, tamaño como la plaza de la Corredera, qué rebanadas habia de partir!*

Hasta aqui parece podia rayar la caridad compasiva de Francisco, pero pasaba mas adelante, porque no solo daba quanto tenia, sino que quando no tenia, lo sacaba la misma caridad de su Hospicio, y lo entraba en las casas, moviendo los corazones á que se compadeciesen del suyo tan lastimado, porque no tenia con que socorrer al hambriento, y vestir al desnudo. Asi le sucedió entre otras ocasiones, en una que cierta muger no teniendo pan que dar á sus hijos, embió á uno de ellos con esta noticia al Siervo de Dios: y no teniendo

con

con que socorrerla, se puso al instante la capa, y salió á la calle á pedir esta limosna, no obstante que era en el mes de Julio á la una del dia, en que mas arde el Sol. Llevóle la caridad á dar este mérito á un devoto hombre, que vivia lexos del Hospicio, y este consoló al Siervo de Dios con el socorro, que embió á la necesitada muger. Fue este el mas loable sacrificio, que de sí ofreció á Dios en las aras de la misericordia; porque era de un genio tan vergonzoso para pedir, como generoso para dar. Quería detenerlo la vergüenza con sus asaltos, y para mejor vencerla se ponia algunas veces en lo público de la plaza, baxos los ojos, con el sombrero en la mano, para pedir.

No padeció sola esta vergüenza, sino otra, y muy grande con las limosnas de trigo, y cera, que todos los años pidió para su pobre Convento, exerciendo la paciencia con la caridad, y santa obediencia á los Prelados, que se lo mandaban: á que jamas se excusó ni aun con el motivo de su ancianidad y muchos achaques. Fue muy señalado este Venerable Padre en la obediencia, y la huvo menester toda, para vencer los ímpetus de la vergüenza que le costaba; porque á esta pasion natural juntó el Demonio su tentacion: pero jamas pudo vencerlo á que dexáse de obedecer, pidiendo aquellas limosnas, aunque le costó muchas mortificaciones: permitiendo Dios, que lo afrentásen algunos de aquellos, á cuyas puertas llegaba. Recibiólo uno cierta ocasion, diciendole: Los Santos madrugan mucho para pedir. Los que somos pecadores nos dorminimos; bastaba haberle llamado Santo, aunque con otro motivo, para haberle herido el corazon con la mayor pena. Otro al tomar la espuerta, que llevaba el Siervo de Dios, para que en ella le diesen la limosna de trigo, pareciéndole grande le dixo: hasta en esto hay droga: quedando Francisco enmudecido, aunque harto vergonzoso, y sintiendo

en

en su corazon se verificáse de aquel, lo que de tales limosneros dixo el Espíritu Santo : (58) No entristezcas con una mala palabra al que socorres con la limosna, que eso es vender lo que das.

Quanto se ha dicho basta para conocer á fondo el misericordioso, y compasivo corazon de Francisco para socorrer á los necesitados, su diligencia para pedir quando no tenia que dar, y su humildad y paciencia para sufrir los desaires y malos tratamientos de los que, ó no le daban, ó lo que le daban, lo daban con desabrimiento. Mucho mas es lo que se omite, para no hacer este volumen demasiado.

CAPITULO V.

Conoce con espíritu profético las necesidades, y las socorre : y el Señor multiplica la limosna que da y recibe su Siervo.

Dice David, (59) que es bienaventurado el que no solo socorre, sino entiende sobre las necesidades del pobre; porque se puede, dice Santo Tomas, dar el socorro, y entender en fin muy contrario al de esta obra. Pero el que piensa en el alivio de los necesitados, no solo inclina el oido al clamor, sino los ojos á la necesidad, deseando descubrirla, para que la limosna sea antes que la peticion. Estos eran los cuidados de Francisco, en estos pasos andaba, y Dios le premiaba tan compasivos deseos, revelándole las necesidades ocultas. Sin tener que comer, ni que dar á sus hijos, se hallaba una pobre un dia, sintiendo al mismo tiempo no poder participar al Siervo de Dios su necesidad, por ser los hijos de muy corta edad. Acudió á la Madre de misericordia pidiéndole la socorriese, y antes de acabar su oracion, entró Fray Francisco Herrera, Compañero del Siervo de Dios con un escudo de plata, que le embiaba para socorrer la necesidad de aquel dia,

la que lo recibió con la grande admiracion, de que hubiese entendido en su celda la necesidad, que ella padecia en su casa.

Desde su retiro conocia el Siervo de Dios la necesidad, con que entraban algunas mugeres en su Iglesia á pedirle limosna; y baxando, sin haberlo llamado, las socorria, no esperando la peticion de ninguna; antes á muchas, á quienes la vergüenza cerraba los labios, les decia, qual era su necesidad, y les daba la limosna. Asi sucedió á una de estas, que no pudiendo vencerse á llamarlo, resolvió volverse con su necesidad, mas conociéndola el Siervo de Dios, baxó con solos seis quartos, que era todo lo que entonces tenia, y dándoselos, le dixo: *Tome esos seis quartos, que soy pobre, y no tengo mas.* Deseaba otra muger entrar un hijo en Religion, y faltándole para los gastos, le aconsejaron fuera al Padre Posadas, por cuya mano se repartian unas limosnas. Se determinó á hacerlo, y sin decir á nadie su pensamiento, se fue sola á la Iglesia. Llegó, y sin ser llamado el Siervo de Dios, baxó de su celda, y sin esperar que la muger le hablàse, le dixo: *Señora vaya Vmd. con Dios, que el sugeto que repartia esas limosnas, se halla ahora con el empeño de entrar á dos hijas Religiosas, y por ahora no puede dar esa limosna que pretende.* Admiróse la muger, y se volvió, diciendo: Este Siervo de Dios verdaderamente es Profeta, pues sin decirle yo nada, me ha respondido á lo que iba.

No solo conocia las necesidades, sino que distinguia tambien las verdaderas de las fingidas. Puso en su poder una persona cantidad grande de dinero, para dar á pobres viudas, haciéndose la distribucion por una cedula de su Rector, que certificáse la necesidad, y pidiese la limosna de cinqüenta reales. A este fin entró una pobre viuda con una cédula de su Rector en la Iglesia; esperaba á que el Siervo de Dios se desocupáse, para dar su cé-

cédula, y sin haberle dicho nada, mandó al compañero le traxera cien reales, y dándolos á la viuda, le dixo: *Deme Vmd. esa cédula que trae, y tome esos cien reales.* Señor, replicó: mi cédula solo es de cinqüenta. *No importa*, le respondió, *vaya con Dios que su Magestad socorre segun la necesidad de cada uno.* Y á la verdad era muy grande la de esta muger, que no habiéndola explicado, era muy patente á los ojos de este Profeta. A lo referido se halló otra, que iba con su cédula, pero sin la necesidad que ella encarecia, y conociendo el Venerable Padre que todo era codicia y ficcion, la reprehendió, y despidió, diciéndole: *Tema á Dios, y no venga á usurpar á los pobres, lo que no necesita.*

Premiaba el Señor la caridad de Francisco, no solo con darle mucho que dar, sino tambien con multíplicarle lo que tenia, ó le daban para limosnas, para que su misericordia tuviese mas anchuroso campo, en que extenderse. Le dixo un Cirujano una vez la grande necesidad de dos enfermos, á quienes habia ido á sangrar, y compadecido el Siervo de Dios, le dió para el uno dos escudos, que contó en reales de plata, y para el otro otra cantidad en reales de vellon. Salió con este dinero, y acordándose de la mucha pobreza, que en aquellas casas habia notado, le parecia no ser bastante á tanta necesidad. Ocurrióle, que no seria mucho lo multiplicáse Dios por los méritos de Varon tan espiritual: con este pensamiento echó mano al bolsillo, y halló los dos pesos multiplicados en quatro. Tomó para si una de aquellas monedas, poniendo otra en su lugar, y desde entonces juntó el caudal, que en muchos años no tuvo.

Le traxeron en una ocasion treinta reales que dar de limosna, á que se hallaron presentes dos personas, alabando á Dios de ver la santa inquietud, con que, como fuera de sí, comezó á contar de aquel dinero di-

diferentes porciones , que iba embiando á distintas casas. Pareció á las dichas personas , que era mas el dinero dado , que el recibido , y era asi; porque sumadas las partidas , hallaron haberse multiplicado el dinero en mas de la mitad. Lo mismo sucedió á Francisca de Torres , á quien le dió cinco quartos, para que compráse un pan , y los vió duplicados, con que compró dos. A Antonio Cabezas , que estaba enfermo , y con mucha necesidad , embió el Siervo de Dios quarenta reales , de que fue gastando su muger y familia quarenta dias , que duró la enfermedad , sin haber recibido mas dinero ; y hecha la cuenta de lo gastado hallaron haberse multiplicado en unos ciento y cinqüenta reales mas.

Habiendo instado el Siervo de Dios á Christoval Martin Moreno , (cuyo oficio era tornero) á que recibiese el valor de unos balaustres , que hizo para la barandilla de la Iglesia , no lo consiguió , y solo recibió el costo de la madera , que eran doce reales , los que le dió en especie de calderilla : y volviendo á su casa , pagó con este dinero ocho reales que debia en una tienda. Llegó á su casa sin tener mas dinero , que el resto , que eran quatro reales , y de ellos gastó aquella noche , y dias siguientes , quedando el dinero en ser. A la noche del segundo dia , le amenazó uno con la Justicia si no le pagaba unos reales , cuyo número no he podido justificar. Yo , respondió , daré al presente lo que tuviere , y fue sacando del bolsillo en especie de calderilla hasta satisfacer toda la deuda , sin acabarse el dinero : del qual , y en la misma especie siguió gastando para mantener su familia doce dias. No tomaban la comida , sin alabar á Dios , viendo tan patente milagro , que lo hizo mas visible el que en dichos dias ni vendió cosa alguna de su tienda, ni le pagaron algunos , que le debian : circunstancias , que acreditaron la multiplicacion del dinero, que le dió el Siervo de Dios.

Ul-

Ultimamente no solo multiplicó Dios la limosna que daba, sino tambien hacía crecer los bienes, que recibia de limosna. Compró Catalina del Pino, para sembrar, seis fanegas de garvanzos, menos dos zelemines, que faltaron, para cumplir la última medida, y pudo vencer al Siervo de Dios su Confesor con piadosas instancias, á que recibiese dos zelemines, diciéndole con sinceridad, que no se los daba á él sino á Maria Santísima. Llegó el tiempo de medirlos, para sembrarlos, y halló cabales las seis fanegas, y aun algo mas; con que volvió Dios á esta muger doblada la cantidad, que de limosna dió á su Siervo; que como dice San Agustin es muy fecundo el campo de los pobres, y multiplíca Dios lo que en él se siembra.

CAPITULO VI.

De la virtud de la Religion, que manifestaba el Siervo de Dios en sus reverentes cultos, y de su oracion, ya solo, ya con sus hijos espirituales.

Es la Religion una virtud, que une al hombre con Dios, como su primer principio, y último fin, dándole reverencia y culto como á Supremo Señor: y aquel amor á Dios inseparable, que hemos dicho concedió el Señor á este Siervo suyo, lo encendia en amantes ansias de una fidelísima servidumbre, en que ordenáse á sola honra y gloria de Dios todos sus pensamientos y obras, sin déxarlo ni un instante. ¡O, solia decir, *quien tuviera la paciencia de un jumento, y la lealtad de un perro! Este por un huesecito que le arroje el amo, no se mueve contra él, aunque lo castigue; y aquel, aunque esté todo el dia al Sol, y al agua, persevera donde le puso su dueño!* Pero ¡O Lector, qué lealtad pudo haber mas constante, ni qué paciencia mas firme, que la de Francisco! ¡Quando, ó en que se movió

con-

contra su Señor! ¡Que mas firme pudo ser su lealtad en los fortísimos desamparos, que como huesos le daba Dios, arrojándolo de sí! Fue muy pesada la carga de trabajos, que Dios puso sobre sus hombros; pero no huia, buscando el alivio. Fue como David, quando decía: (60) Señor, en tu presencia me veo como un jumento con una pesada carga de mortificaciones; pero yo siempre contigo, y nunca con ídolo alguno, que me robáse el culto, que á tí solo se debe: porque nada queria ni en el Cielo, ni en la tierra, sino á Dios. En este fuego se encendia la virtud de la religion, deseando que las entrañas se le deshiciesen, y que todos los poros de su cuerpo fuesen lenguas que diesen á Dios culto y alabanzas.

Para en algun modo satisfacer á estos deseos, manifestaba á nuestro Señor Sacramentado en su Iglesia en los dias festivos: hacía leer libros de devocion, y esta crecia en los corazones de sus espirituales hijos con sus platicas. Prevenia instrumentos musicos, y componia devotos y elegantes versos, que cantados en alabanza de la divina Bondad, tenia á todos divertidos, y santamente ocupados. En los intermedios quedaban todos recogidos en oracion, á cuyo fervor movia el exemplo del Siervo de Dios; de modo que parecia que aquellas paredes respiraban devocion.

Y como la Religion tiene muchos actos para dar á Dios cultos, es la oracion uno de los mas principales; porque orando, confiesa el alma, que necesita, y por eso implora al Supremo Autor de todos los bienes; de que se infiere que siendo continua nuestra necesidad, debe serlo tambien la oracion. Sin intermision fue la de Francisco; porque siempre vivió santamente ocupado en cosas del Servicio de Dios, y como dice el Venerable Beda: todas las cosas, que los Santos obran, y hablan, se reputan por oracion, porque en sus palabras, y

obras

obras tienen siempre presente á su Magestad, y la oracion no es otra cosa, que una elevacion de la mente á Dios.

Fue la vida de este Venerable Padre por su ministerio mixta de activa y contemplativa. Para traerlo Dios en altísima contemplacion entre los próximos lo preparó antes no solo con las disposiciones comunes, sino con las especiales de los que eligió su Bondad por Varones Apostólicos, para que le diesen gloria en la conversion de las almas; y asi le tenia muchas veces lleno de amargura en los desamparos con inexplicable congoxa, tormento de su alma, y mortales apreturas de corazon, padeciendo tambien persecuciones, oprobrios, injurias, falsos testimonios, incomodidades en los caminos, y en fin emulaciones de unos, y contradicciones de otros. Por este camino anduvieron los Apóstoles, y todos los que los han seguido en el ministerio apostólico.

En medio de tantas aflicciones se sentia su alma con una increible mansedumbre y dulce sosiego, como bien hallada, quando mas oprimida con la presencia y conocimiento de un Señor tan poderoso y justo. Con esta vista de tanto respeto baxaba á mirarse á sí mismo, y no hallando mas que defectos, era tanta la pena, que, á no fortalecerlo Dios, diera mil desentonados gritos; pero tan amarga pena, era por otra parte tan sabrosa y dulce, que no queria vivir sin ella. Entre estas encontradas olas de pensamientos y afectos, de dudas y confianza, de temores y resignacion, de amargura y consuelo andaba Francisco en las continuas ocupaciones de su ministerio, abrasado en el amor de Dios, y pacificamente conversando con los hombres en la tierra, el que al mismo tiempo en altisima contemplacion no faltaba del Cielo; que por lo mismo lo vian todos tan sufrido y mortificado, tan paciente y humilde; pero al mismo tiempo tan

cons-

constante y práctico en el exercicio de las virtudes morales, que logran su mayor realze en este genero de oracion.

De esta su continua oracion pasaré á la que tenia con sus hijos espirituales todas las noches despues de los exercicios. Movíalos antes con alguna leccion devota, y mas con su espíritu. Tomaba el libro, comenzaba á leer, y era con tal fervor, que no proseguia sin gran dificultad; porque bosaba el alma á los oidos de los presentes con los ternísimos afectos, que en lágrimas salian por los ojos, sin poderlas contener. Movíalos la leccion con su significado, y movialos este bendito Lector con sus ternuras, que crecian al paso que su espíritu se iba levantando cada dia mas, hasta que llegó á prorrumpir en tan dulces llantos y sollozos, que era menester pararse. Haciase mucha fuerza, pero no bastaba, y fue preciso que él no leyese, sino otro. Con razon sentian esto sus hijos, que bebian la devocion en aquellos puros arroyos de los afectos de su amado Padre, mas bien que en los caractéres.

Acabada la leccion se seguia aquella dulce hora, en que quedando los sentidos en silencio, se recogia su bendita alma en meditacion tan fervorosa, que buscando su desahogo el corazon, explicaba alguna vez sus amables ansias en tiernos suspiros, que no podia contener, por la fuerza con que los arrojaba el amor. Uno de sus hijos espirituales, que con especial cuidado notaba el exterior de su Venerable Padre quando oraba, dixo al Confesor del mismo Siervo de Dios, que en la oracion, que con ellos tenia, estaba inmovil como un marmol, y que algunas veces que lo miraba, reparaba que tenia los ojos abiertos, sin moverlos, abrirlos, ni cerrarlos: asi como quando uno está pasmado, ó embelesado, mirando alguna cosa, que le causa admiracion. ¡O Francisco que oracion es esta, en que á los sollozos suspiros y llantos se siguen

guen admiraciones! Suspiras por lo mismo que amas, y lloras por lo mismo que admiras.

En esta contemplacion infusa quedaban sus potencias absortas en Dios, y de aqui nacia hallarse en lo interior como insensible: que asi lo reconocieron quantos en estas ocasiones lo llamaron para alguna confesion ú otra necesidad; como sucedió á Don Francisco Escamilla, que llamándolo, para que confesáse á su muger, que padecia un grave accidente, y disculpándolo su mucho cuidado, ponia la mano sobre el hombro del Siervo de Dios, queriéndolo mover; mas lo vió como un insensible bulto. Repitió la diligencia, pero sin efecto; con que huvo de esperar á que volviese en sí, y vuelto fue á la confesion, prediciéndole en el camino, que no moriria de aquella enfermedad, como se verificó. Lo mismo sucedió á una muger, que seguia una causa matrimonial contra un hombre, el que, por no pagar la deuda, hizo fuga á Sevilla. Rogaba la interesada á su Procurador pasáse á aquella Ciudad á prenderlo; pero él insistió, en que si el Padre Posadas no aseguraba el buen logro de aquella diligencia, no hacia el viage. Acudió ella al Siervo de Dios, y hallándole en oracion con su espiritual familia, se postró junto á él, y lo llamó en voz muy submisa, sin hablar mas palabra, que decir: Padre: á que sin volver los ojos, respondió: *eso á que viene Vmd. se hará.* Y sin llevar mas respuesta á su Procurador, partió este á Sevilla, hizo sin dificultad la prision, y traxo al reo á Córdoba, donde cumplió la obligacion en que estaba. ¡O Francisco, quando te dispensó la caridad del consuelo de tus proximos! Hasta en la oracion te inquietan, porque te necesitan.

Acabada esta oracion se seguía aquella santa conversacion, que tenia con su amada familia. Alli como mariposa se abrasaba entre las llamas, que exálaba el incendio de su amor. Alli como aguila provo-

caba á sus polluelos, á que sacudiendo las alas de los afectos, se elevásen sobre la tierra. Hacíales tan santos razonamientos, y reflexîones tan dulces, que con ellas su bendita alma iba levantando el vuelo, hasta quedar extático. Miraban estos dichosos hijos alli á su Padre; pero sabian que su Padre no estaba donde le miraban los ojos, porque su alma habia volado á los cielos: que como en ellos tenia su tesoro, solo en ellos descansaba su corazon. Volvia de estos éxtasis, pero continuando la inclinacion de su cabeza, quedaba suspenso: hablaba muy poco, y siempre desengaños del mundo; porque no podia hablar de la tierra el que venia del Cielo.

CAPITULO VII.

Piadosos exercicios, en que el Siervo de Dios ocupaba las noches; y se trata de sus penitencias

Es la virtud de la penitencia parte de la justicia. Su primer acto es el dolor de la culpa en orden á satisfacer á Dios, y volver á su gracia; pero con el segundo acto castigándose á sí mismo el penitente, paga en el modo posible la pena, á que sus delitos lo habian condenado. Y como Francisco se persuadia que sus defectos eran enormísimos delitos, por esto afligia su cuerpo con las mas rigorosas penitencias. Mientras se lo permitió su salud, y no se lo prohibio la obediencia, pasaba las noches en oracion y penitencias, para que asi alma y cuerpo bendixesen al Señor.

Mas antes que tratemos con individualidad de estas penitencirs, diremos alguna cosa de los exercicios, en que despues de haberse retirado su espiritual familia pasaba las noches. Continuaba su recogimiento, comunicando á Dios sus zelosos cuidados, y ofreciéndole los vivos deseos de servirle.

A la hora de media noche rezaba el oficio de Maytines. Y si el leer á sus hijos un libro espiritual, le movia y despertaba tan piadosos afectos, como decian sus llantos, ¿cómo estaria despues de tanta oracion y penitencia en la leccion de cosas tan santas y devotas, como en el oficio divino junta la Iglesia para el mayor culto de Dios? No tenia en esta hora quien lo inquietáse, que era lo que sentia mucho, como lo experimentó un Religioso de cierto sagrado Orden, que llevando una carta, y no respondiendo á los muchos golpes que dió en lo baxo del Hospicio, levantó la voz, diciendo con enfado: si en aquella casa no habia quien recibiese un recado. A que pasado un rato, el Siervo de Dios, que estaba rezando sus horas Canónicas, respondió desde una ventana: *Padre, esa carta, que trae Vuesa Paternidad, déxela caer en el suelo, que primero es hablar con Dios.* Pasmóse el Religioso de que en su retiro supiese quien, y para qué lo buscaba: y volvió con mucha edificacion de que siendo el Siervo de Dios por su natural tan cortesano, no intermitiese el Oficio divino, ni provocado con tanta instancia. De aqui se puede inferir con qué devocion rezaria sus Maytines en el silencio de la media noche. Concluidos, no acababa, sino proseguia su oracion, hasta que rendido del sueño descansaba algun rato sobre la dureza de un banco: otras reclinando sobre él solo la cabeza, postrado de rodillas: otras á imitacion de mi Santo Patriarca ó en el suelo, ó en la grada del altar.

Este sueño erá á mas de penoso tan breve, que le hallaba la Aurora, como á otro Jacob (61) en sus amorosas luchas. Antes de esta hora solia subir á la celda, y quedando sin mas ropa, que la que pide la honestidad, buscaba el descanso de sus amantes fatigas en el mas dulce reclinatorio del amor, que era una Cruz, donde acostado el cuerpo, y

ex-

extendidos los brazos se encendia mas el fuego de sus llorosas meditaciones. Asi lo vió un sirviente del Hospicio, á quien movió la curiosidad de mirar por la abertura de la cerraja, y lo vió en la forma dicha, y con una gruesa cadena, que apretaba su cintura, quedando con esta vista pasmado. Este era el lecho florido, donde esta bendita alma descansaba con el amado. Estas eran sus dulces noches: ¿y qué podemos decir de ellas, sino lo que el mismo Venerable Padre escribió, hablando de los exercicios, en que su Santo Patriarca, y mio ocupaba las suyas? ¡O bendito Padre, dice, y digo yo: con qué confusion leerán esto aquellos, cuyas amargas noches pasan en vigilias, mas para lloradas, que para dichas! ¡Donde se busca no el sueño para que el cuerpo descanse, sino la culpa para que el alma se cautive! ¡O noches, cuyas tinieblas, mas que de sombras, se componen de delitos! Quedaos avergonzadas en vuestras mismas obscuridades á la vista de aquellas, que logra este bendito Padre.

Estos eran los exercicios y penitencias, en que ocupaba el Siervo de Dios no una ó algunas noches, sino todas mientras se lo permitió su salud, aunque muy quebrantada. Mas no se contentaba con esto, porque como su humildad le abultaba sus leves imperfecciones como gravísimos pecados, de que se seguia un vehementisimo deseo de mortificar su cuerpo, y hacerlo victima, que aplacáse la ira de Dios, que suponia justamente irritado por sus culpas; desahogaba sus afectos de dolor y arrepentimiento, macerando y afligiendo su carne. Descalzábase, ceñia su cabeza con una corona de espinas, y poniendo sobre su hombro una pesada Cruz, andaba la Via-Sacra por aquel huerto y casa del Hospicio, dividiendo las estaciones, segun lo permitia la estrechez del lugar. Asi seguia con su Cruz los pasos del que en ella nos redimió, y arrimaba á esta penitente carga la de otros muchos cilicios. ¡O

co-

como andaria esta dichosa alma! ¡Que compasivos, y penitentes serian sus afectos! Llegaba al sitió, que señalaba el Calvario, donde era la mansion mas dilatada, y la meditacion mas fervorosa, regando el suelo con lágrimas de su corazon. No podia tener mas testigo que su Compañero, que era el unico que vivia con él; pero como le tapaba con su manto la noche, si alguna vez por verle, dexaba el sueño, solo podia desde una ventana percibir el bulto confusamente, y no las exteriores señales de su rostro, que estas fueron indicio de lo que encerraba su pecho. Dexaba la Cruz, y tomaba la disciplina con el rigor, que despues diremos.

Para esto previno unas disciplinas de gruesos, y torcidos alambres entretexidos en forma de gusanillos, y con puntas para herir. Con ellas martirizaba su cuerpo con increible rigor, y herido, como la piedra del desierto, derramaba copiosas aguas de amor por los ojos, y por las heridas no menos caudal de sangre, que causaba espanto.

Eran los golpes con tan fuerte impulso, que saltaba la sangre á las paredes, quedando ellas por testigo de este cruento sacrificio. Quando á los cinquenta años de su edad, abrazando el consejo, moderó los excesos de este martirio, no usó á lo menos de ordinario de las disciplinas sangrientas, aunque las continuó muy rigorosas. Faltó en aquellas la execucion, pero siempre tuvo el deseo, costándole mucho en algunas ocasiones contener los impulsos, con que era movido á tan amada penitencia; porque faltándole las fuerzas, no lo perdiesen las almas.

Padeció una enfermedad, y mandó el Médico ponerle unas sanguijuelas en las espaldas. Curacion fue esta, que sintió mucho, por no poderse negar á descubrir la parte, que habia de ofrecer á la vista los rigores de su penitencia. Por esto sentia mas la curacion que la enfermedad; mas no estando en

su mano, hizo la humildad el sacrificio en las aras de la resignacion. Descubrieron la espalda, y hallaron tenerla, como dice el vulgo, hecha una carniceria. Mirábanla poblada de negros cardenales y saxas, que los dividian. Espantábanse de ver diferentes trozos de carne casi arrancada, y les parecia, como dixeron, ver una como Imagen del Santo *Ecce Homo.*

Compadecidos dieron esta noticia al Prelado, y mandó le quitásen los cilicios, cuyo despojo, como de prendas tan amadas, fue el mas aspero cilicio, que si no heria el cuerpo, martirizaba el alma, y con esta orden entraron á saco aquella como tienda de instrumentos de penitencia. Quando el Siervo de Dios entró en aquella enfermedad, los escondio en diferentes lugares, y al irlos encontrando cada uno, daba su alma un silencioso grito. Buscáronlos con solicitud; mas no hallaron sino uno de asperas cerdas, una Cruz de hierro, y un cuerpo de jubon de acero: uno y otro con penetrantes puntas. Curáronle las llagas, cosa que él solia hacer con salmuera, que causa su efecto con nuevo martirio. Mejoró Dios á su Siervo, y compuso con la obediencia el uso de sus penitentes armas, como lo hizo Santa Rosa de Lima: que el verdadero amante es muy industrioso.

La austeridad hizo á su cuerpo un armario de instrumentos de mortificacion. Traia al cuello una cadena de hierro muy gruesa, que se componia de treinta y tres nudos en reverencia de los años de la vida de Christo; con tal disposicion, que parecia Rosario, como por tal lo tuvieron los que alguna vez vieron parte de ella, por entre el cuello y capilla, y tenia de largo dos tercias y media. De este penitente Rosario pendia una Cruz de hierro, que pesaba una libra con quince penetrantes puntas en memoria de los quince misterios del Rosario. Tenia esta en sus extremidades unos goz-

nes,

nes, de los que salian planchas del mismo ancho y grueso que los principales en que estaban las puntas, y con otros tantos taladros, por donde entraban: con que abierta la Cruz se descubrian muy largas, y aunque cerrada no lo quedaban tanto, siempre eran muy penetrantes. Tenia la Cruz de largo un palmo y sus brazos media quarta, y pendiente de dicha cadena caia sobre lo alto de la espalda. Se ha podido dar tan prolija descripcion de este cilicio, que horrorizará su vista al Varon mas austero, porque muerto el Siervo de Dios se halló en la celda de su Hospicio.

No solo llevaba tan pesada Cruz sobre su espalda, sino otra en su pecho con un Crucifixo, cuyo amor le hacía ligero este yugo, y ponia tan divino sello no solo en su corazon sino en los brazos, que tenia ceñidos con planchas de hierro de mucha mortificacion. Usaba tambien unas veces de un jubon de asperísimas cerdas, y otras de una cota de malla de acero poblado de puntas. Estas eran las galas con que lucia á los ojos de Dios. ¡O profanas galas del mundo, que afrentadas os vereis aquel dia, en que el divino Juez os desnude! ¡Quan amargo, pero qué irremediable será el dolor de sus vanos amantes, si paran en aquel infeliz sepulcro del Rico del Evangelio, (62) que vestia olan y purpura! Poco contento con lo dicho este espíritu penitente ceñia su cintura con una gruesa cadena de hierro, y con ella se apretaba de modo, que como dixo á su Confesor, saltó quebrada á los quatro años de haber servido; pero substituyó en su lugar otra igual á la primera. Mortificaba lo restante del cuerpo con gatillos de hierro muy mordicantes: y si le asaltaba alguna tentacion, se entraba por un muslo todo un alfiler grueso y largo, que traia siempre para este fin. No tuvo por bastante el quebranto de sus pies, llevándolos descalzos en los caminos de sus apostólicas misiones, sin com-

pa-

padecerle las heridas y llagas, con que alguna vez los vió; sino que para que fuese continua su mortificacion, echaba chinas en el calzado, para que cada paso le costáse un tormento. Asi rodeaba toda aquella mistica Ciudad de su cuerpo, no escondida, (como puesta en el monte de tan alta penitencia) para darle con este como cordon de mortificaciones recia bateria; para que casi de los pies á la cabeza no tuviese cosa que no fuese lastimada: á imitacion de aquel, que desde la planta del pie hasta la cabeza, para darnos salud, no tuvo sanidad. (63)

El corto sueño que tomaba era como diximos sobre un banco de la Iglesia; y si alguna vez se recogia en la cama, no era de menos rigor esta, pues se componia, ó de duras tablas, que cubria una frezada, sirviéndole de almohada un corto madero de encina, que tapaba un lienzo, ó un zarzo de cabios con sus nudos; y como el cuerpo iba ceñido de cilicios tan crueles, le eran despertadores de aquel corto sueño, que no podia correr al paso de la necesidad. Antes que la experiencia le hubiese enseñado, que no podia faltar de su Hospicio por la necesidad de los que le buscaban, subia á su Convento de Scala-cœli en los últimos dias de la Semana Santa, y primeros de Resurreccion, para darse á exercicios penitentes, que eran su descanso del imponderable trabajo de la Quaresma. Recogidos los Religiosos de noche, salia con una pesada Cruz sobre el hombro, una corona de espinas en la cabeza, y los pies descalzos. Asi baxaba de aquel monte por una cuesta muy pendiente á un arroyo, que llaman de San Albaro, y pasado comenzaba á subir otra cuesta casi inaccesible en algunas partes de ella, hasta llegar á su altura, donde está la Ermita de dicho Santo, que era el lugar escogido para sus penitentes exercicios. Pastor hubo, que queriendo una noche baxar á dicha Ermita, oyó el estruendo de

la disciplina con los gemidos y llantos de este felicísimo penitente: y ocultándose entre aquellas frondosas matas, lo vió salir descalzo, creciendo su admiracion al ver, que habiendo una senda comunmente usada, porque dando algunas vueltas por el monte, hace la baxada menos penosa, el Siervo de Dios eligió otra mas áspera y poco usada por muy pendiente, y poblada de agudas lajas de piedra, que no podian pisar unos pies descalzos, sin que cada paso fuese un martirio. Así iba este penitente coronado de unas espinas, y caminando sobre otras, desnudos sus pies. De este modo baxaba, y subia por sendas de tanta aspereza, como es notorio á los Ciudadanos de Córdoba. Lastimábanle las piedras, punzábanle los abrojos, mas no desmayaban sus pasos.

Otras noches, y con las mismas insignias salia este devoto penitente de su Convento hasta llegar al Calvario, que es otro monte en aquella cercania: y ya en este, ya en la referida ermita, ya en otro monte, que llaman de la Magdalena, pasaba muy gustosas y apacibles sus noches, dado á la oracion, y deshaciéndose su corazon en amantes llantos. Estos y otros lugares, que buscaba como menos cursados de gentes, los regaba de sangre al duro golpe de la disciplina, y de modo que los trabajadores de aquella vecindad buscaban por la mañana el lugar de este sacrificio, y viendo tanta sangre derramada, devotamente admirados decian á los Señorios, á quienes servian: Quando el Padre Posadas viene á su Convento de Scala-cœli, sale de noche coronado de espinas, descalzo con una Cruz á cuestas á la ermita de San Alvaro, al Calvario, y cerro de la Magdalena: estos y otros sitios mas escondidos los dexa regados con su sangre. Asi subia por este desierto esta fragrante y encendida varita de aromático humo entre las tinieblas de la noche, hasta que acercándose la Aurora antes que lo descubriese la luz del dia, se volvia á su Convento.

El Jueves Santo en la noche, y Viernes por la tarde salia públicamente con los Religiosos y seculares, que alli se hallaban á andar la Via Sacra con las sobredichas insignias, con cuya vista se movian todos á compuncion. Llegaba al Calvario, y les hacia una ternisima platica, en que él, y sus oyentes se anegaban en lágrimas; y restituido con los demas al Convento, esperaba á que se recogiesen, para volver solo á sus acostumbradas penitencias.

Si á todo esto se agregan sus ayunos y otras inumurables mortificaciones, hacen esta penitencia mas que monstruosa á nuestros ojos; pero todo fue nada á los suyos: que por eso en el último tiempo de su vida, quando por muy enfermo no podia con este peso, tomaba un libro, que en laminas demonstraba las penitencias de los Padres del yermo, y pasándolo hoja á hoja, admirando aquellos penitentes rigores, y recordando los suyos, decia lleno de confusion: *Estas si que fueron penitencias. Estos si que fueron Santos.* La voz semblante y tono con que lo decia, daban á conocer el humilde hundimiento de su alma en el abismo de su aniquilacion, persuadido á que él nada habia hecho: y así hasta morir pedia á Dios lo miráse con clemencia, para lo que freqüentemente hacia muchos actos de contricion, y entre otros compuso uno en verso, con que darémos fin á este Capitulo de sus penitencias.

¡Ay Jesus, quanto me pesa
El haberos ofendido,
Solo por ser Vos quien sois,
Y por lo que soy, y he sido!
Quisiera que el corazon
A vuestras plantas rendido,
Hecho menudos pedazos,
Deshiciera lo que hizo.
No miro para dolerme,

El

El infierno merecido;
Que el dolor que mira penas,
Es dolor, pero no fino.
Tampoco miro la gloria
Que perdí; porque imagino
Que es la pena del dolor
Gloria del arrepentido.
Solo miro tu Bondad
Ofendida: y aqui el grito,
Quitando al dolor la voz,
Dexa al labio enmudecido.
Mi culpa confesaré;
Porque sepa mi delito,
Que si fue escrito al hacerlo,
Será borrado al decirlo.
Cumpliré la penitencia,
Que me impusiere el Ministro:
Que con este cumplimiento
Satisface el mas cumplido.
La enmienda Señor prometo,
Y con llanto enternecido
Diré un pequé: con que abres
Las puertas al más perdido.

CAPITULO VIII.

Prodigiosa templanza del Siervo de Dios, con que mortificaba el gusto, y demas sentidos.

Es la templanza considerada como virtud especial el freno que detiene el apetito del hombre, y en su significacion comun es como un agregado de virtudes, que modera las humanas pasiones, como dice Santo Tomas. Tratarémos de las principales, comenzando por el estudio, que siempre puso en mortificar sus sentidos. Su grande modestia, como la de Job, (64) hizo pacto con sus ojos siempre compuestos y nunca curiosos, huyendo así el peligro de la oca-

ocasion. Huía de oir conversacion, que no fuese religiosa: siendo muy diestro en convertir qualquier asunto al fin de alguna virtud. La precision de oir en el Confesonario las culpas de los penitentes, le obligaron á hacer muchas penitencias y mortificaciones. Siempre tuvo mortificado el tacto con la aspereza de los cilicios, que dexamos dichos, sin permitirle á su cansado cuerpo el alivio de una cama, donde descansáse; pues de la que usaba, le hacia el quebranto mayor.

Quanto mortificáse el olfato, lo dice aquella caridad con que en los exercicios de su Hospicio sentaba junto asi un basurero, cuyo hedor era intolerable á todos los demas: y lo confirma la complacencia de que le cortáse la barba un Oficial sumamente asqueroso, que por su mucha edad no exercia el oficio, y por su mayor pobreza era su plato la bacia, en que recogia las sobras, que de limosna le daban en el Convento de San Pablo: llegándose á esto el mal olor de su persona, roto por todas partes el vestido, sin tener camisa que mudar. Decíanle, que por qué no llamaba á otro, y respondia: que por darle á este pobre por su trabajo la limosna, de que otro no tendria tanta necesidad; como si su grande caridad necesitáse este motivo para aquel socorro. Asi hacia esta limosna, interesando para sí la mortificacion, que le costaba el sugetarse á una mano sin firmeza en el pulso, á una navaja por muy gastada sin corte, y mas siendo muy poblada su barba, y finalmente á un hombre tan desaseado: para que á un tiempo se mortificásen el olfato, tacto y vista.

Al gusto le negaba quanto podia serle de algun recreo, y quitaba á la comida el sabor natural, que podia deleytarle, echándole tierra arena y otras cosas que la hiciesen desabrida y molesta al paladar. Cuidaba que su comida unas veces no tuviese sal alguna, y otras muchísima. Solia gustar lo

que

que no habia de comer, para mortificarse mas: sucediéndole en muchas cosas lo que con unos higos, que por muy buenos se los dieron; y probando uno, se negó á las repetidas instancias de que comiese mas, diciendo á la persona que las hacia: *para recuerdo del apetito basta probar uno, y que por lo mismo que á él le habia sabido bien, no le habia de permitir mas que el gusto, para darle luego la mortificacion, de negarle lo que apetecia.*

El regalado dulce, con que daba fin á la comida, era la yerva que llaman matarrabia, * ó dël Calvario, que es amarga en extremo, y esta la solia traer en la boca. Notó una persona, que el vaso de agua, que para sí prevenia el Siervo de Dios, tenia un color extraño: y llevada de curiosidad, buscó ocasion de probarla, y volvió á lanzarla, porque era tan amarga, que le pareció hiel y vinagre. Y aunque con el mayor estudio encubria estas mortificaciones, sin embargo se le notaron algunas.

En sus ayunos fue tan excelente, que no se leerán sin la admiracion, que las demas penitencias. Los comenzó, á imitacion de su Santo Padre, desde la cuna, no tomando el pecho tres dias en la semana, sino sola una vez, y esta á la noche. No fueron estos iguales en todos tiempos; porque los regulaba la prudencia y el consejo. Fueron contínuos hasta los cinquenta años. En muchos de ellos añadió á la abstinencia de carne la de pescado: no comiendo mas que unas yerbas cocidas en agua sin sal ni otro condimento; y aun pasó á mas, que fue no comer en tres años mas que un poco de pan, y ese una sola vez en el dia. En los caminos de sus misiones, que hacia á pie, y repetidas veces descalzo, le sucedió muchas andar largas jornadas sin gustar el pan, ni hallarlo en la pobre casa, en que se hospedaba. Pasó en una ocasion en el

* Esta es la centaura menor, que es amarguísima.

el rigor del estío muchos dias confesando, y exhortando á las Religiosas de cierto Monasterio desde la mañana hasta las seis de la tarde, sin querer tomar ni un vaso de agua: porque su comida, á imitacion de Christo, era hacer la voluntad de Dios, que le habia embiado á cuidar de las almas. (65)

Los años que no pudo ser tan continua y rigorosa su abstinencia, la tuvo muy grande en los ayunos que manda la Religion. Comienzan estos el catorce de Septiembre hasta Pascua de Resurreccion: y Francisco los continuaba hasta la del Espíritu Santo; que este grande espíritu no se contentaba sino se excedia en la observancia de las leyes.

Ensalzó su ayuno la discrecion, que es la sal, que el abstinente ha de prevenir en su mesa. Así se notó, que si alguna vez se quedó á comer en el Convento de San Pablo, tomaba el alimento, que se ponia para todos, huyendo la singularidad, y no mortificar á quien le convidaba. Asi excusaba la nota de singular, y cerraba las puertas á sus alabanzas, viéndolo comer como uno de las demas. Con esta misma discrecion tasaba á sus hijos espirituales los ayunos, midiéndolos con las fuerzas y trabajo del oficio de cada uno: y siendo tan continuos y pesados los de su ministerio, escogia para sí todo el rigor, como lo hacia mi Santo Patriarca, que como dice este hijo suyo en su historia: suelen los Santos jugar las dos manos, la una blanda hácia el proximo, y la otra rigorosa hácia sí. Hacía esto Francisco con la discrecion, que dirá el caso siguiente.

El Excelentísimo Señor Cardenal Don Luis Moncada y Belluga, siendo Canónigo en la Catedral de Córdoba, electo ya Obispo de la de Cartagena y Murcia, subió al Convento de Scala-cœli con su Padre espiritual, que lo era el Venerable Siervo de Dios, y con él otras personas, que le acompañaban. Llegada la hora de comer se sentaron á la mesa, y reconociendo el Siervo de Dios algun encogimiento

en

en el abstinente Obispo, con ligereza y semblante alegre desdobló la servilleta, y echó mano á partir el pan con la misma disposicion, que lo hiciera el hombre menos mortificado, y mas deseoso de satisfacer su hambre, y al mismo tiempo decia: *Señor Don Luis, en igualando las fuerzas se dificultan los vencimientos; y asi ya es menester ponerse al lado de la carne, dándole de comer lo que necesita para que por falta de fuerzas, no se rinda, y ceda á el peso de los muchos trabajos, que esperan á V. S.* ¡O, qué podremos decir de sus ayunos, juntos con tantos trabajos, sino lo que él dixo de mi bendito Padre: que los Santos logran el exercicio de dos virtudes juntas: el de la mortificacion hácia sus personas, que tratan con un santo odio, y el del alivio para los que aman como hermanos!

CAPITULO IX.

Imponderable humildad del Siervo de Dios, con que se menosprecia á sí mismo, y desea ser menospreciado de todos.

Aunque de quanto hasta aqui se ha dicho se puede inferir, qual fue la profunda humildad de Francisco, no obstante fue esta tan heroica, que como que obliga á escribir capitulo separado, para tratar de ella. Vivió siempre tan fundado sobre esta firmisima piedra, que jamas apartó de ella los pies. Siempre fueron sus ojos, su semblante, sus palabras, y obras pregoneros de su humildísimo espíritu. Le veneraban todos en la cima del monte de la perfeccion; pero él se juzgó siempre en lo mas profundo del valle, lleno de muchas miserias; y por eso lo regaba con tantas lágrimas, que causaba á los presentes gran dolor, como á él mayor admiracion, que le preguntásen por el motivo de su llanto, quando no podian ignorar, que era el hombre

bre

bre peor, que habia en todo el mundo.

Era Francisco la luz, con que tantos abrieron los ojos al conocimiento de Dios y vanidades del mundo, y escribiendo una vez á su Confesor, le dixo: *Padre, en todo el mundo no hay hombre tan barbaro como yo.* Al olor de sus virtudes le seguian, y se acercaban á besarle la mano: y como la opinion de Santo le hundia en un abismo de confusiones, tenia esta devocion por una piadosa locura, y solia decir, viéndose rodeado: *ea vayan besando el zancarron de Mahoma.* Sentíase venerado, y decia á los Religiosos: *Padres, yo soy como un papelon, que representa lo que no es.* Definíase por un caos de miserias, ó albañar de inmundicias, y volviendo á un lado y otro el rostro con los mismos ademanes que si le molestáse algun pestilente hedor, y como huyendo de si mismo: se escupia muchas veces, no acabando de pronunciar las voces, con que queria dar á entender, que aun él no podia llevar el asco, que le causaba esta reflexîon sobre sí mismo. ¡O, y qué medicinal colirio para que cobren vista los que tiene ciegos su propia estimacion!

En las amorosas visitas con que Dios le favorecia, y en las divinas ilustraciones con que su Magestád se comunicaba á su alma, uniéndola mas consigo por medio de tan inflamados afectos que lo levantaban sobre la tierra, y elevaban sobre sí mismo, sentia tan altamente de Dios, y tan baxamente de sí, que se lamentaba con su Confesor, creyendo que en toda la redondez de la tierra no habia criatura tan barbara. Como quedaba su corazon con este humilde conocimiento, se colige de lo que prosiguió diciendole: *con esto me quedo gimiendo en el pecho, ya que no puedo otra cosa, y mas quando miro las margaritas, tan echadas al puerco, que solo Dios puede dar fuerzas para que el pecho no salte, y se quiebre.* ¡Que intensos serian estos humildes sentimientos! ¡Cómo estaria este corazon, quando á no conte-

tenerlo Dios con superiores fuerzas, hubieran sus baterías abierto brecha en el muro de su clausura natural!

No perdia de vista este Sol la obscuridad de su nacimiento. Por esto á imitacion de su Santísimo Padre no deseaba mas que su menosprecio, ni sentia otra cosa mas que su aplauso. Asi huyendo este, y buscando aquel, acordaba á todos los humildes pañales, en que su Madre lo habia criado entre los cestos de una tienda; y esto era muy comun, quando pasaba por la plaza de San Salvador, acompañado de algunas personas principales, á quienes decia señalando con el dedo la tienda: *alli me crié yo.* Si alguna vez, no bastando su resistencia, lo volvian en su coche algunos Caballeros ó Prebendados de la Santa Iglesia, al cruzar la dicha Plaza, les decia: *me alegro, quando paso por aqui; porque como me crié entre los canastos de aquella tienda, me es de gusto acordarme, qual andaba por aqui quando muchacho.*

Fue en una ocasion Don Martin de Angulo con otros nobles á traer al Siervo de Dios desde su Hospicio á la Parroquial de San Andres, para predicar, y á las grandes instancias que le hicieron, para que entráse con ellos en el coche, se resistió, diciendo: *ayer hijo de una vendedera, y hoy en coche: eso no, Señor Don Martìn.* Negóse á esta honra; pero no pudo excusár la de que todos le acompañásen á pie hasta la Iglesia. Predicando en ella en otra ocasion, dixo: *siendo yo chiquillo predicaba á los muchachos en las cestas de la tienda de mi Madre.* Y ponderando quanto convenia no hacer caso de lo que habla el mundo, se ponia por exemplar, diciendo: *quando á mi me ven pasar por la Ciudad, dicen unos: alli va el Padre Posadas, y otros: alli va el hijo de la vendedera. ¿Qué habemos de hacer? Hable el mundo como quisiere, y vivamos como debemos.* Predicaba en otra ocasion en el Convento de San Pablo á un numeroso concurso, y viendo que por no

caber la gente, no acababa de sosegarse, dixo: *No me admiro, que siendo yo muchacho, predicaba en las cestas de naranjas, que vendia mi Madre en su tienda, y acudian á oirme muchos muchachos. ¿Qué podia yo entonces predicar?* Lo mismo hizo predicando en mision en la Ciudad de Lucena, dando en el asunto, que predicaba el mayor exemplo con su menosprecio mismo, diciendo en aquella publicidad: *yo soy hijo de una pobre vendedera.* ¡O que prevenida andaba en Francisco la humildad contra la tentacion de verse tan seguido! ¡Quanta edificacion recibirian con estos exemplos aquellos concursos devotos, que padecian muchas apreturas, para oir la palabra de Dios en los labios del que veneraban como á Santo!

Era tan enemiga su humildad de los puestos de honor, como amante de los oficios, que traen consigo algun desprecio, y asi dixo muchas veces á sus hijos espirituales: *Si me hallára seglar, no tomára otro oficio, que el de basurero, de quien nadie hace caso.* Lo que no hallaba en los cuerdos, lo buscaba en los dementes, como lo era un Juan Fernandez, á quien llamaban el *Nene*, de cuya conversacion gustaba mucho, por los vilipendios que le decia. Algunas veces que para mas excitarlo á que le deshonráse, se puso en su Hospicio á jugar con él, como los muchachos al esconder, quando el Nene lo hallaba le decía: ¿Ves salvage como te hallé¿ ¿No te he dicho, que eres un tonto y grande animal? Con estas voces recreaba el oido del que tanto amaba aquel tratamiento. Este mismo acabando de predicar un dia el Siervo de Dios, y yendo acompañado de muchos Religiosos del Convento de San Pablo, le dixo: Mira Posadas, has predicado oy como un grandísimo jumento. Palabras fueron estas, que le hiciéron manifestar en su semblante el sumo gusto con que las oia.

CA-

CAPITULO X.

Finos afectos con que ama la pobreza religiosa.

Procuró siempre Francisco ajustarse hasta lo sumo á la regla de su profesion en la observancia del voto de pobreza. En prueba de ello hablarémos, no de lo preciso para no quebrantarlo, sino de los muchos excesos en observarlo, que no se leen sino de los Santos. Nada queria recibir, y quando no se podia negar, lo daba todo á los pobres, sin poder parar, hasta echarlo todo de la celda. Cuidaba del socorro de su Convento en sus necesidades, y puso en manos de su Prelado quanto recibió de la impresion de sus libros, sin reservar nada para sí. Tenia manifiesto el dinero en un rincon de la celda lleno de tierra, y polvo, y estrañándolo algunos de sus hijos espirituales, les decía: *para quien él es bástale estár asi.* La pobreza de su celda predicaba la de su espíritu. En ella nunca hubo mas que unos libros necesarios á su ministerio apostólico: dos sillas de anea, y una mesa para estudiar y escribir: en lugar de escritorio un cenacho de esparto, á quien llamaba *el cenacho de la providencia*; y lo era mas para los pobres, que para él. Las paredes no tenian mas adorno, que el de una Imagen de Christo Crucificado, otra de Maria Santísima en un lienzo sin marco, y una efigie de la muerte, que le despertáse la memoria de su fin. Supo el Religioso Lego que le asistia, que una tarde pasaba el Señor Cardenal Salazar á visitar al Siervo de Dios su amado amigo, y quiso prevenir silla tapete y almohada; pero no se lo permitió, y satisfizo á sus instancias, diciendo: *Bien sabe su Eminencia, que viene á ver á un pobre Frayle.* Dióle para sentarse una de las sillas de anéa, y por agasajo un vizcocho, que habia en el cenacho de la

pro-

providencia, de que salió este Príncipe tan gustoso como edificado; que á los que entran en las celdas religiosas, no se les puede dar mayor regalo, que el buen exemplo. Quando obligado por la necesidad y los consejos moderó los rigores de sus penitencias, añadió á las tablas de su lecho un colchon; pero tan estrecho y corto á su corpulenta estatura, que en su extension quedaba descubierto de rodillas abajo. ¿Qué pudo ser esto, sino ajustar la medida de la cama, no á la necesidad de la persona, sino al primer rigor de la regla, en que mi Santo Padre ordenó, que las celdas de sus hijos solo tubiesen seis pies de largo, quanto podia caber el lecho con la incomodidad de no poder extenderse el cuerpo?

Si de la celda levantamos los ojos á su venerable persona, nos será de grande edificacion la pobreza de sus Habitos. Siempre los repugnó nuevos, y compraba los muy servidos, teniendo especial gusto en vestir los que otros habian desechado. Vióle cierta persona con tanta necesidad, que le envió quatrocientos reales para que compráse Habito y capa; pero deseando, no el adorno de su persona, sino la decencia del Templo de su Hospicio, los gastó en hacer unas puertas, que necesitaba. En los primeros años, en que el Demonio le continuó las crueles batallas contra las virtudes, dixo: *de ningun modo me he de poner Habito nuevo; porque si me lo he puesto alguna vez, no me puedo averiguar con el Borrico.* Con estas voces se explicaba su humildad, y con esta repugnancia crecia el amor á la pobreza. Mandóle el Prelado se pusiese un Habito nuevo, y obedeció humilde; pero saliendo á la Iglesia con aquella, á su parecer, gala desahogó su afligido corazon, diciendo á una de sus hijas espirituales: *¡Que quieran que yo me ponga esto! ¡Y mi Santo Patriarca, siendo de sangre Real vestia un Habito pobre hasta media pierna! Sea por amor de Dios.* ¿A quien no admira la ternura de estos sentimientos?

Llo-

Lloraba este Religioso por ser pobre, y la misma pobreza lo llenaba de alegria: como se vió en una de las Procesiones, con que celebraba á Maria Santísima en la devota Imagen de su Hospicio, pues disparado un cohete, le quemó la capa, haciéndole una muy grande rotura: y acabada la funcion, entró en la casa de una de sus hijas de confesion, diciéndoles con extraño alborozo: *Ea echenme aqui un remiendo*; y comenzándolo á hacer, les decía: *¡Qué linda cosa! Miren, sino fuera atendiendo á mi Religion, y á no hacerme singular, habia de hacer, y llenar el Habito de agujeros, para que todo él estuviese remendado.*

Esto mismo, y con igual admiracion verémos en la pobreza, que escondia su Habito. De gruesa lana era la tunica, que vestia sobre los cilicios. La demas ropa, que la necesidad no excusa, y la honestidad pide, estaba regularmente hecha giros, y llena de remiendos, que sin ellos nunca tuvo gusto. Cuydó de su ropa por espacio de veinte años una muy Sierva de Dios, y quando ya no estaba para servir, pedia limosna, y le hacía ropa nueva; pero siempre acudia al Prelado, para obligar al Siervo de Dios, á que la recibiese. Bien lo entendia el Venerable Padre, pues lleno de pena, dixo varias veces á esta hija espiritual: *Vmd. me ha de perder á mí, que me tiene sin cumplir el Voto de pobreza, y me viste, como si yo fuera un Caballero.* Pero poco le duraba esta afliccion; porque despues pedia licencia al Prelado para dar de limosna lo que no necesitaba para sí, y lo daba todo, hasta quedar á su gusto, que era sin nada.

Afligia su corazon el ver que muchos movidos de caridad instaban, no solo á esta muger, sino á otros y otras hijas espirituales, que estaban mas á la vista, pidiéndoles anduviesen con este cuidado, y les avisásen de la ropa que hubiese menester; porque sin gran necesidad, bien sabian quan dificultoso era

que

que la recibiese. Mas luego que lo entendió fue á las casas de unos, y esperó á otros en su Hospicio, diciéndoles: *Si á Vmds. pidieren algo para mí, diciendo que tengo necesidad, no lo crean, que yo no he de menester nada, y si lo necesitare, yo lo pediré.* Padre, le respondian: ¿si Vuesa Paternidad aunque esté desnudo, no lo hace; cómo no nos hemos de informar de quien lo sabe? *A mí*, decía el Siervo de Dios, *no me quiere bien el que tanto cuida de mí; que nuestro Señor Jesu Christo andubo pobremente vestido.* Aqui descubrió el alto fin, que lo moviá, que era la imitacion de aquel Señor, que como dixo San Bernardo, amó tanto la pobreza, que no habiéndola en los Cielos, baxó á la tierra á buscarla. Y si vimos á Francisco entrarse por la puerta de los ricos, pidiendo limosna para los pobres, siéndolo él tanto, lo vemos ahora visitarlos, y rogarles, que á él nada le envien, porque no lo ha menester. Agradecen los pobres la limosna diciendo: sea por el amor de Dios: y Francisco dixo muchas veces á quien lo socorria: por amor de Dios me dexen ser pobre: gimen los necesitados, porque ven cerradas las manos de los ricos, y Francisco viendolas para sí abiertas, se anega en lágrimas.

CAPITULO XI.

Corona sus heroicas virtudes la de la paciencia en los trabajos, que recibe como beneficios de Dios.

Fue este Siervo de Dios señaladísimo en la paciencia, que como dice el Apostol Santiago, (66) da el complemento de la perfeccion á la obra de las virtudes, con la que exerció hasta la muerte su ministerio, costándole muchos y continuos pasos, por entre espinas de pesados trabajos, y duras adversidades, y peleando á todas horas en las horrorosas ba-

batallas de tentaciones, que gloriosamente resistió con el escudo de la paciencia. No se le pasó á Francisco dia sin sufrir con mucha paciencia las molestias sinrazones y necedades, con que le molestaban. Hallábase á todas horas ocupado de unos, esperado de otros, embestido de impertinencias, molestado de ignorancias, y aun de imprudentes porfias, detenido del que no tenia necesidad, quando lo esperaba el que la tenia, queriendo para sí solo cada uno, al que Dios envió para el consuelo de todos. En cada paso encontraba con una tentacion, y la vencia con esta virtud: siendo la opinion de su virtud la mas sensible tentacion.

Los que de ordinario estaban á su vista encarecian siempre con admiracion el imponderable sufrimiento de este gran Varon en tan continuas provocaciones: faltándole en no pocas al respeto con palabras de calumnias y oprobios; pero jamas lo vieron sin paciencia, porque unas veces satisfacia con amable discrecion, dando luz al engañado, y templando al iracundo: otras, segun lo pedia la ocasion, enmudecia. En todas conservó su corazon nunca alterado, y con tan heroica perfeccion, que como le oyeron sus hijos, exhortándoles á que poseyesen en la paciencia sus almas, les dixo: *Yo en toda mi vida jamas me he enfadado, ni formalmente enojado con nadie.* ¡O que prodigioso dominio sobre la irascible!

Persiguió al Siervo de Dios por el tiempo de un año una muger, siendole con su turbada razon mas molesta cada dia; sin mas motivo, que no dexarla cuidar de los ornamentos del altar, como ella queria. Era la tentacion tan vehemente, que solia alborotar el templo, tratando al Venerable Padre con desprecio de su persona, y diciéndole exêcrables maldiciones. Sufríala con intolerable paciencia, sin abrir sus labios, y si alguna vez lo hacía, era diciéndole con amorosa mansedumbre: ¿*muger, qué quieres*?

res? Anda con Dios : dexanos por amor de Dios : no alborotes la Iglesia.

Igualmente le mortificaron los pobres, que sabiendo repartia alguna limosna, iban á pedirle, quando se habia acabado: y respondiéndoles no habia que darles, le cubrian algunos de injurias, no creyéndolo unos, y respondiéndo otros lo habia dado á personas de mas estimacion, pero no de tanta necesidad. Oia estos oprobios sin despegar sus labios, quedando sosegado en su interior; porque su conciencia no le arguia de que en estas distribuciones huviese jamas mirado aceptacion de personas. Los dementados y ebrios, que el Demonio algunas veces hacía entrar en la Iglesia de su Hospicio, probaron el fondo de esta paciencia, porque levantando la voz, decian muchos desatinos, provocaban á risa, executaban acciones, que turbaban la devocion, perdian la reverencia á tan santo lugar, y en todo era el tiro contra el escudo de la paciencia del Siervo de Dios. Conocíase la divina permision de este tormento, en que echándolos de la Iglesia, se volvian á entrar: y si moria uno, aparecia otro, sin saber quien era, ni de donde habia venido: pero en todas estas cosas no pecó este Job ni con la mas leve impaciencia; antes sí fue tan heroico su sufrimiento, que ni en voz ni en semblante le advirtieron jamas algun enfado. Quando queria despojar el templo de tentadores tan molestos, le tentaban mas, llamándole Santo Santo. Tomando á uno de estos de la mano el Siervo de Dios, con mucho amor para que saliese á la calle, se arrojó el hombre á sus pies, diciendo: Santo Santo: y crucificado con esta pena el Venerable Padre, se huyó á lo interior del Hospicio, diciéndole: *anda vete: que solo Dios es el Santo.* Quedóse el loco, y se fue el cuerdo con los sentimientos de esta aclamacion, que serian muy grandes, viendo que desde los niños, hasta los locos le llamaban Santo.

Pe-

Pero aunque poseía en tan heroico grado la paciencia, le sucedía con esta virtud, lo que con las demas, que en su estimacion ninguna tenia. No negaba sus muchos trabajos, ni el deseo de ser muy sufrido; pero nunca creyó de sí, que lo era con perfeccion. Asi lo manifestó, quando saliendo una vez á la puerta de la Iglesia, y viendo un jumento cargado de hortaliza, lloviendo sobre él mucha agua, halló su documento en la estabilidad de aquel bruto, y de él sacó para sí una leccion espiritual. Puso los ojos en el jumento, viéndolo con la carga, y sin moverse, y exclamó, diciendo á una persona que estaba presente: mira la paciencia de este jumento. ¡O si yo la tuviera para llevar mi carga, y sufrirlo todo por Dios! ¡Qué bueno fuera! Clamaba con los deseos de esta paciencia, y habiéndolos Dios cumplido, dándole á este justo lo que tanto deseaba, como lo hace con todos su infinita Bondad, se lamenta de que no la tiene, y vive con los deseos de tener lo mismo, que posee, y él no sabe.

Y para que se vea la inmovilidad de animo con que este Siervo de Dios llevaba la carga de las mortificaciones que su Magestad le ofrecia, bastará decir, cómo se portó en una ocasion, en que, viniendo del Hospicio al Real Convento de San Pablo, una inadvertida muger derramó por la ventana un vaso inmundo sobre la cabeza del Venerable Padre, que siempre la traia descubierta; pero ni se quexó, ni levantó los ojos, ni la cubrió con el sombrero, ni se detuvó un instante, ni aceleró el paso, ni procuró el aseo: sino con inalterable semblante siguió su camino á vista de la mucha gente, que en aquel tránsito, (que es uno de los mas bulliciosos de la Ciudad) suele haber, hasta que, llegando al Convento, sacó un pañuelo, y se limpió para entrar en él, sin haber dado ni una señal de la mas leve impaciencia. No fuera mucho, que recibiendo sobre

sí impensadamente un derrame tan asqueroso, se paráse á limpiar; que como dice el sagrado Texto, (67) y advirtió San Gregorio: el pacientisimo Job, luego que se vió con su enfermedad lleno de inmundicias, se sentó en el estiercol, y tomando un pedazo de barro se raia, y limpiaba. No digo yo que le excedia en la paciencia este Siervo de Dios, sino que lo señaló como singular esta circunstancia: que como siempre juzgó de sí, que era el mas inmundo muladar, y caminaba con este conocimiento, no estrañaria, que se vertiese aquel vaso sobre su lugar propio: y por eso, ni se para, ni se altera, ni se limpia.

Todos los Santos, dice San Gregorio, llegaron á la celestial Patria por el camino de la paciencia. Por él andubo toda su vida Francisco, y como segun el Filósofo, el movimiento es mas veloz al fin de la carrera, gustó Dios verle, no correr, sino volar en sus últimos años. Entre otros muchos accidentes visitó el Señor á su Siervo con repetidos vehementes dolores de hijada, piedra, y orina. Estos comparados con los demas de otras enfermedades ha comprobado la experiencia que son los mas agudos é intensos. Pero entre tan penetrantes espinas no solo conservó Francisco la flor de su paciencia sin lesion, sino que quando mas combatida de estos destemplados vientos, despedia mas celestiales fragancias: pues quando eran mas fuertes las punzadas del dolor, respiraba su paciencia, diciendo: *Ave María*, y dando muchas gracias á Dios porque lo tuviese asi. Consideraba ser este un beneficio muy grande, que no merecia él: y asi quando mas apretado de la vehemencia de los dolores, entraba en dulces y amorosos coloquios con Dios, á quien solia decir, *¿Quando Señor merecí yo que me trataras asi? Esta cama es la carcel de los amigos vuestros, y á mí me tratais como si fuera uno de ellos.* Ofrecíale su corazon con la ternura de estos afectos, anegándo-

dole la humildad en copiosos llantos, por hallarse indigno de tan grandes misericordias.

CAPITULO XII.

Espiritu profético del Siervo de Dios, con el que vaticina varias cosas futuras con todas sus circunstancias.

Aunque se ha dicho algo del lumbre profético, con que este Venerable Padre conoció lo mas oculto de los corazones, no obstante diremos tambien alguna cosa de lo mucho que floreció en el conocimiento de las cosas futuras, que es el último grado de la profética luz, omitiendo por la brevedad de este compendio muchos de estos casos, y tocando solo de paso los mas notables. Estando el Venerable Padre con otro Religioso del sagrado Orden de la Santísima Trinidad en casa de un Caballero Veinte y quatro de Córdoba, celebró este la favorable noticia, que se habia recibido, por haberse mejorado de su enfermedad el Rey Carlos II. pero el Siervo de Dios, le dixo: *esto es nadar nadar, y á la orilla ahogar. Vivirá el Rey dos años con corta diferencia. La lastima es lo que se moverá.* Prosiguió vaticinando lo que se habia de ver en la nobleza, y otros sucesos que se habian de seguir, como fue la venida del Señor Don Felipe V. á reynar: las persecuciones que habia de padecer: las guerras y trabajos de la Monarquía: los varios sucesos del Rey y Reyno: y que con la guerra habia de entrar la relaxacion la gala y profanidad. Todo lo anunció con parabólico estilo, y todo se cumplió á la letra, de modo, que al paso que se fueron siguiendo los sucesos, se iban con claridad entendiendo las profecias. Se armaron en efecto contra el Católico Rey las Potencias coligadas; pero desde luego dixo el Siervo de Dios: que padeceria mucho, mas no lle-

garia el caso de su expulsion: lo que repitió muchas veces en los mayores aprietos, y con especialidad, quando los enemigos se apoderaron dos veces de la Corte de Madrid.

Una muger casada, sobrina del Padrastro del Siervo de Dios tenia un hijo de edad de seis meses, al que amaba con tan ciega pasion, que viéndola un dia este Profeta del Señor con el niño en brazos, le dixo: *tu con este hijo estas loca, y no te acuerdas de Dios: su Magestad te lo quitará.* Murió á los quatro meses, y hallándose preñada despues, le dixo con alguna como burleria y donaire al Siervo de Dios: Si aquel se me murió, ya tengo otro: á que le respondió, diciendo: *Lo mismo te ha de suceder con ese y con los demas que parieres*; y murió este á los dos años de su edad. Tuvo otros tres, y murió el uno de seis meses, otro de quatro años, y el último cumplidos los cinco.

Deseaba Doña Maria de Prado ser Religiosa, pero vivia sin la esperanza de poderlo ser, porque sobre no tener dote padecia un mal de corazon con tales accidentes, que la inutilizaban para el trabajo. Manifestó al Siervo de Dios sus deseos, con los motivos que imposibilitaban su consecucion, y la consoló, diciendo: *que tendria dote, no le daria mas en su vida aquel mal de corazon, y asi que se dispusiese para serlo.* Todo lo vió cumplido, y en breve recibió el Habito de mi Religion en el Convento de Santa Maria de Gracia de Córdoba. En el de la Concepcion de la misma Ciudad se hallaba Novicia Doña Catalina Pesquero en tiempo que en él predicaba Mision el Venerable Padre. Le propuso esta su grande desconsuelo por las muchas dificultades, que imposibilitaban su profesion por la falta de medios para la dote. Padre, decia: quisiera saber si no es voluntad de Dios que yo sea Religiosa. *No dude,* le respondió, *que profesará.* Padre replicó, no dudo, que llegada la hora de mi muerte me darán ese

con-

consuelo. *No será*, dixo, *sino en el coro con toda solemnidad, y quedará profesa, como yo; pero el misterio, que hay en la dilacion, no lo sabrá hasta el dia del juicio, y vivirá profesa muchos años.* Todo lo qual lo verificó el tiempo.

Era tan inquieto Sebastian Villalobos, que freqüentemente se huia de la escuela, por lo que su madre le envió á ella un dia con el ayo con unos grillos: encontrólo el Siervo de Dios, y mandó al ayo lo acercáse, y diese la llave de aquella prision, y puesto en libertad le tomó la cara diciéndole: *ea vaya á la escuela, no se huya mas, aprenda que ha de ser Religioso, donde el quiere.* Mudólo con el poder de estas palabras, no hizo mas fuga, y fue Religioso del Sagrado Orden de Nuestra Señora de la Merced, adonde era inclinado desde aquella corta edad. Hizo oposicion á una Prebenda de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba Don Luis de Belluga y Moncada, y concluida, notaron en el Siervo de Dios algunas explicaciones, que tuvieron por vaticinio de que habia de ser Obispo; pero fue mas clara esta profecia, quando ya Canónigo agravado de una enfermedad con poca esperanza de vida, dixo el Venerable Padre: que no moriria de aquel accidente, y que ascenderia á mayor empleo, como sucedió, ocupando la Silla Episcopal de Cartagena y Murcia: y quando, despedido de Córdoba, hizo su viage, dixo el mismo Venerable Padre, que en aquella enfermedad habia estado para morir; pero que sanó, y viviria para mucho: y fue para tanto que despues fue Cardenal de la Santa Iglesia.

Leyendo el Siervo de Dios en un libro, lo cerró, y quedando suspenso por algun tiempo, dixo asi: *el año, que viene se padecerán muchas necesidades. Será grande la hambre. Valdrá una libra de pan dos reales, y la alcanzará el que pudiere. Si saliera por la Ciudad diciendo esto, me oyeran mal, porque profetizo calamidades; pero es tan cierto, como*

lo

lo es que tengo este libro en la mano. Verificóse todo como lo habia anunciado. Siguióse á esta calamidad la del contagio, y diciendo una muger al Siervo de Dios que enviáse por un vestido de la Imagen de Nuestra Señora, que guardaba en su casa, porque en la inmediata habia ya enfermos de peste, y si esta entraba en la suya, quemarian el vestido con lo demas, le respondió: *déxelo allí, que en su casa no entrará la peste*: y aunque corrió esta por toda la calle, y enfermaron las familias de los dos lados, se conservó esta con sanidad. Asistian á rezar el Rosario de noche en la Iglesia del Siervo de Dios, los que vivian junto al Hospicio, y les aseguró no habia de llegar el contagio á aquella vecindad, y asi lo vieron cumplido.

Perdió un hombre una noche junto á la puerta del Rincon inmediata al Hospicio una talega de ropa, y no pudiendo hallarla por mas diligencias que hizo, dió cuenta de su pérdida á la persona, á quien la traia; pero esta le aconsejó fuera al Hospicio, y preguntára al Padre Posadas, si alguien habia dexado allí aquella ropa. Estaba el Siervo de Dios en la puerta de su Iglesia, y luego que vió al mozo lo llamó, preguntándole si se le ofrecia algo. No lo conocia este, y respondió: busco al Padre Posadas, para saber si le han dado una talega de ropa, que anoche perdí cerca de esta puerta, que soy muy pobre, y no tengo con que pagarla. *Yo hijo, soy el Padre Posadas*, le respondió; *pero no me han dado tal cosa. Siéntate aquí.* Hízolo, y quedó el Siervo de Dios en pie como centinela, observando los que pasaban; y viendo á lo lexos á un hombre, lo llamó no por su nombre, porque no lo conocia, sino diciéndole: *hermano.* Vino, y preguntando al Siervo de Dios, qué lo queria, respondió: *aquella talega de ropa que se halló anoche es de este pobrecito: vaya por ella, y se la dará.* Yo Padre, respondió, no me la he hallado. Si la halló, replica-

ba;

ba ; y despues de una larga contienda confesó ser asi , y traida la entregó á su dueño.

Esta misma luz profética la concedió el Señor á Francisco para utilidad de los proximos , para encaminarlos al bien , y apartarlos del mal. Asi se vió en los tres casos siguientes , con que darémos fin á este capitulo. El año de 1708 fue tan esteril, que con dificultad hallaban el pan los ricos , y perecian de hambre los pobres. Uno de ellos ganaba el pan de su familia , sirviendo al dueño de un lagar ; pero muerto este se vió en tanta necesidad , que no esperando , como debia , de la divina Providencia el alimento de su muger y dos hijos , dió en el mayor de los males , que fue la desesperacion , con que resolvió ahorcarse en un arbol de la sierra , para cuya execucion salió de la Ciudad por la puerta del Rincon , sin haberlo comunicado á nadie : mas no se le ocultó al Siervo de Dios , en el retiro de su celda : el que de repente tomó la capa , y fue en su seguimiento con paso acelerado. Alcanzó al hombre , y preguntándole donde iba , respondió : Padre tengo que hacer ; pero el Venerable Padre apartándole á un lado la capa , le dixo : *¿ pues para que lleva ese cordel ?* y viéndose el hombre descubierto, confesó su pecado. Muchos habian estrañado ver al Siervo de Dios salir al campo con tanta prisa entre doce , y una del dia en el rigor del estío ; pero mas les dió que pensar verlo volver al quarto de hora con este hombre á su lado. Detúvolo consigo aquel dia haciendo con él piadosos oficios , y al siguiente se le proporcionó por disposicion divina conveniencia para sí , y su familia.

Otro hombre muy indignado contra su madre , por el mal tratamiento que esta daba á su muger , despues de haberle dicho muchos oprobrios , arrebatado de la colera , agarró á su madre para arrojarla de un corredor á un patio : y lo hubiera executado , á no quitársela de las manos. Pero pasada

la

la ira , y restituido á su acuerdo, padeció una fortísima sugestion del Demonio, que lo persuadia á que tan enorme delito no tenia remedio ; y nuevamente ciego contra sí mismo, determinó colgarse de un arbol : teniendo como otro Caín (68) por mayor su culpa que la misericordia de Dios. Previno un cordel, sin que nadie lo notáse, y llegando cerca de unos olivos, que están pasada la huerta, que llaman de la Reyna, oyo voces, que lo llamaban diciendo : *hermano* , *hermano*. Volvió los ojos, y vió al Siervo de Dios, que con prisa caminaba hácia él, y llegando, le preguntó : ¿*hermano adonde va*? Padre, respondió : voy á pasearme. *Muy mal paseo es el que lleva* : dixo el Profeta del Señor. ¿*No sabe que Dios es Padre de misericordias*? ¿Padre, á que viene eso? Preguntó él. *Saque*, le dixo : *lo que lleva debaxo del brazo* ; y diciendo él que no llebaba nada, alargó el Siervo de Dios su mano, y le quitó el cordel, diciendo : *aunque es muy grande su pecado en haber perdido el respeto , y puesto manos en su madre , es mayor la misericordia de Dios, que extendió en la Cruz los brazos , para recibir , y perdonar los pecadores : y es tambien muy grande la misericordia de Maria Santísima , para interceder por ellos.* Tráxolo convertido al Hospicio, y lo preparó para una confesion general, que hizo ; y tambien corrigió á la madre ; que con sus excesos habia dado ocasion á la irreverente osadia del hijo.

En otra ocasion á la una del dia estando el Siervo de Dios en su Hospicio, levantó la voz de repente, diciendo á Fray Francisco de Herrera : *presto , presto póngase la capa , y véngase conmigo.* Siguió al Siervo de Dios, que iba corriendo por el adarve contiguo al Hospicio, y habiendo alcanzado á un hombre, lo detuvo diciendo : ¿*Hermano está en sí , que es lo que vá á hacer*? ¿*Cómo no espera en Dios*? Quitóle un cordel que llevaba, y el hombre confesó, que desesperado iba á colgarse en la

pri-

primera almena que hallase en la muralla. Vieron salir de carrera al Siervo de Dios Don Geronimo Acebedo, y sus criados: corrieron ellos tambien, y fueron testigos de este suceso. Yo (decia el hombre á Don Geronimo) no sé por donde el Padre Posadas pudo haber sabido mi animo, porque yo á nadie lo comuniqué.

En quanto se ha dicho se ve como lo mas escondido era patente á este iluminado Profeta, á quien revelaba Dios todo genero de secretos haciéndolo universal en los vaticinios. Conocia los hechos pasados: entendia los pensamientos presentes: y anunciaba las cosas futuras. En el uso de este celestial don fue muy rara su humildad, y asi quando hablaba con reflexíon, predecia con ingenioso disimulo las cosas venideras como sucesos que podian acontecer con el tiempo, como lo hacía San Felipe Neri.

CAPITULO XIII.

Anuncia el Siervo de Dios su dichosa muerte: exercicio de virtudes que se le notó, quando ya la esperaba proxíma.

Ya nos acercamos á aquella hora, para este Siervo de Dios la mas feliz, pues como dice San Bernardo: la muerte de los Santos se llama preciosa, (69) porque es fin de los trabajos, puerta de la vida, y entrada á la perpetua seguridad. Dió Francisco muchas señales de que sabia el dia último de su feliz carrera, y lo anunció con varias explicaciones, que aunque al decirlas no se tuvieron absolutamente por predicciones; pero cotejándolas despues con los acontecimientos y sucesos, se vió claro que eran verdaderas profecias.

No obstante que los Religiosos del Convento de Santo Domingo de Scala-cœli, y los que en su Hospicio asisten, tienen su enfermeria y entierro en

el Real Convento de San Pablo, decia el Siervo de Dios, que él habia de morir en su Hospicio. Aseguraba esto con tanta certidumbre, que pidiéndole una de sus hijas espirituales, como reliquia, una medalla de su Rosario, le respondió: *quando yo me muera, la tomará.* Ahora, replicó ella, me la ha de dar Vuesa Paternidad, que quando haya de morir, lo llevarán al Convento de San Pablo, y muriendo allá ¿quien me la ha de dar? ¿Ni como la he de tomar yo? *Yo*, respondió, *aqui he de morir, y no en San Pablo, y entonces la tomará.* Sucedió así: y llegada la hora, pudo aquella muger tomar por su propia mano aquella prenda, como deseada reliquia.

Tambien dixo muchas veces, que su muerte habia de ser repentina, y queriendo una persona muy familiar suya deslumbrarlo de esta viva aprehension, le respondió: *tu lo verás*; como de hecho se verificó. Una de las nobles mugeres, con quien el Venerable Padre tenia parentesco espiritual, fue un dia á pedirle se interpusiese con el Corregidor á favor de un pobre que tenia en la carcel preso. Hallábase á la sazon padeciendo el mal de orina, y no pudiendo baxar á la Iglesia, respondió al que le llevó el recado: *digale á mi Comadre, que siento no poder ir á verla: que me dé ya por muerto, porque muy presto será*: y á los quatro dias murio. Otra muger principal, que en quince años no habia podido cobrar sus rentas, escribió al Siervo de Dios, para que se interesáse con la persona obligada á este pago. Recibió el papel estando en la Iglesia, y dixo, que responderia despues; pero sin haberlo abierto, antes que el criado llegára á la puerta, lo llamó, y dixo: *digale á esa Señora que esto que me dice, lo dé por hecho, y que ya no nos veremos: que yo presto he de morir.* Recibió la Señora la respuesta con admiracion, viendo que el Siervo de Dios, le ofrecia por cierto lo que ella tenia por imposible:

y á los ocho dias sin mas diligencia le pagaron todos los detenidos reditos, siguiendo en adelante pagándole con prontitud sus rentas. Tuvo con este gusto el quebranto de que el Siervo de Dios se despedia de ella, diciendo, no se volverian á ver, como sucedió. Semejantes explicaciones hizo á otras muchas personas, cuyo misterio no conocieron, hasta que lo declaró la muerte.

Pero como el Señor tenia á su Siervo tan cierto de que se llegaba el ultimo dia, en que su infinita Bondad habia de cumplir sus deseos y premiar sus trabajos, hacía lo que San Felipe Neri, que era continuar el exercicio de su caridad con sus hijos, acordándoles que habian de morir. Notáronle que dos años antes les hacia mas vivamente este recuerdo en todas sus platicas. En este tiempo escribió á su Confesor, diciéndole: *voy pasando entre bueno y malo, hasta que llegue la hora, en que quisiera estar bien dispuesto, y sin la nube de mis pecados harto negra, y negros, que se me quitan de delante. Dios me mire con ojos de Padre, ya que yo no lo he mirado con los de hijo.* Hallábase sumamente obligado, y por su humildad nada agradecido, y con la muerte cerca: con que se deshacía su corazon en lamentos, explicando su dolor en gemidos.

En el santo sacrificio de la Misa pedia muchas veces á Dios con llanto, morir de un grande dolor de sus culpas y amor de su divina Bondad. Reveló su Magestad esta peticion á una de las personas, que confesaba su Siervo, y fue diciéndole: »Dile á tu Padre que le concedo lo que me pide.» Dióle cuenta de lo que se le habia mandado, y preguntándole: *¿que es lo que yo he pedido en la Misa?* Respondió, morir con los dos afectos de amor, y dolor, á que dixo: *Es verdad. ¡O si yo lográra tal dicha! Eso es solo lo que con ansia desea mi corazon.* Dió esta respuesta con tantas lágrimas, y sentimientos, que podia enternecer el corazon mas duro.

Es-

Esperaba este fiel Siervo la venida de su Señor con tan resignada humildad, que poco mas de dos meses antes de su muerte escribió á su Confesor asi: *yo estoy en quanto á mi salud cada dia* non sine linea: *esto es: no sin nuevo trabajo. Voy pasando como á media rienda con mis males y dolores de rehumatismo: no salgo de casa; con que estoy preso por deudas, que no puedo pagar, hasta que lo haga el que por todos pagó: y por lo tocante al alma, soy el que soy, y Dios es el que se es.* La consideracion de estas prisiones, que atribuia á sus culpas, lo llenaba de llorosas compunciones. El conocimiento de la grandeza de Dios, de lo nada que lo habia servido, y de lo mucho en que se hallaba adeudado, lo ponia en tanta humildad, que si alguno le preguntaba, como le iba en su mucho padecer, respondia: aqui está esta bestia pagando en la carcel sus pecados. Este Angel era en su estimacion un bruto, y este inocente un reo, que en tan amargas prisiones padecia un santo olvido de sus trabajos y obras: manteniéndolo en esta pobreza de espíritu la viva fe, y esperanza en el Señor, que satisfizo por todos.

En esta cama, que llamaba carcel estaba siempre ocupado: ya rezando: ya leyendo: ya orando, sin saber que hacer para sacarlo de aquella continua meditacion, que le acababa las fuerzas. Para este efecto deseándole alguna diversion un Religioso, formó en la celda una fuente rodeada de macetas de diferentes yerbas, arrimándole un pequeño molino, que herído del agua daba continuas bueltas; pero solo se divertia en lo que alli meditaba, como lo dixo el suceso: pues faltándole el agua, y parándose el molino, dixo á quien estaba presente: *Asi es la vida del hombre. Mira con la facilidad que se para este molinico en faltándole el agua, pues con la misma se llega el hombre al fin de sus dias, y en un instante el que era, ya no es.* Dixo esta sentencia con muchos

chos sentimientos de su alma ; con que lo que inventó la piedad para divertirlo , sirvió de encenderlo mas en su meditacion.

Dábanle los achaques y dolores algunas treguas, en que no sin trabajo podia dexar la cama , no con otro fin , que atender al bien espiritual de las almas , y aun quando mas agravado , sin poderse levantar , decia , si lo llamaban á la Iglesia : *vean si es grave necesidad , porque si lo es , aunque me caiga muerto , saldré á cumplir con mi obligacion.* ¡ O Francisco , quien te separará de la caridad de Christo , quando para ello no tiene fuerzas la muerte ! ¡ Qué caridad puede ser mayor , que la que prefiere el amor del próximo á la propia vida ! No se contentaba con los deseos , que muchas veces , sin poderse tener , baxaba á confesar , y tan gustoso que al descender las gradas de la escalera con su mucha debilidad , solia decirse lo que á los niños. *Anda niño anda , que Dios te lo manda , y la Virgen Maria , que andes cada dia.* ¿ Cómo recibiría su Magestad estos pasos dados por su mucho amor ?

Por este trabajó toda su vida. Dos dias antes que la acabara entró á verlo un Padre Maestro de la primera graduacion de mi Provincia , á quien miró siempre el Siervo de Dios con un especial amor , y hallándolo leyendo en un pequeño libro , le preguntó de que trataba ; á que respondió dándole á leer el titulo , que era : *Dios solo , ó Congregacion , para los intereses de Dios.* Aficiónóse á este libro el referido Padre Maestro , y preguntándole , si se lo queria dar , para leerlo , le respondió con muestras de amor muy tierno : *Daré á Vuesa Paternidad lo mas precioso.* No lo entendió por entonces , pero si despues ; porque á la verdad le cupo en suerte lo mas precioso de este su Santo Amigo , que fue la custodia de su cuerpo , hasta darle sepultura , como se dira despues.

CA-

CAPITULO XIV.

Ultimo dia en que exercita su ministerio apostólico, y dada su última leccion entrega á Dios su bendita Alma.

Ordenó este Siervo de Dios todos los dias de su vida, como si cada uno fuese el ultimo, ocupado siempre en zelar la honra de su Señor. Ahora verémos como empleó su último dia hasta la hora, en que entregó su bendita alma al que la redimió con su sangre. Amaneció el dia veinte de Septiembre de mil setecientos y trece, en que el Celestial Padre determinó dar el mas dichoso fin á este su amado hijo: dia para él el mas celebrado, y para Córdoba su Patria el mas sentido, pues se habia de llorar despojada de un hijo, que le dió el exemplo, la enseñanza, y la mas apreciable honra, con que ilustró sus antiguos blasones. Llegó la hora de celebrar el santo Sacrificio de la Misa; pero aunque se dexa entender quales serian sus afectos dulces, sus raptos extáticos, y los incendios de su amor, por los que dexamos referidos en otros Sacrificios, en que no estaba tan proximo á unirse eternamente con su Dios, no podemos saber quales fueron, porque habiéndose seguido pocas horas despues su último accidente, y su dichosa muerte, no tuvo lugar de declararlos á su Confesor.

Acabada la Misa volvió á la Iglesia á confesar; con que como otro San Felipe Neri sirvió á Dios, y á las almas en el Confesonario hasta el último dia de su vida, y casi hasta la última hora. Estuvo en el Confesonario con semblante alegre, y tan sereno, que se entendió no haber novedad en sus achaques; pero continuó, dando muchas señales, de que aquel era el último dia, en que consumaba el curso de su ministerio. Y habiendo confesado á uno de

sus hijos, le habló asi: *Es preciso decirle la vida que ha de tener, y que es lo que en ella ha de observar: porque mis achaques son mas todos los dias, y yo no sé si podré despues imponerle en lo que ha de hacer.* Señalóle las horas de oracion: los dias de sus ayunos, y disciplinas: los de Confesion y Comunion, y otros exercicios, sin que por ellos faltáse á su primera obligacion, que era el cuidado de su familia. Pero lo mas prodigioso fue lo que prosiguió, diciéndole: *no crea los sueños, sino quando en ellos se le manifestáren sus propios defectos, para que los conozca, y se enmiende: que si despues del sueño halláre ser asi, que ha hecho ó pensado, lo que se le representó dormido, debe entender ser Dios, que le habla en sueños, y no de otro modo, por no ser digno de ello.* Estrañó esta advertencia, porque jamas habia tenido tales sueños, ni otros, de que necesitáse dar cuenta al Siervo de Dios; pero bien lo hubo menester; porque muerto ya el Venerable Padre se le apareció hasta ocho veces estando dormido, pareciéndole en todas, que confesaba con él, y que reprehendiéndole unos defectos, le acordaba otros, que ó no conocia, ó los tenia por tan ligeros, que los dexaba sin escrúpulo. Despertaba del sueño con especial devocion y muchos deseos, de que llegáse el dia para confesar, porque hallaba en su conciencia ser asi todos aquellos defectos, que en el sueño se le habian hecho patentes.

De estas y otras instrucciones pasó á intimarle, que á nadie dixese aquellas limosnas, que por su mano habia hecho. No se contentó su humildad con esconder sus buenas obras en todo el discurso de su vida, y anda al fin de ella con los cuidados, de que no se digan despues de su muerte. No pararon aqui las prevenciones, que á este hijo hizo su Venerable Padre espiritual como tan humilde, que las concluyó diciendo: *mire, que si en su tiempo muriesen algunos con opinion de Santos, los encomiende á Dios,*

y no los venere , ni dé culto como á Santos , hasta que la Iglesia los declare , sino pida á Dios por ellos, y diga las Misas , que pudiere por sus almas. Como en el mismo dia murió su Venerable Padre , conoció este hijo el fin de esta prevencion. Oia las públicas aclamaciones de su mucha santidad , luego que murió : y queriendo obedecer lo que le dexaba mandado , ofrecia sus oraciones , y dió limosna para algunas Misas ; pero ni en unas , ni en otras se podia inclinar á pedir á Dios por su amado Padre , sino á su Padre que rogáse á Dios por él. Asi hizo quanto estuvo de su parte , porque le tuviesen no por Santo, lo que tantas lágrimas le habia costado en toda su vida , sino por pecador , que necesita de sufragios y oraciones. Despidió finalmente á este su hijo encargándole mucho , que á nadie dixese lo que habia pasado entre los dos , y prosiguió confesando á los demas , dando á cada uno los últimos documentos , y exhortaciones á la virtud.

Se notó aquella mañana que mas que otras habia venido mas número de hijos é hijas espirituales, concurriendo tambien una , que por muy enferma no habia ido muchos dias antes , y con mucho trabajo fue aquella mañana , sin saber que la llevaba Dios , para que se despidiese de su Venerable Padre : el que habiéndola confesado , y alentado mucho á que con su cruz camináse , la despidió diciendo : *mire Vmd. el mayor trabajo , que le pudiera sobrevenir segun su genio tan vergonzoso , fuera que la pusiesen desnuda en la plaza á la vista de todos ; pero sepa que con tanto amor de Dios como una pestaña se tapa todo , y se vive en paz interior.* Era esta una gran Sierva de Dios , y las experiencias le habian enseñado que su Venerable Padre le solia prevenir las mortificaciones , que le esperaban : por lo que no extrañó esta prevencion , aunque ninguna conexíon tenia , con lo que entonces le habia comunicado de su interior. Conoció le habia de venir algun trabajo

jo muy grande, y que lo haría mayor su natural vergonzoso, pero baxó los ojos, diciendo: Padre venga lo que Dios quisiere, y hágase en mi su santísima voluntad. No tardó mucho en verificarse la profecia; porque pasados algunos meses se halló de repente entre las mas duras espinas de una gravísima mortificacion, que por su calidad y circunstancias llenára de vergüenza á la persona del mayor desahogo. Ea Padre, decia entonces á su Confesor: esto es lo que aquel Santo mi Padre Presentado Posadas me dixo y anunció: no lo entendi yo entonces, aunque sí conocí que el Señor me habia de enviar algun trabajo muy grande, y asi baxé los ojos, diciendo: Padre venga lo que Dios quisiere, y cúmplase en mí su santísima voluntad. Hízola Dios con grande aprovechamiento de esta alma, que conservando la paz interior en aquella tormenta de tribulaciones, repetia: Señor, sea por tu amor. Este fue el que todo lo tapó, como el Siervo de Dios se lo habia anunciado.

Despedido ya el Siervo de Dios de sus hijos espirituales se entró en su Hospicio á las diez y media del dia, en que mereció sus últimas santas exhortaciones un Religioso Lego, que cuidaba de aquella casa. Hallábase este con pocos meses de profeso, pero muy fuertemente tentado del Demonio, que le sugeria repugnancia al estado y ocupaciones Religiosas: agravándose la tentacion con moverlo á la apostasía. Quiso muchas veces comunicar al Siervo de Dios su tentacion, y pedirle consejo; pero lo detenia el que estaba siempre ocupado, y fatigado de sus tareas apostólicas; pero en este dia sin reparar en esto, se fue á él, quando entró de la Iglesia, diciéndole: si queria oirle un cuidado que tenia en su conciencia; respondióle el Siervo de Dios, que lo haria con mucho gusto: y sentándolo á su lado le descubrió este enfermo su llaga, y se la curó con tan medicinales consejos, que desde aquel ins-

tante cesó su tentacion sin haberla vuelto á padecer mas.

Eran ya las once y media del dia, quando concluido totalmente el santo ministerio, en que lo puso Dios, pasó de aqui á la mesa, el que en ella fue llamado de la divina bondad á la Cena grande del Evangelio, para donde él habia convidado á tantas almas. Tomó algun alimento aunque muy poco. Dieronle un vizcocho, que lo mojáse en agua, y con él en la mano se quedó sin habla ni movimiento, acometiéndole un accidente, que lo dexó como mortal. Fue repentina la enfermedad, pero no la muerte, que tantas veces profetizó, dando señales de que ya instaba su hora. Viendo el Religioso que le asistia tan lamentable novedad, comenzó á dar turbadas voces. Acudió con otro el Prior de su Convento de Scala-cœli, que por acaso se hallaba alli; y no lo pudieron ver, sin tan grande pena de su corazon, que hizo correr las lágrimas. ¿Pero que mucho, si perdian un Padre tan amoroso, un exemplar tan santo, un amigo tan bueno, y un hermano tan querido y venerado de todos? Llamábalo el Prior, y viendo que no respondia, el que siempre estuvo tan pronto á oir lo que le mandaban sus Superiores, crecian los sentimientos por la poca esperanza de tan importante vida.

Mandó mudásen la cama á una celda baxa, quedándose él arrimado al Venerable enfermo. Hecha la cama le quitaron la capilla; pero por mas que hicieron, no fue posible despójarle el santo Escapulario, siendo mas facil quitarle este que aquella; porque quiso Dios que como tan gran Religioso muriese con la bendita insignia de su interior pureza. Entróle un sudor muy copioso, y entre dos lo llevaron á la cama, donde hasta morir permaneció con su santo Habito. Dióse aviso á los Médicos, y Religiosos del Convento de San Pablo, y acudieron los unos y los otros con mucha celeridad y dolor.

Exá-

Exâminaron la especie del accidente, para no arriesgar la medicina. Entendieron unos ser insulto apoplético; pero no se oponian al dictamen de otros, que decian ser rapto del divino amor. Y á la verdad no lo dudará el Lector, si recuerda los muchos éxtasis, en que arrebatada esta bendita alma, dexába el cuerpo sin movimiento, los sentidos sin uso, y el rostro de color cárdeno con mortal sudor. ¿Quien podrá contradecir que esta causa sobrenatural excitáse la natural de este accidente? ¿O qué mucho muriese de amor, el que de amor enfermó tan gravemente?

Fue pues la primera diligencia recibir la santa Extrema-Uncion, á que se siguió la aplicacion de algunos remedios, sin que los Médicos se apartásen ni un instante del Venerable enfermo, deseando contribuir quanto pudiesen al reparo de aquel, cuya muerte habia de costar tantas lágrimas. Sangrado de un brazo, fue menester arrimar á un lado el Escapulario, baxar la saya, y tirar de la ropa para descubrir la espalda, donde le sajaron unas ventosas, de las que corrió la sangre, que mojó el Habito y ropa, con la que hizo despues la devocion muchas reliquias. Creyendo los Médicos á las dos de la tarde, que ya llegaba á su fin aquella bendita vida, le encomendó un Sacerdote el alma: le absolvió en virtud de la Bula de la Santa Cruzada, privilegios de la Religion, y de la Cofradia del Santísimo Rosario, y sin mas dilacion se le cantó el Credo. Sosegóse algo, y lo volvieron á cantar á las cinco y media de la tarde, en que se estrechó segunda vez: mas habiendose tambien aquietado, siguieron las jaculatorias en hymnos salmos y versos, que explicaban los afectos hácia el divino amor, y camino á la patria celestial. Pero el que estuvo inmoble, y como insensible á las sajas, no lo estuvo á las dulces heridas, que aquellas amorosas voces abrian en su corazon, como lo notaron los Religio-

sos

sos mas inmediatos, que observando con mucha atencion, no dudaban, que el Siervo de Dios entendia quanto se le decia; porque en algunos versos se le alteraba repentinamente la respiracion con señales en su semblante, como de quien se esforzaba con mucho conato á obrar con todas sus fuerzas los afectos, á que era movida su alma.

Se confirmaron en este conocimiento con una accion maravillosa, y fue que postrando la rodilla uno de los Médicos, le tomó una mano, y se la besó; mas queriéndola poner sobre sus ojos, la retiró el humildísimo enfermo, poniéndola sobre su pecho. Lo que visto por otro de los Médicos, dixo: no ha executado otro movimiento desde que entró en la enfermedad. Toleró la primera reverencia, que se le hacía como á Sacerdote, pero no la segunda como á Santo, huyendo en la muerte, lo que tanto repugnó en la vida; que como dice el Espíritu Santo: (70) muere el Justo en la santidad y justicia en que vivió. Juzgaron algunos que ya habia espirado; y se arrojaron á despójarlo del Santo Crucifixo, y vela del santísimo Rosario. No lograron este piadoso robo sin costarles mucha fuerza abrirle las manos; pero volviendo á correr la respiracion, se las restituyeron, y recibiendo el Siervo de Dios la Imagen del Crucifixo, cerró la mano, y apretó el puño, señales que indicaban tener libre el conocimiento, y estar asistido de Dios.

Cantáronle últimamente el Credo á las siete, con las demas deprecaciones, que acostumbra mi Religion: y en esta hora entregó este humildísimo y fidelísimo hijo en las manos del Padre celestial su espiritu plácidamente con amable serenidad. Dió dichosamente la vida en el mismo lugar, donde habia dado á Dios tanta gloria; y si al entrar en él le señaló un Angel la Cruz, cuyo peso llevó con tanto amor hasta morir, ¿quantos baxarian de la Corte celestial á recibir su alma monstrándole la corona,

na, que habia labrado con sus trabajos? Una Sierva de Dios, que á la sazon oraba por este su Padre espiritual en la Iglesia de su Hospicio, fue movida á volver los ojos hácia el patio, donde vió un hermosisimo globo de luz, que á manera de lecho esperaba recibir aquel feliz espiritu. Asi Dios, antes que sus llorosos hermanos previniesen el feretro para llevar á la tierra su venerable cadaver, tenia alli preparada una celestial carroza de soberanas luces, en que recibiesen y llevásen su alma los Angeles, á recibir la corona. Voló últimamente como Paloma á su eterna mansion, dexando á los que se hallaron en su tránsito en un sentidísimo silencio, callando los labios; pero clamando los ojos, cuyas lenguas eran las lágrimas, que arrojaban los corazones afligidos. Contristaba á los seglares la perdida de un Padre tan amable, prudente, piadoso, y benigno. Lloraban los Religiosos la falta de un hermano tan amado y exemplar; y todos reverentemente postrados labaron con lágrimas del corazon sus benditos pies, que asi lo merecian, por haber dado tantos exemplos como pasos.

CAPITULO XV.

Recoge la piedad sus Reliquias, y es trasladado su venerable Cadaver al Real Convento de San Pablo. Dáse razon de todo lo que ocurrió hasta concluir su entierro.

Aquel Padre Maestro, á quien dos dias antes habia ofrecido el Siervo de Dios le entregaria lo mas precioso, cuidó se cerrasen las puertas de la calle; porque si se extendia la noticia de la enfermedad, el concurso impediria las curaciones. Luego que espiró, explicaron todos los grandes deseos de lograr alguna reliquia, andando á saco por aquella pobre celda, recogiendo cada uno lo que podia. Labado

ya

ya y vestido el bendito cuerpo por solos Religiosos, se dieron providencias de trasladarlo al Real Convento de San Pablo, antes que el numeroso concurso hiciese intransitable la estacion. Pero aunque aun no se habia comenzado el doble por la campana, quando abrieron las puertas del Hospicio, se hallaron con un numerosísimo concurso, que por instantes se aumentaba. Y antes de mover el venerable cadaver llegaron el Corregidor, Alcades mayores, muchos nobles, y hombres principales prevenidos con luces, con que alumbraban el venerable cuerpo hasta el Real Convento de San Pablo. Llevábanle los Religiosos, y acompañaba la multitud de gentes, rezando el Rosario: que como tanto extendió esta devocion en vida, quiso Dios le acompañasen con la misma en su muerte.

Pero fue cosa digna de admiracion ver en tan gran concurso el universal silencio, con que todos caminaban, siguiendo á un difunto Padre tan venerado y querido. No gritaban los labios, lo que gemian los pechos, porque como asombrados con la pena se miraban unos á otros, y enmudecian. Asi compuso Dios en sus corazones unos afectos al parecer contrarios; porque ni los sentimientos eran sin gozos, ni sin alegria las lágrimas. Se alegraban de su muerte, entendiendo el sumo bien, que gozaba, y lloraban la mucha falta que hacía: que asi se siente la muerte de los Santos. A muchos consoló Dios con una suavísima fragrancia, que percibieron al pasar el venerable cadaver, y otros admiraron su rostro cubierto de resplandor. Salian las mugeres á las puertas y ventanas, poblando el ayre de suspiros. ¡O bendito sea Dios, que crió tal Santo! Decian unas. Otras: ¡ah que nos falta el consuelo de las almas! Otras: ¡Que dolor, que falta en la Ciudad el Padre de los pobres! Y todas clamaban: *Santo mio, Santo mio.* Con estas aclamaciones á las diez de la noche entró en el Convento comen-

zando al punto el doble de la campana.

Fue menester mucho cuidado para defender el bendito cuerpo de las devotas invasiones de los fieles; por lo que se llevó al Oratorio de casa de Novicios, donde custodiado de Religiosos, estuvo aquella noche con el rostro descubierto, y agradablemente hermoso, conservándose hasta cerca del medio dia siguiente flexîble tratable y con color como si estuviese vivo, de que se hicieron repetidas experiencias por Médicos y Religiosos. Aun antes que amaneciese el siguiente dia, rompieron el silencio de la noche los tristes ecos de las Campanas de todos los Conventos de la Ciudad sin haberles pedido esta demostracion. El Ilustrísimo Cabildo de la Santa Iglesia mandó se hiciese en ella aquella señal distinta, que es reservada para principiar el doble en la muerte de los Señores Obispos, á que se siguió el de todas las Parroquias, Congregaciones y Hospitales, durando este general y continuo lamento todo aquel dia hasta entrada la noche.

Aun no habia amanecido, y ya era grande el concurso de gentes, que con santa impaciencia esperaban se abriesen las puertas, para ver el bendito cuerpo del que amaron como á Padre. Juntáronse en la Iglesia muchas Señoras de la mas ilustre sangre, y pudieron conseguir que, entrando en la Sala Capitular del Convento, se les sacáse por dos veces el bendito Cadaver, por una puerta, que entonces tenia correspondencia con el Oratorio de la casa de Novicios. Asi desahogaron algun tanto su devocion, llorando sobre el cuerpo, y tocando en él sus Rosarios. Se abrieron últimamente las puertas del Convento, y fue tanta la multitud y desorden de la gente, que acreditó el acierto de haber asegurado tan bien el cuerpo venerable. Defendian la puerta de la casa de Novicios el Corregidor Alcaldes Ministros, y muchos Caballeros; pero eran tan fuertes los impetus de la devocion, con que la embestian,

que

que temiendo los Religiosos la rompiesen, hicieron por la parte de adentro muro de sus personas, para impedirlo: pero ni esto ni la diligencia de aplicar un palo, que la sostuviese, bastó; porque levantando la puerta de quicio, y quebrando algunos de sus goznes, dieron con ella en tierra.

Entraron quantos pudieron; pero llegando á la puerta del Oratorio, donde estaba el venerable Cadaver, no la violentaron, conteniendolos el respeto de aquel santo relicario: contentándose con mirarlo, y clamarle por las rejas. Salieron al patio, y claustros del Noviciado, á donde se habia sacado aquella noche el cuerpo, por la mucha sangre liquida, que por las cisuras y saxas de las ventosas corria: y viendo los ladrillos teñidos, y salpicados de ella, los arrancaron, contendiendo entre sí, sobre quien se habia de llevar aquellas reliquias. Se extendió la voz, de que el venerable difunto despedia tambien mucha sangre por narices y boca: y no es decible la piadosa ansia, con que la solicitaban, dando sus pañuelos, para que los tiñesen en aquel bendito licor. No los engañó su devocion; porque con esta sangre vieron despues muchos y muy patentes milagros. Las Religiosas enviaban cestas llenas de Rosarios, para que los tocásen en el venerable cadaver.

Aunque era tanta la confusion, dió el respeto paso al Señor Obispo de Buenos Ayres del Orden de la Santísima Trinidad, que se hallaba en Córdoba, disponiendo su viage para su Iglesia: este Ilustrisimo Obispo con los Inquisidores Apostólicos, algunos Prebendados de la Santa Iglesia, y Ministros de otras Religiones entrando donde estaba el venerable cuerpo devotamente postrados le besaron los pies. Entró tambien un Pintor, enviado por el Intendente de la Ciudad, para que copiáse el venerable rostro del Siervo de Dios; y luego que puso en él los ojos, comenzó á derramar muchas lágri-

gri-

grimas , porque se le representó la frente de color mucho mas claro , que lo demas de su rostro , en que entendió señalaba Dios con aquella claridad la apostólica luz de su predicacion : cuya vista con esta inteligencia suscitó en su corazon tales afectos , y lo movió á tal llanto , como vieron los presentes, y él confesó despues , le hubiera sido imposible hacer el retrato , si Dios no lo hubiera sosegado.

En esta mañana dió la siempre insigne Ciudad de Córdoba un calificado testimonio del mucho amor y veneracion , que profesaba al Siervo de Dios : pues no ignorando ser costumbre enterrarse en sepultura comun todos los Religiosos del Real Convento de San Pablo ; no obstante haber no pocos florecido , y aventajádose en las virtudes , acordó en su sala Capitular , que interviniendo peticion al Prelado , y consentimiento del Convento se dispusiese á costa de la misma Ciudad un sepulcro mas decente , donde con mas seguridad se guardáse , y en todo tiempo se distinguiese de todos este venerable Cuerpo : en cuya execucion pasó el nobilísimo Senado á hacer esta peticion al Prior : y convinieron en que se le señaláse sepultura distinguida con boveda de ladrillo , y caxa muy decente forrada interior y exteriormente de seda , con dos llaves , de las que se llevó una , quedando el Convento con otra.

No pasarémos en silencio una cosa singular y misteriosa , que ocurrió en esta separacion de sepultura para el Venerable Siervo de Dios , y fue : que el sítio elegido fue el de las dos sepulturas de aquellos dos Maestros , que tanto se opusieron , á que Francisco vistiese el Habito , por ser hijo de una pobre vendedera , aunque de sangre noble : con cuya ocasion le dieron tanto que padecer ; por consiguiente fue menester sacar los huesos de los dos , que tanto repugnaron su compañia en la Religion. Salieron estos , dexando el lugar , que aquella les habia dado , para que lo ocupáse el que habian persegui-

do. Si estos huesos aridos recibiesen el espíritu de vida, como los que vió en un campo Ezequiel, (71) ellos se conmovieran con mucho gusto, y se arrimaran á un lado, para que entráse tan venerable Cadaver, honrándose mucho con lo que se executó por casualidad: y fue que los huesos de cada sepultura los arrimaron á los dos lados de la boveda; con que no fueron excluidos, sino honrados, cogiendo enmedio por disposicion divina, al que no querian junto á sí, gobernados por prudencia humana.

En la tarde, que habia de ser el entierro, fue tan crecido el concurso, qual jamas se vió en Córdoba, ni con motivo de devocion ni de diversion. Acudieron sin convite los Inquisidores apostólicos las Dignidades Canonigos y Prebendados de la Santa Iglesia Catedral. Vinieron todas las sagradas Religiones en plenas Comunidades, y todos los Eclesiasticos, de que se compone el numeroso Clero de la Ciudad. (No se eche menos al Señor Obispo, porque era en sede vacante.) Con anticipacion se entraron en el Convento el Corregidor Alcaldes y Ministros de Justicia, encargados todos de la custodia del bendito Cadaver, que siempre se temió su despojo con el gran deseo de sus reliquias. No faltó el grande y decoroso número de la nobleza, ni el de todos los de primera distincion, á que se agregaba la multitud del pueblo: tanto, que no cabiendo en la dilatada espaciosidad de los claustros cruceros y patios ni en la capacidad de la Iglesia, gemia mucha gente en la calle con los fervorosos deseos de entrar. No era la admiracion sin ternura de propios y extraños, viendo la general mocion, que Dios habia obrado en los corazones, para mas honrar á su Siervo en su muerte, y para que en ella fuese como en vida honrado de mi Religion. Viéndose aqui cumplido, lo que á un Religioso dixo uno de los primeros Confesores del Siervo de Dios,
viéndo-

viéndolo pasar por una de las salas del Crucero. ¿Ve (dixo) al que va por alli? pues en el dia de su muerte hará mucho ruido en este Convento.

Instaba ya la hora del entierro, y aqui fue la mayor confusion. Los Prelados de las Religiones, que con mucha dificultad habian entrado, y esperaban en el Oratorio, lo recibieron sobre sus hombros, y saliendo, los cercó un gran número de Religiosos de todas Ordenes, que devotamente contendian sobre quien se habia de acercar mas al féretro, para lograr alguna reliquia de su ropa. No fue posible, que las Religiones formáran Coros, ni que la Música pudiese entonar un verso. El Preste y Ministros se vieron obligados á retroceder desde el principio del claustro, y salir por la Sacristia á la Capilla mayor, á esperar el venerable Cadaver, que iba por los claustros seguro de caer en tierra este humildísimo y evangélico grano de mostaza, por la estrechez y multitud de los que le llevaban. Se oian las voces de muchos, que decian, no volverian á sus casas sin llevar reliquia del Santo. Gozábanse en cortarle pedazos de su Habito y capa: contentábanse otros con tocar sus Rosarios, y otros se tenian por felices, si tocaban con la mano el féretro.

Con estos y otros afectos de christiana piedad seguia el entierro entre aquella multitud. Llegaron á la Capilla mayor con el venerable Cuerpo casi desnudo, descubriéndose por algunas partes sus benditas carnes, y descalzos sus pies. Pusieron el féretro en la Capilla mayor, y aqui estuvo el mayor riesgo: porque poniendo la devocion á algunos como dementes, intentaron cortarle dedos de las manos, sacando para ello ya instrumentos, pero el Preste, que lo era aquel Padre Maestro, de cuyo cuidado corria lo mas precioso, impidió no sin violencia el impetu de aquella devota osadía. Oíase el rumor de querer dividir el venerable Cuerpo, y ayudados de los Jueces nuestros Religiosos vencieron la

gran

gran dificultad de entrar el féretro por la puerta del Presbiterio á la Sacristia. En esta aclamacion pusieron á Francisco sus virtudes, subiendo y volando sobre todos.

Asegurado asi el venerable Cuerpo, se echó la voz, de que el entierro se dexaba para el dia siguiente, y comenzó á desahogarse la Iglesia. Vistieron aquella noche el casi desnudo Cadaver: y retirado todo el concurso, solo quedaron muchos Nobles, que entendiendo en aquella difundida voz el animo del Convento se quedaron toda la noche en nuestro Capítulo. En ella se dispuso enterrar de secreto el venerable Cadaver á la hora del Alva: á lo que asistieron solamente los Religiosos y referidos Nobles. Se entró la caxa en la boveda, y al dar en ella un pequeño golpe, se oyó un espantoso trueno sobre el Convento, que atemorizó á todos, sin haber oido ni antes ni despues otro alguno, ni haberse notado en el Cielo señal alguna de tormenta. Cerróse la boveda: y llegado el dia, y abiertas las puertas, se arrojó un gran concurso, que esperaba entrar al entierro; pero sabiendo estaba ya hecho, corrieron al Capitulo, llorando sobre la sepultura, y recogiendo por reliquia la tierra y polvo que pudieron.

Corrió la voz por el pueblo, y lloró Córdoba su orfandad con muy sentidos lamentos, y con muy justos motivos; porque en la muerte de Francisco habian perdido los Jueces al Zelador de la Ley: la Republica, al que la regía con sus consejos: los Nobles al que ordenaba sus pasos: los plebeyos, al Moderador de sus opresiones: los deseosos de la vida devota, al Preceptor: las Virgenes, al Maestro de la castidad: los Eremitas, al que añadia á sus alas muchas plumas para volar al desierto: los Religiosos, á su Juez, cuya santa vida era un continuo fiscal: lloraban los alegres, porque habian perdido el freno: los tristes el alivio: los ancianos el ba-

baculo : los Jóvenes el Pedagogo : los Pobres el Limosnero : los Ricos el fiel Dispensador de sus bienes en el socorro de las necesidades : las Viudas á su Patrono : los hijos á su Padre : los Hermanos á su consuelo : los enfermos al Médico que les anunciaba la vida y salud : y en fin los pecadores al que á todas horas tenia abiertas sus puertas para recibirlos con paternales entrañas.

Pero quien mas tuvo que llorar fue su amante Madre mi Religion, que como otra Raquel no hallaba consuelo en la muerte de tal hijo. Dió noticia á todo el Reyno de su dolor en una carta circular con un breve compendio de sus exemplares virtudes : á que llegándose la general opinion de su santidad, aumentaban todos las ternuras con sus pesares. Recogióse toda la pobre ropa de su persona y cama, y todo se hizo menudos pedazos, sin quedar en el Hospicio cosa que le hubiese servido, que no la apreciáse mucho la devocion. Y asi fue preciso hacerlo; porque los Señores Obispos, Presidente de Castilla, Grandes de España, y personas del primer caracter de todo el Reyno, escribian al Prior del Real Convento de San Pablo, pidiendo con mucha instancia alguna reliquia.

Ultimamente la Nobilísima Ciudad de Córdoba, que con tanto cuidado zeló la perpetua memoria del Siervo de Dios su patricio, puso sobre su sepulcro una losa de jaspe con el siguiente Epitafio, que traducido del idioma latino al Castellano dice asi:

¿Quien es? ¿Lo ignoras? ¡Ay de mi! Un tesoro,
Que de Francisco en el cadaver vive,
Y el Cielo en ese jaspe sobre-escribe
Fervor, prudencia, integridad, decoro.
Por su parto y su amante triste lloro,
Dos veces hijo Córdoba le escribe:
Y Domingo su Padre le recibe
En silla, si no igual de su alto Coro.

Pro-

Pronunciados, é impresos los sudores
De su lengua y su pluma la victoria
Cantáron del Averno, y los honores,
Que en Mitras despreció, aun la mas notoria.
Pasagero detente: no, no llores
Su muerte, sino el fin de nuestra gloria.

Murió el Siervo de Dios de edad de sesenta y nueve años menos dos meses, y cinco dias en el veinte de Septiembre de 1713.

CAPITULO XVI.

Admirables señales que el Señor dió de la gloria de su Siervo.

No ama Dios á los Santos como el hombre á sus amigos, á quien la muerte los borra de su memoria: con que mueren en sí y en los corazones donde vivian, sin verse en ellos señal alguna, que les haga presentes las finezas, que les debieron. No padecen esta infelicidad los amigos de Dios, que viven en su eterna memoria: que aunque la tierra encierre sus cuerpos, hace el Señor en el Cielo, y en la misma tierra patentes las señales de su gloria. Asi lo hizo con Francisco de muchos modos, de los que por la brevedad referiré solo algunos.

Doña Isabel, y Doña Juana Perez en la misma noche y hora en que murió el Siervo de Dios, (de que no tenian noticia) vieron hácia el Hospicio una luz muy grande y resplandeciente, que les causaba gran espanto: y aunque al principio la miraban con temor, pero este se convirtió despues en tan dulce alborozo del alma, que no acertaban á dejar el sitio, por no perder tan peregrina vista. Corrió por la mañana la funesta noticia de haber muerto el Siervo de Dios, y aunque oyeron haber sido á la misma hora en que habian visto la luz, no hicieron este

re-

recuerdo ; antes dadas al sentimiento, y llanto, decía Doña Isabel en su interior : cierto que para ser el Padre Posadas persona tan señalada en virtud, no he oido decir nada, que se haya visto en su muerte como en la de otros Santos : y entonces oyó una clara voz, que le dixo : lo que tu viste á noche fue por eso. Esta voz satisfizo á otra dificultad, que desde la misma noche tuvo esta muger, y fue que oyendo el doble de la campana del Convento de San Pablo padeció mucha pena ; pero no pudo vencerse á enconmendar á Dios el alma de aquel difunto ; (no obstante que tenia costumbre de hacerlo ; luego que oia hacer señal por alguno) porque aunque ignoraba quien era el muerto, sentia en sí una satisfaccion muy firme, de que aquella alma no necesitaba de sufragios. Salió pues con aquella voz de estas dudas causando ella misma muchos afectos en su alma.

Las familias que estaban en las puertas de sus casas en la calle de la Esparteria se asombraron viendo correr por ella de repente una imponderable claridad, y atemorizadas se entraron en sus casas ; pero volviendo á salir se preguntaban, que seria tan repentina y extraña luz á aquella hora. Levantaron los ojos al Cielo, y vieron en él un hermosisimo lucero sobre la plaza de la Corredera de un tamaño mayor que una taza. Al verlo entre otros Don Martin del Pozo, dixo : Señores alguna novedad muy grande ha sucedido, ó va á suceder en Córdoba : á cuyo tiempo pasaron dos hombres diciendo, habia muerto el Padre Posadas : con lo que cesaron las dudas. Otras muchas personas vieron este lucero sobre las plazas de San Salvador, Corredera, de Almagra, y calles de Esparteria, Almonas, y de San Pablo : queriendo el Cielo que en estos lugares principalmente apareciese esta luz, donde habia sido mas continua su predicacion. La misma luz vieron muchas personas el dia siguiente, saliendo de oir Misa de la Iglesia de Nuestra Señora del Socorro conti-

tigua á la Plaza de la Corredera cerca del medio dia, estando el Cielo sereno, y alumbrando el Sol con la actividad que suele estar en el estío.

No solo en el Cielo, sino en la tierra confirmó Dios con otras señales en algunos la general y piadosa fé, con que todos creyeron la gloria de su Siervo. Un Religioso de la Orden de mi Seráfico Padre San Francisco que se hallaba en la Ciudad de Ubeda, luego que tuvo noticia de la muerte del Siervo de Dios, fue poseido de mucho sentimiento, pero no de menos gozo considerándole con la corona de sus muchos méritos. Quiso no obstante encomendarlo á Dios, diciendo por su alma el Responso *Ne recorderis* &c; pero siendo tan usual enteramente se le borró de la memoria, sin ocurrirle ni una palabra, y solo se le ofrecía á la memoria el Cantico: *Te Deum laudamus*. Porfiaba en querer decir el Responso; pero no solo no le ocurria, sino que lo repugnaba su corazon. Abrió el Breviario, y no lo pudo leer sin notable violencia de su alma, dexándole este suceso tan cierto de su gloria, como deseoso de verlo en los altares.

Don Juan de Muro á pocos dias de muerto el Siervo de Dios, pasó por el Capitulo, y acercándose á su sepulcro con animo de pedir por él á su Magestad, diciéndole el Responso, que comienza: *Memento mei Deus*: prorrumpió sin saber como en aquel verso: *Exultabunt Sancti in gloria, lætabuntur in cubilibus suis*, Los Santos saltarán de gozo en la gloria, y se alegrarán en sus mansiones. Volvió en sí: y conociendo involuntaria y misteriosa su equivocacion, dixo: pues lo dicho dicho: *Exultabunt Sancti in gloria.* Sucedió á estos con Francisco lo que al Abad Jacobo Crescencio, y á Marcelo Vitellesqui con San Felipe Neri, que queriendo el primero decir una Misa de *Requiem* por el Santo, no pudo sin mucha repugnancia de su corazon, y el segundo al decir el Salmo *De profundis*: prorrumpió

en

en el *Laudate Dominum omnes gentes.*

No faltó tambien quien murmuráse de Francisco despues de su muerte, aunque Dios le dió, no el castigo, sino el desengaño, acreditando la gloria de su Siervo. Fue el caso, que viviendo el Siervo de Dios le pidió cierto hombre con grandes instancias recibiese la limosna de una Misa, y la aplicase por la salud de su Padre, que estaba desahuciado de los Médicos. No quiso tomárla, sino le respondió: *déxelo, dexe salir á su Padre.* Volvió á clamar, como que no dudaba que si el Siervo de Dios ofrecia el Sacrificio sanaria el enfermo; pero el Venerable Padre se negaba, como que sabia que era infalible la muerte, aun antes de poder celebrar la Misa: pues siendo esta contienda al fin de la tarde, murió el enfermo á las doce de la noche: y asi se lo dió á entender con claridad, repitiéndole: que lo dexáse salir de este mundo, y ofreciéndole que lo encomendaria á Dios y á su Santísima Madre. Debiera este hombre resignarse en la divina voluntad; pero se dexó poseer tanto de su mal fundada quexa, que con esta ocasion sembró el Demonio en su corazon un odio mortal contra el Siervo de Dios, como si le hubiese hecho una grande ofensa en no haber tomado aquellos dos reales para la Misa. Murió Francisco, y no quiso creer en su santidad, antes miraba con enfado las aclamaciones de su dichosa muerte, diciendo: que el Padre Posadas habia sido un hombre como todos.

Despues de dos meses debió á la divina misericordia el reparo de su conciencia en la siguiente vision. Acostóse una noche, y dormido le cogieron un brazo sin ver á nadie, y le sacaron de la cama á un corredor, diciéndole: Ven, que está aqui Posadas. Alli vió brillar el Cielo con una luz mas clara que la del Sol al medio dia. Entre estos resplandores estaba la Reyna de los Angeles en el modo que la representa la Imagen, que el Siervo de

Dios puso en su Iglesia : á su derecha San Antonio, y á la siniestra el Venerable Padre con su Habito. Vió tambien otras personas, que no conoció con vestiduras muy cándidas. Quando mas embelesado gozaba de esta vision, oyó que el Siervo de Dios comenzaba una plática con palabras tan santas y dulces, que arrebataba todos sus afectos, encareciendo las misericordias de Dios, y celebrando á su Santísima Madre. Dió fin á su Sermon, con un exemplo de una persona, que por el interes de una monedilla cometió una culpa grave : con lo que se llenó de tanta admiracion todo aquel celestial auditorio, y el mismo á quien se hacía esta vision, que todos aun tiempo como asombrados dixeron : *Jesus, Jesus, Jesus.*

Acabada la plática se volvió el Siervo de Dios á este su enemigo, y le saludó con mucho amor, á que correspondió él pidiendo le perdonáse su enemistad y enojo. Perdonóle Francisco, y habiéndolo consolado se despidió de él con muestras de mucho agrado. Desapareció la vision, y vuelto en sí fue tanta la alegria de su alma, y tan tierno el amor de su corazon al Siervo de Dios, que no tenia voces para explicarse. Confesó y lloró la grave culpa de su mala voluntad á Varon tan Santo, sintiendo en su alma haberle tenido por pecador.

Un hijo espiritual del Venerable Padre no osaba decir una admirable vision, con que le favoreció el Cielo : pareciéndole que su declaracion era en perjuicio de la humildad, y que á él lo tendrian por bueno. Comunicólo á su Confesor, y este le obligó á que lo participáse por escrito, y fue en esta forma : Estando en oracion, sintió vivos desos de saber el estado, en que se hallaba su amado Padre espiritual, el que se le apareció sumamente hermoso y muy resplandeciente. Coronaba su cabeza una guirnalda como de brillantes y preciosas piedras. Tenia en su mano diestra un Rosario, que cada cuen-

ta

ta parecia un muy vivo lucero, y en la siniestra una palma, cuyas hojas eran como rayos de luz. Juzgó desfallecer con tan soberana vision; pero alentándolo el Señor, preguntó: ¿Padre mio, estais en la gloria? *Si hermano*, le respondió. ¿Gozais de muchos grados de gloria? *Muchos.* ¿Quantos serán? *Tanto quanto fui humilde en la tierra, tanto el Señor me ha premiado en su gloria. Sea bendito el Señor por tan altas misericordias.* Omito los afectos que esta vision causó en su alma, y solo diré, que en muchos dias no podia volver en sí, ni pudo jamas olvidar el suceso.

CAPITULO XVII.

Refiérense algunos de los muchos milagros, que el Señor obró por la intercesion de su Siervo despues de su muerte, invocándolo, ó aplicándose sus reliquias.

Pasaría este volumen los límites de compendio, si hubiéramos de referir con extension los casi inumerables prodigios que Dios se sirvió obrar por medio de su Siervo despues de su muerte con los enfermos, que en sus aflicciones acudieron á él con fe y confianza de hallar el remedio de sus enfermedades y el consuelo en sus angustias. No obstante por satisfacer á los deseos de los piadosos Lectores, y avivar en ellos la devocion y afecto hácia este Venerable Siervo de Dios referirémos algunos de aquellos, en que mas visiblemente apareció la mano de Dios, obrando maravillas por este su Siervo.

Doña Francisca de Córdoba Vizcondesa de Miranda, á quien en vida ofreció el Siervo de Dios no le faltaria jamas, padeció de repente una grave enfermedad de *colera morbus*, que la puso en gran peligro. En esta afliccion llamó á su venerable Compadre, pidiendo, que le cumpliese lo que le habia pro-

prometido de no faltarle en sus trabajos, y volviendo casualmente los ojos lo vió patente á la cabezera de la cama, y oyó que hablándole con clara voz le dixo: *yo no falto á socorrerte*: y al instante se halló tan buena, como si tal accidente hubiera padecido.

Doña Lorenza Fernandez de Lara desahuciada del Médico, la dexó como irremediable de un muy grave dolor de costado; pero en la noche en que se hallaba ya en las últimas agonias de la muerte, dos nietas suyas le pusieron en la boca unas hilas del Habito del Siervo de Dios mojadas en agua, y al punto se sosegó y quedó dormida, y despertó sana diciendo: se me apareció el Padre Posadas con rostro hermosísimo, y alegre diciéndome: *no tengas cuidado, que sanarás*: lo que acreditó el hecho, pues á los tres dias andaba con libertad y vigor.

A la hora de las diez de la misma noche, en que falleció el Siervo de Dios, auxîliaban para morir y cantaron el Credo dos Religiosos á Maria de Mata: en tan inminente peligro la tenia un copioso y repetido fluxo de sangre por la boca, por lo que el Médico la habia deshauciado. Hallándose en esta afliccion, entró Pedro Martinez, diciendo: pónganle este Rosario que acabo de tocar en el cuerpo del Padre Posadas, que es un Santo: y con él levantaron todos la voz diciendo: *Santo, Santo bendito.* Tomó el Rosario Francisca de la Mata hija de la moribunda, y le dixo: madre reciba Vmd. este Rosario con mucha fe, que está tocado en el Padre Posadas, que es un Santo. A que ella respondió: échamelo: novedades de Córdoba. Buen christiano si; pero Santo no. Recibiólo sin confianza, ni fe: y al punto se comenzó á abrasar desde el cuello al vientre, todo lo que cojia la reliquia, del que no creia ser Santo. A poco tiempo le preguntó la hija, como le iba con el Rosario, á lo que dixo: quitamelo que me abraso con él desde que me lo pusiste. ¡O madre!

dre! le dixo : eso es porque Vmd. no lo recibió con fe. Invóquelo Vmd. por Santo, y muy Santo, en su corazon : y entonces poniendo la mano sobre el Rosario dixo : Dios mio, perdonadme, que no lo he hecho con mala intencion. Santo mio de mi alma: Santo, y muy Santo. Al pronunciar la última palabra se le quitó el ardor, se halló en buena disposicion, pidió de comer, y no le volvió el fluxo. Vino por la mañana el Médico, y admirado preguntaba : ¿Que novedad es esta? Le dixeron es primeramente de Dios, y despues del Padre Posadas. Quedó buena, pero á pocos dias le sobrevino otra enfermedad de perniciosas tercianas, de que el Médico la desahució. En esto llegó el dia en que se lleva del Hospicio al Convento de San Pablo la Imagen conocida, por la *Virgen del Padre Posadas*, y en su vispera entró á la enferma un síncope, que reconocido por el Médico, dixo : no tiene remedio: se va : salió del otro peligro, pero no saldrá de este. Madre le dixo entonces la hija encomiendese Vmd. muy de veras al Padre Posadas, que quien hizo aquel milagro, hará este. Oy llevan á su amada Virgen á la Iglesia de San Pablo, porque mañana se célebra su fiesta, y lo veran muchos Justos delante de su Paloma, (no se engañó que asi hubo quien lo viese.) La exhortaba á que lo llamáse con mucha fe, hízolo asi, y al punto se le quitó el síncope, quedó buena de todos sus males, pidió de comer á la media hora, no le repitió mas terciana, y á la que daba el Médico pocos dias de vida, se la dilató Dios, añadiendo á sus muchos años mas de otros once.

Don Josef Argote, hijo de Don Francisco Argote, y de Doña Sancha de Carcamo, con la que tenia parentesco espiritual el Siervo de Dios, volvió de su entierro muy alegre, por haber quitado al venerable Cadaver un pedazo de su Habito : díxole su madre lo dividiese entre todos los de la fami-

milia, y tomando ella su parte, dixo con piadosa fe: Compadre mio, toda mi vida lo traeré conmigo: á que se opuso su hija Doña Ines, pareciéndole ser cosa prohibida; no distinguiendo entre el culto, que prohibe la Iglesia, y lo que permite la piedad con los Siervos de Dios, y diciendo: madre, no se puede hacer eso, hasta que nos lo den por Santo. No lo hubo dicho, quando le acometieron tan vehementes dolores en las entrañas, y principales partes del cuerpo, que la ahogaban la respiracion. Entendió la madre el motivo de este repentino accidente, y aplicándole la reliquia, que acababa de recibir, clamó invocando el patrocinio del Siervo de Dios: y al punto se le templaron los dolores: volvió en si enteramente salva de ellos, y exclamó, diciendo: O Varon Santo, que si me hubiera durado mas, me cayera muerta.

Juan Ruano, que habia trabajado en la construccion de la boveda, en que se depositó el venerable Cadaver del Siervo de Dios, padeció por dos meses una grave enfermedad, que lo dexó tullido y con muy vehementes dolores, particularmente quando lo volvian en la cama. Asi lo dexó el Médico con el mayor desconsuelo, quedando con calentura, y de cintura á baxo sin movimiento, á que se llegaba su gran pobreza y mucha familia, que sustentaba con su jornal. Con esta afliccion acudió á los Santos de su devocion, pero quiso Dios que debiese á Francisco su salud. Entre sus congojas se acordó que habia trabajado en la formacion de su sepulcro, y lleno de fe lo invocó con mucha esperanza de recobrar su salud, ofreciéndole rezar todos lo dias cinco veces la oracion del Padre nuestro y Ave Maria: los rezó entonces, y luego sintiéndose aliviado, se quedó dormido Continuó con quietud el sueño, que antes no podia por la violencia de los dolores, y á la mañana despertó tan libre en los movimientos de su cuerpo, como lleno de gozo: llamó á su madre

dre, diciendo: madre, ya estoy bueno, que el Padre Posadas ha hecho conmigo un milagro, y me ha dado salud. Dexó la cama, y andubo por la casa aquel dia, y al siguiente salió á la calle, y fue á visitar el sepulcro del Siervo de Dios. Mas no fue solo este prodigio, el que con este hombre obró el Venerable Padre; porque hallándose en una ocasion sin tener que trabajar en su oficio, decia al Venerable Padre: Santo mio, bien ves la necesidad de mi casa: yo he de ir á hacer mi trabajo, para traer pan á estos pobres. A cuyo tiempo entró un Oficial, que él no conocia, diciéndole: que si no tenia donde trabajar, fuese con él. Y en otras muchas ocasiones experimentó este mismo beneficio.

Don Manuel Argote ahijado del Siervo de Dios, siendo muchacho rodó una escalera, y se lastimó un brazo en tales terminos, que llamado un inteligente, dixo haberse cascado la canilla, y que era mucho peor, que si se lo hubiera quebrado. Luego al punto se le hincho, padeciendo intensisimos dolores. Dispuso se previniesen tablillas, y una persona de fuerzas, que lo sugetáse para la curacion, de cuyo favorable efecto dudaba mucho. Se fue á preparar la medicina, y en el interin ocurrió á su padre Don Francisco de Argote aplícarle la llave de la caxa, en que se enterró el Siervo de Dios: pues él guardaba la que se llevó la Ciudad. Púsola en la mano del hijo, y este al instante levantó la voz diciendo: ya no me duele nada: ya estoy bueno. Llegó el facultativo con los medicamentos, y viendo el brazo y mano sin hinchazon y con sanidad, exclamó: este es un prodigio.

No teniendo valor Doña Francisca de Córdoba, Vizcondesa de Miranda, para ver morir á una hija suya, de quien por instantes se esperaba que falleciese, se retiró á un aposento, donde reconviniendo al Siervo de Dios con la palabra, que le habia dado de favorecerla en sus aflicciones, invocó su

in-

intercesion, diciendo con sentidas voces y tiernas lágrimas: ¿que es esto Compadre mio? ¿Cómo me dexas en este desconsuelo? ¿Cómo no pides á Dios por la vida y salud de esta criatura? No tiene remedio Compadre: que luego al punto me la has de poner buena, para que todos vean el milagro, y como es cierto que me favoreces. No hubo acabado esta súplica, quando la que estaba como muerta, comenzó á hablar pidiendo con mucho aliento le diesen de comer. Entraron á la siguiente mañana los Médicos, que la habian desahuciado, y quedaron pasmados hallándola sin calentura, y muy en breve recuperó sus fuerzas, y se levantó sana.

A los dos años de muerto el Venerable Padre, y siendo de un mes de edad Josefa Maria Rodriguez dió una caida, y se dislocó el hueso de un muslo, de que no pudiéndola sanar el Cirujano, aun despues de muchas curaciones la dexó por irremediable, y seco el muslo y pierna, y esta mas larga que la otra como una quarta. Llamaron sus padres á un hombre muy práctico en semejantes curaciones, y vista la parte doliente, dixo se desengañásen, y dexásen asi aquella criatura sin nuevos martirios, que ya era el mal irremediable: con que se reduxeron á tenerla sentada en una silla, sin poderse mover, y oyéndola gritar continuamente. Asi estubo seis meses hasta que una mañana estando sentada la niña, tomó su padre una bolsa, y echando en ella una reliquia de la ropa del Siervo de Dios, se la puso sobre el lado enfermo, y al punto, que cayó sobre él, se levantó la niña buena: corrio por el patio y casa, sin volver jamas á claudicar, ni tener mas dolor. Llevóla su madre al sepulcro del Siervo de Dios, y pasando por casa de un Pintor, en cuya puerta estaba un retrato del Venerable Padre, tiró la niña de la ropa de su madre, y señalando con el dedo, decía: *aquel Señor, me puso buena.* Entró en su casa diciendo: en una casa en una puerta un quadro

del

del que me puso buena. Como ella no habia visto al Siervo de Dios, quando vivo, ni aunque lo hubiese visto, era capaz de conservar la especie, ni en su casa habia entrado retrato alguno, no se puede dudar, que el Siervo de Dios se le apareció, quando la sanó.

En los últimos dias de la vida del Venerable Padre enfermó Geronima Dieguez de una perniciosa erisipela en la cara: y despues de catorce sangrías le salieron á la garganta dos parotidas, por lo que la desahució el Médico, ordenando recibiese los Santos Sacramentos; porque sin remedio moria. Pidió le llamásen al Padre Posadas (que por no afligirla le habian ocultado su muerte) y pretextaron que por accidente que padecia no podia salir del Hospicio. Llamó á otro Ministro para confesar, y esperando ya la última hora, le sobrevino el parto, sin poder dar á luz la criatura en quince dias: teniendo en los dos últimos un brazo defuera muy hinchado y negro, y tan inflexîble, que no pudiendo la Matrona volverlo á entrar, dexó á la enferma como irremediable. Asi lo juzgaba tambien el Médico aun antes de este nuevo peligro. Todos se admiraban de que asi viviese, y se compadecian de sus sentimientos de que el Padre Posadas no la pudiese ir á ver. Manifestóle su marido un pedacito de lienzo con la sangre del Siervo de Dios, y suponiéndole que venia de verlo, le dixo: esta reliquia te envia el Padre Posadas, que es lienzo con sangre suya, y tomándola ella con ansia la aplicó al pecho, diciendo: Padre mio, Padre mio. No, (le dixo el marido) mira que el Padre Posadas me encargó cortáse unas hilas, y te las diese en agua, para beberlas. Hízolo asi, y al instante parió viva la criatura, y recibió el agua bautismal: quedando la madre totalmente buena, y con tan milagroso vigor y fuerzas, que á los dos dias se levantó.

Aunque en toda clase de enfermedades se ha manifestado la poderosa intercesion del Venerable Padre para con Dios; pero parece, que con mas par-

ticularidad con las que peligran en sus partos : pues han sido casi innumerables, las que encomendándose en aquel peligro al Siervo de Dios han salido con felicidad de él. Y aun en el dia se experimenta , pues guardándose en el Real Convento de San Pablo una silla , que fue del Venerable Padre , quantas se hallan en tan inminente riesgo , y tienen noticia de ella la piden , sin que hasta ahora se sepa , que ninguna, á quien se ha llevado no haya tenido un feliz parto.

No solo con los enfermos quiso el Señor fuese poderosa la intercesion de su Siervo , sino tambien para con los energumenos. A Catalina de Cazorla tuvo un mal espíritu paralytica , y casi ciega , sorda y muda. Si alguna vez hablaba una palabra , era tan balbuciente , que á penas se le entendia. Via poco , y oia menos. No podia moverse en la cama: tenia siempre caido el semblante como Cain ; y lo que mas es totalmente impedido el uso de la razon. Asi la dexaron los Médicos , diciendo que su curacion pertenecia á los Ministros de la Iglesia : los que tambien la dexaron con su mal despues de muchos conjuros. En este tiempo murió el Siervo de Dios, y entrando en la casa una muger con un pedazo de lienzo teñido en la sangre , que derramó en el feretro , lo dió á una hija de la enferma , diciéndole , cortáse unas hilas , y en agua se las diese á beber. Asi lo hizo , y á la media hora abrió los ojos , hallándose con habla , vista , oido , y conocimiento. Mirábalos á todos , diciendo : *¿que es esto? ¿Donde he estado yo? Hallome en mi casa : no se lo que ha pasado por mí.* Al instante se mudó su semblante en muy alegre , y al mismo tiempo salió de entre la ropa de la cama una multitud de abejas y abispas, entre las quales vieron volar dos animalejos de extraña figura. Salió el uno por la ventana , y pudieron matar al otro , que causó espanto á quantos lo vieron. Era su longitud y latitud como la del dedo auricular , con punta como de alacran en la boca. La cabeza á proporcion del cuerpo , y enmedio de

es-

este quatro alas dobladas unas sobre otras, cuyo color con lo demas del cuerpo era como de canela. Tambien hacía punta la cola, y tenia quatro pies como los de una langosta.

Luego que sucedió el prodigio y la enferma habló á su familia, pidió el Rosario, para rezar (cosa que en toda la enfermedad habia hecho.) Descansó el resto del dia, y á la manaña siguiente dixo: yo estoy buena, y lo estubo tanto que á la siguiente mañana fue desde su casa en el Alcazar viejo, hasta la Iglesia de Padres Trinitarios Descalzos: (que solo los que hayan vivido en Córdoba pueden saber la gran distancia que hay.) Con que la que habia estado tullida un año, andubo á pie lo mas dilatado de la Ciudad. ¡O quantos milagros en uno! En esta muger vió el ciego, oyó el sordo, habló el mudo, y fue arrojado el Demonio, que la poseia. Sanó Francisco todas las partes y sentidos de su cuerpo, y dexó libre el alma. Que esto fue sanar todo el hombre, como dixo Christo quando sanó al enfermo de la Piscina. (72)

Isabel de los Angeles de edad de diez y ocho meses cayó á un patio empedrado desde lo alto de una escalera, y viendola caer, dixo una muger, que estaba presente: Padre Posadas, haceá aqui un milagro. Corrió hácia la niña, y acudiendo su madre, y otros á los gritos, todos se compadecian de ver aquella criatura como muerta, arrojando mucha sangre por la boca, no solo del golpe, sino por tener herida la lengua, y apretada con los dientes; pero acordándose la que habia pedido un milagro al Siervo de Dios, que tenia una cuenta de su Rosario, se la puso en la boca, y al punto admiraron la lengua reducida á su lugar sin señal de herida, la boca sin vestigio de sangre, y sin lesion en todo el cuerpo, y que inmediatamente tomó el pecho.

Ultimamente no hubo achaque ni enfermedad de las innumerables á que está sugeto el cuerpo humano en todas y en cada una de sus partes, en que

los

los que las padecian no hubiesen encontrado el pronto alivio, y perfecta sanidad: ya aplicándoseles alguna reliquia del Siervo de Dios, ó ya invocándolo. Baste decir, que solo despues de su muerte se leen en su vida 163 curaciones, que á juicio de los Médicos y Cirujanos que asistian á los pacientes, no podian ser obras de la naturaleza, ni aun ayudada con el arte. Concluyamos ya pues este compendio, dando á Dios las gracias de haber criado Varon tan justo para instruccion de los pueblos en su vida con su predicacion, y para remedio de los enfermos despues de su muerte por su intercesion.

PROTESTA.

Obedeciendo los Decretos de N. M. S. P. Urbano VIII. de feliz recordacion en la Sagrada Congregacion de Ritos, y universal Inquisicion, y demas Rescriptos Apostólicos acerca de la forma y reglas de escribir las vidas de los que murieron con opinion de santidad, pero no están aun Beatificados, ni Canonizados por la Iglesia, protesto como fiel y humilde hijo de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana: que en los titulos de Venerable, ó de Santo, con que repetidas veces elogio en este compendio al M. R. P. Presentado Fray Francisco de Posadas (aunque N. M. S. P. Pio VII. en su decreto dado en quatro de Agosto de MDCCCIV. solemnemente pronunció: CONSTAR DE LAS VIRTUDES TEOLOGALES, Y CARDINALES, Y DE SUS ANEXAS DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS FRANCISCO POSADAS EN GRADO HEROICO,) es mi intencion observar rigorosamente quanto en los sobredichos Decretos está mandado, sin pretender se dé mas credito, que el que se debe á una Historia puramente humana, á quanto va dicho del Venerable Siervo de Dios en este compendio, que plenamente sugeto á la correccion de la Santo Iglesia Romana.

FIN.

Lugares de la Sagrada Escritura que se hallan citados en este Compendio segun sus números.

1. *Lib.* 2. *Machab. Cap.* 2. v. 20.
2. *L.* 1. *Reg. C.* 2 v. 8.
3. *L. Proverb. C.* 20. v. 11.
4. *Lucæ. C.* 9. v. 54.
5. *Exod. C.* 17. v. 3.
6. *Matth. C.* 26. v. 61.
7. *Apocalip. C.* 1. v. 16.
8. *Exod. C.* 3. v. 6.
9. *Matth. C.* 18. v. 15.
10. *Isaiæ. C.* 6. v. 6.
11. *Proverb. C.* 19. v. 11.
12. *Psalm.* 118. v. 105.
13. *Act. Apostol. C.* 20. v. 6.
14. *Reg.* 4. *C.* 20. v. 10.
15. *Exod. C.* 19. v. 14.
16. *Act. Apost. C.* 13. v. 50.
17. *Psalm.* 123. v. 7.
18. *Ad Corinth.* 1. *C.* 6. v. 18.
19. *Ibid. C.* 1. v. 10.
20. *Joan. C.* 18. v. 6.
21. *Act. Apost. C.* 9. v. 8.
22. *Jerem. C.* 1. v. 10.
23. *Ad Corint.* 1. *C.* 2. v. 4.
24. *Malach. C.* 4. v. 2.
25. *Matth. C.* 8. v. 9.
26. *Job. C.* 40. v. 10.
27. *Luciæ, C.* 5. v. 4.
28. *Matth. C.* 3. v. 14.
29. *Psalm.* 125. v. 6.
30. *Ad Galat. C.* 2. v. 20.
31. *Ad Corinth.* 2. *C.* 12. v. 7.
32. *Psalm.* 50. v. 12.
33. *Genes. C.* 3. v. 23.
34. *Ibid. C.* 4. v. 12.
35. *Paralip.* 2. *C.* 26. v. 18.
36. *Matth. C.* 22. v. 13.
37. *Genes. C.* 5. v. 23.
38. *Ad Hebræ. C.* 12. v. 29.
39. *Proverb. C.* 30. v. 16.
40. *Ad Corinth.* 1. *C.* 10. v. 12.
41. *Isaiæ. C.* 6. v. 5.
42. *Psalm.* 83. v. 3.
43. *Ad Rom. C.* 8. v. 35.
44. *Cantic. C.* 6. v. 3.
45. *Psalm.* 103. v. 17.
46. *Joan. C.* 14. v. 2.
47. *Marc. C.* 16. v. 18.
48. *Ad Corint.* 2. *C.* 11. v. 29.
49. *Marc. C.* 5. v. 22.
50. *Ad Hebræ. C.* 11. v. 25.
51. *Psalm.* 61. v. 5.
52. *Ad Hebræ. C.* 10. v. 20.
53. *Psalm.* 68. v. 9.
54. *Joan. C.* 2. v. 15.
55. *Psalm.* 109. v. 2.
56. *Joan. C.* 11. v. 35.
57. *Lucæ. C.* 6. v. 38.
58. *Eccli. C.* 4. v. 3.
59. *Psalm.* 40. v. 1.
60. *Psalm.* 72. v. 3.
61. *Genes. C.* 32. v. 26.
62. *Lucæ. C.* 16. v. 19.
63. *Isaiæ. C.* 1. v. 6.
64. *Job. C.* 31. v. 1.
65. *Joan. C.* 4. v. 34.
66. *Jacob. C.* 1. v. 4.
67. *Job. C.* 2. v. 8.
68. *Genes. C.* 4. v. 14.
69. *Psalm.* 115. v. 6.
70. *Ecclesiastes. C.* 7. v. 16.
71. *Ezech. C.* 37. v. 5.
72. *Joan. C.* 5. v. 8.

NOTA.

Las obras predicables del Venerable Siervo de Dios el R. P. Presentado Fray Francisco de Posadas están comprehendidas en seis tomos en 4.° y contienen:

El 1.° Balidos penitentes de una Oveja pecadora á Christo su Pastor : y Silvos amorosos del Pastor Christo á las almas sus Ovejas.

El 2.° Continúan los Silvos.

El 3.° El hombre instruido, guiado y escarmentado. Devoto peregrino para el Cielo. Y Colirio provechoso para las almas tentadas.

El 4.° Varios Sermones de algunos misterios y solemnidades de Maria Santísima, y festividades de Santos.

El 5.° Diferentes sermones quadragesimales. Doce Espigas de la mejor Ruth. Y Doce propiedades de la mejor Rosa de Jericó.

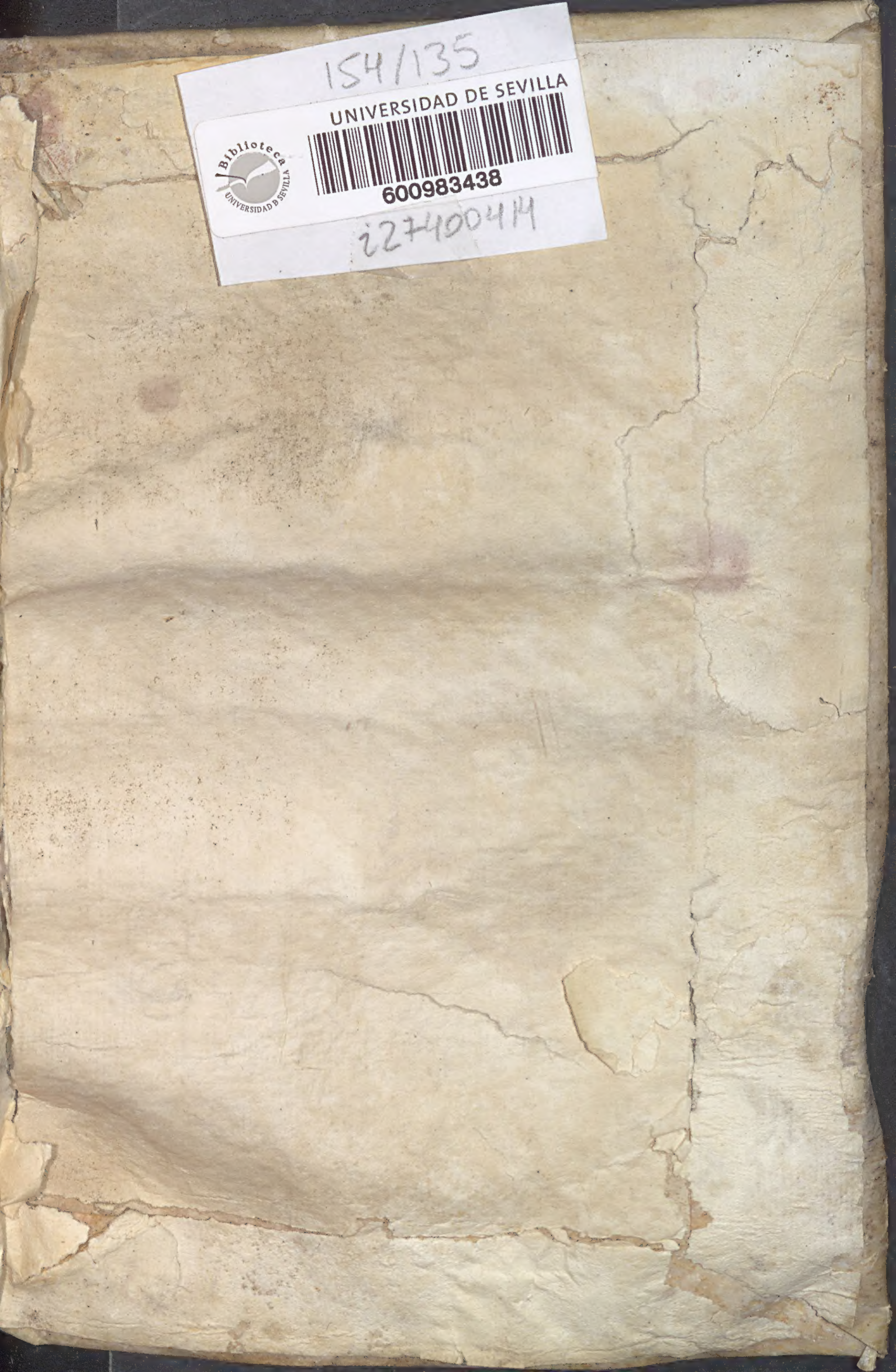
El 6.° Carta de Christo á las Religiosas. Varios fragmentos y apuntaciones predicables. Consultas y cartas diferentes. Ladridos evangélicos del Perro á la Ilustre Ciudad de Córdoba en cinco sermones.

Otro tomo en 8.° cuyo titulo es : Triunfos de la Castidad contra la luxuria diabolica de Molinos.

Estas obras, aunque no están en un estilo florido, contienen doctrinas muy sólidas y saludables fundadas en la Sagrada Escritura y Santos Padres, y de que los Predicadores evangélicos pueden aprovecharse con poco trabajo y mucha utilidad del Pueblo christiano.

Se hallarán todas en el Real Convento de San Pablo de Córdoba, y se venderán á un precio equitativo por limosna para ayuda á la Beatificacion y Canonizacion del dicho Siervo de Dios.

El tomo : Triunfos de la Castidad se venderá solo.




54